JAIRO JUNCIEL

El SECRETO DE ROSANEGRA

La leyenda perdida *de* Lezo

«La historia de un barco llamado Audaz y del infame y maldito destino de los que en él embarcamos»

ALMUZARA

Índice

Cover Page

El secreto de Rosanegra

Capítulo I Hágase la luz

Capítulo II Hambre

Capítulo III Espejismos y realidades

Capítulo IV Un barco llamado Audaz

Capítulo V Lázaro

Capítulo VI Sangre y pólvora

Capítulo VII Kniven

Capítulo VIII Fantasmas del alma

Capítulo IX Cartagena de Indias

Capítulo X Hijos del Trueno

Capítulo XI La víctima

Nota del autor

© Jairo Junciel calvo, 2019

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

• Colección Novela Histórica

«Son gente proterva sacada de los presidios, y pilla recogida en levas, sujeta a la obediencia por el temor al castigo que pudiera infligirles la guarnición de a bordo».

Pelayo Alcalá Galiano.

Capítulo I

Hágase la luz

La noche más oscura no es aquella en la que morimos, sino aquella en la que muere nuestra esperanza. Es una noche lúgubre y cerrada, sin estrellas ni luna; una noche como de mar en calma, sin asomo de viento en las velas de un navío rodeado por una niebla tan opaca como cegadora. Entonces aparece el ángel de Satanás, que remueve la espina que llevo clavada en mi carne y me hiere con saña; el mar pierde esa sobrenatural quietud y vuelvo a estar en el barco en el que hice aquel maldito viaje, en una tempestad de fuego, plomo y acero. Oigo de nuevo los gritos, lloros, rezos y blasfemias de los agonizantes, y vuelve el tormento, pues los veo tender sus manos hacia mí, aullando súplicas unos y blandiendo sus espadas otros, sabedores de que mi hierro no puede cortar sus carnes de ultratumba.

Despierto creyendo estar muerto para después, recobrada la consciencia, desear haber perecido en aquella travesía, como ellos, con ellos; mi corazón parece querer abandonar la armadura del costillar y creo que aún sigo viendo aquellas caras desencajadas perdiéndose en un abismo sin fondo, en el saco donde los hombres dejamos las almas para jamás volver. Intento gritar, pero el horror de mi pecado me ciega la garganta y me lo impide.

Y así, las más de mis noches. «El diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar». Y sabe, carroñero vil, muy bien cuándo y dónde atacar. Las cartas de este juego cruel y mezquino que es la vida ya están repartidas y él ya conoce la mano de cada hombre. No hay suerte posible, es un azar taimado y engañoso, perfectamente estudiado por el mayor tahúr de todos contra los que hemos de jugar, y es una partida que no podemos rehuir, así que cuando llegue ese supremo trance «péseme Dios en balanzas de justicia y conocerá mi integridad».

Permítanme vuestras mercedes aquietar mi calvario narrándoles el capítulo de mi vida que dejó tales mellas en mi alma: la historia de un barco llamado Audaz y del infame y maldito destino de los que en

él embarcamos para navegar en un mar de infamias y de muertos. Sirvan también estas tristes líneas como justicia para aquellos escribas a quienes reyes y nobles ordenaron cortar lenguas, sacar ojos y amputar miembros para que la historia jamás supiese lo que allí había pasado.

A pesar de ser domingo, mi alma no estaba aquel día para muchas fiestas. Herido en la cabeza por el disparo de un sicario caníbal, cuyo nombre maldeciré mientras viva, y sin aire en el pecho gracias al beso en el costado que me había dado un estilete empuñado por la única mujer a la que he amado, intentaba superar el Puente de Segovia arrastrando penosamente mis gambas, pero estas se rindieron y empezaron a temblar, incapaces de sostener mi peso. Palpé el interior de mi jubón y la tela chapoteaba al contacto con mi mano. No me hizo falta mirarla para saber que se había empapado de sangre. Con la ayuda de Dios terminé de cruzar el maldito puente y gateé hasta una esquina mugrienta que apestaba a orines, pero me eché allí como si fuera un lecho de plumas y rosas; me hice un ovillo con la agüela, me enrosqué el tejado y aferré con más ganas que fuerzas el cuchillo.

La mañana despuntó y los primeros rayos de sol comenzaron a dibujar el horizonte abriéndose paso entre la bruma, pero yo no los veía, solo podía sentir su suave calor y su fulgor traspasando mis párpados. Mis ojos aún luchaban por abrirse, por despertar, pero mis oídos hacía rato que captaban pequeños fragmentos de la vida de la calle en la que estaba caído: maldiciones y blasfemias de los arrieros y las respuestas negativas de las mulas en la misma jerigonza; una discusión entre un alfayate y su cliente, el primero quiere cobrar más de lo acordado y el segundo no tiene plata suficiente; inspiro y siento el vaho vinoso y sudoroso que dejan a su paso varios borrachos que van a dormir la zorra; el traqueteo de ruedas de carros sobre el empedrado; buhoneros gritando, vendedores de gallinas ponedoras de huevos de dos yemas —me costó, pero pude sonreír al oírlo—; pedigüeños dolientes; comadres cuchicheando sobre la fama de una encintada sin marido; ciegos cantando sus coplas. El viento cambia y me trae olor a melocotones, a hogueras cercanas, a sudor y excrementos de animales… olor a la vida, que seguía ajena a mí. Mis ojos se cierran… y de pronto oigo unos pasos rápidos y las voces de unos niños.

—¿Está muerto? —dice uno.

—No se menea —le responde su amigo mientras siento cómo me empuja con un palo.

—¿Crees que tendrá dinero?

—No lo sé.

De un respingo regresé en mí, tomando la pequeña mano que con suma delicadeza se deslizaba en el interior del jubón, tiré de ella y apoyé el filo del cuchillo en aquella garganta de piel tan suave como llena de roña.

—¡Esta vivo, está vivo! —gritaron varios zagales de no más de siete primaveras que salieron corriendo entre el gentío que ya empezaba a abarrotar la calle.

—¡No me mate, señor, tenga piedad! —gritaba el mocoso tratando de zafarse de mi hierro.

—¿Qué buscas, hambreón?

—¡Comer, señor, solo buscaba algo que comer!

—¿Te parezco yo una recova? Hay formas más tranquilas de buscar comida que intentar alzarle a un jaque sus dineros.

—¡Pensaba que estaba muerto, señor! Y a un muerto ya no le importa que le roben, haya sido guapo u obispo.

—¿Cómo te llamas, niñato? —Lo zarandeé.

—¡Blas Pinzó, señor! Suélteme, por piedad… —gritaba tratando de zafarse, dando tirones de su ropa e intentando abrir con sus manos mis dedos, arañándome y mordiéndome.

—¡Para, estravo! Además, me muerdes en callo y lo tengo tan duro que ni siento tus dientes de rata… ¿es que no ves que un cuchillo amenaza tu garganta y que si le doy un paseo al hierro te dejo sin gañote?

—Pues si dice Cristo que en el cielo no padeceremos, máteme porque aquí solo conozco la miseria —respondió insolente.

—¿Y tu padre?

—Tengo tantos que ninguno me quiere.

—¿Y tu madre?

—Me abandonó.

—¿Y dónde vives?…

—¡Enano moñaco! —gritó un fraile viejo, de barba canosa y tupida y testuz despejada salvo por un penacho rubio que la remataba. Tomó al muchacho de la oreja hasta alzarlo varios palmos mientras el chaval maldecía como un turco y escupía como una haldraposa. Lo lanzó al suelo y le pateó las costillas, levantando una polvareda.

—Vuelve al convento, cagarrucia de Satán, que ni tu madre tenía honra ni la esperaba. —Apremió soltando una patada al aire que hizo que la sandalia le saliera volando un par de varas.

—¡Padre Francisco, es usted… un hijo de una mala puta! —gritó envalentonado por la lejanía mientras se frotaba la oreja con dolor.

Tomó una piedra y se la tiró al monje para huir a toda prisa. Este se agachó para esquivarla y tomando un puñado de tierra respondió a la ofensa con una lluvia de perdigones de grava.

—¡Corre, corre, que antes de la misa vas a saber lo que es bueno, te voy a desollar como a San Bartolomé!

Se santiguó para pedir perdón por la ofensa al santo y caminó hasta donde había caído su sandalia, se la volvió a enfundar en el pie riendo y retornó hacia mí con la seriedad grabada en su rostro.

—Discúlpelos, señor, no tienen ni padre ni madre… —aspiró con fatiga un soplo de aire— ni perro que les ladre. Solo a Dios y a un puñado de frailes que no logramos hacer carrera de ellos.

—Están disculpados, padre.

—Dios mío, pero hijo… ¿toda esta sangre es tuya? ¿Te han herido o acaso trabajas de matarife?

Miré al suelo y vi mi cara, pálida y congelada en una mueca de apatía, reflejada en un charco de agua y sangre del que manaba un reguero que bajaba por la calle, llevándose mi vida sin que yo pudiera o quisiera evitarlo, tal era mi estado de embotamiento.

—Toda esta es mía. Bueno… algunas gotas son de otros hombres, pero ya no recuerdo cuáles —dije con sorna cansada.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó remangándose el hábito.

—La calle no es mía, padre.

Se sentó a mi lado y comenzó a observarme con interés, como si nunca hubiera visto un moribundo o yo fuera un espectáculo de cómicos.

—¿Puedo ver la fuente de tu sangría? —dijo desabrochándome los botones de la almilla; no opuse mucha resistencia, algo había en su voz que me daba confianza y mi bravata ante el zagal me había debilitado y no habría podido defenderme ni de las moscas que quisieran abrevar en mi herida.

—¿Es acaso cirujano?

—Ni cirujano, ni barbero, ni algebrista, pero en el convento soy el mejor remendador de descosidos y no lo digo solo por las pobres almas de quienes me confiesan sus culpas: de una tela hago dos y las hebras no me esconden nada —me dijo afable.

Confié y muy despacio aparté el cuchillo, dejándole que pudiera estentar mejor. Al levantarme el brazo un alarido salió de mi boca. En ese trance hasta los sobrados de bofes gritamos.

—Berreas como una mula. A ver si callas como una zorra.

—«… y el Espíritu les concedía expresarse en otras lenguas».

Me censuró con la mirada y mordí el mango del cuchillo. El padre terminó de revolver entre mis trapos y espulgó la herida.

—Buena punzada, muy exacta, casi de gastapotras. El que te la

dio sabía dónde pinchar. —Toqueteó curioso cerca de la herida y hundí mis dientes hasta la encía al sentir sus dedos—. No es mucho, lo justo para dejarte torcido, ni un pelo más. Quien te apuñaló no ansiaba matarte, pero tampoco quería que le molestases.

—¿Sabe todo eso de una herida o es… Dios el que le ilumina? No fue… uno, padre, sino una la que me dio… la honda.

—¿Una hilandera? ¿Ahora saben anatomía, como aquel sodomita italiano que se llamaba Leonardo? Ese oficio cada vez cuenta con mujeres más cultivadas, será para complacer mejor a los clientes… Yo qué sé, a ver si me lleva pronto el Señor, que este mundo cada vez se me antoja más extraño.

—No padre, no era… hilandera ni viltrotona, sino de buena… de buena cuna, de las que tienen estudios de… anatomía, de bordado, de música y de… esgrima, por añadidura.

—Esas son las peores. —Rio tomando algo del musgo que crecía en la pared y taponó con él la herida.

—¡Dios!

—Eso… tú reza. —Cerró los ojos divertido—. Falta te hace si no te curamos pronto esa punzada.

—Dudo mucho de que con un… poco de musgo pueda… curarme, padre.

—No seas altanero ni desagradecido ¿o acaso prefieres que te dé la extremaunción? Terminaríamos antes, yo iría a rezar por tu alma y dejaría tu cuerpo al albur de rapieros y carroñeros. Muchacho, el tajo que te han metido es fino y te ha pinchado uno de los pulmones. La sangre te hace espuma cada vez que respiras. ¡Hola! ¿Y este pelotazo de la sotabarba…? —Me miró con atención el cuello—. Tiene mal porvenir, aunque peor habría sido que te hubiera pillado de lleno. ¿Este también te lo dio esa mujer?

—No, padre, esto es cosa de un muerto —dije bajándome el sombrero.

—¿Pero a cuánta gente has guindrado? Ni sus Católicas

Majestades cuando liberaron Granada de la morisma tenían tantos enemigos como tú.

—A demasiada.

—En esta calle sólo puedes darte a morir —sentenció limpiándose la sangre en el hábito—. ¿Quieres confesión y óleos, entonces?

—Eso es de calloncas mordedoras, padre.

—Pero si estás hecho un eccehomo, hijo mío, si estás a un punto de saludar a San Pedro como sigas siendo tan mostrenco. ¡Qué juventud esta! O tempora, o mores. Quousque tandem abutere, adulescentia, patientia nostra?

—Cicerón… no dijo… eso. —Cada vez me costaba más hablar.

—Vaya, nos ha salido leído el mozo; sería una pena que el amo de tan preclara cabeza muriese en la calle como un perro porque su orgullo no me dejara socorrerlo en el cenobio. No seas desconfiado, si ya estás más muerto que vivo… ¿qué más te da que intente mantenerte en este valle de lágrimas?

—¿Son todos… sus hermanos tan…turriones como usted? —dije abandonando el cuchillo en el pliegue de la polaina al tiempo que estiraba con mucho esfuerzo la siniestra para que el sacerdote me ayudara a levantarme.

Se puso en pie, me sacudió el polvo del nublado y tirando de mi mano con sus dos brazos me izó. Un grito de dolor recorrió la calle, alarmando a varias viejas, que giraron sus cabezas para mirarnos sin disimulo.

—Yo no soy nadie para juzgarte, pero como grites tan alto vas a llamar la atención de los alguaciles y te aseguro que ellos no te tratarán con tanto mimo —dijo vigilando al gentío—, porque, o mucho me equivoco o no tienes pinta de querer responder ante las leyes de nuestro rey.

Asentí con la cabeza sin dejar de mirarle a sus ojos castaños. Siendo el religioso mi muleta fuimos renqueando hasta un monasterio cercano de reciente construcción, no muy lejos del puente de Segovia.

Me dejó apoyado en la pared junto a una puerta, se subió el hábito con cuidado de que nadie lo viera y sacó una cuerda que llevaba atada a la cintura y en la que llevaba prendida la llave.

—¿No tenía mejor… sitio donde guardar… la llave?

—¿Quién va a mirar en los estafiles de un fraile? — Sonrió con picardía.

Giró la llave en la cerradura y le dio una patada a la puerta para abrirla de par en par; me tomó por los sobacos y cruzamos el umbral.

—Bienvenido a nuestra humilde casa —dijo dándose la vuelta para cerrar la puerta de otra patada.

En cuanto crucé el umbral y mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude hacerme a la idea de cómo era la estancia de paredes desnudas en la que nos hallábamos. Un solitario crucifijo iluminado por una triste vela la presidía. De pronto la vela y el crucifijo empezaron a bailar, a bailar, a bailar… y un desmayo me vino, haciendo que bendijese con mis costillas el suelo de aquel lugar.

—¿Cuánto lleva durmiendo? —dijo una voz pausada y tranquila, pero recia y seca que parecía provenir de muy lejos.

—Día y medio —respondió una voz que se me antojó familiar. Entreabrí los ojos y a mi lado, sentado en un taburete de mimbre, estaba el padre Francisco; jugaba más que rezaba con un rosario de cuentas de madera. Detrás de él otro fraile, más joven y compuesto, me observaba; su gesto era sereno, nada preocupado o nervioso. En sus ojos se reflejaba un cariz recio y un punto de marcialidad; sus carrillos eran esponjosos coronados por las bolsas violáceas de sus ojeras.

—Parece que se menea —advirtió sin demasiado interés—. No vuelva hacer esto, hermano Francisco; quien se tenga que morir, que se muera en la calle, bastante tenemos con nuestra ración diaria de huérfanos y menesterosos como para que ahora fuésemos también hospital de sangre.

—Reverendo padre, todos somos hijos de Dios…

—Eso está por ver. Tú —el abad se dirigió a mí—, ¿qué confesión profesas?

—La Católica, Apostólica y Romana, única y verdadera. ¿Es que hay más Dios que el que envió a su Unigénito para salvarnos y que nació de nuestra Madre la Virgen?

—Estos luteranos tienen la boca tupida de mentiras. Son capaces de rezar a cualquier Dios cuando se las ven canutas. —Sonrió ruin.

Intenté girarme en el jergón donde estaba derrumbado, pero el dolor me lo impidió. El abad me habló sin asomo de compasión.

—Me temo, hijo, que la punzada de tu costado o el pelotazo de tu pescuezo te han corrompido la sangre. Yo abogo por el pelotazo, pero a saber qué herida es la que te mata. Te vendría bien estar en paz con el Señor.

—Pintan bastos, pues. ¿No pueden hacer nada?

—Rezar. Lo único que podemos hacer es rezar, y este es el sitio adecuado para un milagro. La fiebre no te remite; si esta noche sigues respirando sábete dichoso.

Lejos escuchaba el jugar de los niños y la fiebre habló por mí.

—Ángeles. Venga pues, no perdamos tiempo que estoy que me voy. Traigan óleos y récenme, que «al que es desdichado todo se le cuenta a pecado» y no quiero cocerme con el demonio.

—Tienes antes que hacer confesión.

Rechiné los dientes.

—¿Es necesario?

—Sin confesión no hay absolución. Y tú parece que tienes mucho que confesar.

Bufé como un gato.

—Comprenda, padre, que no soy de cantar; la única pluma, la de mi sombrero y no por ella ya soy jilguero.

—Piensa, pájaro, que le cantas al Coime de las Clareas, como llamáis los de tu condición a nuestro Señor; mejor público no vas a tener. Bueno, voy a atender otras obligaciones. Hermano Francisco, proceda sin demora. No creo que pase de esta noche, y tampoco creo que de su boca salga verdad o contrición.

—¡Deténgase! —grité con la poca fuerza que me quedaba—. Jamás hombre alguno, aun del clero… — Tragué saliva, cualquier esfuerzo era una tarea hercúlea— ha osado llamarme turco o dudar de mi buena fe. Confiéseme usted.

—No tengo tiempo para escuchar mentiras. Stultus labor est ineptiarum —dijo sin girarse, dándome la espalda.

Me incorporé arrufaldado, pero caí al suelo. Intenté arrastrarme para cogerle del tobillo, pero dio dos pasos hacia atrás.

—¡Aparta, áspid!

—¡Por Dios, deme confesión o juro que el día de la resurrección de la carne le buscaré para coserlo a mojadas! —grité al suelo, tragando una bocanada de polvo.

Hubo unos instantes de silencio. Ni se oían los cantos de los niños.

—Ayúdeme a levantarlo, hermano Francisco.

Entre los dos volvieron a recomponerme en el lecho mientras yo jadeaba como un toro lanceado a punto de morir.

—Apártese, hermano; tráigame una estola morada y después vaya a ayudar al hermano Ambrosio en la herrería. Terminemos de una vez con esta comedia.

El abad tomó un taburete y se sentó a mi vera a esperar en silencio, mirando sus uñas con sumo interés. Respiré profundamente, me persigné y comenzó el ritual:

—Confiteor Deo omnipotenti…

—Confieso, padre, que he pecado: he pecado de confiado y bien

intencionado. Me confieso también castellano viejo, católico por la gracia de Dios y charro hasta los tuétanos y si bien no siempre he llevado una vida recta, hice lo imposible por intentar enderezarla hasta que una mujer se interpuso en mi camino. Es buena mujer, no de actos pero si de caderas: conchuda y matrera como una zorra. Me convenció para cometer un asesinato en mi Salamanca: el del mismísimo Príncipe de Asturias, aunque yo desconocía la identidad de la víctima. No fue capricho suyo, sino de otra mujer a la que en España conocemos por el mote de «Parmesana». Por suerte el miedo que vi en los ojos de aquel joven, casi niño, apiadó mi corazón, haciendo que le perdonase la vida. Esto no hizo gracia al sicario que aquella noche nos acompañaba, un demonio que respondía al nombre de Gargantúa, un caníbal que viéndose frustrado juró darme muerte. — Un fuerte dolor me vino al cuello; parecía que nombrar a Gargantúa estremecía mis carnes—. Este raspón del gollete es un regalo suyo, pero ese ya no me preocupa. Soy yo mejor con el desmallador que él disparando.

—¿Y qué haces tú en Madrid, tan lejos de tu agujero?—Me miró interesado el abad.

—Por un azar del destino, poco antes de salvar la vida al príncipe, tuve la dicha de salvar la del Duque de Alba y a él acudí para proteger a Don Fernando. Su excelencia no es un hadraga y empezó a mover los hilos que entretejen el poder. El Marqués de Villena, mayordomo real, me llamó a su presencia en Madrid para interrogarme. Tampoco es un patán. Sabía más de lo que parecía; incluso que la instigadora del crimen no era otra que su futura nuera.

—María Feilding —completó desencajado mi confesor, como si una mala sombra le hubiese descompuesto las entrañas.

Asentí en silencio. El pueblo siempre ha conocido los amoríos de los nobles.

—Hijo, continúa —me apremió. Su voz había pasado de ser dura y cortante a ser afable y cálida. Mis palabras pesaban.

—Supongo que me cobija la sombra del Duque de Alba y por eso mi cabeza aún sigue unida a este cuerpo al que parece quedarle poco de vida. Si me recupero tengo que partir a puerto. —Señalé con una

mirada la silla donde estaban mis ropas, de entre las que asomaba el sobre lacrado que me había entregado el marqués—. Es mi condena.

—¿Galeras?

—No lo sé… pero dudo que sea para batir espumas, porque me dejaron ir por mi propio pie. De todas formas eso ya da igual; en mi estado… ya solo me queda un viaje.

—Si no despiertas… ¿quieres que avise a alguien? — Se inclinó hacia mí con vivo interés, juntando las manos y cruzando los dedos.

—A un matemático de Salamanca, se apellida Villarroel, dígale que le llevo en el corazón. —Tragué saliva y sentí cómo una lágrima de sangre brotó de mi herida corriéndome por el cuello—. Con él estará un hombre, un individuo alto, grande, feo y malhumorado. —Sonreí—. A él dígale que aquel que nos quiso dar muerte y que se llama Gargantúa duerme con los peces gracias a mi acero… dígale también… —removí la lengua por la boca tratando de encontrar algo de saliva—, bueno… dígale que se quede con mi espada; que no la venda ni la empeñe pues aun muerto lo atormentaré.

Apenas había pronunciado la amenaza cuando algo pareció removerse en mi costado; grité de dolor y se hizo de noche para mí.

—¡Perdices recién cazadas!

—¡Paños de Béjar!

—¡Peces que aún colean!

Tamborileo irregular de pies, voces de hombres, gritos de niños jugando a la guerra y cuentos de viejas, alguna limosnera que otra diciendo en voz alta alguna lamentona o alguna jaculatoria, ladridos de perros siesos, ruedas de carros haciendo rechinar las piedras del suelo… Inspiro fuerte y me lleno de olor a animales vivos y muertos, a pies, a sudor, a pimentón y a salazones; el polvo se apodera de mis ñefas y ya no puedo oler más y apenas respirar por ellas. Abrí la boca. Mis ojos, arenosos, arriaron los párpados con dificultad y me saludó la luz de la mañana a través de una tela blanca que me envolvía. Mi cuerpo era zarandeado cada poco mientras el suave calor del sol me vivificaba. Intenté desembarazarme de la tela, pero me detuvo la voz

firme del padre Francisco.

—Si eres listo sabrás cuándo tienes que hacerte el muerto.

Cerré los ojos e intenté que el traqueteo del camino me acunara.

—¡Despierta! —me ordenó el prior, pero mis músculos tardaron en reaccionar.

—¡He dicho que despiertes! —gritó arreándome una coz en las costillas que me dolió más que si hubiera sido en los doses.

Sentí cómo cortaba con rabia, porque alguna maldición se le escapó, la tela que cubría mi cuerpo. En cuanto estuve libre me incorporé y miré a mi alrededor: un bosquecillo de cruces, en su mayoría caídas y todas formadas por tristes palos atados con cordeles; más allá, las ruinas de lo que parecía haber sido un monasterio. Las copas de algunos cipreses se mecían a coro, entonando con el viento una suave melodía.

—No te alarmes, no vamos a enterrarte vivo —dijo mi buen padre Francisco.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Recuerdas tu confesión? —intervino el abad.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Cuatro días. Repito: ¿recuerdas tu confesión?

—Sí —le respondí alzando la voz.

—¿Te reafirmas en ella?

—En cada palabra.

—Entonces tienes que hacer peñas y Juan Danzante — dijo recogiendo lo que había sido mi sudario—. Nuestra comunidad es pequeña, frágil y sin amistades en el cabildo ni en las altas esferas y la Inquisición aún no nos toma en broma; si llegan a enterarse de que hemos dado cobijo a alguien con tus títulos nos cierran la puerta… como poco, que colaborar con asesinos está penado con esparto y la

soga no entiende de oficios, credos ni votos perpetuos.

—Te hemos sacado del convento como si fueras un finado —dijo mi samaritano.

—Esta era la que iba a ser mi mortaja: lino puro traído de Jerusalén —rabió su superior terminando de reunir la tela—. Eres un bastardo fuerte, si no fueras un golfo diría que Dios está contigo. Vámonos, hermano.

—¿Van a dejarme aquí?

—Nosotros hemos llegado hasta donde hemos podido; más allá, incluso. Te dimos techo para ayudarte a morir, pero no moriste y espero que el resto de tu vida des gracias a Dios y a su siervo Francisco, que ha sido quien se ha ocupado de ti. A partir de ahora lo que hagas es cosa tuya; tus heridas se cerrarán… si no te las abren de nuevo. Lo demás… que Dios te asista. Vamos, dese prisa, hermano.

Me dio su bendición y sin mediar más palabras los frailes desaparecieron entre las cruces a paso rápido. Sin mirar atrás, sin remordimientos. Yo tampoco podía exigirles nada, pues habían hecho más de lo que cualquiera habría hecho viéndome así. Hicieron bien sin mirar a quién.

Con uno de los listones de la huerca hice una muleta que me ayudase en mi camino y así pude llegar al martillado que unía Madrid con Salamanca; que no se parecía en nada a los magníficos caminos reales que recientemente ha ordenado abrir nuestro rey Carlos III. Era una trocha llena no solo de barros traicioneros, vientos heladores y rodeada de desfiladeros sin fondo y campos interminables, sino también de trampas disfrazadas con ramas, de reviros sombríos donde recechaban bandoleros y desertores; de arrieros cargados de dudosas intenciones y demás gentes de la carda. Una vereda que había recorrido miles de veces en menos de cuatro jornadas se alargó, por culpa de mis heridas, más de dos semanas. Por su culpa también solo podía andar de noche, porque mi estado y las manchas resecas de sangre tiñendo mis ropas llamarían demasiado la atención y no quería enfrentar mi cuello a preguntas de caminantes cazoleros o alguaciles con ganas de prender carne fresca.

Con las pocas monedas que tenía en un bolsillo más mis calcos

compré algo de pan duro y una media libra de chorizo a un pastor que me descubrió dormido un amanecer. El dinero y el calzado le quitaron además las ganas de dar parte a la justicia.

Parece que Dios estuvo a mi lado en tan peligrosa travesía, pues no tuve que lamentar encuentros con desmotadores u otros aliviadores de caminantes que me hicieran un San Martín el dormido. Lo que sí me encontré fue un grupo de peregrinos que, tras llegar a Compostela, sintieron «una llamada» y desde entonces recorrían las Españas promoviendo la penitencia y preparando a los demás para la inminente vuelta de Nuestro Señor Jesucristo.

—Difícil tarea —les dije, guardándome mi opinión de que en el Reino de Galicia habían abusado del aguardiente que elaboran los naturales y este les había desnaturalizado la sesera.

Para mi ventura no solo predicaban, sino que además daban trigo y compartieron conmigo sus provisiones. Nos despedimos con muchos abrazos, bendiciones y los ultreia y et suseia de rigor.

Por fin llegué a Salamanca y mi alegría debió de ser la misma que sintieron aquellos peregrinos al postrarse ante el Apóstol. Cuando estaba tirado en los arrabales de Madrid, viendo cómo la vida me abandonaba, di por hecho que no volvería a ver mi tierra natal, que no volvería a dar un beso a la lápida de la tumba de mi madre, que no volvería a oler el hornazo recién hecho ni a dejar pasar los ratos muertos viendo cómo el Tormes acariciaba los ojos del puente. Pero volví, y sentí un calor en mi corazón como queriendo decir que Dios estaba en verdad conmigo, reservándome para alguno de sus inescrutables propósitos. Aun débil, me postré de hinojos con esfuerzo y recé un Paternóster y un Avemaría, a lo que añadí un «finis coronat opus» que me salió del alma, que Dios me perdone.

Llegué al atardecer a casa de mi madre; el recibimiento fue, empero, algo distinto al previsto.

—¡Date por muerto, cabrón! —gritó Cucha en cuanto aparecí entre las jambas, abalanzándose sobre mí vizcaína en mano.

—¡Para, coima mal parida, para!

Mi amigo, cegado, comenzó a soltarme una granizada de

puñetazos. Tuve suerte de zafarme un poco y darle un codazo en la garganta.

—¿Es que acaso has perdido la cabeza, ganchoso?

—¿Aníbal, eres Aníbal?

—Es Aníbal —dijo Villarroel acercando un candil—. ¡Por los clavos de Cristo! —siseó como si hubiera visto una aparición.

—¡Te dábamos por muerto, lendrosillo! —gritó Cucha tirando el hierro para abrazarme con fuerza, como si hubiera encontrado algo perdido.

—¡Dios! ¡Suéltame o acabarás matándome!

Cucha se apartó confundido. Me abrí el jubón y vi cómo nuevas gotas de sangre brotaban entre las antiguas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde has estado? ¿Qué ocurrió en Madrid? ¿Y qué forma de entrar en una casa es esta? Casi te clavo la vizcaína y te remato con mi espada.

—Con mi espada, lenguarazo. —De su cintura pendía mi amada Longina.

Cucha sonrió, desenvainó, en un fugaz movimiento la batió en el aire y este silbó como quejándose, igual que si le hubieran dado una estocada fatal.

—Nos la trajo tu amigo el Duque de Alba; bueno, él no: uno de sus criados. Dijo que su amiguito el Duque de Escalona… o de Villena… o de la cosera de su madre, te había perdonado la vida y te había enviado de vuelta a Salamanca; pero por lo que veo o era mentira o te han asaltado.

Mientras hablaba, con la punta de los dedos me abría el jubón curioseando mi herida y se los hice retirar de un manotazo.

—Mitad y mitad —dije extendiendo la mano reclamando mi espada.

Cucha la giró y con una suave reverencia me la devolvió. La así

con fuerza y un escalofrío recorrió mi alma; aquel escalofrío no era fruto de los últimos aires de invierno que entraban por la puerta, aún abierta, sino de las almas que el hierro atesoraba en su metal; era su particular manera de saludarme. Miré el filo y este brilló en un relampaguear azulado, pareciendo que así se alegraba de verme.

—Entonces… ¿qué te ha pasado? Si puede saberse — insistió Villarroel, que había permanecido callado hasta entonces; lo que era casi tan asombroso como el brillo de mi acero.

—Una caricia de la fulana embozada. —Me señalé la herida del costado—. Y un beso de Gargantúa. —Hice lo mismo con la de mi cuello.

—Tienes unos amantes peligrosos —apuntó Cucha.

—Al menos uno ya no nos dará problemas: duerme para siempre.

No importunaré a vuestras mercedes volviendo a redactar lo que ya saben. Baste decir que entre trago de vino y mordisco de farinato conté a mis amigos de la manera más detallada que pude lo acontecido desde que salí escoltado de Salamanca hasta que volví a ella para ser recibido a postetas por Cucha.

—¿Y esa requinta de María no nos delatará para librarse ella del castigo? —preguntó Cucha poniendo los brazos en jarra para acto seguido ponerlos en la jarra de vino.

—No por la cuenta que le trae… —Cucha y Villarroel se miraron en silencio, extrañados—. Parece que se quedó prendada del hijo de mi madre.

—¡Lampón! —Rio Cucha dándome una fuerte palmada en la espalda. —Supongo que te mantendrá… nos mantendrá en palacio… Dile que soy familia tuya, un primo que es lo único que te queda y que me tienes mucho cariño. Voy a pegarme la vida padre, a fe mía que yo nací para comer de polilla.

—«El perezoso es vinagre para los dientes…» —comenzó Villarroel, pero lo detuve con un gesto.

—Que no, Cucha, que te pierdes; recuerda que nuestra delicada

joya era la futura esposa del hijo del Marqués de Villena, quien sin tener pruebas concluyentes decidió repudiarla. Es un hombre extraño y va a ser cierto eso de que hay conocimientos que van más allá de lo que sabemos: pálpitos, corazonadas, inspiración… Si es lista, que lo es, más le valdrá tener la boca cerrada. Está ahora en Versalles, dejándose querer por algún boto al que enganchar con el calor de su pozo, así que olvídate de vivir a rédito de mis cojones.

No pudimos evitar la carcajada.

—Está visto que solo se casa o se bautiza quien tiene padrino, como diría el vulgo —apuntó Villarroel—. Si trabajase en una fórmula matemática que determinase el número de bastardos que las rentas de España mantienen, sin duda el resultado tendería al infinito, como diría el hereje de Godofredo Leibniz, quien…

Me apuré a intervenir para evitar una de sus monsergas.

—Maestro…

—¿Qué? ¿Acaso es mentira?

—Nada más lejos… solo hay verdad en sus palabras, pero… —Tiré de mi jubón para recordarle que vestía hábito.

—No me digas que palpitas por ella —se entremetió Cucha con acierto.

Miré al suelo y me quedé en silencio. Cucha resopló y negó varias veces con la cabeza.

—Qué tonto eres, Aníbal. Las mujeres en general, amigo mío, y en especial esas mujeres de alcurnia, solo traen problemas. ¡Que me lo digan a mí! —Hinchó el pecho—. Cuanto más alta es su cuna más duro es el golpe que nos llevamos cuando nos arrojan de ella. Mírate… —siguió furioso, sentándose en una coracha de tabaco que expelió gran cantidad de polvo por las costuras al comprimirse bajo su peso—. Estás todo magrujo, solo te… nos han traído problemas.

—Habló Adonis. Si no fuera por la pinta de bestia que gastas, so porro, juraría estar oyendo al propio Ovidio declamando su Ars Amandi… ¿Cuántas veces le has jurado amor eterno a cada

rabicaliente nueva que has espetado?

—Tu amigo tiene razón, muchacho. Más te vale hacer caso a la Escritura: «Para librarte de la mujer malvada no ansíes su hermosura en tu corazón, no dejes que te seduzca con sus miradas.» He vivido mucho tiempo en Madrid, Aníbal, he apenas barruntado las perfidias y celadas que allí se traman, pero he visto sus efectos: he visto asesinatos, destierros y también a hombres vender a otros por el favor de meretrices de la más baja ralea. Aníbal, tú eres noble de corazón, ella solo lo es de apellido, deja que siga en su mundo.

—Enséñeme usted, como cuando era mi profesor. ¿Cómo se olvidan las penas del corazón?

—Con más putas —sentenció Cucha tras un sonoro eructo y todos rompimos en carcajadas de nuevo.

Aquella noche la pasamos vaciando las botas de vino bueno —el aguado lo sacábamos solo para las visitas; no eran muchas, pero no es cuestión de que vengan a casa de uno y le vacíen la despensa—; entonándonos el espíritu y las narices con buen rapé y el estómago con embutidos; olvidando lo malo gracias a los vapores de los licores que elaboraba Villarroel; riendo y descansando, pues no era peccata minuta verse involucrado en los problemas de la Corona y poder salir andando y no con los pies por delante. Parecía que celebrábamos la muerte de un ser querido; pues como decía mi madre: «el día que yo me muera no lloréis, matad un cabrito o una cerda y daos una buena fiesta».

Dos días después Cucha y yo decidimos estirar las piernas contemplando las obras de «la plaza más grande de la cristiandad». El terreno sobre el que se extendería ya había sido delimitado en los planos y batallones de arquitectos, ingenieros, capataces y obreros que intentaban hacer lo mismo sobre el terreno: tomaban una y otra vez medidas de cada palmo de tierra y tendían una y otra vez cuerdas y más cuerdas entre votos y protestas, pues todo español lleva dentro un arquitecto aunque no sepa distinguir una bóveda de un sillar. El concejo estaba negociando con los dueños de las casas cercanas una expropiación que ayudase a dar más esplendor a la obra. La iglesia de San Martín sería respetada, pasando de ocupar el lugar central a estar fuera del perímetro de la nueva edificación. Los sacerdotes no se

sublevaron, pues fueron bien retribuidos, pero en mi fuero interno algo me decía que la todopoderosa Madre Iglesia empezaba a perder algo de su poder, porque no era normal que en un católico país como España una iglesia ya no sea el centro de una plaza ni que la Iglesia no lo sea de nuestras vidas, que pertenecen a Dios.

Por el contrario quienes sí ofrecieron oposición fueron las putas de «La Rubí». La taberna estaba justo donde se había proyectado uno de los arcos para la nueva plaza y si ya la Iglesia no tenía tanta fuerza para oponerse a los caprichos de un monarca terrenal, ¿cómo una taberna plagada de niñas al uso triunfaría allí donde la anterior había fracasado? No obstante sí dieron guerra a su manera: al saberse desalojadas no tardaron en levantar el secreto de sus jergones y dieron rienda suelta a sus lenguas, aventando los nombres y apellidos de clérigos, nobles, hidalgos y mercaderes que habían derramado en sus cufros. Hubo, pues, revuelo en el palacio episcopal y en los hogares de las que así se supieron mochas, pero no quiero importunar a vuestras mercedes contando cosas que, como el agua pasada, ya no mueven molino.

—¿Al final vas a acompañarme, Cucha? —Silencio—. Tengo que partir en breve al puerto de Cádiz y allí hacerme a la mar. —Silencio —. Cucha, ¿me oyes o te has vuelto sordo de repente?

—Te oigo ahora como te he oído desde que te conocí… —respondió con gesto serio y apesadumbrado mientras jugaba en sus manos con una manzana levantada de uno de los puestos. Le dio un indiferente bocado, se asqueó al ver que tenía huésped, escupió el mordisco y tiró con rabia la pieza.

—¿Y bien?

—Y bien… ¿qué?

—Cucha… ¿no me fallarás ahora?

Por respuesta maldijo en voz baja.

Desde mi llegada a Salamanca le había preguntado varias veces si me acompañaría y él siempre respondía con evasivas o silencios, pero la hora de partir se acercaba y yo no podía esperar más su respuesta, así que decidí azuzarlo un poco.

—No me empreñes, bastardo, que nos hemos matado por toda España, que hemos derramado sangre por todos los caminos y tabernas del país, nos hemos salvado la vida mutuamente… ¿Cuántas veces? ¿Un millón? Me obligaste a seguirte a Gibraltar, perdimos toda nuestra fortuna, me arrastraste para casi perder la vida a manos de asesinos ¿y ahora me vas a dejar tirado como si fuera un hueso de pollo? Malparido…

No me dejó terminar la frase; me tomó por la tela del jubón y en volandas me llevó a un callejón cercano.

—Mira, modorro, no me has causado más que problemas desde que te conocí; eras un mocoso que vivía con un ciego mendigando de iglesia en iglesia y yo te hice un hombre. No te debo nada —me largó en la cara, cubriéndome de esputos de lo rabioso que estaba.

—Flaca y amarilla es tu memoria… ¿Y qué vas hacer ahora, vas a atravesarme con tu hoja?

—No digas tonterías —respondió indignado mientras se colocaba las ropas y apretaba el cinturón, desprendiendo un halo de dignidad altiva—. Además, mi acero está recién bruñido y tu sangre es más cáustica que el vitriolo, no merece mi filosa tamaña nube.

—¿Entonces qué coño pasa?

—No todos los vascos somos marinos —siseó.

—¿Qué? —pregunté, pues su murmullo fue tan bajo que apenas pude oírlo.

—¡Que no todos los vascos somos Elcano, joder! — gritó golpeando con el puño una pared.

—Pero si te has criado enfrente de la playa; si serviste en Rande descargando navíos cuando no estabas ni destetado… ¿Qué patarata me estás contando?

—¡Que soy vasco de tierra, no vasco de mar! Puedo matar, degollar y dejarme desollar mientras me salen las tripas por el culo y jamás oirás de mis labios salir una queja, que aquí el que habla no teme a los hombres, ni al demonio, ni a la muerte, pero la mar… —

Suspiró profundamente reteniendo el soplo en su pecho—. La mar no perdona, Aníbal. He visto a muchas mujeres perder a sus maridos y a sus hijos en el horizonte del agua; gente que nunca más volverá y a la que por no poder no se le podrá ni dar sepultura. No, no cuentes conmigo.

Me dejó y reanudó el paso como si mi proposición no fuera con él.

—No por pisar solo tierra la cierta pasará de ti.

Se detuvo y me lanzó un ojo de soslayo, sin girar la cabeza, surcada por un reguero de sudor; palmeó un par de veces, agitando el polvo de sus guantes, crujió los nudillos y bajó la cabeza. Me acerqué y posé mi mano en su hombro.

—Cabalgadas y papos van y vienen, pero los bravos quedan.

—¿Tendrán gaifas allá donde vamos?

—Tienen virreyes, gobernadores e intendentes, así que supongo que alguna los habrá tenido que parir.

—Dicen que las del otro lado son distintas —me miró ansioso, se le había despertado la sed de mujeres—, que son de pieles morenas y sangres negras; que la cosera les huele a humo, porque por lo visto a Dios se le fue la mano con el horno cuando las obró y que por eso tienen esa piel y ese pelo tan extraño, que ni mojado se aplasta —remató con anhelo.

—Si lo dicen es que será cierto. —Sonreí—. Pero ten cuidado al meterles el mondonguil, no sea que te lo abrasen… que yo no pienso curártelo.

—¡Y oro, hay oro! Quiero oro… y plata, toda la que pueda cargar encima. Como cuando veíamos descargar a los de la Casa de la Contratación, que se les reventaban los riñones de tanto mover barras de oro gruesas como troncos —gritó lleno de alegría como si fuera un niño, abriendo los ojos de par en par—. Y piedras, por supuesto; dicen que allí hay gemas gordas como puños y más verdes que los campos de Galicia… Júramelo, Aníbal, júrame que tendremos todo eso.

—Te lo juro. —Y sellamos el juramento con un apretón de manos —. Tendrás todo el oro y la plata que desees. Los que van vuelven ricos, ¿verdad? Allí debe de haber montañas de oro puro, y suéltame ya, joder, que van a pensar que nos damos por detrás.

Capítulo II

Hambre

Con Cucha por fin decidido, iniciamos los preparativos del viaje. Dado que la herida de su pierna fruto de la cuistión con los panaderos de la Clerecía aún no estaba cerrada y que yo todavía estaba quebrantado, decidimos no hacer el viaje a lomos de caballo, sino del manso burro. Festina lente. Quizás vuestras mercedes hayan sonreído al leer «manso burro» porque tal vez se muevan solo en coche de caballos y por eso ignoren que con buen trato y mejor mano el asno es casi tan noble como un perro. Conseguimos tres rucios tan iguales que parecían hijos todos de una misma burra; sus crines eran plateadas, el pelaje gris pardo y las patas fuertes como pilares; de ojos negros y profundos, pero de cálida mirada. Fue una decisión acertada, pues durante todo el viaje se dejaron guiar con facilidad por las veredas, siendo tercos solo cuando el camino se empinaba en demasía o cuando Cucha intentaba arrearlos con las blasfemias más horribles de su repertorio, que era asaz copioso, como diría Villarroel.

En ellos cargamos nuestras exiguas pertenencias: agüelas por si refrescaba, que la noche al raso ha matado más gente que la Inquisición; capas para el temporal, los calcos para ir de bonito —los viejos los llevábamos puestos—; alares de lana, peto grueso de ante y medias azules; mi jubón preferido, lavado de sangre y remendado de los tajos por las hábiles manos de Villarroel, y otro más fino para cuando la ocasión lo demandase; cotas de malla: dos de hilo de acero, más cómodas cuando hace calor, y las otras dos recuerdo de cuando servimos como guardeses del tabaco —capricho de Cucha—; estas estaban formadas por dos gruesas láminas de metal martilleadas hasta darle la medida de nuestros cuerpos. La placa del pecho tenía grabada un águila bicéfala resaltada con oro en las plumas y rojo sangre en los ojos. La placa de la espalda era más sencilla, teniendo únicamente por adorno una banda en la que en letras negras se leía «renta tabak». Eran gruesas, rígidas, pesadas e incomodas, pero seguras e impenetrables: ya fuera la punta de un acero o un pelotazo de pistola a quemarropa, lo paraban todo. Para dormir, dos viejas corachas ensanchadas con trozos de arpillera; como almohada, una piedra del

tamaño adecuado.

Como no era cuestión de perder el tiempo o la vida en las posadas del camino —amén de que no teníamos ni blanca—, convencimos a Villarroel para que diera una plática en la parroquia animando a los jóvenes a no caer en el pecado de la carne. Mientras él aleccionaba a los chulamos, nosotros saqueábamos impunemente y entre risotadas el arcón-despensa que mi amado maestro había llenado con tanta dedicación y que siempre tenía vigilado cuando nosotros estábamos en casa, como el clérigo de El Lazarillo. No piensen vuestras mercedes que nos reíamos de la fechoría, ni mucho menos, solo nos hacía gracia pensar en la cara que pondría cuando le tocase hacer ayuno de Cuaresma, pero ayuno de verdad, ese que predicaba pero que no cumplía.

En total el botín ascendió a cinco hogazas de pan, siete azumbres de vino —del de consagrar, hecho con uvas pasas secadas al sol, muy fino, dulce y delicado, como la sangre de nuestro Señor—, varios quesos de la sierra; cinco farinatos, regalo de un letrado que le pidió la extremaunción —barata compró la entrada—, un frasco lleno de esas guindillas secas tan fuertes que a mí me gusta masticar y que con tanto recelo nos dosificaba, el hueso de un jamón para hacer caldo y cuatro chorizos picantes. Una presa digna de piratas.

La mañana en la que partimos clareaba fresca, los pájaros de la catedral y los pedigüeños de sus puertas ya empezaban a inundar la calle con sus cantos y lamentos y el puente comenzaba a llenarse de carreteros. En la calle Cucha y yo comenzamos a cargar los bultos en las bestias.

—¿Pensáis reponerme lo robado? —comentó Villarroel apareciendo por la puerta de la cuadra.

—Tómelo como un préstamo, ayo.

—Hijos míos, ¿no os cansáis de aventuras?

Hice una última lazada al bulto que estaba atando y giré la cabeza hacia donde él estaba.

—Somos de alma inquieta, maestro, bien lo sabe usted.

—¿Al final has decidido embarcarte? Podrías desertar, estoy seguro de que pronto olvidarían el tema.

—¿Y a que no sabe a quién ha arrastrado con él? — preguntó Cucha con sorna.

—Aníbal, este mundo cada vez es más pequeño: las nuevas tierras ofrecen tesoros inimaginables que alimentan la codicia de los hombres, como dice el Eclesiastés: «Quien ama el dinero nunca tiene bastante» y «donde hay mucha riqueza hay muchos a comerla». Huelga decir que entonces el diablo susurra palabras de odio en los oídos y los hombres luchan entre sí por una pepita de oro más en sus bolsas mientras Satanás y la muerte ríen como en un corral de comedias… Dice el vulgo que no es oro todo lo que reluce y veo ahí mucha sabiduría. «¿De qué sirve a un hombre ganar el mundo entero si se arruina la vida?» Aníbal, muchacho, allá donde vayas no deberás fiarte de nadie, porque nadie se va a fiar de ti —comentó cansado y dolido al tiempo que buscaba asiento entre las viejas corachas del tabaco que se amontonaban en una esquina.

—¿Quiere venirse con nosotros, profesor? Nos vendría muy bien algo de su moderación y de su cordura.

—Me temo, mi querido amigo, que en este viaje no puedo acompañarte. Por fin he conseguido mi ansiada plaza como profesor de matemáticas en la universidad de esta alegre villa, con lo que ahora me toca lidiar con la peor calaña: la de las cabezas vacías de conocimiento pero llenas de lujuria del alumnado. —Sonrió—. Casi preferiría batirme en duelo armado con un mondadientes.

—Una lástima —asentí—, pero usted fue quien se lo buscó, y «sarna con gusto no pica».

—Bien cierto, pero ya sabes que la mayor paradoja y desgracia de esta vida es conseguir lo que se desea, aunque peor es aún el no conseguirlo. Me gustaría retenerte, Aníbal, pero no encuentro las palabras que puedan hacerlo. ¿Qué es necesario que diga? ¿Una súplica? No soy pedigüeño ¿una orden?… No soy tu madre, no puedo y sobre todo no debo, no tengo autoridad alguna sobre ti más que el consejo desinteresado del amigo fiel.

—No será tan desinteresado si el consejo busca aliviar una

necesidad del consejero, como en este caso disfrutar de mi compañía —repliqué socarrón y falsamente henchido.

—Veo que con los años no ganas ni una pizca de humildad. —Volvió a sonreír—. Cada uno tenemos que encontrar nuestro propio camino…

—Eso mismo me dijo cuando era un zagal. Grabado en la sesera lo llevo. —Me señalé la frente.

—Poco queda ya en ti de ese chiquillo que destrozó mis estanterías trepando por ellas. Donde antes había ignorancia ahora hay cultura, donde antes había inocencia ahora hay… una espada. —Miró la cazoleta de Longina prendida de mi tachonada con un punto de sufrimiento en sus ojos.

—Todos envejecemos, maestro, y en ese camino trocamos unas cosas por otras. Más protege el curtimiento que nos va dando la vida que el hierro, pero a veces no queda más solución que emplearlo, bien sabe usted que no soy un baladrón que desenvaina para fanfarronear.

Villarroel se abrió las ropas y de su interior sacó un viejo y grueso libro.

—Ten, la vida a bordo es tremendamente monótona.

Lo tomé y sin apenas mirar el grabado de un barco que dominaba su portada, lo introduje en una alforja.

—Ya me he leído todos sus libros de náutica, me los conozco casi de memoria.

—No creo que hayas leído este, es de los tres que componen mi colección privada, esa que guardo en un lugar donde tus largos dedos no llegan. Te gustará y espero que te aproveche, es un ejemplar muy valioso; así que por favor te pido que lo protejas bien de la humedad y de los ojos indiscretos.

—¿Y cómo es que me hace entrega de tan estimado tesoro?

—Para obligarte a que me lo devuelvas —sentenció fatigado—. Tengo por aquí mi viejo rosario, está conmigo desde que tengo uso de

razón y creo que ya hay más «yo» en sus cuentas que madera.

Villarroel lo tomó con dulzura, despidiéndose. Lo posó en la palma de su mano izquierda y con la diestra lo acarició mientras murmuraba una oración que no pude identificar. Juntó las manos a modo de cuenco y me ofreció el rosario.

—No puedo aceptarlo, maestro mío, ya me ha dado demasiado.

—No seas insolente. Jamás desprecies aquello que se te regala, como dicen los moros: «acepta lo bueno». Quizás este rosario te salve la vida; cuando nos conocíamos no tenía potestad para ciertas cosas y ahora sí. Yo también he crecido, Aníbal, y he aprendido; ahora ya vas protegido contra el demonio. —Estiró la mano cogiéndome de la muñeca, me giró la palma, lo depositó con cuidado y me cerró el puño —. Aunque creo que es el demonio el que tiene que temerte a ti.

—¿Protegido del demonio? —interrumpió Cucha—. ¡Ca! Mejor dele algo para protegernos las espaldas de los cuchillos. Que aún no conozco ni un solo espíritu, fantasma o demonio que pueda herirme. Y los hombres… Que Dios los guarde de la ira de mi brillante.

—Amigo necio y soberbio te acompaña, no disfrutarás del placer del aburrimiento.

—Ya sabe, profesor, este gigantesco calvo no conoce la modestia ni la mesura. Es un metepatas, un bocazas y un animal; pero es fiel amigo, como usted.

Sonreí, me acerqué a Villarroel, extendí los brazos y le di un efusivo abrazo. Suspiró apenado.

—Acuérdate de escribirme de vez en cuando, que sienta que invertí mi tiempo en enseñarte algo. Piensa también que ya tuve suficiente con enterrar a tu madre, así que te quiero de vuelta y de una sola pieza, no me hagas el feo de morirte o te arrepentirás. —Rio —. Guárdate de los rayos, de las olas solitarias y de los pendones desconocidos. Cuando sientas que no puedes más, escucha el susurro que palpita en tu alma, rabia y grita, que tu voz asuste al mismo miedo. Empuña tu espada con fuerza, sabiendo que su acero hará justicia. Y guárdate de la maldad de los hombres, pues los mares no están llenos de agua sino de hiel humana.

Lo miré a sus grandes ojos azules y asentí en silencio.

—Villarroel, decía mi tía Carlota que hay que ayudar al que marcha —apuntó Cucha subiendo con esfuerzo a su borrico.

—¿Ahora te entran las prisas, poltronazo?

—«La mayor jornada es salir de la posada». El oro nos espera; y bien sabe Dios que no me gusta llegar tarde a la cita con tan respetable hidalgo. Por cierto, Villarroel, tengo un par de contratos con unas viltrotonas, acuérdese de cobrar sus alquile…

—¡Lárgate, marquesón disoluto! —gritó iracundo Villarroel, señalándole con el dedo.

—Cuídese, padre —dijo muy quedo, aguantándose el cuajo y llevándose los dedos al tejado.

Cucha estaría en deuda eternamente con Villarroel porque, como este le había salvado la pierna y posiblemente la vida tras la cascarada en la Clerecía, le profesaba un afecto y respeto profundos, aunque parecieran no manifestarse. Mi maestro, buen conocedor de almas y hombres, sabía de sobra que no había en ningún reino de este mundo oro con una ley superior a la del que componía el corazón del vasco. Las burlas y ofensas, las protestas y sermones no eran sino un juego entre ambos.

Corrí hasta el dintel y me detuve unos instantes observando los rincones y las telarañas de aquella casa que tantas quejas y lágrimas había enjugado.

—Villarroel, cuide de estos muros; no valen mucho, pero el día que regrese espero volver a dormir entre ellos.

—Ve con Dios, hijo mío. —Dibujó una cruz en el aire, bajó la cabeza y batió la mano indicándome que me largara.

Corrí hacia mi pollino y con una prisa tal que casi me reabre las heridas, me acomodé en la albarda.

—¿Ya te despediste? —Asentí en silencio—. Pues vámonos, el oro apremia.

Cuesta darle la razón a Cucha, pero él estaba en lo cierto: el camino hacia Sevilla era largo; con buenos caballos y teniendo plata para poder refrescarlos, con suerte podríamos haber llegado al destino en cuatro jornadas de buen galope, pero con nuestras heridas aún frescas tal ritmo nos reventaría; además tuvimos que contender con tábanos, piojos y garrapatas que habitaban en nuestras monturas y que cada poco se aventuraban a saltarnos a la cara o a picarnos por el cuerpo y ante tal enemigo poco podían hacer nuestros hierros y pistolas. Había un peligro aún mayor: temíamos que con la paliza del camino y el peso que llevaba cada jumento a sus lomos, alguno se muriese en el trayecto, obligándonos a sobrecargar a los demás y arriesgarnos a perderlo también. Por este motivo partimos con holgada antelación. Ítem más: para evitar que las bestias sucumbieran de insolación, acordamos hacer camino únicamente en las horas suaves de sol: desde las primeras luces hasta el cenit y desde el atardecer hasta las primeras estrellas. Aprovecharíamos las horas centrales del día para descansar nosotros y refrescar a los animales. No podíamos ni demorarnos ni relajar la disciplina horaria; aún quedaban quince días para que expirase el plazo que me había impuesto el marqués, pero si en dicho término no me hubiese matriculado en la Casa de la Contratación podría enfrentarme a la soga por desertor. Y les digo a vuestras mercedes que si ya es indigno desertar de tu patria, más indigno es que te tachen de cobarde y esa sola posibilidad me llagaba la carne.

Pero como siempre ocurre: el hombre propone, Dios dispone y Cucha descompone: a los tres días de camino hicimos uno de los altos que tan bien teníamos planeados. Los víveres también estaban perfectamente racionados, pues no podíamos gastar lo que no teníamos, así que comíamos lo justo para no perder el equilibrio ni la cordura. Qué mayúscula fue mi sorpresa cuando al destapar uno de los zurrones donde llevábamos los quesos apenas quedaban un par de famélicos pedazos que no daban ni para un mal mordisco. Apreté la quijada y a la cabeza me vino de nuevo el pasaje del Lazarillo y el clérigo de Maqueda:

—*«Qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan».*

—¿Qué dices, Aníbal?

—Ratones —respondí enfadado, sacudiéndole una patada al viejo

zurrón.

—¿Qué? —Se apresuró a decir Cucha haciéndose el bodoque, distraído, mirando a la nada.

—¡Ratones! Que han venido ratones a roernos la comida, y tienen que ser del tamaño de sillares de piedra de Villamayor para causar tan tremenda lacería.

Desaté otro zurrón y con rabia vacié lo que quedaba a los pies de Cucha. Unas ridículas migas y las cortezas quemadas de los panes cayeron al suelo.

—Nos habrán robado —comentó Cucha desentendido, sin hacer por sorprenderse tan siquiera un ápice.

—Pues los ladrones son de gusto refinado, porque han dejado lo amargo. —Me pellizqué el caracolillo del bigote tratando de atemperarme.

—¿A quién le gusta comer amargo? Ser ladrones no les impide tener buen paladar.

—Mira, puto cabrón, nací entre miserias y crecí entre ladrones, pero voto a Dios que jamás, en todos mis años, he conocido un ladrón tan hábil como para poderles robar el queso de las alforjas a dos hombres armados.

—Habrá sido mientras dormíamos. —Seguía haciéndose el desentendido.

—Mientras dormíamos. —Asentí con la cabeza—. Tienes más jeta que cogote, tragasangres. Ahora me explico por qué no te quejabas de la penuria de tu ración; claro, ¿cómo no me daría yo cuenta antes? Un animal que de una sentada es capaz de meterse entre el pecho y espalda un tostón entero sin parar para respirar, en tres días de viaje no protesta por las migajas que forman su parte de los víveres. Joder, Cucha, que siempre haces igual: devoras y después casi morimos de hambre.

—Aníbal, coño, que hay mucho cuerpo que alimentar —dijo guasón estirándose y masajeándose la barriga.

—Esos quesos eran para el camino. —Hice ademán de echar mano a Longina—. Tendría que rajarte la barriga y sacártelos aquí mismo. —Cucha comenzó a reír—. Te sabes fuerte y seguro, pero algún día, barril de tocino, te dibujaré una sonrisa en tu bandujo con acero.

—Me gustaría ver cómo lo haces. —Desafió enarbolándose y echando mano de la vizcaína.

Fingí aplacarme y comencé a recoger los zurrones, pero cuando bajó la guardia y me dio la espalda, desenvainé a la del puño y lo fustigué con la hoja.

—¡Hideputa! —Bramó llevándose las manos a los riñones.

—Nunca olvides que aún tienes pelotas gracias a mi piedad. —Entre carcajadas engarcé la espada, recompuse la carga en mi burro y monté—. Dios nos castiga por haber saqueado la despensa de un cura. Nos está bien empleado.

Por lo menos tuve un poco de suerte, pues se había escapado de las garras de Cucha el gato de guindillas secas con cuyo exquisito ardor me recreaba de cuando en cuando. No hubo nada de milagroso en esta salvación; sencillamente a Cucha no le gustaban.

Desgastados vagamos por los caminos arrastrando nuestros huesos y tirando con desgana de nuestras monturas, tan magramente alimentadas como sus jinetes, ya que se tenían que contentar con pastar hierba al no poder permitirnos forrajes más sustanciosos. Decidimos imitarlas buscando entre zarzales y abrojos alguna baya o hierba que pudiéramos comer, pero lo poco que encontrábamos no llenaba nuestro boque.

Una tarde, estando recostados a la sombra de un olivo, vi cómo algo se movía a varias varas de distancia, entre unos matorrales; pronto vi la figura de una liebre de grandes orejas y hocico ajedrezado en castaño y negro; suavemente metí la mano en mi costado izquierdo tratando de sacar con suma delicadeza la pistola, la amartillé despacio, cubriendo el pedernal y el mecanismo con la palma de mi mano para evitar que el chasquido levantase la presa y apunté hacia ella.

—Por tu padre, mátala —me siseó Cucha desde el suelo.

—Eso intento… —musité aún más bajo, pero mi susurro espantó a la pieza—. ¡Mierda! ¿Por qué coño no sigues dormido, gordo de la higa?

—Porque tenía ganas de ver cómo fallas, como siempre, nagi —bramó lanzándose contra mí para empezar a repartirnos una rociada de golpes.

Justo cuando estábamos en lo mejor, esto es: mordiéndonos las orejas, una pareja de corchetes vino a separarnos.

—¡Apártense! —gritaba uno que me había cogido por las islillas mientras me arrastraba lejos de Cucha. Su compañero, un zagal de apenas veinte años y porte endeble, trataba de sujetar a Cucha, pero este, forzudo incluso en la hambruna, lo apartó de un manotazo, tirándolo al suelo.

—¡Quita, cojones! —gritaba Cucha mientras trataba de ponerse en pie.

Dada su corpulencia, cuando mi amigo se tumbaba —o lo tumbaban— le costaba volver a ponerse erguido; aparentemente tan inerme como una tortuga panza arriba, pero aun así más peligroso que una osa herida.

—¡Basta ya! —El hombre que había tirado de mí desengarzó su pistola y disparó al aire buscando hacer paz—. ¿Qué riña de malparidos es esta? ¿Quién estaba robando a quién? —preguntó mirando cómo se miñaban nuestras bestias tras haber oído el disparo.

—Ninguna, alguacil —dije enroscándome bien el tejado, colocando la pluma y sacudiendo el polvo de mi nube para finalmente erguirme con mucha dignidad y terminar de colocarme los ropajes.

—Tranquilos, padres de justicia, el seboso y yo somos amigos.

—Seboso… —murmuró Cucha tirado en el suelo mientras pataleaba como un niño levantando polvo con sus pies—. Ven aquí y ayúdame a levantarme, hijo de mala hurona.

Caminé hacia su mano extendida y estiré la mía, pero para ayudar al joven quitapelillos que yacía tirado en el suelo al lado de mi amigo, mientras yo le lanzaba a este una mirada de soslayo; Cucha, embargado de rabia, masculló algo más sobre mi madre.

—Alguacil, ¿está bien? Mi amigo es un tanto bruto, espero que no se haya lastimado. —Me interesé, palmeándole las ropas.

—Todo bien, todo bien —dijo nervioso, sintiendo los ojos de su superior juzgándolo—. No es nada, es solo un leve «arrastrón».

—Extraña amistad la de ustedes dos… —dijo desconfiado el otro, frunciendo el gesto al tiempo que volvía la pistola a una tachonada adornada con gruesos clavos de plata labrada. «Demasiado lujo para un simple posta», pensé.

—La confianza que dan los años, muchas veces se torna cerda y rastrera. —Sonreí confiado, quitándole hierro al asunto.

—¿De dónde vienen?

—De Salamanca.

—¿Y así se las gastan en aquella tierra? ¿A tortas con los amigos? ¡Qué no harán con los enemigos! —Lanzó un ojo a mi respeto.

—Mire vuecelencia: es el hambre; hicimos mal cálculo de provisiones para el camino y las agotamos antes de llegar a nuestro destino. Llevamos varias jornadas caminando sin probar bocado.

—¿A dónde se dirigen?

—Vamos a… —Dudé—. A Huelva.

Noté la extrañeza pintada en el rostro de Cucha y le guiñé rápidamente un ojo.

—Si siguen por este camino, no tardarán mucho en llegar a una aldea con buenos mesones.

—Muchas gracias —dije pellizcándome el ala del tejado.

—¿Es que nadie va a ayudarme? —gritó Cucha a nuestros pies y

entre los tres lo levantamos.

—Tengan buen camino, y no se maten entre ustedes.

—Descuide, señor, seguro que en poco rato cazaremos algo con lo que matar el hambre.

Montaron y reanudaron el camino, en dirección contraria a la aldea que nos habían indicado. Cucha se me acercó sacudiéndose el polvo y gruñendo.

—¿Huelva?

—Cucha, hay que recobrar nuestros burros y salir a galope o lo más parecido que podamos.

—¿Qué dices?

Por respuesta le mostré el gato de los dineros que le había levantado al joven alguacil. Arrancamos a reír y no paramos: reíamos como gurruminos mientras corríamos tras los asnos, reíamos cuando recomponíamos la carga y cogíamos las riendas para montar… Solo el eco de las piedras del camino en nuestros estómagos vacíos nos volvió a la seriedad. Calcorreando nos azuzábamos mutuamente más que a las bestias.

Por simple precaución pasamos de largo por la aldea que nos habían indicado, aunque me costó un par de maldiciones quitar la cara de enamoramiento que puso Cucha en cuanto le llegó a la soniente el aroma a asado que salía de uno de los mesones; en cuanto olía pitanza o pozo de puta era peor que un niño.

Seguimos al ritmo que nos marcaban nuestros jumentos, cada vez más débiles; cerca del atardecer divisamos un pequeño poblado de gitanos algo apartado del camino. Los nómadas del calete habían levantado un asentamiento utilizando no paja y adobe, sino carretas; junto a ellas habían alzado picas entrelazadas con maromas y cubiertas con lonas pardas, viejas y remendadas sujetas con estacas al suelo; las telas estaban tan desgastadas que flaneaban con la más mínima brizna de viento. De algunas carretas salían voces débiles, cantos de otras y de todas sombras proyectadas por la luz de los candiles del interior. Apenas entramos en el poblado fuimos saludados

por los ladridos de unos perros más famélicos que nosotros y que acompañaban a una mujer que estaba tendiendo la ropa y a su hijo.

—¡Diquela, mama, payos!

La mujer, se giró, aguzó la mirada, pues teníamos el sol a nuestras espaldas, y comenzó a gritar.

—¡Naja, chavea! ¡Chineles, chineles!

La música paró, los candiles se apagaron y los murmullos y cuchicheos dieron paso a las letanías y las mentadas de madre.

—¡Fuera, hideputas! —gritó una voz de hombre.

—¡No tenemos nada más que daros! —gritó a su vez una mujer— ¡Aquí los alguaciles no mandan!

—¡No somos borces! —grité. Y el silencio se hizo.

De entre las tinieblas apareció un viejo atezado de cara regordeta y frente ancha; su pelo y su barba eran canos y tupidos. Se iluminaba con un candil y para caminar se servía de un cayado de olivo que mordía con su punta el barrizal.

—¿Qué quieren? ¿No tienen bastante ya?

—No somos borces —repetí.

El trapacero dudó, nos escrutó con ojos de desconfianza y mucho tiento, deteniendo la mirada en espadas y pistolas.

—¿Y qué mierda quieren? Esto no es propiedad de ningún payo, ni está sujeto a las leyes de ningún rey — dijo con el asco reflejado en su voz y en su cara.

—Somos caminantes, al igual que ustedes.

Deslicé los dedos en la sacocha de la goda y tomé una de las monedas que le había levantado al estorbo joven. La golpeé con el pulgar, lanzándosela al gitano; el metal voló y cayó en el barro, salpicando levemente los calcos de harapos y cuerdas que cubrían los pies del conde.

—Solo queremos algo de yantar, refresco para nuestras monturas y un lecho seco donde pasar la noche, por la mañana no quedará ni nuestra esencia en su poblado.

—Es mucho dinero —dijo el anciano mirando la moneda clavada en el barro.

—Lo que sobre de nuestros gastos pueden quedárselo, pero no escatimen en darnos vino, venimos secos —dejó claro Cucha.

El anciano tragó saliva, dudó y nos miró.

—¿Solo una noche?

—Solo una —respondí con seguridad.

Deslicé mis dedos en un bolsillo y tomé un pellizco de rapé y lo aspiré mientras el viejo me observaba con detenimiento.

—¿Gusta? —pregunté estirando el brazo.

—¡Demonios, eso ni se pregunta, por supuesto que sí!

Caminó renqueante, buscando hoyos, hacia nosotros, tomó el rapé que le ofrecía y gritó:

—¡Son buena gente, sacad vino y algo de cabrito, que coman hasta reventar!

Mientras el poblado bullía preparando lo que prometía ser buena fiesta, el viejo nos habló en un aparte.

—Payos… no quiero problemas, no somos salvajes; vamos camino de Nápoles. Esta tierra ya no nos quiere y dicen que allí las cosas están mejor.

—Tranquilos, en lo que a nosotros dos respecta no tendrán problemas.

Hicimos rápidamente liga con los gitanos. Nos llevaron a la carreta del anciano, a la que llamaban con todo respeto «Palacio». La tela que hacía las veces de pared y de techo era viejo lienzo de galeras, grueso y lleno de remiendos. Sobre un suelo de alfombras

confeccionadas con viejas cuerdas y acomodados entre mantas y cojines llenos de polvo, repusimos fuerzas con bandujos, chistorras, quesos y nueces. Calmamos el cuerpo con buen caldo y mejor vino moro, fruto de vides ajenas. Compartimos rapé y vivencias. Contamos también nuestro encuentro con los quitapelillos y se le amargó el gesto, porque ya conocía de sobra su fama. Aquellos que nos habíamos encontrado en el camino eran unos delincuentes auspiciados por la justicia, porque delinquían en su nombre: amparados por su condición se dedicaban a cobrar impuestos extraoficiales que no iban a parar al erario público, sino a sus bolsillos.

Los calés habían sufrido su última visita un par de días antes. Les sisaron de todo: dinero, ropa, comida… poco les faltó para llevárseles también la miseria, pero a esa no la quisieron. El más codicioso, según nos contó el anciano, era el más viejo; el otro era un hidalguito aniñado, bambarria y nervioso; faltas que eran suplidas por la salvaje veteranía de su jefe y compinche. Cucha y yo comprendimos que el dinero que les habíamos levantado era de los gitanos. Terminamos de cenar y nos acomodamos para dormir.

Tras muchas jornadas malcomiendo y peor durmiendo aquella noche pudimos, por fin, descansar. Cucha lo celebró roncando como nunca le había oído hacerlo. Llegó la mañana y con ella un buen almuerzo, tras el que seguimos hablando con nuestro anfitrión, si bien declinamos su invitación a jugar a las cartas, pues es bien sabido que los gitanos manejan el libro de cuarenta y ocho mejor que nadie y no queríamos llegar a Sevilla más pobres, si era eso posible, que cuando salimos de Salamanca.

—¿Por qué no han levantado el campamento? —le pregunté al anciano—. Se arriesgan demasiado permaneciendo aquí. Pueden volver en cualquier momento.

—Tú eres muy listo, payo, lo que no sabes es que tenemos cinco hembras a punto de parir y dado su estado no podemos arriesgarnos a que con los traqueteos del viaje se malogren los chaveas que llevan dentro; eso es pecado. —Negó con la cabeza—. Nosotros cuidamos a nuestros mayores y los niños nos cuidarán cuando llegue el momento, es nuestra ley. No traemos hijos a este mundo para engordar a los lobos…

El viejo se detuvo, emocionado. Yo aproveché la pausa para tomar el esquero que les habíamos aliviado a los dos estorbos y se lo entregué.

—Esto es suyo, los alguaciles nos lo regalaron sin darse cuenta cuando nos encontramos con ellos, creo que…

De repente el patriarca del poblado hizo un gesto para mandarme callar, como si hubiese oído el aullido de uno de los lobos de los que había hablado. Nosotros no oíamos nada, pero enseguida nos llegaron gemidos, lamentos y blasfemias. Cucha, con esa agilidad que nunca perdía en los momentos de peligro, se levantó y asomó un ojo.

—¡Son los ministriles!

—¿Qué querrán ahora? —preguntó el viejo tratando de levantarse del suelo.

Lo ayudé a incorporarse y cuando estuvo en pie me contuvo con sus manos.

—No, no, dejádmelos a mí. No salgáis de la tienda.

Le abrí paso y Cucha le levantó la tela para que pudiera salir; nosotros nos quedamos en silencio, escuchando y tratando de pillar algo con la vista por los descosidos de la tienda.

Fuera estaban los dos alguaciles que nos habíamos encontrado en el camino; el joven había cogido por los pelos a una niña de no más de cinco años y tiraba de ella arrastrándola por el barro mientras la pobre pataleaba intentando zafarse; tras ella iban sus padres suplicando, pidiendo misericordia, nombrando santos y echando pestes, todo a la vez.

—¡Alguaciles del demonio! ¿Qué justicia es la vuestra? ¿Dónde dice la ley que hay que atormentar a niños? —gritó el anciano.

—¡En la ley de mi pistola! —gritó también el tomajón, desenvainando el arma y asentándole una onza de plomo al corazón del viejo conde.

El impacto provocó una lluvia de sangre en todas direcciones. El

cuerpo muerto del viejo se elevó más de un palmo sobre el suelo para después caer de espaldas. Su cabeza se abrió paso entre las lonas que servían de puerta al «Palacio» para caer como un fardo a nuestros pies. Su cara había quedado petrificada en una mueca de dolor que inmediatamente me recordó a la del sevillano Cristo de la Expiración, al que el pueblo llama «El Cachorro». Y si Nuestro Señor murió por salvarnos a todos, el viejo lo había hecho en su nobilísimo afán de defender de la injusticia a los que estaban bajo su autoridad.

El mastín se giró guardando la pistola y comenzó a hablar a los gitanos, que aullaban de rabia y duelo.

—¡Callaos, plañideras de los cojones, que bien muerto está! Sé que habéis sido vosotros. No, no os hagáis los bobos; bien sabéis a qué me refiero: hace una jornada dos justadores bien vestidos, uno alto, más grande que Goliat y más gordo que un cerdo —sujeté a Cucha por el brazo— y otro algo más bajo y cara de mílite han atentado contra nuestra autoridad, levantándonos el dinero de los impuestos del Rey. O son de los vuestros o se han refugiado en este espulgadero donde vivís, así que…

—¡Eso es mentira! —gritó una mujer entre sollozos—. ¿Por qué lo habéis matado? —Concluyó, tirándose de rodillas en el barro.

—¿Mentira? —Desenfundó su daga y la apoyó en el cuello de la niña—. Tirad a mis pies ahora mismo joyas, piedras, pendientes, pulseras, oro u os juro que…

Habíamos oído ya suficiente. No hizo falta ni mirarnos para salir los dos a la vez de la tienda con las armas prestas.

—¿Qué juras, mazorral? —le siseé a la oreja tomándolo por la frente y tirando hacia atrás de ella mientras le hacía sentir la punta de mi vizcaína en la yugular.

—Afloja el garrón, niño —le dijo Cucha al joven con aparente dulzura, pero con la pistola en una mano, el desmallador en la otra y amenaza en su mirada.

El hombre soltó a la niña y esta corrió con sus padres.

—Putos cortabolsas —dijo el viejo con dificultad—. Vais a chupar

más barrotes que pinos han chupado las putas chanflanas que os parieron.

—Es vueseñoría muy osado, teniendo en cuenta la posición en la que se halla. Por otro lado, también dice el refrán que quien roba a un ladrón tiene mil años de perdón. Suelte todo el sol que lleva encima. Y las ropas. — Aflojé la presa para que pudiera maniobrar—. ¡Vamos!

—Eso va también por ti, chapetón —le dijo Cucha a su compañero, animándolo con una patada que lo tiró al barro. Cuando ya quedaron in puribus hablé con el gitano que parecía más viejo. Le conté lo del dinero que estaba en la tienda, que les pertenecía, y le dije que cogieran todo lo que llevaban encima aquellos dos gazmios.

—No hay oro bastante en el mundo para pagar la vida de mi hermano. Que Dios lo tenga en su gloria. —Se santiguó.

—Soltadnos y tened por seguro que cuando demos con vosotros os pasaremos a todos por la ene de palo — apostilló rabioso el borce.

—¡No hablaba contigo! —grité pateándole la corva y haciendo que cayera al suelo.

Miré a Cucha buscando una solución. Negó con la cabeza.

—¡Yo quiero su sangre! —gritó al barro la anciana que estaba arrodillada y que palmeaba el cadáver en un vano intento de resucitarlo.

El resto del poblado se sumó a su petición: «horca» gritaban unos, «a despellejarlos» gritaban otros. El gentío había decidido y Barrabás esta vez sería sentenciado y ejecutado. Pero los caminos del Señor son inescrutables: en un fugaz respingo de gato, rápido e inesperado, el alguacil se tiró a mi cintura, introduciéndose hasta la campanilla el cañón de mi pistola y apretando el gatillo; en un instante sus sesos quedaron esparcidos por el suelo y el público explotó en vítores de alegría y risas, pidiendo la cabeza del siguiente reo; este rezaba Avemarías y Credos sin parar entre sollozos de puro miedo.

El nuevo padre del poblado itinerante se le acercó, se agachó y le dijo al oído unas débiles palabras de las que acerté a escuchar:

—… pues te juro que ni Dios con su infinita misericordia podrá librarte del tormento que te espera y de que hoy veas al diablo rodeado de tus muertos.

Se volvió hacia nosotros y nos habló con la autoridad con la que acababa de ser investido.

—No sé si sois unos locos o unos valientes, payos, y mal rayo me parta si entiendo por qué habéis arriesgado el pellejo ayudándonos. Largaos.

—¿Y el maltrapillo? —preguntó Cucha, como si no supiera lo que pasaría.

—Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Es la ley.

Recogimos rápidamente nuestros pertrechos mientras oíamos los gritos del condenado y las risas de sus verdugos. Por algún grito de triunfo supimos que el tormento había empezado con la castración. Montamos sin volver la vista atrás.

Continuamos camino con nuestro ayuno a cuestas, con las piernas tambaleantes y el ánimo picado por el cansancio, pero conseguimos llegar a Sevilla. A pesar del tiempo que había pasado desde nuestra última visita apenas había cambiado y seguía oliendo a prosperidad. Su puerto era una inmensa fuente de riqueza donde se concentraban todos los tesoros que España conquistaba por el mundo. La Casa de la Contratación asentaba todo aquello que venía de América: oro, plata, gemas, especias, semillas, esclavos y, como bien saben vuestras mercedes, tabaco. El trasiego diario era una locura difícilmente narrable: carros tirados por bueyes iban y venían siempre cargados hasta desbordarse los fardos por encima de los cocheros, pues no era cuestión de desaprovechar un viaje ni de ida ni de vuelta.

Malvendimos los borricos y entramos en un mesón para celebrarlo. Llegamos a la Casa y dada nuestra antigua condición de guardeses del tabaco, los largos años sirviendo a la renta real, y, sobre todo, nuestra buena fama, no tardaron en franquearnos el paso. Enseguida encontramos a antiguos conocidos y compañeros que esperaban turno ante los funcionarios. Allí estaban Casado Rodríguez y su hermano David, dos selladores de corachas que más de una vez cerraban los ojos un instante durante el pesaje de nuestras sacas,

haciendo un borrón y poniendo un uno donde había un cero, perdonándonos así esas libras que en el camino desaparecían por los agujeros de nuestras narices; al primer guardés que vimos fue a Mariano González, antiguo estibador gaditano con el que no parabas de reír, podía y hacía chistes de todo y sobre todo; Matellán y su cuñado Jorge, gente recta que no dudaba en curvarle la espalda a puñaladas al desgraciado que se le acercase al carro del tabaco sin permiso; también estaba Santín y sus increíbles historias… Pero sobre todas las caras conocidas sobresalían las de aquellos que en el camino se habían perdido. En el último año Aguado, Carmelo, Arregui y Martínez, buenos chicos de mirada alegre, encontraron la muerte en una emboscada camino de Madrid tendida por condes de la sierra —quizás fueran primos de los que nos auxiliaron—. Ricardo y Cortés, muertos a puñaladas a manos de dos chillonas en pleno acto de la contienda mientras otros fulanos les fatigaban la mercancía… Tantas caras, tan jóvenes y ahora perdidas.

Tras mucho rato saludando a viejos conocidos, y añorando a los desaparecidos, llegamos a la oficina que nos habían indicado a la entrada.

Saludamos a un escribano que por respuesta gruñó y le tendí el legajo que me había dado el Marqués de Villena. Lo tomó y antes de abrirlo algo llamó su atención, pues abrió fugazmente los ojos de par en par. Se levantó, cogió un delgado volumen de un estante y estuvo largo rato repasando sus páginas con el índice de su mano izquierda, porque era manco de la derecha. Cucha y yo nos miramos sin comprender nada.

—Cádiz. Ya me parecía.

—¿Cómo dice usted?

—Deben dirigirse a la Casa de la Contratación de Cádiz. Esta signatura del legajo así lo indica.

—¿Qué signatura? Además, el propio Marqués de Villena en persona me dijo que tenía que venir a Sevilla.

—Ignoro lo que le haya dicho tan augusto prócer, pero la concordancia entre la signatura y el libro registro de cifras es inequívoca; además, desde hace años casi todo el tráfico de

mercancías y las diligencias necesarias se gestionan en Cádiz. Si no quieren ir allí es asunto suyo; salgan de aquí antes de que a mi voz acudan varios soldados.

Mientras salíamos tuve que explicarle a Cucha qué era una signatura y que por lo visto «SACVRTSX» quería decir «Casa de la Contratación de Cádiz» al mismo tiempo que me preguntaba si el habernos hecho ir a Sevilla no había sido más que un pequeño tormento gentileza del marqués.

Ya en la calle volvió el mayor de nuestros males.

—Cucha, no tenemos ni un ochavo. Nos hemos almorzado el dinero que nos dieron por los burros y no quiero ir andando a Cádiz.

—Confía en el Señor, hombre de poca fe. —Me guiñó un ojo—. Espérame en la taberna de Valerio, ese nos fía, mientras voy a saludar a mis godas, que alguna aún me debe dinero.

Se me hizo corta la espera gracias al vino, la comida y la amabilidad de Valerio, buena persona y valiente entre los valientes de los Tercios. La cara de Cucha al entrar era de plena dicha; no hizo falta que dijera que había conseguido dinero y aliviar la congoja de su hisopo.

Hicimos noche en Sevilla y a la mañana siguiente, montados en los dos caballos más mansos que pudimos encontrar, nos encaminamos a Cádiz.

Si Sevilla era movimiento, Cádiz era trajín y bien podrían haberse empedrado sus calles con plata o incluso oro: puestos de aves, pescados y carnes se entremezclaban mientras pasaban entre ellos esclavos de ebanistas que llevaban al cuello carteles finamente labrados anunciando la habilidad de sus amos; arrieros blasfemando tanto a las bestias como para abrirse camino; los hidalgos y los funcionarios paseaban arriba y abajo sin ir a ningún sitio, altivos, hablando de dineros y escupiendo calderillas, exhibiendo su buena ventura en forma de gruesas cadenas de oro y paños finos, calcos limpios a medida de cada pie, espadas de cazoletas labradas en oro y esmeraldas con aceros sin mácula de pelea, calvas cubiertas por tejados de ala infinita con grandes y exóticas plumas de aves de las Indias. Las mujeres vestían con sedas y tocados a la última moda, con

los cuellos repletos de perlas, sus caras cubiertas por los más llamativos coloretes, haciendo que fuera casi imposible distinguir a las honestas de las escanfardas, aunque si he de serles sincero a vuestras mercedes, parecía que desde la última vez que habíamos estado en Cádiz todas se habían vuelto más sugerentes y lascivas, atrayendo miradas que causaban el encontronazo de muchos aceros. «Si van así por la calle, cómo estarán en los compases», comentó Cucha siguiendo con los ojos a una dama enfundada en impoluto carmesí que hacía temblar el suelo con la alegría de sus pisadas, más potentes por gracia que por fuerza.

Fuimos abriéndonos paso entre el gentío hasta que por fin llegamos a la Casa de la Contratación. El edificio y sus alrededores bullían: gritos, conatos de peleas, protestas y pujas por mercancías; funcionarios revolviendo entre legajos y sellos reales; mujeres gritando el género a voz herida, buscando comprador para sus cerdos. Negreros tirando de las cadenas que por el cuello cogían a hombres de pieles negras y brillantes, como si estos fueran caballos dispuestos en tiros de a veinte; los desdichados avanzaban cabizbajos, apáticos, desconsolados; sus caras desencajadas por el miedo a un látigo que restallaba al menor pretexto; entre ellos vi cómo una mujer de cuerpo esbelto y pelo negro como el carbón y enroscado en matojos de caracolillos lloraba amargamente. En sus brazos llevaba el cadáver de un niño apenas destetado.

—¡Suelta eso! ¿No ves que está muerto, so jareta? — le gritó el negrero a la mujer al tiempo que atizaba un soberbio golpe a sus brazos con la empuñadura del látigo.

El cuerpo del pequeño cayó al suelo, quedando colgado de una cadena que unía su cuellecito a la cintura de su madre, que comenzó a gemir con una lástima que aún hoy, al recordarlo, me estremece el alma. Retuve el paso, atónito e impotente ante tan monstruoso espectáculo, viendo cómo el crío era arrastrado dejando las huellas de sus piernas en el suelo; alcé la mirada y mis ojos se toparon con los de la madre. Y sentí que mi corazón se paraba.

Dentro del edificio el polvo que levantaban los pisantes ascendía creando una espesa calina rayada por el rabioso sol que entraba a través de los ventanales; negocios en corrillos y en esquinas oscuras, donde lo único que se veía era el brillo del oro corriendo de mano en

mano… el ambiente era una mixtura de aire turbio, griterío, calor y olores humanos que congestionaban garganta, oídos y ñeflas. Gente de todo tipo lugar y condición buscaba hacer negocio con la mercancía que al puerto arribaba a diario: sal rosa, azul y blanca proveniente de salares remotos, aves de coloridos extraños y picos curvados, macetas con esquejes de nuevas plantas —para jardines unas y para huertas otras—, sacos de especias tan olorosas que te abrían los canales de la nariz al pasar a su lado. Por si fuera poco, como el bochorno era insoportable, los ánimos se inflamaban con una facilidad pasmosa.

Caminando por los interiores de la casa de la contratación vi dirigiéndose hacia nosotros a un anciano hidalgo de capa morada, calcos impolutos y tejado de ala corta y medias turquesas que paseaba chulesco volteando su bastón de caoba y pomo de plata; su bigote era ralo, apenas unos penachos de pelos sobresalían de los costados de sus labios para buscar con las amarillentas puntas el cielo. Parecía que el mundo tenía que girar en torno a él y que con su mirada podía levantar toneles y descargar sacos y que las gentes se tenían que apartar de su paso como si llevara al Santísimo en una custodia. Todo el mundo debía verlo a la fuerza, salvo un zagal que empujaba tantas cajas de huevos que apenas lograba ver nada entre ellas. Si vuestras mercedes piensan que tuvo un encontronazo con el viejo y los huevos fueron a parar sobre este, se equivocan, el resultado fue más dramático: el viejo buscón, inspirado por algún diablo malurde y cizañero, quiso gastarle una broma al joven y le metió el bastón entre las piernas. Una inmensa tortilla se hizo en el suelo, malográndose hasta el último huevo; el mozo, al ver su desgracia, comenzó a llorar. El viejo, lejos de disculparse o darle dinero por la mercancía perdida comenzó a reír; el joven, rabioso, desenfundó el cuchillo cosiéndole al viejo la garganta a mojadas, una detrás de otra hasta que el filo de su cuadrador pinchaba en las mismas heridas. Así era la Casa de la Contratación.

La covachuela a la que nos habían dirigido se encontraba en un profundo y largo pasillo poco iluminado; a ambos lados de este la gente se sentaba enroscándose el fieltro hasta los ojos; aprovechando la espera para dormir, comer o tirar de la oreja a las cartas. Al fondo del pasillo, en la pared principal, se veía una sarta de ventanillas guardadas por gruesos barrotes intuyéndose, de cuando en cuando, trasiego de personas y cabezas alzando tímidamente los ojos. La parte baja de las paredes estaba negra de tantos pies como allí se habían

apoyado; el suelo estaba pegajoso por las bostas de animales que los pies arrastraban y un olor a salitre y pimentón flotaba en el ambiente; sin embargo se echaban de menos las manchas de humo en el techo y el olor a tabaco: los que allí aguardaban no eran de mucho prodigarse en lujos.

Alguien había grabado con un cuchillo en la pared un torpe pero claro: «MATRICULA CIONEZ», indicando así a dónde debían dirigirse los que deseaban embarcarse… y sabían leer. En la cola habría por delante de nosotros no menos de cincuenta prójimos: viejos marineros de caras flacas y cuarteadas, manos despellejadas y en ocasiones faltos de alguna extremidad anhelando el trabajo que por fin los retirara de las fatigas; había también jóvenes osados sin familia o sin conocimientos ni oficio que ansiaban embarcarse buscando la fortuna de las Indias, confundiéndolas con Jauja; borrachos de ojeras violáceas que les colgaban hasta los mofletes; gente sin nada que perder; asesinos recostados en las paredes que se cubrían la cara con el tejado deslizando lo justo y necesario de un ojo para poder controlarnos cuando pasábamos a su lado mientras suavemente, como si acariciasen los muslos de una fina gabasa, posaban su mano en el pomo de la hojarasca para prevenirse de un ataque; capitanes sin barco y cherinoles sin conciencia. Almas, en suma, huyendo, buscando escapar de un pasado que auguraba un futuro de esparto al cuello; en un barco español uno podría encontrarse la más variopinta humanidad.

Tras una espera que se nos hizo eterna por fin tocó nuestro turno en la ventanilla.

—Rápido, que no tengo todo el día. ¿Qué buscan? — nos dijo un amostazado funcionario vestido de negro, narices aguileñas y ojos hundidos tras unos pequeños quevedos.

A sus espaldas se levantaba un muro hecho con ladrillos de libros y argamasa de tablones viejos. En los dedos de su mano derecha, negros por la tinta, sujetaba tembloroso una vieja pluma desgastada. Saqué el legajo de entre mis ropas y se lo pasé entre los barrotes. El hombre se bajó los vidrios y alzó las cejas.

—A ver, ¿qué coño es esto? —dijo en un siseo; extendió el brazo tomando el sobre con desprecio, cogió un pequeño abrecartas que parecía de marfil y levantó el lacre—. ¿Se creen muy graciosos? —

preguntó tras leer la misiva que extrajo del interior del sobre.

—Déjame ver —apuntó un compañero suyo, que bien podría ser su hermano gemelo, cogiendo el papel de sus manos.

—Me tienen hasta los cojones —protestó el primero; frunció las narices, carraspeó fuerte y me escupió sobre el pecho.

—¡Hijo de puta!

Me lancé contra los barrotes tratando de engancharlo por las solapas, pero la rata era rápida y de un movimiento ágil se echó hacia atrás.

—¿Tengo cara de bufón? ¿Acaso no saben ustedes dónde están? ¡Esto es la Casa de la Contratación, no una maldita casa de coima! —gritó el funcionario mientras el color de la cara se le enrojecía de ira.

—Ven aquí, serpiente, que como te atrape te arranco los hígados —gritaba yo extendiendo los brazos, tratando de engancharlo a través de los barrotes.

El gentío del pasillo empezaba a agitarse y ya se oían las primeras protestas.

—Aníbal, sosiega que la costa está llena de berberiscos —me musitó Cucha, recordándome que la Casa tenía más vigilancia armada que el Real Alcázar.

—¿Qué problema hay con este documento? —pregunté tras resoplar varias veces, intentando eliminar así la ira.

—¿Problema? ¿Todavía tienen arrestos de preguntarme qué pasa? Bien lo saben ustedes. Ramírez —se dirigió a su compañero—, ¿cuántos graciosos han venido ya hoy con la misma broma?

—No lo recuerdo, señor —contestó intimidado, agachando la cabeza.

—Yo sí lo recuerdo: diez. ¡Ya van diez en esta mañana!

Con desprecio arrancó la carta de las manos de su compañero y se puso a leer en voz alta imitando el tono cultivado de la nobleza, pero

bañándolo de mordacidad.

—Por la presente, yo, Don Mercurio López Pacheco… Duque de bla, bla, bla, Marqués de bla, bla, bla, Capitán General de bla, bla, bla… ordeno el embarco inmediato del portador del Presente, que dice ser y llamarse Aníbal tal y tal, el cual es de mi total confianza —«Por supuesto que lo es, excelencia»— y responderá ante mí y ante el Rey por sus actos, bla, bla, bla… en el navío de línea «Audaz»…

»¿Qué nave es esa llamada Audaz? ¿Es por ventura la de los argonautas? ¿En qué registro figura? ¿Dónde y cuándo fue botada? —El volumen de su voz subía, así como la frecuencia de las babas con las que nos obsequiaba—. ¿Qué capitán la comanda? ¿Cuál es su matrícula?… ¡Responda! —Me quedé en silencio sin entender nada— No me mire con esa cara de besugo, no lo sabe porque ese navío sencillamente no existe… y afirma venir recomendado por el mismísimo Marqués de Villena. ¡Ja! ¿Esto es alguna especie de venganza de algún enemigo mentiroso, embustero y criminal que desconozco tener? Quizás sea otra chanza del artista que se jode a mi esposa cuando yo vengo aquí a ganarme el pan.

—¿Está llamando mentiroso a mi amigo? —interrumpió Cucha asiendo los barrotes que protegían la ventanilla haciendo con su fuerza que un leve hilo de polvo cayese del marco.

El funcionario, al ver su corpulencia, dudó.

—Por favor, hagan vuestras mercedes el favor de calmarse o tendremos que llamar a la guardia —intercedió el tal Ramírez.

La cola de gente que esperaba a nuestra retaguardia estaba a punto de amotinarse, las protestas dieron paso a los gritos e insultos.

«¡Dales lo que piden, cornudo!» gritó un tipo desde el fondo y varias espadas sonaron pidiendo sangre, acompañadas de las maldiciones de los que desde hacía horas conformaban la cola. El funcionario, al oír que le mentaban la cornamenta consentida, se deshizo de su hábito de cartujo y se levantó estirando el cuello para tratar de encontrar la boca culpable.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién es usted, eh? ¡Le reto que me dé la cara!

Cayó un pesado silencio, ese silencio nervioso que precede a los combates. Gracias a Dios alguien gritó «¡Me cago en mi madre, si lo sé voy a México nadando, que llego antes!» y todos reímos con ganas.

—Le repito que no sé de qué demonios nos está hablando. No somos hombres dados a bromas —reclamé la atención del empleado con tono seco.

Reflexionó, nos miró y se calmó.

—Se lo voy a explicar por última vez. No sé quien les ha dado este legajo pero, ni existe el navío Audaz, ni este es el sello del Marqués. —Señaló el lacre roto—. Así que hagan el favor de abandonar inmediatamente la cola. —Arrugó la carta con su puño y nos la tiró entre los barrotes.

—¿Qué burla es esta? —protestó Cucha airado, llevándose la mano al puño de la filosa—. ¿Saben ustedes desde dónde venimos para embarcar?

—Sosiega ahora tú —le dije apartándolo con mi brazo, al ver cómo cinco alacranes se abrían paso por el pasillo con los dientes apretados, deseosos de tirar de espada y arañando las culatas de las pistolas que lucían en sus cinturas.

—¿Algún problema? —dijo el que parecía el jefe golpeando el suelo suavemente con su formidable bastón.

—Ninguno —dije recogiendo la carta y tirando del brazo de Cucha.

—Pero, Aníbal…

—Cierra el pico y tira, que estos no atienden a razones. —Me sacudí la ceja y con un suave ademán saludé al alguacil.

—¡Dad gracias a Dios de que no vengo a atarascar, que me sobran redaños para ensartaros a los cinco juntos! —gritó Cucha mientras lo sacaba a la calle.

—¿Qué ha pasado, Aníbal? —me preguntó nervioso mientras pateaba los cantos del camino.

—No comprendo nada; es la carta que me dio el marqués, de eso estoy tan seguro como de que me llamo Aníbal.

—¿Y ahora?

—Pues a buscarnos la vida, como siempre. — Resoplé—. Y espero que no busquen nuestras cabezas por desertores. Será una confusión… o no. El señor Mercurio es muy listo, quizás todo esto sea una añagaza para matarnos «por desertores» y callarnos así la boca…

—Mira, Aníbal, yo no sé qué «araña gaza» es esa; sé que me prometiste oro, mucho oro ¿Y ahora qué? — explotó iracundo—. ¿A volver a vender tabaco? ¿A asustar viejas? ¿Nos echamos al monte a robar? Oro, Aníbal, quiero oro con el que pagar izas, con el que comer cordero hoy y mañana y…

—¿Y de qué hurgonera voy a sacar tu oro? —Me mordí los labios buscando un atisbo de paciencia—. Me temo, mi querido amigo, que ni oro, ni ambladoras ni barcos… Vámonos a buscar nuestros caballos y volvamos a Sevilla.

—¡Ustedes! —Una voz se alzó entre el tumulto que nos rodeaba —. ¡Ustedes, ustedes dos, deténganse!

Curioso me paré y giré la cabeza. A toda prisa y tropezándose con el empedrado, el tal Ramírez venía hacia nosotros entre disculpas, insultos y empujones de los viandantes.

—Coño, coño, coño… mira quién viene por ahí —dijo Cucha crujiéndose los nudillos con fuerza.

—No busco problemas —casi suplicó el hombre, enseñando las palmas de las manos viendo cómo Cucha, amenazante, se disponía a darle jarope.

—Nosotros tampoco buscamos problemas con la Casa, solo queremos seguir nuestro camino; tranquilo, Cucha.

Se detuvo a nuestro lado, jadeando por la galopada, tragó saliva y doblado con las manos en las rodillas trataba de recuperar el resuello.

—Tengan… un momento… de paciencia, por favor; déjenme

ver… la carta.

Se la entregué, aún hecha una pelota en mi mano; la estiró y poniéndola en dirección al sol la contempló detenidamente.

—Sí, es la marca de agua de Su Excelencia.

Señaló una pequeña área del papel y me lo devolvió. También la puse a contraluz y pude observar un escudo de armas.

—¿Cómo ha conseguido la dispensa?

—Me la entregó en mano el Marqués. Ya lo he dicho antes.

—¿Don Mercurio en persona? —jadeó.

—El mismo, ¿qué ocurre? —Ramírez miró a Cucha y se quedó en silencio—. Es mi amigo Cucha, de total confianza.

—¿Total?

—Daría su vida por mí y yo por él, tan cierto como que algún día nos han de comer los gusanos.

—De acuerdo… Este salvoconducto, este pase de embarque, no se expide sin más… —se calló, miró a su alrededor, vigiló la cara de los que nos rodeaban andando metidos en sus asuntos y volvió a mirar al suelo para hablarnos en voz baja al tiempo que se tapaba la boca.

—Este no es el lugar… ¿Tienen hambre? Posada «El Bistró», es muy conocida y cualquiera les puede indicar cómo llegar a ella.

Se incorporó y corriendo volvió a meterse en la Casa.

—Cucha, ¿tienes hambre?

Capítulo III

Espejismos y realidades

El Bistró estaba en una calleja desde la que se podía ver parte de las obras de la nueva catedral de la Santa Cruz. Pertenecía a Esquerzo, un soldado del Tercio de Flandes que había reunido un buen botín entre los años que estuvo al servicio del Rey y los que pasó al servicio de «La Corona» una casa de comidas de cierta fama en la villa normanda de Ruan. A su vuelta a Cádiz se enteró de que un usurero había sido asesinado en su casa. Por lo visto había logrado desahuciar a una familia gitana que no pudo pagar a tiempo. Los gitanos no son gente de muchas cosquillas, como ya habrán colegido vuestras mercedes tras el episodio que les he narrado supra así que, una noche, armados con antorchas y cargados con barriles de aceite, tiraron la puerta de la casa del prestamista y le prendieron fuego sin preocuparles que toda la familia estuviese dentro. Al día siguiente los desahuciados habían desaparecido como fantasmas y de la familia del Harpagón nadie quedó para heredar sus inmuebles, las rentas o sus dineros; además la superchería de las gentes de la villa —algunos llegaron a perjurar que habían visto al diablo volando sobre la casa durante el incendio— ayudó a que nadie quisiera hacerse cargo de la ruinosa hacienda, quedando así un solar yermo y tostado hasta los cimientos en pleno centro de Cádiz. Esquerzo no dejó pasar la oportunidad, ocupó la ruina y reconstruyó la casa, que estaba encajonada entre dos inmuebles de gran altura; su fachada apenas tendría tres varas de ancho pero el fondo llegaba más allá de las treinta. Mandó poner vigas nuevas, techumbre de teja roja y exigió que los muros tuvieran el doble de grosor de lo habitual, lo que resultó perfecto para los días de verano en los que el calor hacía sudar la gota gorda. Una generosa e impoluta capa de cal daba lustre a su fachada; en el patio un pozo de agua fresca mojaba los cuellos y manos de los que allí se hospedaban y un pequeño huerto muy bien aprovechado suministraba lechugas, pimientos, cebollas y tomates para la cocina. Sobre el dintel de la puerta de entrada un rótulo de madera de galera turca —o eso se decía—, flanqueado por dos sugerentes sirenas que antaño habían sido mascarones de proa, rezaba: «Le Bistró».

Esquerzo era un tipo calmado, un fornido bonachón de gran barriga, bigotes enroscados hasta los ojos y terminados en puntas de azafrán, mirada sagaz y arrugas profundas como surcos de labrantío; de la vida unas y de encuentros con el acero de los herejes otras, aunque para desgracia de estos «no había manera de que escondieran sus cuchillos en mis espaldas». Era un tipo con gusto por el buen vestir, quizás por un prurito de hidalguía: calcos de impecable factura, cordones de seda en el jubón y sombrero de amplia ala con pedrería de esmeraldas. Al cuello cadenas con escapularios y reliquias, incluida una de la Vera Cruz. En la tachonada una terca espada que siempre se atascaba cuando la trataba de desenvainar deprisa —«Es mucha sangre la que lleva encima y en ocasiones el resorte de la vaina se atasca», decía socarrón—. Desde su pequeño rincón de Cádiz le daba la espalda al mundo despreciando todo aquello que ya no le interesaba ver, porque había visto mucho, había vivido mucho, había matado mucho y había sufrido más. Todo para al final acabar tan solo en el camino como el resto. Renunció de niño a la vida tranquila de zapatero que su padre le ofrecía y, ya crecido, a amores que no aceptaban su modo de vida, y es que cuando la avidez de aventura late en el corazón de un hombre poco puede hacerse para aplacarla. —«¿Qué vida es vivir domado? Que se sepa solo tenemos una, no es cuestión desperdiciarla viviendo entre lamentos», nos comentaba a Cucha y a mí mientras matábamos a besos sendos jarros de buen vino del cercano Jerez—. Pero de todo uno se cansa y llega el momento en la vida de un hombre en el que los años de sus piernas pesan más que la pasión de su espíritu. La posada le daba lo que nunca había tenido: algo parecido a un hogar donde vivir en paz y morir de forma natural. Nos contaba también que dando cobijo a buenos extraños —pues no dejaba pasar a cualquiera y la mayoría íbamos recomendados— se sentía menos solo, que agradecía una buena conversación más que el dinero que ganaba, porque a él le sobraba metal como para empedrar la casa, ya que había descubierto al empezar las obras que el usurero guardaba el oro y la plata enterrados en el huerto.

Pasamos una buena tarde entre vino, observaciones sobre la vida y la muerte, rapé e historias de los Tercios. Justo cuando Cucha empezaba a contar una vez más la historia de la marquesa flamenca que quiso casarse con él, la fortuna hizo que se escucharan varios golpes secos y contundentes en la puerta.

—¡Voy! —dijo Esquerzo con desgana, arrastrando el taburete para

levantarse.

Entre maldiciones, aplomando la pisada, vagó por el pasillo hasta llegar a la puerta. El quejido del cerrojo y el chirriar de las bisagras dio paso a un diálogo breve.

—¿Están?

—Están. Pasa, anda, y cierra al entrar, que luego esto se llena de moscas.

Esquerzo apareció acompañado por Ramírez, que venía embozado en un pañuelo negro; por las maneras de ambos daba la impresión de que se conocían desde hacía tiempo. Cuando llegaron a nuestra mesa el primero se sentó y el segundo se quedó inmóvil y en silencio a nuestra vera, como un cirio pascual; sus ojos se movían nerviosos en la línea de carne que la ropa le dejaba libre.

—Pues tú dirás. —Esquerzo le apremió a hablar, sin que el tapado abriese la boca—. ¡Ramírez, puedes meterte tus reales asuntos por tu real culo!

—Te he dicho mil veces que no digas mi nombre.

—Perdonadme, majestad; bueno, creo que aquí se van a tratar temas privados que ni me interesan ni quiero conocer. Ra-mí-rez, vigílame que no se beban todo el vino. —Sonrió cómplice mientras se acomodaba la coquilla y tomaba sus herramientas—. Yo voy a ver si en el «Placeres» me alegran el día.

—¿Cómo? —Se apresuró Cucha a preguntar.

—Aquí al lado hay una bodega frecuentada por hidalgos y gente de alta cuna. No es ermita del compás, si es lo que usted piensa, sino que la frecuentan mujeres de todas las alturas de cuna que sufren matrimonios desgraciados y tienen todas el ánimo resentido. Buena mercancía, pero no se compra, son ellas las que halconean. O como dijo Ibáñez al son de las putas: «Decoro violado por su desenfrenada liviandad y apetito».

—… Por el negro amor ofendió la honra de su marido —respondí.

Esquerzo se detuvo, mirándome pensativo.

—Torres… Vaya, un guardés cultivado. —Hizo un ademán de admiración.

—¿Y dónde está esa cornualla? —le interrogó Cucha.

—Bajando la calle, no tiene pérdida: una casa con un farol rojo a la puerta —dijo perdiéndose por el pasillo canturreando.

Salió de la casa candando a cal y canto aunque éramos los únicos huéspedes. Cuando el ultimo pestillo se cerró, Ramírez respiró aliviado, se sentó, se quitó el pañuelo y el sombrero y guardó aquel dentro de este; tomó el vaso de Esquerzo, tiró el poso que quedaba al suelo y se sirvió un poco de vino; tras darle un sorbo nos miró a los dos.

—Me llamo José Ramírez Hinojosa. ¿Tienen el salvoconducto?

—Sí, aquí lo tiene —dije extendiéndolo sobre la mesa—. Mi amigo es Aritza Cucha Perro y yo, Aníbal Rosanegra.

—Me sobra saber la mitad de sus palabras —dijo pasándose la lengua por los labios, buscando atrapar el vino que se había escondido en sus bigotes. Inspiró profundamente frotándose las piernas de manera nerviosa mientras observaba el papel sobre la mesa.

—Esto que vamos a tratar no puede salir de estas paredes. No sé cómo han conseguido este salvoconducto, solo sé que lo tienen y será por algún motivo de peso que se escapa a mi comprensión. —Se detuvo mirando a Cucha, chascó la lengua e hizo una mueca de disgusto—. El salvoconducto venía a nombre suyo —dijo mirándome —, pero el nombre de su amigo no aparece…

—Donde yo voy, él va, y al revés; como le comenté en la Casa de la Contratación, este hombre es de mi plena confianza.

—Y si sobro, me voy con Esquerzo a bribar un poco de cariño a alguna de esas damas, algo mucho mejor que estar escuchando desplantes —dijo dándose bombo y haciendo ademán de levantarse.

—No, por favor, es demasiado tarde; asumiré el riesgo de mis

palabras y daré por buena su confianza mutua.

—No hay riesgo, créame, pero hemos recorrido un largo y penoso camino para nada, salvo para sufrir chistes a nuestra costa en Sevilla y aquí; poco faltó para que organizáramos una metida en la Casa de la Contratación y cada vez entendemos menos, por no decir nada.

—La Corona está preparando una expedición a las Indias. No sé de qué se trata, pero se está llevando con la máxima cautela. Un único navío: el Audaz, sin barcos de escolta.

—¿Y usted qué pinta en este cuadro?

—Soy apuntador de la Casa por herencia familiar, tres generaciones sirviendo al Rey —hablaba con suave timbre de orgullo —. Hace unos meses el presidente, don José Patiño, esquivó los cauces normales y me llamó directamente a su presencia. Mandó salir a todos de su despacho y me hizo jurar silencio por el bien del Reino y me pidió que me encargase de atender personalmente, y de manera privada, a todos aquellos que acudieran al despacho con uno de estos salvoconductos. Ni mi jefe, don Atanasio García Leitner, quien les atendió en el despacho, sabe nada.

—No me encaja, todo esto es muy extraño, ¿cuál es el motivo de que pasaran por encima de su superior? — apuntó con acierto Cucha y es que, cuando se trataba de dineros, lo que quiera Dios que llevaba en la cabeza le funcionaba.

—Su segundo apellido —sentenció observando el vino de su vaso —. Demasiado «austriaco». Es buen hombre, tiene líos de coños, como todos, pero desconfían de cualquiera que ponga en peligro la operación, aunque sea de notoria solvencia y de tudesco solo tenga el apellido de un abuelo que era de Maguncia.

—Comprendo, pero ¿a qué se debe tanto secreto? ¿Qué hay en ese barco? —apunté.

—No sé nada más, se lo juro. —Abrió los brazos en un gesto de impotencia—. Supongo que quieren evitar que los espías de nuestros enemigos estén al tanto; porque tenemos infiltrados… y son muy buenos… y no siempre tienen apellidos extranjeros. —Sonrió con amargura—. Hace meses ajusticiaron a un tal Juan Sánchez, de familia

sanluqueña de toda la vida, pero con más amor por el dinero que por España. En fin, como les he dicho lo que sé, debo irme antes de que vuelva Esquerzo acompañado de alguien que me pueda reconocer.

Apuró el vino, se puso en pie recomponiéndose escrupulosamente la lima y embozándose con el pañuelo.

—¿Va a dejarnos así? ¿Qué tenemos que hacer?

—Acantilados del Asperillo, dentro de cuatro noches. Están casi a mitad de camino de Huelva, aunque si ustedes son piadosos pueden dar un rodeo y rezar ante la Virgen del Rocío para que les proteja en el viaje; algo me dice que toda protección es poca.

Se enroscó el sombrero, nos saludó y tal como vino, en silencio como un ánima en pena, se marchó de la posada. Abrió la puerta con alguna llave de las que había colgadas junto a ella y, tras mirar a ambos lados, se atrevió a salir a la calle.

—¿Y qué hacemos hasta entonces? —preguntó Cucha tras eructar como un león.

—Esperar e intentar buscar algo más de dinero para el viaje.

—Espera tú, que hace tiempo que esta villa no disfruta de mi fama.

Cucha se levantó, tomó su espada y la bolsa con el poco dinero que nos quedaba. Se ajustó el jubón y tras blandir el aire con el respeto, lo envainó y se dirigió a la puerta.

—Esquerzo comentó que había una casa de vida cómoda cerca del puerto.

—Y tú no quieres perder la ocasión de visitarla…

—Por supuesto. ¿No vas a venir? —Estiró el cuello lanzando un envite.

—¡Te acompañaré! Qué remedio me queda si puede que en meses no toquemos tierra o catemos hembra y soy demasiado hombre para embarcarme con el caramillo rebosante de amor.

Pese a que Esquerzo nos había dicho que «no había pérdida», nos descaminamos unas veinte veces y llamamos a la puerta de otras tantas casas decentes hasta que por fin pudimos dar con la citada casa de gula.

—Espero que sea ahí —dije señalando un farol de cristales rojizos que tintineaba con la brisa. La casa de las mujeres desahogadas era una pequeña edificación de una sola planta con una puerta verde y escasas ventanas protegidas por barrotes, entre los que serpenteaban rosales trepadores.

—Un momento. —Me detuvo Cucha cogiéndome del brazo; metió la mano entre sus ropas, sacó la zaina del dinero y la hizo sonar—. Esto es tuyo —dijo dándome la mitad del dinero, que apenas era un real de plata y varios charneles—. No quiero que si me enredo con alguna corsaria vengas a molestarme pidiéndome para vino.

—Para esto sí eres previsor, corrillero —comenté guardándome las monedas en el pliegue de la bota.

Golpeamos la aldaba y al poco rato se escuchó cómo corrían los pestillos de un ventanuco que en la puerta había.

—¿Qué buscan? —indagó un hombre de cara seca y afilada, de tez morena y ojos alterados, con aires de desconfianza.

—¿Es esta la casa que llaman «Placeres»? —preguntó Cucha con ansia.

—Es, pero estamos al completo; me temo, señores, que esta noche tendrán que desahogarse solos —contestó cerrando la portezuela en las narices de mi amigo.

—¿Pero será posible? ¡Ábrame, le digo que me abra!

Golpeó Cucha con fuerza la puerta y el ventanuco se volvió a abrir, pero esta vez no fue la cara del vigilante lo que se asomó, sino la boca de un trabuco oxidado tan ancho que podían verse los plomos que en el fondo de su ánima se apretaban.

—¿Quieren hacer el favor de no armar alboroto? Esta calle tiene, ojos, oídos y culo. Ya les he dicho que la casa está llena y que las

señoras ya tienen compañía y no desean más amigos.

—Pero, hombre de Dios, no nos deje compuestos y sin desahogo. ¿Sabe cuánto hemos tardado en encontrar esta manflota? —protestó.

—Ni lo sé ni me importa. Y esto no es una manflota.

—Hagamos un trato: déjenos pasar a bebernos unos vinos. Tenemos dinero y el vino siempre está solo, salvo cuando se encuentra en el estómago del hombre —dijo Cucha enseñando las monedas mientras yo me admiraba de lo melindroso que podía llegar a ser cuando se trataba de machacar a alguna a golpes de picarazada.

El hombre miró su mano y bajó la boca del trabuco al suelo para ver mejor el dinero. Escupió un gargajo de rabia y retorció el gesto como si hubiese bebido vinagre.

—¿Pero es que no se entera? La casa está llena y todas las señoras están disfrutando. No tengo ni una sola que quiera desfogarse con ustedes; siempre, claro, suponiendo que le gustase venderse barata —dijo menospreciándonos.

—Buen hombre —intercedí en la conversación—, mi amigo es cabezón como una mula y más tosco que una hogaza de esparto. Ha tirado de mí a estas horas sin yo tener ganas de garandar. Déjelo pasar, si alguna señora queda libre o no quiere tratos con el amante con el que esté, que la cubra mi amigo. Si no, con unos tragos de vino nos damos por satisfechos.

El portero dudó ante mi oferta.

—Maldita sea mi estampa… Las bayosas —ordenó mirando nuestras valencianas—. Esta casa es de señoras finas. Denme sus aparejos. Se los devolveremos al salir.

Desatamos las matapecados y las deslizamos por el ventanuco. El cancerbero corrió los pestillos, abriéndonos paso.

—Como les digo a los señores, esta casa es de señoras finas; una bulla y les lleno el culo de plomo —dijo sujetando con fuerza la madera del arma—. Por cierto… aquí solo viene gente discreta que no desea que sus pecados carnales sean cantados, advertidos quedan.

—Nosotros somos discretos —aseveró Cucha apartándolo con fuerza.

El hombre lo tomó del brazo.

—Más les vale, pues en la bodega guardamos en tarros de aceite las lenguas de los que hablaban demasiado.

—¡Suélteme el brazo! —protestó Cucha dando un tirón para zafarse—. Le salva la vida el ignorar a quién ofende, necio —prosiguió con aire altivo, y es que lo que bien se aprende tarde se olvida.

De un vistazo al interior de la casa de Placeres, uno se daba cuenta enseguida de que el puerto estaba cerca: la planta de la casa era cuadrada y las ventanas estaban cubiertas por cortinas blancas bordadas en azul con motivos marinos; del techo colgaban timones, desde cuyos brazos las velas goteaban cera en el suelo; algunas de esas gotas de cera se secaban durante su caída, quedando colgadas como pequeños agujones que podían sacarte un ojo si no pasabas con cuidado; el suelo estaba hecho de tablones procedentes de la cubierta de algún barco desbaratado; exquisitas alfombras otomanas de lana tupida rompían la monotonía de este suelo tosco y desgastado. A mano izquierda había un pequeño mostrador de madera donde el portero —y padre de damas— servía el morapio; también había de lo caro: cuellos de cristal asomaban de nichos horadados en la cal de la pared. En las mesas que había diseminadas por el local los hombres charlaban entre sí acariciando con sus manos los muslos de las estableras que sobre sus piernas se sentaban. El ambiente olía a una dulzona mezcolanza procedente de la combustión de plantas orientales y de tabaco de nuestras Indias.

—Al final os decidisteis a venir —dijo la voz desgarrada por el vino de Esquerzo, el cual estaba sentado en la penumbra de una esquina. Mientras una gaifa, ya mayor y de papo arrugado y descendido le besaba en la oreja.

Al día siguiente, haciendo suyas las palabras de Ayala nos dijo que dicha daifa era de armas tomar, de esas que «Entregan a la guadaña de la muerte la garganta de su amantísimo esposo».

La protoviuda nos miraba interesada mientras sus collares de perlas negras y blancas se enredaban en sus dedos y sus piernas

flácidas se desparramaban entre el banco y el muslo de Esquerzo.

—¿Quiénes son estos señores tan jóvenes y fornidos? —dijo la iza al vernos.

—Nadie, condesa —cercenó en seco Esquerzo—. Que ya voy demasiado viejo para luchar con dos hombres por el calor de una liebre —. Rio.

—Les dejamos solos, condesa. —Sonreí despidiéndome cortésmente mientras tiraba de Cucha.

No tuvimos problemas para encontrar una mesa libre junto a la pared del fondo; se adivinaba que quienes la habían ocupado ahora estaban contendiendo en buena lid, porque los jarros estaban casi llenos y porque nada más sentarnos empezamos a oír los gemidos de los guerreros. Cucha y yo nos miramos e intercambiamos una mueca de regodeo.

—A la pobre la están dejando fina. —Sonrió Cucha con picardía, pegando la oreja a la pared para mosquetear mejor—. La monta un jinete experto.

—Déjalos joder, que hagan lo que tengan que hacer, me estás dando vergüenza —le censuré entre risas.

—El vino bueno lo hemos terminado, pero este le va a la zaga. —Nos interrumpió el posadero dejando sobre la mesa una jarra de barro y dos vasos desconchados. Tomé uno de los vasos y lo olí.

—¿Teme su merced que el vaso esté corrupto?

—El barro siempre toma el sabor del primer vino que han servido en él… y este jamás ha contenido un vino bueno —le espeté.

—Los que están ahí dentro son de la casa. —Ladeó la cabeza señalando al otro lado de la pared—. No piden fiado y el vino bueno lleva solo su nombre, así como los vasos nuevos. Si no quieren este vino me lo llevo, pero tengan por seguro que ustedes se van detrás.

—¿Irnos? No nos amargue el trago más de lo que amarga este vino —dijo Cucha tirándole una moneda, que fue cogida al vuelo con

habilidad por el cantinero.

Cuando ya estuvo suficientemente lejos Cucha llamó mi atención con el dedo para que me acercase un poco más a su lado.

—¿De qué crees que se trata el trabajo?

—No lo sé ni me imagino, pero aquellos que estén detrás no andan descalzos.

—¿Corso o…?

—Demasiado secreto —dije ahogando mis palabras en un sorbo de aquel aguapié—. Si quisieran salir al corso no se molestarían en ocultarlo tanto. Esto huele mal. —Me aclaré el gargajo mientras me pellizcaba el bigote.

—Mientras paguen bien… —dejó en suspenso—. Jamás he visto una casa de saladeras con tan buen atavío —comentó mirando con atención el viejo mascarón de proa que presidía la chimenea.

Metió la mano en el bolsillo, sacó su caja de rapé y aspiró un pellizco con mucho cuidado de no derramar ni mota.

—Es del poco que nos queda —dijo ofreciéndome—. Quizás tendríamos que aprovechar el viaje y quedarnos en esas tierras de Dios; buscar una plantación, una finca y vivir del tabaco que dé la tierra.

—¿Ahora quieres sentar cabeza, asnejón mío?

—Quiero… ¡Joder, no sé ni lo que quiero! —refunfuñó—. Estoy cansado de vivir como las ratas.

—Son las cartas que nos tocaron.

—Yo lo único que sé es que ahora mismo me cortaría los dedos de una mano por poder godear con alguna de estas alcorzadas. —Se revolvió nervioso en el asiento, buscando alguna mujer libre.

En ese momento, como si las palabras de mi amigo hubieran sido una plegaria atendida, una de las mujeres que estaba justando en alguna habitación aledaña salió prácticamente desnuda. Los que allí

estábamos la miramos en silencio, sin mover un músculo, atónitos, igual que si la mismísima Muerte se hubiera presentado en aquella casa de la moneda con sus huesudas manos y nos hubiera sacado el alma del pecho.

Era una mujer alta, de pelo rubio y largo que le llegaba hasta el culo; su cuerpo se intuía sin esfuerzo bajo una lima de seda azul brillante, casi transparente, que flotaba sobre su piel blanquísima muerta de miedo, como si por tocarla fuera a arder; caderas anchas y una cintura de avispa que no necesitaba corsé y en la que daban ganas de afilar los dientes; sus largas piernas avanzaban descalzas pero con seguridad, como si fuera la dueña de la casa e hiciera al suelo el favor y el honor de ser pisado por ella; a cada paso el aire que acariciaba la piel de sus muslos parecía flotar en pequeñas volutas. Nuestro estupor mudó en ansia por un bocado de sus labios.

Con perfidia, sabedora de que no había ni un ojo que no la estuviera controlando, se apoyó en uno de los toneles que hacían las veces de mostrador; se inclinó hacia el posadero, regalándonos la camisa un furtivo vistazo del culo y susurró —si bien lo oímos todos, tal era el silencio—: «Sancho, quiero vino» y Sancho asintió ruborizado, intentando mirar a cualquier parte que no fuera aquella belleza, como si estuviera ante Medusa y temiera ser convertido en piedra.

Se ahuecó el pelo con los dedos, en un gesto de cansancio; tomó el vaso de vino que le sirvió el fiel Sancho y de dos tragos, aspirando al cielo, se lo terminó. Dejó suavemente el vaso en la barra, suspiró y se volvió a girar apoyando sus codos en la madera, exhibiéndose desnuda.

La delantera no desmerecía: su cara era afilada; sus labios, dos ascuas y sus ojos, dos tornados azules; tenía unas narices respingonas y un ramillete de pecas le recorría la cara como hormigas, de pómulo a pómulo, dándole un cariz aniñado que confundía sobre su edad; de su cuello de cisne le colgaba un largo y delicado collar de oro y esmeraldas que se perdía en el canalillo de su senos. Senos voluptuosos, cremosos a la vista y debían de ser firmes al tacto; estaban rematados por dos coquetos pezones, sonrosados y delicados que miraban ligeramente hacia arriba, orgullosos. Advirtió nuestra presencia allí y esbozó una mueca de satisfacción.

—La mano Aníbal, me cortaría la mano entera, y el brazo, y… ya sé lo que quiero: lo que quiero son veinte de estas —dijo Cucha y yo asentí en silencio deleitándome en las curvas de aquella mujer mientras se dirigía hacia nosotros.

—¿Qué hacen dos hombres como ustedes tan solos en este lugar? —nos dijo la señora limpiándose de vino los dientes con un suave contoneo de lengua.

—Su portero, o cantinero o lo que sea, nos ha dicho que todas ustedes estaban ocupadas y que no las molestásemos, pero tras mucho insistirle ha tenido la atención de dejarnos entrar a beber un trago bautizado, porque para nosotros el vino moro está vetado —expliqué, lanzándole una discreta mirada censora al cantinero.

—¿Quieren beber conmigo?

—Por supuesto.

—¡Sancho, vite, trae mi vino, si'l vous plait!

Emplear el francés se estilaba en la Corte e incluso en los círculos selectos de las villas y ciudades, pero casi se me escapa la risa cuando la mujer lo usó en aquella singular mancebía, dejando bien patente que era de un nivel superior. Miró el ancho muslo de Cucha, lo acarició y preguntó:

—Parece cómodo… ¿Está reservado?

—Voto a tal que no.

La señora sonrió, acarició la cara de Cucha y le dio un par de palmadas a su muslo para ahuyentar el polvo de la tela; se sentó y el rostro de mi amigo pasó de la felicidad al asombro. Según me contó más tarde, pensaba que la señora traía entre las piernas alguna especie de candil o brasa, que jamás en su vida había sentido un calor como el que su conejera desprendía.

—No es bueno que los hombres estén solos —dijo mirándome mientras jugaba acariciando la rapada morra de Cucha, silueteando la cicatriz de su ceja con las yemas de sus dedos—. Y menos si son tan guapos como ustedes dos.

La señora se deslizó un poco más en el muslo de Cucha disimulando querer encontrar mejor cobijo. Cucha, que cuando de carnes tersas se trataba no tenía pizca de vergüenza o decoro, empezó a sobarle la nalga izquierda; al principio más parecía quererle sacar brillo que palpar carne, pero conforme la nalga entraba en calor hasta semejar el averno, Cucha trocó las caricias en manotazos y pellizcos, pues mi amigo, aun siendo buen católico era más del Bruto de Babilonia «Estos judíos son bravos carantoñeros».

—El de ahí adentro ya ha terminado. Es de esos toreros con buena facha y mejor disposición, pero que terminan la lidia antes del acto final —silabeó sensualmente para después morderse el labio inferior —. Si su amigo y usted no tienen mejores empresas pendientes quizás quieran entrar a matar…

Antes de que pudiéramos responder, una mano cogió a la señora del pelo y tiró de ella con fuerza, arrastrándola por el suelo de la casa. Gritaba de dolor y maldecía al fulano que la halaba, revolviéndose mientras arañaba el suelo en un vano intento de detenerse. El tipo era un hombre alto, más o menos de mi percha, de ancha espalda y brazos como columnas de madera; en el pecho llevaba un tatuaje apenas legible por el abundante vello que lo cubría; en la cintura, una camisa anudada que por su blancura se intuía limpia y nueva, le tapaba el basto; la cara era ancha en la frente y en las mandíbulas, pero curiosamente afilada en el mentón, el cual lucía un profundo hoyuelo; boca pequeña y nariz marcada y prominente; apenas dos rayas de pelo rubio le hacían de cejas sobre unos ojos que parecían curtidos de mirar a lo lejos; de rasgos suaves pero marcados; estaba bien afeitado y el pelo, una paleta de rubio, grisáceo y cano, lo llevaba recogido en una coleta; sus manos parecían curtidas, duras y fuertes, sufridas, con la piel muy castigada por el frío. Por su pelo y sus rasgos habría afirmado que era un natural de Flandes, pero su piel comida por el sol, y morena incluso en las partes normalmente cubiertas, decía lo contrario.

—¡Eh, tú! —le gritó Cucha y me apresuré a lanzar la mano para retenerlo sentado.

—¡No he terminado contigo, mala puta! —le gritó con voz hosca a la mujer al tiempo que soplaba el manojo de cabellos que le había arrancado de la cabeza. Era la voz de alguien acostumbrado a dar

órdenes.

—Vosotros tendréis que esperar a que yo acabe… y eso si dejo algo aprovechable —dijo señalándonos con el índice.

Buscamos con los ojos al tal Sancho, esperando que diese uso al palo del granizo, pero se había escondido bajo el parapeto de los toneles. Cucha resoplaba por las narices mientras mi brazo trataba de contenerlo, cada vez con menos fuerza.

—Cucha —le susurré—, antes de salir al campo es menester saber el tiempo que hace.

Era preciso saber si el bastardo contaba con amigos, porque en temas de trifulcas es imperioso salvar la espalda de puñales entrometidos.

—Lo siento —alcé la voz—, pero no me gustan las sobras de nadie. Y menos de un malnacido que no sabe tratar a las mujeres.

Cucha me apartó la mano y se levantó con ira volcando la mesa. Adiós a la estrategia y las precauciones.

—Pídele perdón por lo que has hecho, desgraciado —gritó.

Al oírlo, las mujeres que estaban haciéndoles compañía a los demás hombres salieron corriendo asustadas a buscar resguardo. Ellos, al intuir que se avecinaba una buena gresca, pusieron pies en polvorosa. El último en airar a su querida fue Esquerzo, le dio una suave palmada al culo de su duquesa para que le dejase levantarse, corrió el culo por el banco y respiró hondo.

—Me voy, que todo esto «cáusame grave displicencia y sentimiento». —Sacó de su poniente los guantes, se los enfundó y se ajustó el gilecuelco—. Ya llevo mi cupo de sangres completo, señores. —Hizo un ademán y se fue.

—Parece que esto será entre ustedes y yo —dijo el hombre renqueante, pero con desprecio y mucha calma en sus palabras; parecía sentirse muy seguro de sí mismo, no sé si por exceso de vanidad o de alcoholes.

—¿Sabes con quién estáis tratando? —Me señaló con el índice.

—Sí. Con un cerdo tan lonquizo que solo se siente fuerte azotando ninfas —dijo Cucha señalando los brazos de la mujer, los cuales estaban llenos de pequeños cardenales.

—Ella lo pidió. ¿Quién soy yo para negarle un deseo a tan bella mujer? —La miró y ella escupió al suelo con rabia—. Lo que haga con ella es cosa mía —sentenció asestándole un patadón en las costillas a la pobre.

Cucha y yo nos lanzamos a por él como si tuviéramos un resorte en el cuerpo.

—¡Quietos todos! —gritó el padre de la casa, que por fin se había armado de valor, controlando el perímetro con su viejo trabuco. Estaba nervioso, sus labios le temblaban y la boca del pedreñal vibraba.

—¡Hipólita! ¿Te encuentras bien?

La señora se arrastró en el suelo intentando volver a ponerse en pie; un gemido escapó de su boca y estiró el brazo al cielo como haciendo una súplica de muerte, pero en realidad estaba buscando la ayuda de la esquina de una mesa para lograr, a duras penas, recuperar la derechura y la dignidad. Se limpió el hilo de sangre que le salía de la boca, miró con odio infinito a aquel gañán y salió por donde había entrado. Escasamente pasarían un par de «ora pro nobis» y apareció por la puerta cargando todas las ropas de la alimaña; las tiró al suelo y escupió sobre ellas.

—Cabrón, recógelas y vístete, que yo no soy tu esclava —rabió mientras se apartaba los pelos de la cara.

Es un juicio temerario propio de necios juzgar la condición de un hombre por sus ropas, pues hay quien — vanitas vanitatis…— prefiere vestirse como marqués a comer como tal —poca gazuza conocen—, pero en más de una ocasión sirven como delatoras de su posición, como los gestos de un mal jugador de cartas, porque por mucho que a alguien le guste aparentar lo que no es, difícilmente llevaría sus mejores galas a una taberna de donde podría salir sin ellas, sin dineros o con los pies por delante. Les lancé un vistazo y leí lo que decían

aquellas medias rojas; una casaca entallada y larga, de puñetas rojas y remates en oro con profusos pasadores de corchetes; un sable enfundado en una vaina bruñida a espejo rematada en la punta con un aplique dorado imitando un dragón; pisantes de vivo color castaño y buen cuero, con mucho tacón y hebilla de plata; un viejo tricornio azul de tipo francés —de esos que aquí se conocen como «de candil» o «de ala levantada»—, moldeado a la testa, suavemente aclarado por el sol. Las ropas hablaban de responsabilidad, cruz y rango; no era un vulgar borracho, solo fundiendo el oro de sus botones se podría cubrir la bóveda de la iglesia de la Virgen de Tejares.

Sancho, se ve que endurecido por el vino, habló en tono amenazante.

—Señor mío, por los años que le llevo sirviendo y el respeto que le tengo no le vuelo los sesos aquí mismo, así que haga el favor de coger sus ropas y vestirse que no quiero más dolores de cabeza de los que tengo.

—¿Dolores de cabeza? ¿Dolores de cabeza dices? Puto cantinero de ratas salido de una madreja podrida, barbudo consentido… tira el trabuco antes de que te reviente en las manos al disparar y ponme un vaso de aguardiente, que ya verás cómo arreglo esto.

—No, ha bebido demasiado; hoy, ayer y desde que tengo memoria, por favor vístase, se lo suplico, que si no atiende a peticiones… —Acarició el cañón del trabuco.

—¿Vas a dispararme? ¿A mí? ¡No tienes coradas! — Rio el muy jayán.

—¡Por Dios bendito, he dicho que se vista! —gritó asentando con fuerza el arma en su pecho.

—Maldito miserable…

Sin rubor alguno se desanudó la blancante que llevaba a la cintura, dejando todo al aire, como presumiendo de hombría, y comenzó a vestirse. Me llamó la atención un pequeño tatuaje que tenía en la cadera: una sirena. «Extraño lugar para un tatuaje», pensé.

Como bien saben vuestras mercedes, los tatuajes siempre han sido

propios de marinos y de gentes de la carda, pero las clases altas también han sucumbido a la costumbre por motivos que se me escapan; como también se me escapa el porqué de hacerse tatuajes en lugares ocultos del cuerpo. En fin, como me dijo una vez un arriero leonés: «el que tiene un burro y lo vende, él se entiende».

El tatuado comenzó a vestirse con torpeza de borracho pero intentando mantener la insolencia.

—Sabes que lo pagarás, ¿verdad?

—Es un riesgo que asumo.

Metió su mano izquierda en el bolsillo del jubón y cogió una llave pequeña.

—Hipólita, saca del armario los enseres de los señores y abre la puerta. Yo no puedo soltar el retaco porque se arma la de Dios.

Obedeció y nos las entregó en mano al tiempo que le regalaba un beso al aire.

—Vamos, todos fuera —dijo encañonándonos—. No vuelvan aquí jamás. Ninguno de los tres.

La escena era demasiado semejante a la que viví en Sevilla cuando conocí a Cucha, me dio la impresión de volver a interpretar el mismo acto dentro de esta gran tragicomedia que es la vida.

Apenas se cerró la puerta tras nosotros el zomo desenvainó su sable.

—Vamos, desgraciados, ¿quién quiere ser el primero de vosotros en morir? O los dos a la vez, me da igual, me sobran agallas para quitaros la vida a los dos.

A decir verdad, al hombre lo que le sobraba era locura en la mirada, temblor en sus manos y alcohol en sus venas. El arma cimbreaba y de su boca manaba un aliento que era una mezcla de bebida fuerte y tabaco mascado.

—Este no sabe dónde se está metiendo —dijo Cucha sacando su

viejo desmallador de la polaina—. Vas a pagar por cada moratón que le has hecho a esa mujer y por la jodienda que nos has arruinado.

—¿Qué deuda es esa que hay que pagar?

A la pregunta siguió el andar de unos calcos acompasados con el golpear de una larga vara contra el empedrado. Los sonidos fueron acercándose al candil hasta que aquella ponzoñosa luz desveló la figura de uno de los alguaciles de Cádiz, que aquella noche vigilaba los malos barrios.

—¿Tienen ustedes algún problema que yo deba conocer?

—Ninguno —se apresuró a decir nuestro adversario, envainándose la espada en la tachonada.

—¿Y ustedes? Porque si necesitan sitio para dormir hoy no está completa la casa fosca.

—Ya nos recogíamos para casa, excelencia.

—Muy bien, pues venga, cada mochuelo a su olivo. — Dio tres toques en el suelo con la vara.

—Esto no quedará así. Dad gracias a que dentro de unos días embarco y no me puedo permitir pasar noches entre rejas —gritó defendiendo su honor mientras se alejaba.

—Pues que tenga buen viaje —dije burlón con una reverencia de mangas cruzadas.

—Hideputa —añadió Cucha amenazándole con el hierro.

Dada nuestra falta de fondos para ocios carnales o para echar una gotera en las tabernas, optamos por quedarnos las noches que faltaban descansando en la posada del Bistró. Parecía que Cádiz ya no nos reconocía y que de alguna manera no quería volver a saber de nosotros. En todos los años que estuvimos trabajando como guardeses no faltaron grescas en las casas de cotaneras, pero nunca con tan mal fario y jamás jugándonos un arresto.

La mañana del día que partimos, tras habernos bebido algunas de

las muchas y buenas botellas que nuestro amable posadero atesoraba en la bodega como si fueran barras de plata, recogimos en las alforjas nuestras escasas pertenencias y a falta de metal con el que pagarle el acomodo a Esquerzo decidimos regalarle nuestras monturas. Total, estábamos cerca de donde tendríamos que embarcar y no conocíamos a parientes o amigos que pudieran mantenernos las bestias hasta nuestro regreso, que intuíamos no sería temprano, siempre y cuando regresásemos.

—Son mansos, tienen mucho bicho entre el pelaje, pero tiran bien y se sacrifican a pesar de cargar a Cucha en su lomo.

Esquerzo le pasó a una la mano por el pelaje.

—¿Qué queréis que haga con ellos?

—Quédeselos.

—No hace falta; no me jodáis, esta es vuestra casa — dijo con un punto de pena, como si el cobrarnos algo le hiciera pensar que no volvería a vernos.

—Insistimos, los dos, por favor, ha sido mucho lo que hemos gastado bajo su techo y más lo que hemos bebido.

—Eso es lo de menos, ya me doy en pago con la charla. Es difícil encontrar en estos tiempos que corren compañías que sepan sostener una espada y leer.

—Por favor… —rogué.

Esquerzo refunfuñó y agitó la cabeza negando.

—No os preocupéis por los bichos, conozco un convento donde les servirán de transporte y tiro a las monjas.

Estiró la mano y nos dimos un fuerte apretón.

—Cuídense.

—Igual —asentí con sinceridad, el sentimiento era mutuo.

Tras una dura caminata bajo un sol despiadado, al segundo día

llegamos a Sanlúcar de Barrameda. Es un camino que bien podríamos haber hecho en una jornada si no fuéramos cargados; de ahí que más de una vez Cucha renegase de nuestra generosidad al darle los caballos en pago a Ezquerzo. Las alforjas a cada paso se volvían más pesadas, castigándonos la espalda sin piedad; a través del grueso cuero notaba las aristas de la oncemil clavándose en la carne; el hierro que llevábamos en la cintura tiraba de nosotros como si no quisiera irse de España, aferrándose a la tierra.

Decidimos acercarnos a los puestos del mercado para mendigar algo de comer. Dios —a diferencia del sol que nos castigaba— aprieta pero no ahoga y por unos pocos carlines pudimos hacernos con dos buenos melones. Nos sentamos en un poyo y con el desmallador de Cucha los partimos y empezamos a comérnoslos perdiendo la mirada entre la batahola de gente que inundaba el mercado.

Y en este punto debo comentar a vuestras mercedes un episodio asaz extraño que me ocurrió —o creo que me ocurrió, por eso no pongo a Dios por testigo— durante nuestro refrigerio y les ruego que no me tachen de perturbado; la memoria a mi edad me falla, pero el bosquejo de lo acontecido es este: estaba, como les decía, disfrutando del dulzor de la fruta, y regalándome la vista con los pechos de las aguadoras, los cuales se trasparentaban en sus cairelotas a causa del agua que de las tinajas se les derramaba, cuando a unas veinte brazas vi una silueta lejanamente familiar entre la multitud: la silueta de una mujer muy anciana, de ropas negras como si nunca hubieran conocido la luz del sol, múltiples cadenas al cuello brillando más que el astro rey y andares dolientes y torpes; no parecía que se hubiera perdido, más bien parecía que sabía que la estaba observando, pues se detuvo y giró levemente la cara hacia mí dejando ver su perfil. «No es posible» pensé atónito.

Imposible confundirla: se trataba de Iría, la vieja hechicera portuguesa que me sacó el veneno de la serpiente que me había mordido en el brazo cuando escapaba de Salamanca, como recordarán vuestras mercedes.

—Por los clavos de Cristo y la Virgen de la Vega, no puede ser — balbuceé dejando caer el bocado al suelo, y saliendo a toda prisa hacia ella.

—¿Dónde vas? —gritó Cucha a mis espaldas.

Corrí como pude entre la multitud buscando a la hechicera. En ningún momento perdí de vista su llamativa y luctuosa ropa negra. Cuando ya la tenía a un par de palmos, un grupo de comerciantes seguido de varios cómicos, pasó entre nosotros haciendo que la perdiera; los aparté de un empujón, pero Iría ya no estaba pese a que solo había pasado una mínima fracción de un instante. Grité su nombre entre el gentío, igual que un niño pequeño cuando se pierde y llama a su madre.

La gente me miraba extraña, pensarían que era un loco o uno de los cómicos —alguno me gritó: «¿Adónde irías?»—. Miré a mi alrededor angustiado, buscando en vano entre el océano de caras la de aquella que me había librado de la muerte. De pronto, bajo aquel sofocante calor, sentí un gélido aliento en mi nuca, y una mano huesuda que me sujetó por detrás el brazo izquierdo.

—Fiz um bo trabalho contigo. Nim uma pinga te quedó de veneno. No al menos no sangue.

Me sentí paralizado, no por miedo pues soy un bravo y desconozco esa emoción, más bien… no podía moverme. Sentí mis músculos encallados y una fuerte opresión en el pecho, como si mis costillas se hubieran vuelto arbotantes de mármol.

—Después de tantos años la daba por muerta —jadeé.

—Mi querido Aníbal… ¿Y quien dice que tú estás vivo? Hay muitas cousas que ignoras.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Ha venido a mendigar? Está muy lejos de la campa charra. Y sobre todo… ¿Está con usted Guzmán? ¿Se encuentra bien de salud?

—Sigues siendo aquel menino curioso y arrogante. Não temas por Guzmán, a él já há muito que não lhe podem fazer ninhum dano. Tú lo sabes, mais não queres aceptarlo. Escuta lo que te vou dizer y que como ferro al rojo se te grabe na cabeça…—sentí como me apretaba con más fuerza— Ese empreendimento no que vas a embarcar, já tem escrito o seu destino. É uma barca furada. Huye y no mires atrás.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Huye, huye, maldito mortal.

Mientras pronunciaba esas terribles palabras vi cómo el vaho de su gélido aliento pasaba por delante de mis ojos aun cuando las cigarras pedían clemencia bajo aquel sol feroz.

—Iría, aunque sus augurios fueran ciertos y su presencia aquí fuera fortuita y no obra del demonio o de la sinrazón de mi cordura, me temo que eso es imposible: he embargado mi palabra de hacer rico al hombre que me acompaña.

—Está dito. Que a dama branca se apiade de vosotros.

Al oír tan malos auspicios temí que aquella anciana fuera alguna treta urdida por sabe Dios quién para coserme las entrañas a almaradas. En un pestañeo deslicé la mano y la tomé de la manga girándome hacia ella al mismo tiempo, pero allí no había nadie; había cogido algo con la mano y lo miré: como si fuera ceniza un trozo de tela negro se deshizo entre mis dedos, cayendo al suelo como lluvia de arena.

—Aníbal, ¿qué higa te pasa? —me preguntó Cucha alarmado, apareciendo entre la gente.

—Nada, estoy…

Miré al suelo de nuevo y vi una pequeña víbora, que se escapó reptando entre los pies de unos transeúntes que no repararon en su presencia, si es que existía de veras y no era un espejismo fruto de mi conmoción.

—Vente a la sombra, anda. Este sol te ha cocido los sesos.

Tiró de mí por el hombro, llenó mi chambergo de agua en una fuente cercana y me lo vació al ponérmelo.

—Pues yo estoy muerto de frío, Cucha.

Para llegar al Asperillo era menester cruzar el ancho Guadalquivir y bordear unas marismas insalubres infestadas de mosquitos —como

dolorosamente supimos después—; que formaban parte de una gran finca de caza de la casa ducal de Medina-Sidonia llamada «Coto de Doña Ana». Deambulando por la orilla de dicho río dimos con un marismeño llamado Ángel. Era un anciano humilde, un pescador de ojos pequeños y negros dirigidos más allá del horizonte de espadañas, cejas blanqueadas por el paso de los años, rala cabellera por el cogote y las sienes y un bigotillo apurado y ceniciento.

Cucha le preguntó qué pedía por llevarnos a la otra orilla. Le lanzó una mirada al tiempo que anudaba con sus manos castigadas por el trabajo la tapa de la cesta de mimbre donde guardaba los cangrejos atrapados y respondió; «tres Avemarías a la Virgen del Rocío». No dudamos en aceptar el precio.

—Hoy he ganado más amarillos llevando y trayendo gentes de una orilla a otra que lo que saco en diez jornadas. Dinero —bufó al agua—, maldita condena. Cuándo se dará cuenta la gente de que lo bueno de esta vida es gratis. —Nos regaló esa reflexión al tiempo que piaba pequeños sorbos de vino mientras clavaba en el agua su remo.

Por desgracia nuestro nuevo amigo no nos pudo conseguir monturas, así que tuvimos que cargar otra vez con nuestra impedimenta mientras los mosquitos nos asaeteaban en la marisma que se extendía al otro lado del Betis. Esta terminó, gracias a Dios, pero dio paso a una playa eterna, en la que nuestros pies avanzaban con dificultad. La playa estaba, empero, salpicada de cabañas de pescadores donde, gracias a las pocas monedas que aún tenía Cucha, nos pudimos reponer con vino y peces recién pescados cocinados en las brasas. Vive Dios que la reflexión del pescador me tentó de hacer que me instalase allí, renunciase a las vanidades del mundo, como un monje, y terminase mis días en aquel lugar, tal era la paz que me proporcionaba.

Caída la noche llegamos al acantilado del Asperillo; no había un camino marcado y el viento movía la arena borrando cualquier rastro de sendero; espadañas, hierbas y juncos altos se agitaban confundiéndose con olas. El lugar estaba en mitad de la nada y su ubicación solo era conocida por algunos de los pescadores a los que les preguntamos. Un cielo despejado y rociado de estrellas nos iluminaba tenuemente el camino mientras sentíamos cerca el murmullo del mar y su aroma a salitre, que despejaba las sonientes, y

esto nos animaba a ensanchar el pecho con bocanadas de aire fresco. De alguna manera aquel cielo estrellado y aquel negro profundo me infundieron algo de confianza. Al principio de nuestro andar entre las dunas no encontramos a nadie, pero según avanzábamos empezaron a aparecer siluetas de gente seguidas de un suave murmullo de voces. Aceleramos el paso.

Hombres jóvenes en grupos de tres, cuatro y veinte; vestidos con camisas resplandecientes y pañuelos anudados en las cabezas cargaban con morrales de cuero, esparto y madera, arrastrando la espada por la arena, dibujando surcos vacilantes mientras sus pies se hundían en tan incómodo suelo; otros, descamisados y ataviados únicamente con taparrabos, cargaban con espuertas repletas de sartenes, cazos, armas y telas anudadas a sus frentes, y de las que tiraban como si fueran mulas; grupos de marineros, riendo y cantando viejas tonadillas y gritos de «¡Jesucristo y adentro!» eran sobrepasados por jóvenes, niños y viejos impecablemente vestidos, orgullosos y altivos, trotando a lomos de corceles blancos, castaños y moteados; bestias cuidadas que a la luz de los astros y de algunas antorchas mostraban unos músculos robustos y unas crines largas y sedosas, cortadas unas y recogidas en trenzas otras; detrás de ellos iban pequeñas cortes de pajes negros que con la lengua fuera trataban de mantener el ritmo de sus amos mientras iban cargados de baúles y sacos de todo tipo y tamaño; carros rebosantes de toneles frenaban sus ruedas en la arena mientras los bueyes eran atormentados a latigazos hasta llegar a encabritarse unos encima de otros, haciendo volcar a más de una carreta. Aullaban los arrieros tratando de sacar los carros inmovilizados en la arena. Azotes y reniegos sin piedad ante el cansancio o el dolor; bestias cayendo muertas de agotamiento delante de aquellos que eran más animales que ellas.

En una depresión entre las dunas había un pequeño grupo de gente arremolinada en torno a varias antorchas. Al pasar a su lado observamos que en el suelo yacía el cuerpo de un hombre sin casaca, con la cara desfigurada a cuchilladas y la lima hecha jirones, ensangrentada. Su boca se había quedado petrificada en un silencioso grito de dolor.

—Ya empiezan los rejones —comentaba uno a su compañero.

—Tantos hombres en una misma nao no es bueno, se calientan los

ánimos y acaba la cosa como el rosario de la aurora —aseveraba el interpelado, observando la faena como aquel que comenta algo tan trivial como el hecho de llover.

En aquel momento no le di más importancia que la que le solía dar a los ajustes de cuentas, pues ya había visto y participado en unos cuantos. Cuán ciego fui: tener delante y no ver. Nos santiguamos sin detener el paso y continuamos a lo nuestro, que no era sino buscar algo de luz en las tinieblas que teníamos en las entendederas.

Intuimos cuál era el lugar de la cita cuando, tras superar una pequeña colina, accedimos a un valle similar en tamaño a la campa mayor de mi Salamanca, mas en el centro de dicha tierra no había ni una iglesia ni un cementerio, sino una tienda de campaña de grandes dimensiones. Varios cables estiraban la lona anclándola al suelo y un gran mástil central proveía una gran bóveda, bajo la cual tintineaban las luces de al menos cien candiles. Alrededor de dicha carpa la gente se apiñaba: los jinetes bajaban altivos de sus caballos pasándoles las riendas a pajes que apresuradamente los llevaban a un improvisado corral aledaño donde eran hartadas de agua y forraje; hombres uniformados charlaban exultantes a viva voz, riendo y comentando jocosos los atributos de sus amadas; los carros que encontramos en el camino se acercaban a la carpa, paraban el tiempo justo para descargar, y volvían a partir vacíos. Pronto empezamos a ver hombres abriendo talegos de los que sacaban un par de camisas, otro par de calzones o, en el caso de ser soldados, casacas, botas y sombreros. Todo, sin embargo, daba la sensación de estar regido por alguna clase de disciplina.

De la tienda salía un brazo de gente de unos treinta estadales de largo. Pasamos a su lado y empezaron a gritarnos improperios y maldiciones.

—¡A la cola, cojones, que no llevo esperando aquí media vida para que paséis por delante de mis narices como duques!

Buscamos el final de dicha cola y empezamos la espera; en poco tiempo dejamos de ser los últimos, porque enseguida otros tipos ocuparon el lugar que estaba inmediatamente detrás de nosotros. Intuí una presencia justo detrás de mí, me giré y vi a un hombre más alto que Cucha, de cara y cuello rojizos y cuarteados a causa del sol, pelo

rubio casi plata, narices toscas y anchas y ojos verdes. Estiraba el cuello buscando con la mirada a lo lejos, en dirección a la tienda, nervioso, con un grueso barniz de sudor resbalando por su piel. En su afán observador tropezó con suavidad con mi mirada.

—Ten cuidado.

Me miró de igual modo que se mira a una piedra y asintió sin decir palabra. Me fijé un poco más en él: sus brazos eran fuertes y sus manos anchas, callosas y de venas marcadas; tenía aspecto de simple labrador, pero sus ojos hacían intuir una locura interior, una obsesión. No me gustó lo que vi en ellos, pero me giré para seguir aguardando turno, porque sabía de sobra que no todos los que embarcan han salido de un convento. La cola avanzaba lenta pero sin interrupción y paso a paso avanzábamos hacia la luz de los candiles, guiados por su brillo como si fuéramos algún tipo de polilla sin alas. Conforme nos acercábamos las conversaciones cesaban y el silencio imperaba, siendo solo interrumpido por breves murmullos. Pareciera que fuese una reunión de ladrones y no de trabajadores al servicio de la Corona. Los que habían salido de la tienda mataban el tiempo rezando un rosario, apostando con quadros y cartas y los menos, extrañamente, se tiraban en la arena a dormir. Cuando ya estábamos a unas pocas brazas del destino alcé la cabeza entre la multitud y vi cómo la cola terminaba en cinco mesas dispuestas en paralelo.

En la mesa central, sentado presidiendo la reunión, con los antebrazos apoyados sobre el borde de la tabla, los dedos enfundados en ante blanco haciendo una jaula y con gesto altivo pero pose relajada, un hombre de unos sesenta años, con pinta de capitán de barco, escrutaba con detenimiento a los que por allí desfilaban.

Sus ojos estaban muy juntos y eran diminutos e intensamente azulados, parecían de lapislázuli, sobre ellos unas cejas canosas y flacas, asentadas en hueso prominente resaltaban la profundidad y el misterio de su mirada. Como tejado, un sombrero de candil en paño azul con un lazo de hilo de oro y bermellón, ribeteado en blanco y ligeramente desplazado hacia la coronilla para permitirle ver mejor, dejando descubierta una frente amplia y llana cortada por tres finas arrugas horizontales dibujadas a cuchillo. Por las sienes, llegándole hasta los carrillos y a pesar de no ser habitual verlas en gente de su rango, le asomaban dos gruesas patillas amarillentas, quemadas por el

salitre del mar. Una peluca blanca, inmaculada, larga y espesa lo abrazaba por el hombro derecho sujeta en una cola de caballo. Su piel había sido concienzudamente afeitada dejando solo un ralo bigote gris que rompía la monotonía de su labio superior y por las motas amarillas de los pelos que había bajo su nariz se le intuía aficionado a fumar en pipa. Su nariz era recta y firme, salpicada de manchas y venas y tenía la piel morena, repetidamente conquistada por el sol.

La chupa que llevaba era de rojo fuego, con bordados en hilo de oro, larga y grácil, muy ceñida al cuerpo, con ojales también dorados en formas de sardinetas y una dragona plateada en cada hombro que le caía hasta el codo. Por debajo de la mesa se podía ver un calzón azul intenso, casi negro, y unas medias verdes enfundadas en dos calcos de cuero negro y hebilla de ante y perla.

Tras él, a pocos pasos, fuera del cobijo de la luz de los candiles, auspiciada por la penumbra, se alzaba una inquietante figura imposible de ser ignorada; estaba recta y erguida igual que una estatua. En las otras mesas, a derecha e izquierda del que parecía ser comandante, varios funcionarios preguntaban el nombre, lo cotejaban con los de otra lista, lo repetían y asignaban una labor. El demandante firmaba, si sabía escribir, pues era cosa rara, o ponía su marca al lado de su nombre untando el dedo en el tintero. Acto seguido se le entregaba el bulto con las ropas que a su labor o cargo le correspondieran. Entre estos funcionarios, imbuido en el ajetreo del papeleo, estaba Ramírez.

—Buenas noches —dijo el tipo que nos precedía.

El comandante le lanzó, con fingida indiferencia un tanto altiva, una mirada de las que leen el alma.

—Luis Pisuerga, de Zamora.

Ramírez buscó el nombre entre los legajos.

—Aquí está: Luis Pisuerga. —Tachó el nombre con la pluma.

—¿Oficio? —dijo hastiado otro de los allí sentados.

—Calafate —respondió haciendo una inclinación de cabeza.

—¿Ha servido en otras naves?

—No, mi señor; solo en puerto seco. Allí sí he subido en infinidad de ellas, pero nunca he embarcado.

—¿Deudas de algún tipo: justicia, fiadores, marquesas, juego, tierras…? —preguntó un tercer funcionario.

—No… que yo sepa.

—Más le vale saberlo. Está bien, apúntelo como tercer ayudante de calafate, con este ya tenemos el cupo lleno.

—Si hace el favor de poner su firma o su marca… — dijo Ramírez extendiendo el papel ante él al tiempo que le señalaba dónde firmar con la pluma y el tintero que había sobre la mesa.

El tal Pisuerga prescindió de ambos útiles y plantó su pulgar al lado de su nombre. No le hacía falta tinta, sus manos estaban cubiertas de brea. Parecía que sudaba negrura.

—Muy bien… —dijo con cierto asco Ramírez, soplando la mancha del pulgar para pasarle a continuación un secante.

—Le corresponde una soldada de nueve escudos de oro. Al terminar el trabajo se le entregarán. Y este es el adelanto por sus servicios: tres reales de a ocho. La quintalada será la acostumbrada; un dos y medio por ciento a repartir entre los que más arrimen el hombro. En caso de fallecimiento, ¿desea dejar constancia de alguien para que la reciba? Mujer, hijos, madre…

—Estoy solo. Un primo en Ferrol… pero hace siglos que no lo veo. No sé si seguirá vivo…

—De acuerdo. Apuntador, tome nota: a las arcas reales. Señor Pisuerga, cruce las dunas y diríjase a las barcas. Allí le indicarán.

El hombre hizo una feliz reverencia a la mesa, diríase que el enrolarse hubiese sido una alegría para él. Algunos le respondieron levemente con la mano y se fue. Detrás de él me tocó el turno. En ese instante, un joven que parecía oficial, de apenas diecinueve primaveras, bien vestido con casaca y galones de oro, bota alta y

medias blancas me adelantó.

—Hay cola.

Ignoró mis palabras y saludó con una marcial inclinación al Capitán de Mar y Guerra —pues ese era el grado del hombre del que antes he hablado a vuestras mercedes, según me comentaron algunos de la cola—. Este dio la venia con un suave volteo de mano; el joven, soberbio, le arrebató la pluma a Ramírez, se inclinó sobre la mesa, y garabateó algo. Repitió el saludo al Capitán, se volvió a girar, me miró con una mueca de alegre altivez y pasó a mi lado sin decir una sola palabra más.

—Estos jóvenes y engreídos oficiales de cuna, maldita sea su estampa, rezuman desvergüenza —le dijo el tesorero al cuello de su camisa, buscando la complicidad del oído de Ramírez.

—Ya sabe lo que dicen: la oficialidad solo responde ante Dios o el Rey, si no está presente el primero —le respondió Ramírez.

Adelanté el paso y antes de que me preguntaran pude observar el nombre del polligallo: «Martín de Magadán y Vallina, natural de Hoviedo». Pensé que muchos aires de grandeza tenía el oficialito, pero su letra era pueril y poco entrenada, algo raro en los nacidos en la parte buena de la vida, porque sus familias nunca descuidaban la instrucción. Pero no fue su caligrafía lo que más llamó mi atención, sino su falta de cuidado o de afecto a su ciudad natal, al haber escrito con hache el topónimo que tantas veces yo había leído en casa de mi maestro Villarroel.

—¿Nombre? —me preguntó el apuntador.

—Este es Aritza Cucha Perro y yo soy Aníbal Rosanegra Alonso. Los dos hemos venido de Salamanca —le dije a Ramírez. Y este alzó la vista, evitando hacer cualquier gesto o signo que delatase que ya nos conociéramos.

—¿Ari… qué?

—Aritza.

—Eso no es un nombre cristiano.

—Es un nombre vascuence tan cristiano o más que el de vuecencia, y sepa que en la Real Chancillería de Valladolid, donde trabajé como traductor de mi lengua éuscara, nunca me negaron la entrada ni la palabra.

Me mordí los labios para no reír, porque Cucha jamás había trabajado de traductor ni nada parecido; pero soltó el embuste con el suficiente volumen para ser oído en las mesas y por algunos de la cola. «Real Chancillería» sonaba lo suficientemente importante como para imponer respeto y dejar claro que no éramos gente de la carda.

—¿Cómo ha dicho? —El capitán rompió así su silencio.

—Cucha Perro. —Ladee la cabeza señalándolo—. Y Rosanegra Alonso. Charros.

El hombre me miró fijamente, lentamente; corrió hacia atrás el taburete en el que se sentaba y se puso en pie quejándose; el tiempo le había desgastado los huesos y, estando encorvado, lucía una ligera chepa que pasaba desapercibida cuando estaba sentado; se descubría que de joven había tenido buen porte. Apoyó las manos en el precario pupitre y lo empezó a empujar despacio por una esquina hasta que una pata hizo tope con alguna piedra del suelo y terminó por romperse. Cucha y yo retrocedimos unos pasos hasta sentir la oposición de los que formaban la cola; de fondo se escucharon varias retahílas de maldiciones, pardiós y pesitales.

—Repítamelo. —Se humedeció la boca—. ¿Ha dicho «Rosanegra»?

Miré por encima de su hombro. La pétrea sombra que estaba a sus espaldas cobró vida dando un paso, dejando que la tenue luz de los candiles desvelase su cara. Era un hombre joven que tenía un aspecto que nunca había visto. Su rostro era angosto, de ojos grandes y expresivos, afilados al lagrimal; de boca ancha y labios y mandíbula finos; nariz puntiaguda y entrecejo estrecho; su pelo era negro, espeso y perfectamente liso, recogido en un pequeño moño en la coronilla. Vestía con una extraña sábana de grueso e impoluto paño delineado con infinidad de costuras solapadas que evitaban que la tela se arrugase; bajo esta no había camisa o jubón, solo un pecho afeitado y moreno al que se le intuía una constitución esbelta y firme; no era

muy alto y las chanclas que calzaba en los pies no le alzaban más del ancho de un lienzo plegado; una gruesa tira negra le anudaba el paño a la cintura; de ella prendidas, sobresalían las empuñaduras de dos espadas que se cruzaban en su vientre; la que le colgaba en el lado izquierdo era larga, llegando la punta de la vaina hasta casi la rodilla, la que le prendía del lado derecho apenas sobresalía un par de jemes del grueso cinturón.

—Sí, de Salamanca.

Entonces el hombre de rasgos extraños se lanzó a la carrera hacia nosotros, sobrepasando al viejo al tiempo que daba un grito inhumano y desenvainaba a dos manos la espada larga que colgaba de su cintura, elevándola sobre su cabeza; al verme amenazado arranqué súbitamente para darle respuesta con Longina. Como si mi cuerpo fuese azotado por un jinete, los oídos comenzaron a tamborilearme y noté cómo la sangre de mi ser se aceleraba en mis venas siendo, no obstante, más consciente de todo lo que allí me rodeaba: los gritos y maldiciones de los hombres que detrás de mí se agolpaban, sus pisadas en el suelo levantando un suave vaho de polvo, las manos de Cucha amparándome la espalda, el tintineo de los candiles proyectando suaves hilos de humo negro, las miradas de los apuntadores congeladas en un instante eterno, el acero de Longina vibrando en la tachonada, ansiosa por salir de su tedio. Sí, podía sentir todo lo que me rodeaba, o casi todo, porque cuando tomé el puño de mi filosa algo, una fuerza imparable como una estampida de toros y que había escapado a mis sentidos, surgió de mi retaguardia y nos empujó con fuerza a un lado, tirándonos al suelo.

—Sterf! —gritó el gigante rubio de mirada enloquecida, al tiempo que empuñando una pistola amartillada alzaba su brazo hacia el pecho del capitán.

El aire emitió una queja apenas perceptible, un siseo nervioso que no me resultaba extraño, acompañado de un brevísimo centelleo que relampagueó iluminando los ojos de los que allí estábamos. Entonces vi que en el brazo del gigante rubio ya no había mano, sino un muñón cortado tan limpiamente que ni sangró, igual que si el hierro que le había amputado la mano estuviera al rojo vivo, cauterizando la herida en el mismo resbalón. Su mano se clavó en la arena haciendo saltar algo de polvo. Los tendones del miembro amputado no habían tenido

tiempo de relajarse, y la pistola aún continuaba asida.

Instintivamente, desde el suelo me revolví, terminé de desengarzar a Longina y estirándome completamente lancé una estocada al cuello de aquel hombre cosiéndole con mi hierro nuez y nuca. Al mismo tiempo la espada de quien le había amputado la mano hizo una filigrana atiborrándose hasta la guarda del corazón del atacante. Durante unos momentos mantuvimos derecho el cuerpo del muerto solo con los filos de nuestras espadas. Una gota de sangre recorrió viva el filo de la mía y remansó en la cazoleta hasta que se le apagó la sed al acero; cuando ya se hartó de beber derramó la que no quería a la arena del suelo convirtiéndola en barro rojo. De soslayo miré los ojos del exótico espadachín: firmes y fríos, manteniendo la mirada allá donde la hoja se perdía en las entrañas del gigante; estaban faltos de alma y de misericordia pero al mismo tiempo llenos de valor y decisión, como si ensartar pechos fuese su única labor en la vida.

De un tirón seco extraje a Longina y el cuerpo, al perder el hierro que lo sujetaba del cuello, se cimbreó hacia atrás cayendo a plomo y levantando una nube de polvo. Enseguida fue rodeado por los pies mugrientos y desnudos de los marinos que atónitos, se arremolinaban observando el espectáculo. El hombre de la extraña espada miró su filo, la cimbreó en el aire salpicando algunas caras de los presentes con gotas de sangre, metió la mano en sus ropas y extrajo un paño con el que delicadamente, y en un solo movimiento, limpió la hoja. Era un arma extraña, de canto grueso y serpenteado por vetas de metal; el filo estaba tan cuidado que ni el más mínimo asomo de muesca emitía; brillaba con una intensidad azulada y homogénea que únicamente había visto en mi Longina; el lomo era gris mate, diferenciado del filo por una sucesión de olas irregulares. El mango era largo, perfectamente se podía blandir con las dos manos y estaba recubierto por un cuero negro y de áspera apariencia entrelazado sobre un bonito fondo blanco de aspecto perlado. Apoyó el pañuelo en la boca de la vaina que le prendía de la cintura, ejecutó otro rápido movimiento y volvió a guardar el arma limpiando de sangre, al mismo tiempo, el lomo de la hoja.

—Juan, ¿así cuidas de tu capitán? Ha faltado un pelo —dijo sereno el viejo, dirigiéndose al hombre de la espada.

Este bajó la vista, como avergonzado de verse censurado en público, pues el salvado no mostró asombro, agradecimiento o desasosiego ante lo ocurrido.

El comandante se agachó ante el cadáver, le escupió a la cara y de un tirón arrancó los botones de su camisa para dejar al descubierto el pecho del asesino. Agujereado por el filo del tal Juan asomó un tatuaje que parecía representar un escudo rodeado por unas palabras en una lengua desconocida para mí: «Den Vaderl… ot in den doet».

—¡Holandeses! ¡Malditos herejes y maldita la madre que los parió, hijos de mil padres! —Miró a los que allí estábamos y nos habló —. ¿Nunca han visto el cadáver de un espía? Hete aquí uno, y ha tenido final dichoso, que como encuentre más espías entre mis filas los desollaré con los cabos de mesana hasta que renieguen de Dios.

Dio una patada a la mano que en el suelo aún aferraba la pistola, que rodó por el suelo pasando bajo los pies de la gente.

—Basta de majaderías, terminen con los trámites, embarcamos al alba. —Me señaló—. ¿Cuál es su oficio?

—Somos guardeses del tabaco, o al menos durante muchos años así lo fuimos mi amigo y yo.

—Así que guardeses.

—Matándonos por los caminos, sobreviviendo a emboscadas… — dijo Cucha.

—No estoy hablando con usted —dijo sin mirarle—. Veo que sabe manejar la espada; doy por supuesto que también sabe manejar el mosquete y la pistola, que será lo único que puedo esperar de ustedes, bárbaros de secano. —Alzó las cejas—. Supongo que, si saben proteger el tabaco, sabrán proteger otras vidas. Ustedes dos integrarán la primera guarnición de los oficiales de guerra. Ramírez, anótelos como he dicho, que firmen y cuando cojan sus ropas que se presenten al teniente Gravina, él sabrá qué hacer con ellos.

—Como ordene vueseñoría —dijo Ramírez.

—Quizás, con suerte, la mar les dé a estos despojos de hombres la

muerte que en tierra no han encontrado.

El capitán se giró, le hizo un gesto con la cabeza a Juan y acompañado de su extraño arreglo de ropajes y espada, desapareció en dirección a la playa.

—Tengan cuidado, el capitán Carrión vive atormentado, es un gran marino, un hombre íntegro y un luchador encomiable… o al menos lo era —nos advirtió Ramírez mientras tomaba nota de nuestros nombres.

—Esperemos que haga honor a su fama.

Tomamos nuestros pertrechos y nos dirigimos hacia la playa. Aún no era de día y el mar se presentaba negro ante nosotros. En la lejanía tres grandes faroles señalaban la posición de la popa del navío en el que íbamos a embarcar, iluminando las olas que bajo su casco rompían. Lejos brillaba una lucecita, un punto en la aún absoluta oscuridad, preguntamos y nos dijeron que era la Torre de la Higuera, un baluarte de defensa de la costa. A nuestro alrededor se apelotonaban cientos de hombres esperando las lanchas y barcas que nos llevarían a bordo: oficiales de todo grado y edad, desde soberbios tenientes curtidos a los jóvenes guardiamarinas, hijos de familias nobles que ingresaban en la Armada casi en la niñez con la idea —más heredada que propia— de alcanzar la oficialidad y labrarse una carrera como marinos; eran tomados por los oficiales de guerra como sus pequeños pupilos, e incluso pajes en los que delegar las tareas ingratas que a ellos les molestasen, o para satisfacer sus más nimios caprichos de entretenimiento o asistencia sin que pudieran hacer valer su condición de nobles, ya que uno de los cometidos del aprendizaje es paladear la humildad de obedecer. Oficiales mayores, contadores, capellanes, pilotos, cirujanos… demasiado cerca de la marinería y demasiado lejos de los oficiales: nadie quería tener a uno de estos a su lado por si el ánimo de medrar les tentaba a vocear las intimidades y tormentos de la tropa. Oficiales de Mar, contramaestres, calafates, armeros, maestros de velas y faroleros, gente tan quemada por los largos viajes al servicio de los caprichos de oficiales y a las embestidas del mar que de sus bocas, si salían cien palabras, ciento una eran blasfemias. Y por último todos los demás: carpinteros, artilleros ordinarios, infantería de marina, cocineros, pajes, marineros, grumetes… todo ello mezclado con carros cargados de víveres,

caballos, vacas, aves enjauladas, cientos de toneles llenos de vino, agua y harina.

Nos acercamos a una de las barcas que estaba recogiendo gente para subirla a bordo. Al estar casi llena nos pidieron que antes de subir ayudásemos a empujar para volver a meterla en el agua, pues había encallado en la arena; tiramos nuestros bultos al interior y junto a cinco hombres más comenzamos empujar la barca.

—¿Tú conoces al tipo ese? —me preguntó Cucha mientras cargaba con fuerza contra la madera con su hombro.

—¿A quién, a Gravina? Joder, Cucha, que acabo de llegar, sé lo mismo que tú.

—Seguro que es un malparido hijo de puta. Lo huelo.

—Mi madre era una santa; aun con todo, les juro que parió un grandísimo hijo de puta.

Miramos hacia arriba y vimos una cara que nos era familiar.

—¡Anda, Aníbal! El destino nos sonríe, mira la jeta de este modorrón. Es el desgraciado al que casi hacemos filetes en la casa de las putas. Míralo qué reguapo está con esas medias blancas tan limpias y esa casaquita azul. Una pena que se le vaya a manchar de sangre. —Cerró la mano, haciendo que los nudillos le chascaran—. Vamos a terminar lo que empezamos, que no soy hombre de dejar trabajos a medias.

—Cucha, que no te enteras —dije tomándolo del hombro—. Creo que estás hablando con el tal Gravina.

Y así era: el teniente Gravina, con una mueca de asco dibujada en la cara, descolgó medio cuerpo de la barca acercándose a Cucha al tiempo que lo enganchaba de la lima.

—Por Dios… —masculló Cucha apretando los dientes mientras negaba con la cabeza.

—Rece. Lo va a necesitar.

—Si naces mudo revientas, Cucha.

—¡Deténganse, faltan tripulantes!

Quien había gritado era un alguacil a caballo. Tiró fuertemente de las bridas y el animal hizo amago de encabritarse. Al oírlo, Gravina saltó a tierra.

—Eso no es posible. Tenemos el cupo cerrado.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo, el segundo de a bordo.

El criado de la justicia se abrió el coleto, cogió un documento y se lo entregó a Gravina.

—Para este… ser tendrán que hacer hueco. La orden viene de Su Majestad en persona.

Alzamos la mirada y por detrás del alguacil, superando la loma de arena, bajaban con dificultad dos caballos tirando de un carro cerrado y reforzado con barrotes de hierro; las ruedas se hundían en la arena hasta casi hacerlo volcar. Cerrando el grupo, seis hombres más, armados con mosquetes y pistolas.

Detuvieron el carro en la orilla; uno de los corchetes se acercó a la caja, se quitó del cuello una llave oxidada y mientras tres compañeros le cubrían con sus armas maniobró en la puerta hasta abrirla.

—¡Baja! —gritó el carcelero a la mole que en la celda con ruedas se cobijaba. Esta ni se inmutó.

—¡He dicho que bajes, animal! —gritó de nuevo lleno de cólera, tomando una piedra y lanzándosela al bulto.

El hombre, ser o demonio, se puso en pie y caminó hasta la puerta. Estaba descalzo y por ropas vestía jirones pardos llenos de remiendos, desgarrones, suciedad y lámparas de sangre seca.

—¡Ayudadle a bajar!

Con dificultad por su volumen, no porque hiciera extraños o se resistiera, lo sacaron. Una capucha negra le cubría la cabeza; grilletes en pies y manos lo ataban con fuerza y una cadena de varias pulgadas estaba enroscada a su cuello para después unir todo el conjunto. El brutal alguacil agarró la cadena a la altura del pecho y tiró sañudo. Con el reo así cogido caminó hasta donde se encontraba Gravina.

—Entrega hecha —dijo dándole unas llaves y volviendo a montar en su corcel.

—Una advertencia, mi… ¿teniente? —Gravina asintió—. No le quiten las cadenas ni la capucha hasta que estén en alta mar.

—¿Por qué?

—Porque la única forma de que no escape es que sepa que solo le espera la muerte —dijo picando espuelas.

Capítulo IV

Un barco llamado Audaz

Tras unas cuantas leves embestidas con las olas, luchando por abandonar la playa, calentando los brazos con algo de remo y compartir un incómodo silencio con el teniente Gravina, nuestra barca se puso a la zaga del Audaz, cuya advocación era San Juan de Dios.

Todo lo perteneciente a esta nave era excepcional. Con un presupuesto que superaba en coste a todos los navíos de la época —casi cien mil pesos—; su fabricación había sido encargada personalmente por Felipe V con la intención de que sirviese de modelo para los futuros barcos de nuestra flota, con los que modernizar el caduco sistema de Armadas —de Barlovento, del Estrecho, de Vizcaya…— al que puso fin el Tratado de Utrecht en una de sus pocas disposiciones favorables a España, pues dichas Armadas eran costosas a la par que ineficaces. Tal era la implicación de la Corona en esta empresa que los reales fondos para su construcción provinieron del real bolsillo de nuestro Rey, en uno de esos impulsos por los que habíase ganado el sobrenombre de «El Animoso».

La nave había empezado a ser construida en la Habana en 1721 bajo un celoso velo de secretismo que evitase que cualquier potencia extranjera pudiese hacerse con los últimos avances en ingeniería naval. Los planos de José Antonio de Gaztañeta e Iturribalzaga, el cual falleció antes de poder ver botada su más ambiciosa creación, eran un secreto de Estado tan eficazmente protegido que a Gaztañeta le estaba prohibido dibujar, escribir o trazar planos en otros papeles que no fueran aquellos que la Corona le facilitase. Pese a todas las intrigas, luchas por el poder, envidias y espías, la obra pudo ser mantenida en secreto y rematada por el ayudante de Gaztañeta: Raimundo Carrasco.

El Audaz sería el primer navío Español de tres puentes, el primero en soportar granizado de treinta y seis libras a quemarropa y el primero en portar un poderío artillero que haría temblar, ante su sola presencia, al puerto mejor defendido. Este prodigio de la ingeniería naval patria tenía un arqueo de más de cinco mil toneladas y, en

tiempo de guerra, podía dar cabida a más de mil cien hombres. Era una nave pesada, pero endiabladamente rápida; en su construcción se empleó la madera de cinco mil árboles de doscientas especies distintas, una para cada función específica.

Quizás a vuestras mercedes les parezca exagerada tal variedad de especies, pero consideren que un barco es, aparte de un desafío para cualquier ingeniero, una inmensa labor de taracea digna de ebanistas. Nadie construye una casa sin cimientos y con vigas de álamo si quiere que dure más de un invierno, y cualquiera sabe que el granito resiste mejor los embates del tiempo que el yeso.

Así, el casco y su «costillar» —baos y cuadernas—, la quilla y las cubiertas eran de roble cubano, caoba y teca, llegando a tener en algunos puntos del costado casi un codo de espesor. El uso de estas maderas no era baladí, pues «es indecible lo que gana un navío fabricado con maderas de diversas gravedades específicas colocadas oportunamente». Además han de saber que la broma o mosillo, verdadera viruela de los barcos que surcaban las aguas americanas —pues en las europeas no había esa «enfermedad»—, era la pesadilla de los carpinteros navales; esta especie de gusano blanquecino, que ni para comer sirve, horada todas las maderas con facilidad pasmosa, abriendo galerías, debilitando la estructura y provocando vías de agua hasta tal punto que podían dar a la ruina con todo el navío. Las únicas maderas que el citado gusano no lograba horadar eran el cedro de Jamaica y el roble de la Habana. Aún con todo había que dar gracias a Dios por la forma en la que el gusano trabajaba pues «Es permisión de Dios que estos gusanillos se vayan al hilo de la madera, porque si fuera atravesando por derecho, se anegaran muchos bajeles violentamente». Una de las novedades que incorporaba el Audaz fue carenar toda la obra viva con planchas de cobre en sustitución de las habituales de plomo, que lastraban en exceso la maniobrabilidad de los buques, se perdían en el mar muy fácilmente y obligaban a unos mantenimientos difíciles, caros y constantes.

El desplazamiento de la nave se confiaba a una impresionante superficie vélica de más de sesenta mil pies cuadrados, suficientes para cubrir la Plaza Mayor de mi Salamanca —por entonces, como ya les he comentado, aún inconclusa—. Para estar a la altura de tamaña fuerza, los palos habían sido reforzados con anillos de acero.

Tal velamen se justificaba por las superlativas dimensiones del barco: una eslora de doscientos diez pies y una manga de cincuenta y siete; no obstante era sumamente ágil, en alta mar su quilla cortaba las olas con la misma facilidad que Longina segaba cuellos.

Su armamento era terrible: un total de cien bocas de fuego de a treinta, dieciocho y ocho libras con las que saludar al enemigo.

En la proa un mascarón —obligatorio por las ordenanzas reales— de un león engallado; en la popa, una gran y ostentosa vidriera profusamente ornamentada con águilas bicéfalas, flores de lis, sugerentes sirenas y columnas salomónicas labradas, todo ello revestido de pan de oro; bajo ella una cartela con el nombre de la nao.

Las ordenanzas decretaban también que el Audaz fuera repintado cada cuatro años: tallas exteriores, galones, falúas y botavaras en amarillo y negro; cámaras de blanco y azul; entrepuentes y castillo en castaño rojizo; el suelo de la enfermería, situada en la proa, se pintaba en rojo para disimular la sangre, ya que no era poca la que allí se derramaba.

En la proa también se encontraban el pañol de encartuchado de pólvora, la despensa, el pañol de víveres y el de leña. Por precaución y para evitar incendios, el horno de pan y la cocina se encontraban en el combés, a popa del trinquete, aunque eso supusiese carreras y más carreras para los pinches de la cocina. Sobre el lastre iba la santabárbara, forrada de plomo y cuya puerta estaba tapada por dos gruesas cortinas que se mojaban durante el combate o las prácticas para evitar que el calor o las chispas pudieran provocar una desgracia. Con casi mil quintales de pólvora a bordo, la sombra de un ascua y nos hubiéramos convertido en un vago recuerdo.

Espero que vuestras mercedes disculpen la digresión, pero la figura del Audaz me impresionó tanto que no he podido menos que retratarla en unas pinceladas, pero debo abandonar el lienzo y volver a mis vivencias: trepamos por las escalas de gruesa maroma que se habían dispuesto en el costado del navío; una vez a bordo bajamos a la primera cubierta y reclamamos como nuestro el espacio entre dos cañones de dieciocho libras situados en la amura de babor; desatamos los nudos de nuestro paquete, el envoltorio a su vez era nuestro lecho: una hamaca de tejido tan fuerte y áspero que picaba aun con la ropa

puesta; dentro de este, una camisa vieja y amarillenta tan dada de sí que en caso de necesidad bien podría servir de vela, un calzón de lana gris que quedaba justo por debajo de la rodilla, un par de zapatos, unas medias, una guerrera azul larga y de botones dorados que por dentro estaba forrada de terciopelo rojo, y un chambergo de tres puntas.

—¿Y el resto? —preguntó Cucha asombrado.

—El resto, amigo, es lo que llevas encima —dijo rompiendo en carcajadas un joven moreno y vivaracho que sería nuestro vecino de hamaca o, por decirlo en términos náuticos, nuestro vecino de coy.

—Pues yo no le veo ninguna gracia. No pensarán que voy a tirarme meses con la misma ropa puesta —se indignó Cucha.

—¡Señores! Sepan vuestras mercedes que tienen el honor de compartir bodega con el mismísimo Duque de Alba —respondió tras otra carcajada nuestro vecino.

—El duque ya habría vomitado nada más pisar en este antro infecto —murmuré.

—¿Cómo osáis hablar de manera tan escorrozada de nuestro insigne duque, excelencia?

—Pues porque algunas cenas ha podido compartir con nosotros. —Se adelantó Cucha, henchido.

La risotada se debió de oír en ambas orillas del Atlántico.

—Dicen que: «amigos, hasta en el infierno». —Se quitó el pañuelo que le recogía el pelo de la cabeza y su melena le cayó hasta el cuello —. Me llamo Quintiliano de Triana, o, como me conocen en Sevilla, «el Manos Rápidas» —dijo haciendo con los dedos el gesto de sisar.

—Tanto gusto —respondí con desinterés, pues estaba intentando hacerme a la idea del sitio donde tendría que intentar descansar en lo que durase el viaje.

—¿Es la primera vez que embarcáis?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —preguntó Cucha.

—Porque llevo un rato viendo lo mal que te desenvuelves.

—¿Quieres que te parta la boca?

—No le hagas caso, ha tenido un mal embarque. —Lo miré de reojo.

—Tiene cara de fiero el perro.

—De perro solo tiene el segundo apellido.

—¿Cuál es el suyo?

—Rosanegra.

—La verdad es que yo ya voy curtido en estas labores: muchos años faenando. No sois de lo peor que he visto.

—Gracias por el halago, y ¿qué es lo peor que has visto?

—Pues…

Su respuesta quedó en suspenso por el tumulto que repentinamente se formó en la escalera que unía los puentes: dos sargentos empujaban y pateaban al hombre que en el último momento fue embarcado; su cuerpo tropezó y cayó rodando por los peldaños, manteniendo en todo momento la caperuza puesta.

—¡Mira qué mala bestia! —dijo uno asestándole cobardemente una patada en las costillas.

El hombre no se inmutó, parecía que habían pateado un saco de arena. Entre los dos fornidos sargentos lo tomaron por las cadenas y lo pusieron en pie.

—¿Tienes la llave? —preguntó uno palpándose las ropas.

—¡Sargentos! Yo no lo haría —gritó Quintiliano.

—¡Cállate, hijo de…!

No pudo terminar la frase porque el engrilletado le asestó un violento cabezazo en la cara al sargento que lo había pateado.

—¡Me ha roto las narices! —gritaba de dolor en el suelo, cubierto de sangre.

Se irguió tratando de contenerse la hemorragia con la mano.

—Acompáñame a dar parte al capitán. Este animal no se hace a la mar porque lo mato antes —le ordenó a su compañero, pero este miraba al suelo—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—Yo no he visto nada —respondió tímidamente.

—Pero… —Se giró observando los cientos de ojos que en aquella bodega, en silencio, le observaban.

—Nadie ha visto nada, mi sargento —apuntó Pisuerga.

El aludido bramó una blasfemia y escupió al suelo un cuajo de sangre.

—Muy bien…—Sacó con furia la llave de su sacocha y la tiró al suelo—. Es problema de esta bodega, ojalá los peces les coman los ojos a todos ustedes —amenazó, para acto seguido subir con rapidez por la escalera.

—Le llaman Sacramento —nos relataba Quintiliano—. Nos sacaron a los dos hace unos días de la caponera de Sevilla. A mí me dijeron que si me enrolaba en esto me perdonarían dos años de sombra por haber robado en casa de un rico que además era primo del juez, pero al Sacramento le dieron a elegir entre la soga o el mar; a primeras dijo nones y maldijo al que se lo propuso con unas voces tales que nos dieron escalofríos a todos los que las oímos; pero luego se lo pensó, si es capaz de hacerlo, que no creo, y aceptó casi compungido. Por lo visto despellejó viva a la familia de uno que se estaba cubriendo a su marquesa por la cara: los hijos, la mujer y por último a él, como si fueran guarros. Dicen que ha degollado a más de cien personas entre robos, refriegas y asaltos a transportes de la Corona. Esas mismas voces cuentan —dijo bajando aún más la voz—; que desde que nació ha pasado más tiempo a la sombra que viendo el sol. Mírele, lleva tanto tiempo entre rejas que se le distinguen las

marcas de los grilletes en los tobillos.

Y así era. Sacramento era una mala bestia; uno de esos hombres que renegaban de Dios y de su madre: tanto hígado como cojones. Mataba simplemente con sus manos, fuertes como tenazas o a lo sumo con un cuchillo. Decía que no usaba pistola o espada porque «matar a dihtansia es de lebrones y lo mío es un arte». Era muy alto y su cuerpo era fuerte; el pelo lo tenía largo, por los hombros y rizado, negro como las crines de la montura del mismísimo demonio y su cara era una sequedad de dos pómulos de hueso puro y carrillos hundidos tachonados de cortes, marcas, cicatrices y hoyos. Bigotes de ganchos y cara de ningunos amigos.

—¡Malditos galeotes, dejad todo en el suelo y subid a cubierta, mal paridos, el capitán quiere dirigirse a vosotros! —gritó el oficial de la mar. Los tambores y los silbatos llamaban a formar en cubierta.

El sol ya despuntaba, empezando a calentar las cabezas de todos los que estábamos en aquella nave. Dos curas, el padre Pinilla y el padre Enrique, andaban entre las filas de gente aspergiendo agua bendita con un hisopo y repartiendo bendiciones. A bordo, incluso los patres venían con asaduras: pertenecían a la Compañía de Jesús y presumían de tener más viajes que Colón, y pregonaban con orgullo el haber convertido a innumerables indios. Habían sobrevivido a naufragios y abordajes en el agua y dos motines de indígenas en tierra y cuando pintaban bastos, si había que empuñar la espada, no vacilaban ni un segundo; su signum crucis era legítimo.

En el propao del alcázar, y dejando justo a sus espaldas el palo de mesana, estaba el capitán Carrión, escoltado a ambos lados por todos los oficiales de guerra. Ante ellos estábamos un bosque de hombres.

—¡Silencio! —gritó el jefe de cubierta—. Tripulación formada, mi capitán.

—Gracias. —Nos miró, asintió, tomó aire y comenzó a hablar—. Asesinos, ladrones, hurgoneros y estafadores, marinos con más vino en sus venas que sangre y más dados a matar por la espalda que a enfrentarse a una muerte gloriosa; la verdad es que poco me importa su origen o su pasado. —Carraspeó con desprecio como si nuestra presencia le irritase la garganta—. Algunos de ustedes han sido

cogidos en levas y traídos por la fuerza; es indiferente: a bordo de esta nave espero y exijo lo mejor de todos ustedes, si es que tienen algo que ofrecer. Sepan que la disciplina será ley y su quebranto se tornará en castigo. Si se ven incapaces de soportar las reglas podré ofrecerles, y lo haré, azotes hasta que con los jirones de su piel tapice mi peor silla, saltos secos al agua, pasos por la quilla para los más perdidos y horca para los amotinados.

»Me ha tocado en desdicha comandar la peor escoria del Reino: un cáliz de amarga hiel que no puedo dejar pasar, pero aun con toda su miseria, y si en esta vida o en la otra podrán presumir de algo, es de ser escoria española. Algunos, como el teniente Gravina Monforte, ya han servido bajo mi mando; él ya lo sabe y quien no lo sepa pronto lo sabrá: yo exijo aplomo, agallas y valor. Quizás mis tácticas pueden parecer salvajes y temerarias y la disciplina que exijo desproporcionada, pero mi única meta es cumplir la encomienda que me han asignado y eso ni el Santísimo lo evitará. —Tragó saliva y estiró el mentón haciendo una pausa, mirando al horizonte—. Hace más de doscientos años una flota capitaneada por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda con una meta: imponer la supremacía naval española. Los tildaban de locos, ahora los llaman héroes, con los siglos a nosotros también. Al igual que entonces, hace meses, otras tres naves partieron desde España. El Feroz, El Blanco y El Venablo, todas ellas primas de esta en la que tienen la fortuna de estar embarcados. A bordo de ellas, tres mil almas españolas, las mejores, las más valientes. Su cometido: traer a España la gloria, por ello estamos aquí: Su Majestad nos ordena interceptar las naves en su destino y reforzar la escolta en el camino de vuelta a España arrasando con nuestra potencia de fuego cualquier nave que ose interponerse en el camino. —Hizo un gesto cortando el aire con la palma de la mano—. Nuestra patria nos necesita, hemos de completar la misión que a ellos les fue encargada y regresar a España con la menor demora posible. Para ello el Rey, nuestro rey, ha dispuesto todos los medios posibles para llevar a cabo esta arriesgada misión; dada la cantidad de espías que socavan nuestras instituciones toda esta labor ha sido llevada a cabo en el más estricto de los secretos, solo un puñado de notables de España sabe que ustedes están aquí, en el fin del mundo. —Se humedeció la boca saboreando el peso de sus palabras—. Sus almas solo le pertenecen a Dios, esta nave le pertenece a mi Rey, pero sus vidas, por miserables que sean, desde este mismo momento me pertenecen a mí. ¡Oficial de cubierta!

—¡Sí, mi capitán!

—Este barco representa la mejor de las Españas.

—¡Así es, mi capitán!

—Como Audaz es su nombre, audaces somos aquellos que en ella morimos… —Zanjó de repente la deriva de su discurso observando el viento en los pendones—. Mala época —murmuró—. Recemos para que los alisios sean misericordiosos. Leven anclas. Piloto, ponga rumbo al sur. —Una algarabía recorrió la cubierta, los hombres anhelaban hacer escala en las Canarias—. ¡No se alboroten! Nadie verá las Canarias. ¡Piloto! Dirección sur hasta que el tocino se derrita. Jefes de cubierta, capataces y oficiales, ocupen sus puestos.

Una aparente pero estudiada locura se desató a bordo. Todos los hombres sabían dónde servir, de qué cabos tirar y a dónde dirigirse. Pitidos y órdenes. Treinta grumetes cogieron los gruesos apoyos de madera del cabrestante de proa, los cruzaron en su corona y dejándose los riñones comenzaron a girar como en una noria, levando el ancla. Otros, entre gritos de ánimo, escalaban los palos soltando vela. El resto de la tripulación, a patadas, empujones y amenazas, ocupó sus puestos rumbo a lo inesperado.

Las palabras de Carrión, a pesar del tiempo que ha pasado, aún resuenan en mi cabeza. Jamás se detendría, jamás vacilaría o pondría en duda las órdenes recibidas. Estaba decidido a servir a España por encima de todas las cosas; en aquel momento me quedó claro que en ese barco se iba a servir o a morir. Otro pensamiento me vino: quién me diría a mí que aquellos tratados marítimos que Villarroel me daba para leer fueran ahora de utilidad.

La tarde en la que partimos estaba yo cerca de las carronadas. Un grupo de gaviotas que sentían apego por nuestra compañía, o por los desperdicios de la cocina, jugaba a perseguirse entre los mástiles, graznando, aleteando, haciendo cabriolas y posándose a ratos en los cabos. Observé cómo lentamente, por un lado, desaparecía la Península en la lejanía; giré la vista al horizonte que ante nosotros se abría y el tiempo se me antojó extraño, igual que cuando en la montaña sabes que algo malo va a pasar. El horizonte estaba rojo, nubes altas anaranjadas y esponjosas cubiertas de volutas enroscadas

cubrían el cielo, el aire traía golpes de humedad, las olas hacían borreguillos; el ambiente se olía enrarecido y metálico cuando aspirado con fuerza rozaba el paladar; el mar pintaba marejadilla y apenas una brisa floja empujaba las velas con cansancio. Todo estaba demasiado tranquilo. De pronto, surgido del horizonte, un zumbido suave, como de abeja, empezó a recorrer la cubierta; noté las manos entumecidas y un chasquido en mi cintura hizo que mirase al suelo. Longina despedía por la punta finas hebras azuladas que aparecían y desaparecían con violencia en un instante, buscando las cabezas de los clavos de cubierta.

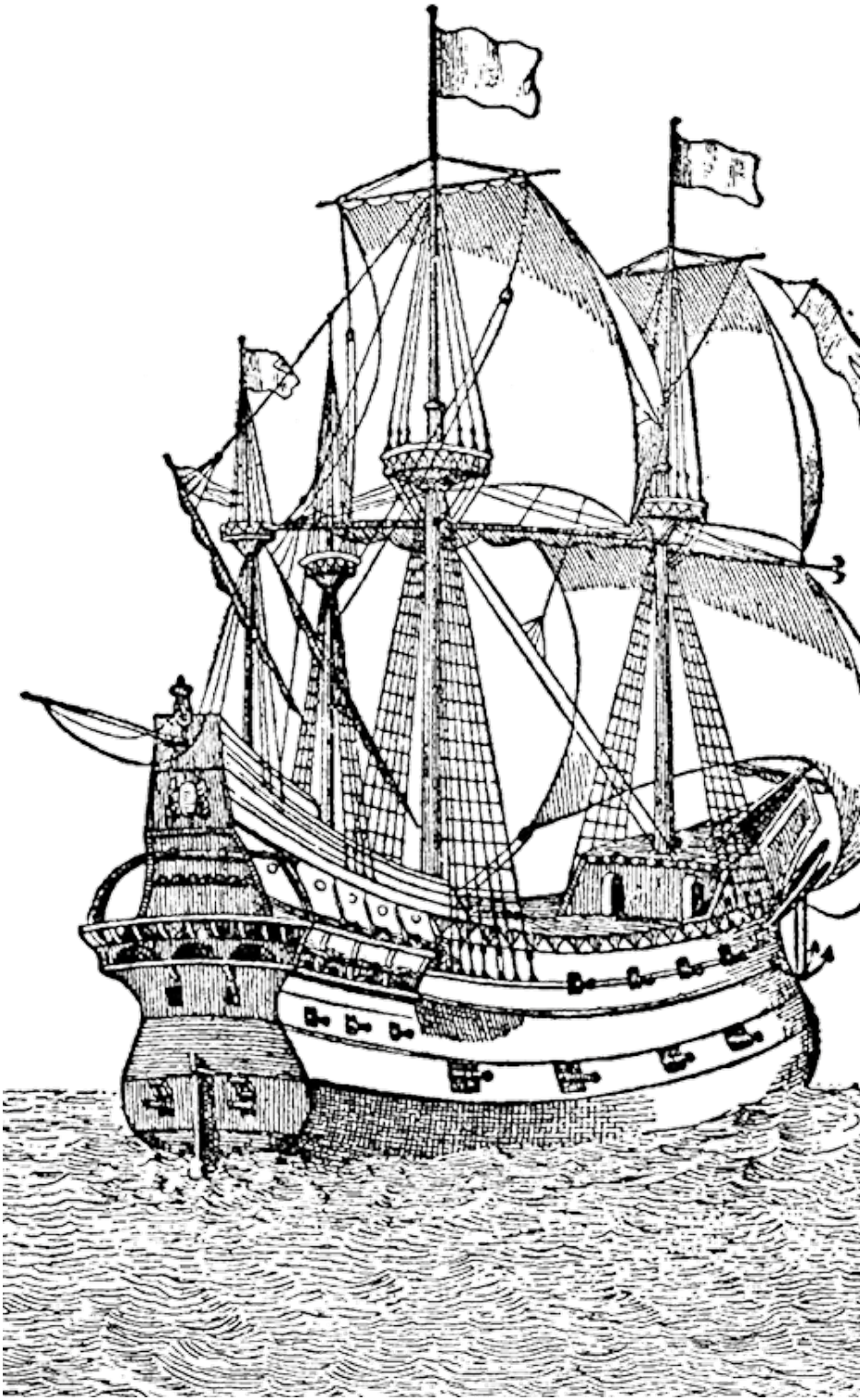
—¡Rayos! —gritó el vigía del carajo y todos los que en cubierta estábamos dirigimos la mirada hacia él.

—¡Aléjense de los aparejos, es el fuego de San Telmo! —gritó Agustín Cifuentes, el primer contramaestre.

Los jóvenes guardiamarinas, en un acto de bisoña insensatez, corrieron a tomar sus catalejos y divertidos los dirigieron hacia el origen de los rayos. «Avisad al capitán» dijo uno y, antes de que la voz pudiera correr, una gran luz iluminó la cubierta volviendo blancos nuestros rostros y haciendo que cayéramos al suelo, sintiendo que aquel estruendo que siguió al rayo quería hacernos explotar la cabeza.

Tirados en el combés, cubriéndonos la cabeza con las manos, abríamos la boca intentando que el entumecimiento del estruendo saliera de nuestro cuerpo; los oídos me pitaban como si tuviera una flauta dentro, hasta el punto de sentirme tentado de agujerarme el tímpano con la herrada. Me llevé la mano a la oreja y vi que estaba sangrando por ella. Empezamos a sentir cómo una especie de copos grisáceos caían sobre nosotros depositándose en nuestras ropas sin empaparlas, pero produciendo pequeñas quemaduras del tamaño de lentejas. Tomé al vuelo uno de esos copos y este se deshizo en mis manos. «Ceniza» pensé; alcé la mirada y toda la cubierta cercana al palo mayor estaba regada con las vísceras y los restos del vigía mientras sus ropas, hechas ascuas, caían sobre nosotros dejando estelas de humo tras ellas. «Mal fario» dijo un paje cayendo de rodillas delante de un pie abrasado al tiempo que se hacía cruces en la frente.

El mar, a su manera, nos avisaba de que no éramos bien recibidos.



Capítulo V

Lázaro

Si los hombres que buscan hacer riqueza en la mar no tienen por amigos el dolor, la fatiga, los remordimientos o la carestía del lecho no les recomiendo embarcarse. Tras unas semanas a bordo del Audaz, o te habías adaptado a la vida a bordo, o cogías un cuchillo y te cortabas el cuello. Y más de uno amaneció en su coy cubierto de chorros de sangre seca.

Cuando era un niño había conocido lo peor que se puede conocer. En Salamanca solo había miseria y desolación, al menos para los que como yo éramos pobres de solemnidad: pasábamos hambre. Muchos días mi pobre madre no conseguía nada que poner en el plato y cuando teníamos la suerte de comer algo, raro era que su estado no nos pusiera enfermos. Vestía con harapos malamente cosidos unos a otros para abrigarme del frío, al tiempo que escapaba de los bujarrones que deambulaban por los campos buscando a jóvenes presas que saciaran sus aviesos apetitos carnales. Con todo ello, y después de haber conocido la vida en el mar, puedo jurar ante las Escrituras que todas esas miserias y peligros eran un lujo oriental al lado de la vida a bordo de un barco de la Armada.

Ya les he comentado que dormíamos en una especie de hamacas llamadas «coyes». Cada coy estaba numerado para saber a quién pertenecía y en caso de perderlo o romperlo tendríamos que pagarlo de nuestro bolsillo o bien el contramaestre nos descontaría del sueldo tanto el roto o perdido como el nuevo. Los coyes estaban confeccionados con telas gruesas y fuertes que raramente se lavaban, por lo que estaban llenos de lamparones y desprendían un fuerte aroma a humanidad y cuadra que daba perfecta idea de los muchos cuerpos que en sus remiendos habían dormido. El uso de los coyes era la mejor solución para el descanso, pues evitaban en lo posible el cimbreo del barco. En caso de zafarrancho y tener que usar rápidamente los cañones, se recogían para usarse como parapeto contra balas, esquirlas, fragmentos y astillas. También tenían un postrer cometido: servir de mortaja para los fallecidos a bordo: se

envolvía el cuerpo en su coy, se le ponía un lastre y se arrojaba por la borda tras el responso de rigor.

Durante la noche los hombres nos hacinábamos unos junto a otros en los cientos de coyes dispuestos en baterías. El espacio entre puentes era exiguo: no más de tres codos, obligándonos a andar agachados y haciéndonos padecer de los riñones, pero era al arribar a puerto, según palabras de los más veteranos, cuando la cuestión del espacio se volvía más agónica y dramática si cabe, porque si no se daba permiso para desembarcar, se suspendían las guardias y el espacio entre los cuerpos se dividía entre dos.

Codo con codo compartíamos flatulencias, ronquidos, diarreas, vómitos, humores y onanismos. Los sodomitas, pues alguno había, buscaban algún rincón alejado de los ojos y las burlas. A la campana que marcaba cada media hora y cada cambio de guardia le acompañaban las letanías de aquellos que en la noche sufrían pesadillas, ataques de ira contra sí mismos, o contra el vecino que no le dejaba dormir, y los rezos de aquellos que trataban de conciliar el sueño pidiéndoselo a la Virgen o al Santo de su pueblo; otros les pedían que los mantuviera un día más con vida o se la quitase de una maldita vez para acabar con su sufrimiento. El descanso a bordo era una esperanza vana.

Al amanecer los coyes debían ser recogidos y plegados como salchichones para acto seguido ser subidos al alcázar y al castillo, apretándolos en las redes de las batayolas para ventilarse de humores y aromas humanos o, llegado el caso, servir de parapeto. Tras la cena los recogíamos para volver a dormir y era norma que si uno de los compañeros que compartía espacio contigo estaba de guardia, tenías que encargarte de recoger su coy y montarlo para que terminada su guardia pudiera aprovechar el tiempo durmiendo.

Compartíamos vida con los compañeros habituales de todo buque: las ratas que vivían a bordo —las de verdad, las que andaban a cuatro patas—. Eran, como decía Cucha, del tamaño de conejos: gordas, cebadas con las sobras y con nuestra sangre, agresivas como marquesas en celo cuando se disputaban comida, hasta el punto de devorarse unas a otras. Tenían la costumbre de morder con especial virulencia las extremidades que quedaban colgando fuera de los coyes; si no tenías cuidado podías convertirte en su presa. Era normal

escuchar por las noches gritos, maldiciones y estocadas cuando los roedores hincaban el diente en los dedos, narices, orejas u ojos de algún marinero; además las hideputas parecían acostumbradas a la presencia humana, pues ni se inquietaban al vernos. Por toda la nave había diseminadas trampas, lazos y cepos con trozos de queso o pan, que estaban controlados por los marinos que los colocaban y, si había suerte, podían disfrutar esa noche de un sabroso guiso de rata, plato este tan apreciado entre los hombres que un buen ejemplar podía ser una buena apuesta cuando se jugaba a las cartas o a los dados.

Llegué a ver cómo uno de los hombres que formaban la improvisada escuadra de ratoneros se acostaba en la sentina con trozos de cebo atados en manos y pies y, cuando las alimañas se acercaban a morder, las estampaba con los pies o las manos o trataba de lanzarlas para desnucarlas contra algún mamparo. Suarez, un paisano charro, había llevado miel al barco —lo que estaba rigurosamente prohibido— y tenía la costumbre de adjudicarse las camadas de ratas recién nacidas para, tras sumergirlas en la vasija de la miel, tragarlas vivas: «¡Bocado de emperadores! Que sé que a César y los suyos les encantaba este plato, pues disfrutaban de las cosquillas de la rata en su camino al estómago». Tengo que confesar que estando a bordo del Audaz alguna cría de rata comí así. A mí no me daba asco, y es que cuando el hambre aprieta no hay pan duro ni rata fea.

Cuando tocaban diana teníamos que recoger los coyes y correr en busca de un buen sitio donde obrar de vientre, tuvieras o no ganas. Las letrinas de la marinería estaban situadas a proa del navío a ambos lados del bauprés; en ellas había unos maderos con agujeros: los beques, que dejaban al proverbial palo de gallinero a la misma altura que una patena en cuanto a limpieza, ya que sentarse en aquellas tablas era una invitación a levantarse con el buz teñido de lo que ya se imaginan; para evitarlo en la medida de lo posible obrábamos agachados y tratando de no entrar en contacto con el beque, pero el movimiento del barco hacía que más de una vez lo expulsado no acertase a pasar por el agujero y recorriese el madero arriba y abajo provocando mentadas de madre, burlas y alguna pelea. Al ser tan minúsculo el espacio en los barcos los beques también se utilizaban para limpiar las camisas, las medias y el coy; sobra decir que en muchas ocasiones la ropa que se lavaba volvía más sucia de lo que iba, aun así se hacía por temor a ser castigados. Para colmo de males obrar en los beques podía ser peligroso: si de noche o en tormenta

tenías ganas de soltar lastre te tocaba hacértelo encima o arriesgarte a que un golpe de mar te llevase. Morir corruscando, qué final tan indigno y ridículo.

Si los envites de la mar hacen iguales a los hombres, el barco, del mismo modo que la tierra, diferencia las clases: los oficiales de guerra tenían sus propias letrinas en la parte de popa, protegidos de los peligros del tiempo y con algo de intimidad gracias a unos tablones dispuestos por encima de los asientos. Los oficiales de mar disponían de unos beques similares, pero en la medianía de la proa.

Al menos una vez a la semana todos los hombres teníamos que pasar la cara por el filo del flamenco del barbero y las guedejas por las lendreras, pues lo normal era tener un par de familias de piojos correteando entre nuestros cabellos. El sudor se volvía tan rancio que nos obligaban a lavarnos los pies una vez por semana.

En definitiva: podías entrar inmaculado en una nave y en un par de días parecer un maldito sarraceno. Los buques de la Armada no eran una excepción a la decrepitud patria, diríase que eran una España en miniatura; faltaba dinero para todo: para la soldada, para la comida, para pertrechos, para pintura; se empleaban maderas de baja calidad para escamotear unos cuantos y buenos reales, los ascensos muchas veces eran debidos a una carta de recomendación y no a los méritos del ascendido. Aun con todo se imponía el silencio de la disciplina y sobre todo el del orgullo de los embarcados, convirtiendo al ejercicio de la queja en una singularidad propia de enajenados mentales. En lo que atañe a Cucha y a mí las naves eran nidos de muerte, infecciones y pestes: en una nave abarrotada de gente los vómitos de los marineros, el agua de fregar los entrepuentes, la sangre y otras deyecciones, la pólvora de los cañones… todo se filtraba entre los tablones hasta acumularse en las entrañas sin ventilación del navío: en la sentina, un lugar oscuro y cenagoso donde reinaban insectos de todo tamaño y condición y donde la pestilencia era tan insoportable que obligaba a los que allí trabajaban a taponarse las narices con pelotas de tabaco. Uno de los calafates nos contó un día que tal era el grado de fermentación que, en esta parte del barco, se producía que varios compañeros suyos habían muerto de solo aspirar el aire que de allí manaba. Este lugar, el tártaro más profundo y oscuro de la nave, era el sitio donde estaba el calabozo, un purgatorio casi infernal donde las faltas leves eran expiadas. En resumidas

cuentas; con más de mil almas a bordo, y la paradoja de vivir en el agua pero no poderla beber, el hedor era insoportable, peor que vivir entre animales de pocilga.

Y animales no nos faltaban; dado que los alimentos frescos eran los primeros en terminarse y se solían reservar para las escalas, para los grandes viajes se embarcaban animales vivos; en la cubierta podías encontrarte jaulas con todo tipo de aves: gansos, pavos, patos… pero no gallinas; no porque el fino paladar marinero aborreciera la gallina, sino porque esta ave sufre el conocido como «mal del mar» y poco duran vivas a bordo. Si las aves morían por causa natural se reservaba su carne para hacer un reconstituyente para los enfermos y los heridos, pues no convenía desperdiciar alimentos. También en la cubierta estaba el barril con agua dulce del que bebíamos, sobre el que se colgaba la cabeza de un pescado a fin de que las moscas se cebasen en ella y dejasen en paz el agua. Por cierto, una de las mayores limitaciones, por no decir la única, que tenía la nave para recorrer el orbe era la cantidad de toneles de agua dulce que podía embarcar, pero esta se pudre con muchísima facilidad, tomando un sabor desagradable y según la tradición no era recomendable beber el agua de los toneles hasta que ésta se hubiera podrido tres veces.

Los que comían con algo de decencia eran los oficiales de guerra: recibían una paga adicional —la «gratificación de mesa»— para que se procurasen alimentos frescos, lo que les permitía comprar ganado, el cual era acomodado en el pañol-establo de la bodega, cerca de los hornos panaderos; en esta pequeña cuadra malvivían apelotonados algunos bueyes, varias vacas, un caballo y media docena de ovejas, todos destinados a ser sacrificados en los convites que los oficiales celebraban a bordo.

A popa del trinquete, en la segunda cubierta, estaban instalados los hornos para fabricar el pan y cocinar los alimentos. El calor que en la zona había era aterrador, la cocina, al igual que el resto del barco, no contaba con ningún tipo de ventilación y los hornos tenían que estar constantemente en funcionamiento salvo cuando la tormenta arreciaba; entonces, por temor a que las ascuas escapasen, los fuegos se apagaban. Los marineros que allí trabajaban eran gente famélica y demacrada, no porque no comiesen lo suficiente, sino porque se cocían vivos, llegando algunos a morir sacudidos por el calor.

Los alimentos frescos, las salazones, los embutidos y las especias que mejoraban la monotonía del rancho se guardaban en armarios cerrados con llave fuera del alcance de la marinería. Es cierto que de hambre ningún tripulante moría, pues se nos facilitaban alimentos tres veces al día coincidiendo con cada uno de los momentos clave en la vida diaria de la nave, y de igual manera las raciones eran generosas, pero las comidas eran desagradablemente monótonas. Se basaban en criojas saladas, cecinas y tocinos. Las primeras con una capa de sal que hacía que beber un trago de agua de mar supiera dulce; las cecinas eran secas como un puñado de tierra y tan endurecidas que perfectamente servirían para reparar los maderos del casco, creo que ni la broma sería capaz de hincar el diente a tan recio bocado, imposible hacerlas bajar por el gaznate sin bebernos toda nuestra ración de vino. Del tocino servido a bordo podría escribir hasta acabar con la negra de mi tintero, pues aquel emplasto reseco y agusanado era cualquier cosa menos tocino. Si en la Alberca, Guijuelo, Béjar y otras villas de mi tierra charra llegan a enterarse de tamaño sacrilegio a la cerda carne, prenderían fuego a la nao.

En ocasiones, de acompañamiento, se nos servía una especie de bizcocho seco y harinoso que aparentaba tener ya varios años de vida y que cuando lo mojábamos en el vino absorbía casi todo el contenido de la jarra, formándose una masa informe y pegajosa como la resina. La dieta tenía un poco más de variedad cuando teníamos la dicha de atravesar una tormenta; al estar los fuegos apagados la comida y la cena consistían en un gran pedazo de queso flotando en aceite.

Y hasta los fogones de los barcos llegaba nuestra Madre Iglesia. Cuando la tripulación se encontraba navegando en tiempos de cuaresma, los viernes y los sábados y desde el Domingo de Ramos hasta la Pascua, la comida era exclusivamente bacalao, ese pescado sustancioso y barato. Los oficiales, siempre haciendo valer su grado, les encargaban a varios marineros que se pusieran a pescar, dispensándolos de sus tareas, como si fuese indigno comer un pescado humilde cuando se conmemoraba la muerte y resurrección del humilde entre los humildes: el Hijo de Dios que se hizo carne mortal y vivió pobremente para salvarnos.

Hablando de la Iglesia, no me resisto a contarles una curiosa tradición marinera: en la hora nona era preceptivo celebrar una misa en cubierta y preceptiva era la presencia para los marinos,

exceptuando a aquellos que durante ese turno estuvieran de guardia o enfrascados en tareas inaplazables. Los hombres, desde el capitán al último, hincábamos rodilla en madera, rezábamos en voz alta, se leía la línea que terciase de la Sagrada Escritura y tras una breve bendición recuperábamos la monotonía diaria. La peculiaridad estaba en que era, salvo cuando había calma chicha, una «misa seca», ya que no había consagración ni comunión, para evitar que una ola hiciera que se derramase la preciosísima Sangre o volcase la patena, aparte del terrible espectáculo que sería que en plena tormenta algún marinero indispuesto vomitase el Cuerpo del Redentor. Era, pues, una comunión espiritual.

Pero sin duda el alimento preferido a bordo era el vino, y aunque la ración era bastante generosa, la bodega estaba cerrada con pasadores de hierro y candados reforzados.

Dadas las condiciones de insalubridad y la invariable alimentación que sufríamos era común entre la tripulación padecer fiebres tercianas y cuartanas, diarreas espasmódicas e incontenibles, temblores muy parecidos al baile de San Vito, dolores de cabeza que se ramificaban por la cara y que eran capaces de inutilizar a los más aguerridos, sarna o perder los dientes. Esto último era a causa de un mal que los hombres de mar padecen con bastante frecuencia: el escorbuto. Los cirujanos solían hacer batidas entre los marineros examinándoles la boca y era harto usual que al separar un poco las mandíbulas algún que otro diente comenzara a correr por cubierta; estos pobres hombres desdentados vivían condenados a comer carnes tan cocidas que se volvían papillas.

He de hacer un comentario al respecto: me he percatado de que aquellos marineros que proveníamos de zonas alejadas del mar, y teníamos la costumbre de engañar el hambre con guindillas secas, nos librábamos en muchas ocasiones de ser víctimas del escorbuto. No sé si esta apreciación mía será de gran ayuda pero creo que hago bien en dejar constancia de ella por si sirve para que algún galeno pueda solucionar tan horrible enfermedad. Hace poco he leído que el capitán inglés Jaime Cook da a sus marineros cerveza y zumo de limón con idéntico fin curativo, el tiempo dirá si tal medida es acertada o no.

Supongo que vuestras mercedes se estarán preguntando que si la monotonía alimenticia a bordo era tan dura bien se podrían lanzar

unas redes o cañas al agua y proveer a la tripulación de pescado fresco, pero curiosamente a muchos de los que vivían a bordo el pescado les asqueaba hasta el punto de que solo lo comían en casos de extrema necesidad. Quizás fuera porque acabaran odiando el mar y todo lo que contiene.

A la hora del rancho los marinos de la dotación, junto con los pajes, montaban las mesas y los bancos traídos de la bodega. Las mesas eran sencillas tablas con cuatro agujeros en las esquinas, a través estos agujeros se pasaban las patas, y un perno de hierro en la parte inferior retenía la tabla. Una leve plegaria impartida por alguno de los capellanes dándole gracias a Dios por los alimentos servidos y tras comer, vuelta a desmontarlo todo para dejar los puentes despejados.

Los domingos, después de la cena, solíamos tener un rato de asueto. La experiencia en el mar había demostrado que no eran solo las salazones o el agua lo que se podía pudrir a bordo, también se podían ulcerar las mentes; como hermanos procurábamos vigilarnos unos a otros, estando al tanto de los ánimos y los comentarios: si un compañero nombraba demasiado el amor que sentía su cuello por el esparto nos encargábamos siempre de tener un ojo sobre él. Aun con todo no era extraño levantarse una mañana y ver que alguno no había vuelto de su ronda porque se había lanzado al agua abrazado a una bala de cañón, o empezar la mañana ayudando a varios compañeros a bajar de alguna antena el cuerpo ahorcado de quien ya no podía soportar el desafío de la mar.

Para evitar que se nos encarroñase la sesera, los hombres ocupábamos el poco tiempo libre tallando figuras de madera, tatuándonos unos a otros, fumando, tomando rapé, bailando y cantando o apostándonos la soldada a las cuarenta y ocho. Cualquier cosa servía para evitar que la mente vagara por campos de pensamientos funestos. Una de esas noches de ocio estaba yo echado en mi coy, al amparo de la llama de un candil, mientras sostenía uno de mis libros y noté que Sacramento me miraba curioso.

—¿Qué haces? —me preguntó con una voz pasmosamente tímida.

—Leo.

—¿Sabes leer? —murmuró asombrado.

Me aclaré la voz y comencé a leer en voz alta:

Con la priesa que llevaban se dejaron en tierra al señor de la galeota y a otro soldado amigo suyo muy valiente, que viéndose perdidos se entraron en un molino, donde hallaron solamente una doncella hermosísima, que de turbada no pudo huir con las demás gentes. Amenazáronla porque no diese voces, y en viendo la costa quieta hicieron la seña que tenían hacia las galeotas, y en viendo la primera noche vinieron al molino, y antes que tornase la gente del rebato cogieron al capitán y su compañero, llevándolos a su galeota juntamente con la cautiva doncella. La hermosura de ella era de manera que dijeron, y con verdad, que tal joya de talle y rostro no se había jamás visto en Argel. El capitán, dueño de las galeotas, dijo que estimaba en más aquella presa que si hubiera saqueado a toda Valencia…

Alcé la vista del texto y vi que a mi alrededor se había formado un corrillo de hombres guardando un silencio casi litúrgico; habían perdido la vista en la nada como si aquella doncella de la lectura les hubiera poseído el alma. Creo que gracias a aquellas líneas logré que sus mentes estuvieran lejos de aquel cautiverio de miedo y madera.

Desde entonces aquello se hizo costumbre y los hombres empezaron a pedirme que todos los domingos a la hora del asueto les leyese algún párrafo. Llegado el momento la voz corría por el barco y los hombres acudían raudos a ponerse a mi alrededor para que les leyera. Había algunos textos que les gustaban más y otros menos, pero no se cansaban y pronto tuve que empezar a releer mi pequeña biblioteca.

Atraído por el batiburrillo formado en torno a mi hamaca, Juan Gravina hizo acto de presencia en una de las sesiones de lectura: altivo, corrillero, errático y apestando a aguardiente.

—¿Qué demonios hacen?

Los tumbados y sentados nos pusimos en pie y todos nos cuadramos; aun borracho como una pazpuerca no dejaba de ser un oficial.

—El Rosanegra está leyéndonos unas líneas, señor — respondió feliz Ullán, uno de los pajes menos espabilados, pero también el de

mejor corazón.

Gravina al oírlo esbozó una mueca de hastío para seguidamente descomponer el rostro. Se acercó a Ullán y agarrándolo del cogote lo atrajo hacia él.

—Leyendo… —dejó en suspenso, balanceando la cabeza mareada.

Cerró su mano en el cuello del pobre chaval y con todas sus fuerzas lo lanzó contra uno de los cañones; se golpeó la cabeza de lleno contra el oído de bronce.

—¡Deje de llorar como una haldraposa a la que le han roto el broquel! —le gritó mientras el pobre chavea se revolvía en sangre por el suelo—. Y ustedes, ¿qué bolas miran?

—A un loco —murmuró una voz desde el fondo.

—¿Quién ha dicho eso? ¡Que salga ahora mismo ese hijo de perra! Que salga ahora mismo o por los clavos de Cristo que mañana todos ustedes serán colgados de los pulgares —dijo iracundo pasando entre los hombres, buscando al dueño de aquellas palabras, abriéndose paso a codazos y empujones. Los hombres mirábamos al suelo—. Muy bien… Así que esas tenemos…

Caminó hacia mí y me arrancó el libro de las manos.

—Estas lecturas no están permitidas en los navíos — dijo alzando su voz e intentando vocalizar correctamente las palabras, mostrando los textos a los marineros en su mano derecha—; incitan a la revuelta, al motín.

—Mi teniente, es el maestro Vicente Gómez Martínez Espinel.

—¿El maestro Vicente Gómez Martínez Espinel? — Soltó una carcajada—. Valiente mamporrero.

Rompió el libro con saña y lo arrojó por una tronera que estaba abierta.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Sacramento amargado.

—¿Y quién es usted para preguntarme? ¿Cómo osa dirigirse a mí?

La Armada quiere marinos, no quiere letrados que pongan en duda las órdenes —cortó tajante.

Se abrió paso entre los hombres y apartó a Sacramento de un empujón, que lo desplazó más por el peso de su cargo que por la fuerza de su brazo. Sacramento apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Me miró como esperando una orden, pero con un leve movimiento de cabeza le disuadí. Dios quiso que aquella vez me escuchase.

Calor, un calor intenso y agobiante que laceraba nuestros cuerpos hasta desfallecer nos tomó de la mano durante buena parte de aquel viaje. Cuando pensamos en la palabra «desierto» nos vienen a la mente dibujos o grabados de dunas de arena, de plantas resecas, de pedregales repletos de víboras… pero hay otro desierto más infame y asfixiante: el mar cuando ni la más mínima brisa ni la más diminuta ola rompe contra el casco. Los marinos lo llaman «calma chicha», yo lo llamo «cocerse en un estanque». El viento y las olas se vuelven tan quietos que parece que surcamos la laguna Estigia. Buscar refugio en la bodega era querer morir cocido, salir de ella era querer morir abrasado, pese a todo, a las sombras de las velas se estaba mejor en cubierta, bajo un sol de bravos, esparcidos por la cubierta tirando nuestras ropas al agua y recogiéndolas húmedas con los bicheros para ponérnoslas en la cabeza y sobre los hombros.

Era en una de estas sombras donde Cucha, un servidor y otros tres marineros, entre ellos un joven guardiamarina de apenas nueve años, pasábamos el rato jugando a los dados. No apostábamos mucha cosa: medio vaso de vino, un puñado de garbanzos… jugábamos y aventurábamos por reírnos un poco, esparcirnos y embocar esa honrilla que tenemos los hombres. Era por la noche cuando se hacían las apuestas de verdad, esas en las que podías dejarte el jornal, los zapatos o la vida.

Lorenzo, el joven guardiamarina, tiró los dados y Fortuna le sonrió: doble seis.

—¡He ganado!

—¿Qué ha ganado? —dijo el capitán Carrión extendiendo su sombra ante nosotros sin aflojarse el nudo del pañuelo ni los botones

de la casaca; el calor no iba con él.

—La apuesta, mi capitán, ahora estos señores tienen que pagarme lo prometido —dijo con el orgullo del niño que vence a hombres.

—Haga el favor de acompañarme un segundo.

Nos dio la espalda y el joven Lorenzo se levantó preocupado, nos miró y anduvo solemne hacia el capitán. Acerté a pillar con la oreja sus palabras.

—¿En qué estaba pensando?

—Es una apuesta sencilla, mi capitán, no nos jugamos más que unos granos… —Le enseñó las semillas que llevaba en la mano, quitándole importancia. El capitán golpeó su mano, desparramando tan magra ganancia por cubierta.

—Nunca quiera que sus hombres estén en deuda con usted —dijo el capitán alzando la voz. Se giró hacia nosotros y se acercó—. Durante lo que queda de semana están castigados sin su ración de vino. Señor Lorenzo, apúntelo así en el cuaderno de bitácora.

—Mi capitán, no les castigue a ellos, castígueme a mí.

Pocas veces en mi vida he visto tan pequeña y a la vez desmedida ostentación de responsabilidad; tuvo que ser un niño de corta estatura y menos años quien me sorprendiese.

—No se confunda. Estoy castigándole a usted.

Días más tarde de aquel suceso salimos de la calma chicha para meternos de lleno en el ojo de una tormenta. Vientos huracanados y una mar enorme con olas de más de nueve cuerdas de altura que nos quería arrastrar al averno. Poseidón, enfurecido, ponía a prueba la resistencia de nuestro buque acuchillando sus costados con su tridente de olas, tan fuertes que parecía que de un momento a otro el casco se iba a partir por la mitad; las vigas crujían y las cuerdas, colgadas entre costillas para secar la ropa, se destensaban; los coyes se cimbreaban de un lado a otro con violencia, haciendo que los cuerpos de los hombres chocasen entre sí y cayesen al suelo. Nuestras pertenencias pasaban corriendo por debajo de nuestros coyes para en la siguiente ola volver

por el mismo camino; el agua se filtraba entre los tablones sin encontrar resistencia alguna, cayendo en torrente en nuestras caras, haciendo que sintiésemos que nos ahogábamos: Por la escala que daba a cubierta una cascada de agua entraba sin cesar; los rayos parecían caer allí mismo iluminando a ráfagas el interior del infierno; los hombres maldecían, lloraban y rezaban asiendo con fuerza rosarios entre sus manos, buscando consuelo y suplicando que aquel tormento cesase pronto; otros echaban hasta las vísceras por la boca sin freno. Los menos dormían como si aquel fin del mundo no fuera con ellos o como si tuvieran tan atados sus deberes en la tierra que poco o nada les importaba si despertaban desayunando a la mesa de la cierta.

Tanta agua y pestilencia me aflojaron la vejiga. Como pude me estabilicé en mi coy, asentando con firmeza los pies en los maderos mientras hacía cabriolas para no caerme.

—¿Dónde vas? —me preguntó Cucha.

—A regar el mar.

—¿Ahora? Méate, encima ¿no ves la que está cayendo?

—No soy un animal de establo. Además necesito que me dé el aire.

Me enrosqué el sombrero y apartando los coyes que había en el camino fui llegando hasta las escalas. Estaba por la mitad cuando un colosal golpe de mar alcanzó el barco y un arroyo salobre me arrastró de nuevo por las escaleras hasta la bodega, haciendo que contase cada peldaño con las costillas. Me así con fuerza al pasamanos y aferrado a él volví a intentarlo, pero en ese momento estábamos escalando una gran ola y durante un instante mis pies quedaron colgando en el aire mientras el resto de la nave avanzaba vertical; superamos la cresta de la ola y la nave cayó a plomo haciendo que de nuevo los escalones me machacasen los huesos. Maldije mi suerte. Tras el nuevo costalazo apuré el paso antes de que otra ola me alcanzase, ganando por fin el combés. Si la bodega era nuestro particular purgatorio la cubierta era el fin del mundo: el barco escoraba hasta el punto de que la borda llegaba a tocar con el mar. Otro pantocazo y el bauprés cosió el agua, anegando la proa. Los cables se agitaban con violencia, retorciéndose y quejándose, silbando con una fuerza que hacía daño en la orejas y

pareciendo que de un momento a otro iban a romperse. Los aparejos golpeaban contra los mástiles haciendo saltar chispas y trozos de astillas de los herrajes; por cubierta corrían las jaulas con las aves ahogadas en el interior; los trapos recogidos en los palos se agitaban sin saber a qué viento atender; la lluvia caía en horizontal pegando en los ojos y haciendo sentir que el próximo goterón te los sacaría. Aquella tormenta estaba dando lo mejor de sí misma. Los marinos también.

Miré al castillo de popa y vi las siluetas de varios hombres iluminadas por la luz de los faroles. Tambaleante, como si me hubiera bebido un tonel entero de vino, fui hacia ellos. Tratando de sujetar el timón el piloto, el timonel, su ayudante y el oficial de mar luchaban por mantener el gobierno del barco a base de brazos, jaculatorias y blasfemias.

—¿Necesitan ayuda con esta brisa?

—¡Por Dios que sí, que nosotros ya no tenemos ni alma para tirar!

Me lancé a por la rueda y entre todos, tras larga lucha, logramos enderezar la nao. Nuestra osadía debió ofender a los elementos pues el viento comenzó a bramar iracundo. El frío nos congelaba los dedos fundiéndolos con la madera de los radios, la lluvia pegaba en la cara arrancándonos la piel. La tormenta, como recuperando fuerzas, amainó ligeramente y una voz hizo que alzase los ojos al carajo del palo mayor.

Pronto intuí, silueteada por la luz de los rayos, la figura del capitán Velasco Carrión. Este sostenía un cabo enroscado en su brazo izquierdo mientras con la espada en la diestra le gritaba a la tormenta.

—¿Por qué te llevaste a mi hijo? ¿Por qué no me llevaste a mí? ¡Maldito ser vengativo, desdicha de los hombres, esperanza infame!

Gritaba, blasfemaba y maldecía a las nubes como si estas tuvieran vida mientras con su espada trataba de ensartar la tormenta… o encontrar un rayo. Sus gritos helaban el alma de los más bizarros.

—¡Por eso le llaman «el atormentado»! —me gritó el piloto al ver que me había quedado ensimismado viendo el monólogo suicida de nuestro capitán.

—Pero no ha sido siempre así, antes estaba en sus cabales —añadió el oficial de mar, más viejo y curtido, escupiendo el agua que se le metía en la boca.

—¿Antes?

—Sí, antes de lo de Rande. Ya sabe, cuando esos malparidos de los ingleses vinieron a darnos por el buz.

—Sí, algo he oído de eso. —Recordé a mi padre—. ¿Qué le pasó?

—¿Qué le pasó a quién? —preguntó una voz a mi espalda, me giré y un rayo iluminó con su descarga la cara del capitán. Este, en silencio, nos observaba. Impulsado por su locura había bajado del mástil con una agilidad envidiable, incluso en hombres mucho más jóvenes. El agua inundaba su tricornio hasta rebosar y caía por su cara. Sus ojos se esforzaban por parecer fríos y serenos, pero un fuego rabioso ardía en sus pupilas.

—El Rey no les paga por estar de cháchara; vuelvan a sus puestos, estoy seguro de que el señor Domínguez y su segundo Carlos podrán dominar el timón ellos solos.

—Sí, mi capitán.

Miré a los hombres, solté despacio la madera hasta que el segundo me hizo una seña indicando que ya lo tenía; pasé al lado del capitán, lo saludé y él me cogió por el brazo.

—Lleva la infamia escrita en su apellido, señor Rosanegra —me dijo sin darme la cara para soltarme el brazo en el mismo instante.

—Mi capitán… —le respondí volviendo a la bodega.

Al día siguiente el timonel quiso terminar la conversación que en mitad de la tormenta habíamos comenzado. Requirió mí presencia para revisar el estado en el que había quedado el pañol del ancla tras los envites, justo bajo el mecanismo del cabestrante.

—Agáchate, no vayas a desnucarte de un testarazo contra el techo, como le pasó al rey francés, el hijo de puta. —Escupió al suelo mientras avanzábamos entre la maroma que allí se almacenaba en

grandes roscos.

El pañol del ancla era un compartimento a proa de la nave. En él, como su nombre indica, se almacenaba en torno a un gran eje la cuerda que sujetaba el ancla al barco. Esta salía por el escobén, un tragaluz en el costado similar a una chimenea.

—Asómate, comprueba que está despejado el respiradero. —Me asomé y la luz del sol se veía. En las cuatro paredes interiores del escobén habían crecido racimos de percebes al amparo de la humedad.

—Hay algunas conchas, pero está despejado — comenté mientras él examinaba, amparado por la luz del candil, el mecanismo del cabestrante—. Sé que no me has traído para doblar el espinazo, sino para chismorrear como alcahueta. ¿Qué le pasó al capitán?

Sacó la cabeza de debajo del torno, estiró el cuello vigilando que no hubiera orejas cerca o miradas indiscretas y me habló en voz baja.

—Lo de ayer es lo normal. Por lo visto su hijo servía como guardiamarina en uno de los barcos que los ingleses atacaron en la ensenada de Rande. Carrión padre, protegido por los muros del castillo, vio cómo su hijo moría sin él poder hacer nada, pasando a convertirse en un cuerpo sin alma —dijo con esfuerzo mientras tiraba de algo que había en el mecanismo.

—Joder —acerté a decir.

—Esos malnacidos ingleses se llevaron de Rande más que oro… ¡Aquí estás! —gritó para acto seguido reír a carcajadas sacando con su mano los restos del grandísimo cangrejo que había atascado el mecanismo—. Este malparido casi nos deja sin poder largar ancla. —Reía satisfecho.

Aquel mismo día por la tarde, después de la tormenta en la que casi naufragamos, se dio orden de baldear la cubierta. Cubos y cepillos en mano, esparto por añadidura y a doblar bien la espalda mientras bajo un sol infernal frotábamos con ahínco los tablones tratando de arrancar la suciedad que la tormenta había incrustado en la madera. Era un trabajo duro, pero que se sobrellevaba con cantos, risas y bromas hasta que el desgraciado de Egaña vino a tocar los cojones.

Egaña era, a pesar de tener edad y suficiente pelambrera en el bajo vientre como para comandar su propio navío, un guardiamarina con fama de exigente e insoportable; un inválido mental, como si siempre estuviese aquejado de la melancolía que decíase atenazaba a nuestro animoso Rey, y un flojo. Había quedado enquistado en un cargo destinado a niños y, si no había sido expulsado de la Armada, era porque su padre gozaba del favor del Rey. Bueno, si he decirles la verdad, la que gozaba del favor real era la señora madre de Egaña. Entre nosotros decíamos que el señorito guardiamarina no doblaba la espalda ante los mamparos, pues tal era su casta que tenían que ser ellos, los duros maderos, los que se tenían que doblegar ante él.

—Parece que el sol pega con ganas —dijo frotándose la nunca con un pañuelo húmedo en el que había bordada una gran «e» en hilo anaranjado.

Los hombres le ignoramos, bajamos la cabeza y continuamos nuestra labor, pero Egaña no se dio por vencido; nuestra indiferencia lo exaltó aún más y de una patada tiró el cubo que estaba al lado de Sacramento, golpeándole con este en los dedos de las manos. Sacramento soltó su bruza, levantó una rodilla que usó como palanca para incorporarse y ya de pie miró al imberbe a los ojos, dándole sombra con su cuerpo.

—¿Tienes algún problema, marinero? —dijo insensatamente desafiante.

Sacramento le dio la callada por respuesta. Intuyendo lo que podía pasar, estiré el brazo, lo cogí de la manga de la lima y tiré de él hacia abajo.

—No lo detenga, que demuestre si tiene lo que hay que tener.

—¡Por Dios, Sacramento! ¿No ves que te está provocando? Vuelve al cepillo, no seas idiota.

Otras voces me apoyaron. Sacramento con pesar se doblegó a seguir rezando en las maderas.

—Lo que imaginaba, estos hijos de puta no tienen valor.

Esas fueron sus últimas palabras. Sacramento se lanzó como un

rayo contra él con el botero que siempre le acompañaba; para cuando habíamos conseguido cogerlo ya le había metido por lo menos siete puñaladas en los hígados. Cuando logramos que soltara su cuerpo, la hoja ya había hecho veinte fundas en su piel: pecho, cuello, costados, espalda, cara… Tratar de contenerle la sangre en el cuerpo era inútil, Sacramento lo había vaciado en el acto.

Engrilletado, como se había pasado media vida, y para lo que hicieron falta siete hombres, se llevaron a Sacramento al calabozo de la sentina. A la mañana siguiente se celebró un consejo de guerra en la cubierta del Audaz. No se requirieron pruebas, documentos ni testigos, todos habíamos visto lo que había pasado.

—La ley es clara: pena de muerte —sentenció el juez y capitán—. Para la bitácora: mañana al amanecer, el marinero Nicolás Expósito, alias Sacramento, cumpliendo lo previsto en las reales ordenanzas, ha sido condenado a pena de muerte en consejo de guerra. Dispongo que sea pasado por la quilla del buque. Hasta entonces, que lo aíslen en la sentina sin comida ni bebida.

Apenas se llevaron a Sacramento, acompañado por el tintinear de los hierros, se ofició un escueto funeral por el alma —si la tenía— de Egaña, porque teníamos muchas labores que hacer para que el barco se recuperase de la tormenta: un responso, una rápida bendición, bola de hierro atada a los pies y a deslizar el cadáver por la tabla hasta perderse en las aguas. Nadie se santiguó por aquel indeseable.

Aquella noche no podía conciliar el sueño, a diferencia de Cucha, que roncaba plácidamente. Me bajé de mi coy, me acerqué al suyo y lo zarandeé un poco para despertarlo.

—Cucha.

—¿Qué coños pasa? —dijo despertándose violen-

tamente.

—Que mañana dan muerte a Sacramento.

—¿Y qué, acaso quieres encargarle al cura que le diga misas?

—Algo parecido. Voy a pedirle permiso a Carrión para poderlo

consolar en su última noche, ¿vienes? —Cucha bufó—. Recuerda que A Grullo dieron tormento, y en el de verdad de soga, dijo nones, que es defensa en los potros y en las bodas —le aguijoneé.

—Vamos.

Nos dirigimos al camarote del capitán, al fondo de la bodega; junto a su puerta estaba el coy donde descansaba el extraño espadachín, profundamente dormido pero con el arma en las manos.

Llamamos a su puerta y volví la mirada a tan peligroso portero: había abierto un ojo, con el que nos controlaba, y sus manos se habían tensado en torno al mango de la espada, preparándose para atacar. En ese mismo momento, candelabro en mano, el mayordomo del capitán, viejo y siempre malhumorado galeote en gurapas, nos abrió.

—¿Qué demonios desean? ¿Ustedes no duermen? — preguntó amenazándonos con el candelabro que portaba en la mano.

—Hablar con el capitán. Será solo un momento.

—¿Pero no pueden esperar a mañana? El capitán descansa y no voy a molestarlo por una nimiedad —dijo amostazado entornando la puerta. Adelanté el pie para evitar que cerrase.

—Por favor, mañana será tarde. —Aplomé la voz. El mayordomo me miró en silencio.

—Está bien —resopló—. Esperen un momento.

Cerró la puerta y una breve conversación se escuchó en el interior.

—Pasen, esperen en la sala, el capitán les atenderá enseguida. ¡Y no toquen nada!

Pasamos al interior y dentro del gran camarote nos encontramos una mesa rodeada de sillas. Sobre ella descansaban varios platos de fina porcelana decorada en azul y blanco con los restos del banquete a base de cabrito asado que aquella noche había ofrecido el capitán a los oficiales de guerra; los vasos y copas chocaban entre sí, mecidos por el cimbreo del barco, removiéndose en sus culos los posos casi

secos del vino. Me acerqué y tomé una de las copas, agité el poso y de un golpe, más que bebérmelo, lo mastiqué.

—Aníbal, mira —dijo Cucha señalando una tela negra.

Me acerqué, la tela medio ocultaba un cuadro; tiré de uno de los pliegues, la tela cayó y pudimos ver la obra: era un retrato de cuerpo entero, en él aparecía un hombre joven, de barbilla afilada. No tendría más de veinte años, erguido, orgulloso, de pelo rubio, casaca azul con ribetes y botones de oro, puñetas bordadas, dragonas en plata, calcos de charol y un gesto sobrado de vanidad.

—¿Crees que es el hijo que me dijiste del capitán?

—No lo creo. Es demasiado mayor —dije acercándome al cuadro para verle mejor la cara.

—¿Han venido para esquilmar mis pertenencias?

Nos giramos guardando la postura. El capitán en su mano izquierda sostenía una pipa amarillenta, casi ambarina, de espuma de mar. Se la acercó a la boca y dio una calada. La brasa de la cazoleta iluminó su cara.

—No, mi capitán.

—¿Saben algo del arte de la fundición? ¡Bah, cómo van a saber nada de la fundición! ¡Sólo son dos palurdos!

—Sabemos que el acero ha sido bien templado cuando la lima no muerde el hierro, pero solo podemos estar totalmente seguros cuando lo clavamos en carne —respondió Cucha.

—Muy bien, patán, pero yo hablaba de fundición, no de forja. Es igual, a lo mejor puede que no sean tan ignorantes como aparentan. —Dio otra calada a la pipa y arrugó las narices con asco—. Vengan un momento.

Renqueó hasta llegar a su cama, donde se sentó y, con cuidado de no tirar el candil, acercó un taburete alto para reposar la pierna. Tomó un libro de tapas de cuero pardo del estante que había sobre la cabecera de su cama, acarició suavemente el lomo y chasqueó la

lengua, como si aquel libro fuera una jugosa pieza de carne a la brasa.

—¿Saben qué libro es este? Es el libro de aquellos que murieron en todas las batallas de España; el libro de todos esos pobres demonios.

Lo abrió por la mitad, el libro estaba hueco: era un falso libro para ocultar pequeños enseres de valor en su interior. De él sacó un delicado gato de cuero negro desgastado, lo agitó y este sonó como si estuviera lleno de pepitas de oro; del interior del libro también extrajo una cuchara de hierro con pico de vertedera y una turquesa para hacer balas; tomó el saquito y lo golpeó delicadamente con el índice hasta sacar varias canicas de plomo; estaban verduzcas y llenas de marcas y picazos.

—Balas —afirmé algo tontamente.

—Muy bien —aprobó el capitán, siseante como una serpiente, alargando las palabras—; pero hay un par de diferencias respecto de las demás balas. Miren, fíjense en esto.

Acercó una de las bolas de plomo a la luz del candil. Sus dedos tiritaban de emoción y las uñas estaban más negras que su cordura, como dejó patente a continuación.

—¿Ven esas pequeñas oquedades en la bola? ¿Las ven? Sí, maldición, claro que las tienen que ver; ustedes serán dos necios, pero que los peces me coman si no disfrutan del regalo de la vista. Bien, pues esas oquedades negras no son fruto del fuego de la fragua ni es la pátina del metal, no: esa pequeña oquedad es el valle donde se deposita la sangre reseca de aquel diablo al que la bala mató. Este plomo es el mejor plomo que un buen armero puede desear para hacer sus balas, pues este plomo ya no es un plomo ignorante: conoce el sabor de la rabia, conoce la satisfacción de cribar el alma de la carne, conoce la muerte y este plomo, una vez aprendido eso, cuando vuelva a ser disparado buscará desesperadamente el corazón de la víctima, y aquel que perdió la vida con este plomo reclamará, por orden de Belcebú, más sangre.

—Son las balas de Rande —afirmé infundido por una epifanía, perdiendo la vista en aquellos valles de muerte que Carrión sujetaba en sus manos.

—Maldición, puede que no sean tan estúpidos. — Tomó la cuchara de hierro, dejó en ella la bola y la acercó al fuego del candil —. Lo malo de estas balas malditas es que si bien están impregnadas de odio infiel, al impactar con los huesos del desgraciado al que mataron se vuelven ovoides, se deforman y aunque parezcan redondas no lo son, están ligeramente achatadas y para que sean bien útiles hay que volverlas a fundir.

Hablaba mientras dibujaba pequeños círculos con la pala de la cuchara sobre la llama para que el calor fuera fundiendo de manera homogénea el metal. Lo hacía de manera paciente, minuciosa, diríase que paladeaba el momento. Observé sus ojos y durante un instante vi en ellos el reflejo difuso de un calaverado perfilado en llamas. Tomó la turquesa con la otra mano sin dejar de vigilar la correcta fundición; cuando el plomo ya era completamente líquido, ceremonialmente lo vertió en ella; a continuación comenzó a golpear rítmicamente el aparato contra el borde del taburete.

—Es muy importante que no queden burbujas dentro del plomo, o estas afectarán al peso y equilibrado de la bala y por ende a su mejor trayectoria. —Sus ojos dieron un respingo borrando la fantasmal cólera que en ellos ardía, levemente se estremeció, y fue entonces cuando se percató de que su cordura estaba a miles de leguas del Audaz—. ¿Qué hacen ustedes aquí, a qué leches han venido? ¿Tan urgente es que no pueden esperar a mañana? ¿Acaso el barco se hunde? Pues si se hunde, mejor para todos.

—Venimos a pedirle permiso para confortar en sus últimas horas al preso de la sentina.

—Ya, ya sé… —dijo frotándose la nuca—. Ese forajido al que llaman Sacramento, ¿son amigos suyos? No me extrañaría, entre gamorreros os conocéis todos.

—Todos merecemos consuelo, mi capitán.

—¿Todos? ¿Cree acaso que el acto de matar a un guardiamarina a puñaladas merece la más mínima piedad?

Miré a Cucha y me quedé en silencio.

—Mi capitán, yo no soy juez…

—Contésteme a una pregunta.

—La que ordene, mi capitán.

—¿Estaba usted presente cuando Sacramento acuchilló a Egaña?

—Estaba, sí.

—Y mis ojos también, mi capitán —apuntó Cucha.

—Egaña no era querido por la tripulación, no supo ganarse el respeto de los hombres. —Miró al suelo, pisó la cabeza de un clavo mal enrasado, como queriéndolo meter para adentro y continuó—. Supongo que está mejor muerto. Nunca podría haber sido oficial y, de haberlo sido, habría sido carne de motín, o peor: habría llevado a la muerte a los pobres demonios que hubieran servido bajo su infame mano, pero «dura lex sed lex». Ordenanza, deles a estos hombres una botella de mi vino.

—Lo guardaba para cuando arribásemos… —replicó, pero ante la mirada de Carrión tuvo que ceder—. Como ordene…

—Pueden ir a darle consuelo —dijo dándose la vuelta con la pipa entre los dientes y desapareciendo tras los biombos que separaban el resto de su camarote del lecho.

Aquella noche uno de los jóvenes guardiamarinas de a bordo estaba a cargo de vigilar a Sacramento.

—¡Quietos! —gritó con voz gangosa y blandiendo su sable contra nosotros al vernos aparecer. De las ñeflas le sobresalían varias de las hebras de tabaco que taponaban los agujeros para hacer soportable el hedor mefítico de la sentina.

—Tranquilo. —Extendí la mano y le enseñé la botella de vino—. Tenemos permiso del capitán.

—Pensé que venían para amotinarse —dijo envalentonado, como si la supervivencia de la nave dependiera de su heroica defensa de la celda.

—Tranquilícese. Solo venimos a darle calor al preso, que

seguramente aquí tiene frío; ya sabe que ante la muerte la compañía es el mejor abrigo. También traemos algo de vino y una baraja, que no está bien que los hombres mueran tristes.

El guardiamarina dudó, relajó su infantil entrecejo y se apartó; se abrió la camisa y sacó la llave que le colgaba del cuello.

—Todo suyo, pero vigilen la llama del candil. —Señaló al suelo y vimos que una suave polvareda lo tamizaba—. El pañol de encartuchado es contiguo al calabozo.

Le pasé a Cucha el vino y el catecismo de cuarenta y ocho, tomé la llave y abrí el cerrojo del calabozo. La luz de los candiles regó con algo de luz aquella caponera. Al fondo, en una esquina, estaba Sacramento acurrucado, sujeto de pies, manos y cuello con grilletes y cadenas, mientras intentaba jugar con una pequeña araña de largas y finas patas. Al ver la luz alzó la cabeza sin mucho interés.

—¿Ya es la hora?

—Venimos por si tienes frío.

Asintió con la cabeza, se puso en pie trabajosamente, haciendo hablar a todo el hierro que tenía encima, caminó hacia mí y me soltó un suave «se agradece». Camaradas y hombres antes que nada, convencimos al guardiamarina de que librase de cadenas a Sacramento, que con las manos atadas no se hacen buenas flores y que en un barco no era cuestión de tener a un condenado enjaulado. ¿A dónde iba a ir? Más valía que sus últimas horas las pasase consolado por lo más parecido a una familia que jamás tendría. El jovencito se apiadó y no solo libró al reo de cadenas sino que nos dejó algo de intimidad en su compañía. Tomamos unos pequeños barriles llenos de harina y los usamos a modo de taburete y mesa, le pasé la de Pierres Papin. Aquella noche ninguno de los tres dormimos. Tampoco era la primera vez de nuestra vida que nos acostábamos a vinos y despertábamos a zorras, y en ese ambiente nos pusimos a echar unas manos, exhibiendo arte de fullerías. Sacramento estaba contento, distendido, sacando pecho como si la muerte que le esperaba por la mañana no fuera con él y en vez de estar preso en un barco en mitad del mar estuviese en una manfla sevillana con unos amigos.

Y muestro como unos oros

a quien es como unos bastos.

A quien amago con sota,

doy coces con un caballo;

copas doy a los valientes,

y espadas a los borrachos.

Cantábamos los tres las palabras de Quevedo entre tragos de un vino digno solo de reyes. Tras invocar al maestro comenzamos a rezar las letanías del catecismo: «mago con sota… Quien despeja no baraja… Malilla… Envido a grande… Matantes tengo…» resonaban en la sentina, donde estábamos felizmente solos —o casi, que podían verse los millones de insectos que allí deambulaban guiñándonos el ojo—. Lejos de los demás ruidos humanos, arropados por las cartas y el vino y la música que las costillas del barco nos daban, éramos felices.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Cucha a Sacramento.

—¿Miedo? ¿A la cierta? Jamás. —Se señaló con el índice—. Es lo único que todos los hombres tenemos. —Cucha asintió en silencio—. Además, a mí no me mata un fulano, a mí me mata el Rey, que si bien esta es su nave y en el capitán delega la ley, es él quien me da muerte. ¿Y quién hace rey a un rey? La gracia de Dios, que ese sí que es alguien, por tanto es Dios quien me mata y el último día me la devolverá.

Bebimos por ello, no podíamos añadir una palabra más.

Recuerdo la mañana siguiente cómo si hubiera sido el amanecer de hoy. El horizonte despertó claro y apacible, en el cielo el sol brillaba con suavidad, como no queriendo acaparar con su calor el protagonismo del día. El mar estaba en calma, intuyendo que algo tenía que pasar y que ese algo merecía un punto de solemnidad y muchos de respeto. Todos los hombres fueron llamados a cubierta, y

exonerados de sus labores durante un rato, para poderse empapar de lo que les pasaba a aquellos que infringían la ley. Para que todo el mundo pudiera verlo se recogieron las velas y muchos subieron a las vergas para tener una mejor vista del espectáculo.

Redoble de tambores, un pitido, el toro va a salir. Aparece Sacramento doblemente encadenado, como si temieran que un geraseno indomable pudiera partir los grillos y liarse a cadenazos con todo nazareno y pecador de los que allí estábamos. Cuatro hombres lo conducen mientras el padre Enrique le tira un brazo por los hombros y le habla de las misericordias de Dios.

—Padre, déjeme en paz. Ya hablaré yo con él dentro de poco.

Sacramento mira a los allí presentes, uno por uno va examinando sus ojos, sintiéndose con alguna extraña potestad para juzgar a los vivos. Algunos oficiales lo desprecian lanzándole miradas de odio, piensan que podían haber sido ellos los asesinados, en sus ojos no hay piedad; otros marinos vuelven los ojos al suelo, incapaces de sostenerle la mirada; unos pocos, entre los que nos hallábamos Cucha y yo, nos atrevemos a mantener unas pocas palabras con él. La multitud le hace un pasillo en silencio roto por el canto fúnebre de algunos gitanos.

Al fondo del pasillo de hombres se alza el cadalso, pero esta vez la soga no tira hacia arriba si no que arrastra hacia abajo, al abismo. Sacramento se detiene al lado de la escalinata de madera, justo encima de la cuaderna maestra; los hombres que le escoltan le arrancan de un tirón la lima y le cortan los calzones con un tajamar, dejándolo desnudo. Tatuajes de Cristos, INRIS y cruces le pintan el lomo. Sacramento sube los peldaños con paso firme, con determinación y orgullo, sin titubeos, sin dudas, sin miedos, con la cabeza erguida, lo que tenga que ser será; parecía que se entregaba a la gloria. En lo alto de la barandilla los verdugos le sueltan los grilletes de los pies para atárselos con un cabo que recorre toda la quilla, otros dos hombres hacen lo propio con las manos atándoselas con el otro extremo del mismo cabo.

Carrión, impávido, presencia todo el proceso desde el castillo de popa.

—Es justicia, bien sabe Dios que sus manos en batalla habrían sido de gran ayuda. ¡Últimas palabras! —grita, y el navío enmudece.

—Sí, tengo algo que decir… Algún día nos veremos. —Nos lanzó una mirada que quebró, por su fuerza, el hierro de los clavos.

Un leve gesto de la mano del capitán, un toque de silbato, y aquellos que le ataron de pies y manos lo lanzan al agua. Me asomo al costado; veo cómo su cuerpo se hunde, perdiéndose en el fondo del océano, mientras veo sus ojos y sus ojos me ven. La maroma que cruza toda la cubierta de babor a estribor empieza a ser arrastrada por quince hombres. Tiran con fuerza, sin compasión, como si llegar a puerto dependiera de la fuerza con la que arrastran la maroma.

—¡Alto! —grita Gravina cuando ha calculado que la maroma ha llegado a la mitad del recorrido. Los hombres sueltan el cabo y se apartan de él, este se mantiene tenso y quieto hasta que sin previo aviso empieza vibrar con violencia hasta detenerse de golpe. Todos los allí presentes sabemos qué significa eso. El oficial se acerca a la cuerda, la toca y no siente vibración, acerca la oreja para ver si el esparto le habla. Nada. Mira a Carrión y afirma con la cabeza, este le devuelve un leve gesto indicando que la ejecución ha terminado. «Súbanlo» ordena Gravina. Y los hombres empiezan a tirar otra vez hasta que el cuerpo de Sacramento aparece por el otro costado de la nave; corren hacia él, cortan las cuerdas y el cuerpo de Sacramento se escapa entre sus brazos cayendo a plomo sobre la cubierta. Está hecho un eccehomo: su espalda ancha y musculada es ahora un amasijo de carne rasgada donde los tatuajes que la cubrían son ahora unas pinceladas informes, los Cristos lloran sangre por sus llagas, las vértebras le asoman desnudas; en su nuca hay restos de conchas de mar y algunos percebes aparecen clavados. Su sangre, mezclada con el agua, tiñe de rojo la cubierta.

—Cirujano, compruebe su muerte —ordena el capitán.

—Liviano trabajo —exclama al ver que le piden acreditar lo evidente.

Camina hacia el cuerpo, se agacha y horrorizado ante el espectáculo distrae un momento la mirada hacia el público; traga saliva, la fama pesa, y del interior de su jubón saca un pequeño espejo

para ponérselo debajo de las narices y comprobar que no respira. Contra todo presagio, cuando el espejo toca el labio de Sacramento, este convulsiona desprendiendo un gran vómito de agua en la cubierta.

Los marineros se asustan, se santiguan, nombran al Santísimo, a la Virgen y a San Antonio: «no puede ser» exclamaban unos, «milagro» dicen otros, «más duro que el demonio» dicen los oficiales.

—¡Está vivo! —dice el cirujano asombrado, con los ojos fuera de las órbitas.

—Eso ya lo hemos visto todos, no hacen falta estudios para eso —dice el capitán sin mostrar el más mínimo ápice de asombro—. Llévelo a la enfermería, que le curen las heridas; dentro de dos días lo quiero tener en cubierta baldeándola otra vez. Oficial de la mar, el pasatiempo ha terminado, que los hombres vuelvan a sus puestos y que todos los grumetes vayan al castillo de proa. Hoy me place hacer práctica de sextante.

—¡Ya habéis oído al capitán, gandules! Volved todos a vuestros puestos o sustituiréis a este desgraciado en la quilla —gritaba el oficial hasta marcar todas las venas en el cuello.

Otro día comenzaba.

Capítulo VI

Sangre y pólvora

—¡Vamos, todos arriba! —El teniente intercalaba gritos con silbidos de su pipa de buque—. ¡Nuestro capitán ha dispuesto prácticas de artillería para hoy! ¡Quiero a toda la tropa de infantería en cubierta y que los artilleros acudan a sus puestos! ¡Rápido! ¡No me hagáis gastar saliva, miserables hijos de perra!

Los hombres, sin tiempo para desperezarse, se tiraban de los coyes; los que terminaban en ese momento la guardia bajaban por las escalas abatidos y maldiciendo: «toda la puta noche sin dormir y ahora fuegos de artificio para los niños», se quejaba al pasar a mi lado un marinero gallego.

Desde el pañol del arsenal, mediante cordones de municionamiento, se habían subido cajones repletos de armas: pistolas, fusiles, mosquetes e incluso chuzos y trabucos —estos últimos ya anticuados, sí, pero seguían siendo insuperables en el cuerpo a cuerpo—. Los hombres formamos una fila mientras el armero y sus ayudantes nos entregaban el arma, una bolsa con canicas de plomo y cananas con los doce apóstoles. Los carpinteros habían convertido varios toneles viejos en dianas llenándolos hasta la mitad de lastre y colocando un trapo rojo sobre un pequeño mástil para que resultasen bien visibles; los lanzaron al agua y varios hombres, a bordo de uno de los botes del barco, se encargarían de colocarlos en las distintas distancias de tiro.

El capitán ya estaba en cubierta desde el amanecer, como era su costumbre —juraría que no dormía, sino que velaba noche tras noche —; le daba cada poco cuerda al cronómetro de a bordo, siendo increíble que no lo estropeara de tanto manejarlo superfluamente. Un grupo de oficiales se había reunido en torno a él para recibir una exclusiva clase de disparo; la cual sería innecesaria si Carrión se fiara de sus bravatas. Todos afirmaban sin rubor haber alcanzado blancos inverosímiles con sus trabucos fabricados en las mejores armerías de Vizcaya, o con sus pistolas y mosquetes de factura tudesca, trabajados

con maderas exóticas finamente grabadas con escenas de caza y cantoneras en oro, cañones cuidadosamente fundidos y pavonados en un negro mate exquisito.

Carrión parecía inquieto y ausente pese al coro de cobistas; no dejaba de controlar el avance de la máquina de medir el tiempo, como si los latidos de su corazón dependieran de los del reloj, hasta que su cara se iluminó al ver aparecer a su peculiar guardia de corps, que llevaba a la espalda un zurrón del que asomaban extrañas botellas de metal y tubos de lo que parecía cuero y en sus brazos una gran caja de madera.

—¡Ya era hora, Juan!

Este le hizo una profunda reverencia al capitán, y con sumo cuidado posó la caja de madera en la cubierta del barco, para acto seguido postrarse de hinojos ante Carrión, tomar la caja y ofrecérsela como un niño que presenta la ofrenda ante el sacerdote el día de San Isidro. Pude ver que en la caja había grabadas unas palabras en un idioma que no entendía. Martín de Magadán, que estaba cerca de nosotros, pareció adivinar mi interés.

—«Exzellenz in der Herstellung von Uhren». Es alemán y significa «la excelencia en la manufactura de relojes» — se apresuró a apuntarme con una mueca altiva.

—¿«Hexcelencia» se escribe con hache al principio, como «Hoviedo», verdad? —pregunté haciéndome el guillote y recordando su garrafal error de ortografía.

—Efectivamente —dijo lleno de razón y fachenda.

—Gracias.

—No hay de qué. Me gusta ilustrar a los analfabetos.

Carrión se desabrochó el primer botón de la casaca y sacó la cadena que llevaba al cuello, de la que pendía un ramillete de llaves; seleccionó una, la desprendió y se la dio a Juan, quien abrió los tres cerrojos de la caja. Exclamaciones de sorpresa entre los oficiales al ver el contenido: un arma extraña, de cañón muy largo y fino abrazado por madera delicadamente pulida y tintada con aceite de linaza; la

caja de mecanismos tenía dos palancas: un pie de gato sin pedernal y otra, triangular, en la platina; el gatillo iba al aire, sin guardamonte y la culata estaba desmontada. Juan tomó una bolsa de bolinches de plomo y empezó a meterlos uno a uno por la palanca del lateral; tomó después una de las botellas de metal y la enroscó con exquisita delicadeza en el arma, quedando formado un rifle insólito que entregó con otra reverencia a las manos del capitán, que lo pedían con ansia.

—¡Esto es el futuro, señores!

Suavemente apoyó la culata contra su hombro derecho, asentó el buchete en la botella, tiró hacia atrás del percutor y levantó el alza, la ajustó y apuntó con ella al barril que más lejos estaba, a casi doce cuerdas de distancia. Acarició el gatillo y la bala impactó con insospechada violencia en el barril, volvió a amartillar y efectuó otro certero disparo repitiendo el proceso durante siete veces. Los oficiales, maravillados, aplaudían la demostración. Tengo que reconocer que yo también me quedé boquiabierto: el arma no hacía apenas ruido, no hacía detonar ninguna carga de pólvora, no llenaba todo de chispas y humo y, lo mejor, podía realizar múltiples disparos, algo realmente asombroso.

—¿Qué es esta arma, mi capitán? —preguntó el tercer oficial de guerra.

—Es un regalo de un amigo italiano, Girandoni. Hace muchos años, durante una cena, le comenté que la revolución en las batallas, lo que decantaría quién las ganase —apuntó al cielo con su índice—, llegaría cuando pudiéramos hacer varios disparos en poco tiempo. Girandoni no tenía, ni tiene, idea de armas, es relojero y uno de los mejores, me atrevo a decir. Pero al cabo de varios años me dijo que había trabajado, por el placer de engrandecer su ingenio y su renombre, en la idea que le había comentado y este es el resultado, señores: un arma sin pólvora, un arma que incluso puede ser usada en el agua y seguirá funcionando y, lo más importante, si se falla el primer disparo tienes otros seis más.

—Qué ingenio tan asombroso —se apresuró a decir uno de los oficiales intentando coger el arma.

—¡Quieto! ¡Deténgase, insensato! —gritó Carrión alarmado,

apartando al mismo tiempo el arma y protegiéndola con sus brazos—. No usa pólvora, el impulso se consigue con aire confinado a alta presión en estas ampollas de metal. Es tremendamente sensible: un golpe y sería como si explotase una granada.

—Prefiero mi pistola de chispa de toda la vida —proclamó Gravina en alta voz.

—No es perfecta, es un prototipo y hay algunas cuestiones que tienen que ser solucionadas. Pero Girandoni ya tiene a su hijo Bartholomäus trabajando en ello, un joven brillante y de talento —dijo guardando de nuevo aquel extraño mosquete en su ataúd de caoba y forro de terciopelo rojo.

—Mi capitán, yo me conformo con intentar enseñarle a la tripulación a disparar sin que se maten entre ellos; señores, si me disculpan…

Gravina bajó a la cubierta y tras ordenar que nos formáramos se dirigió a nosotros.

—No piensen que han embarcado aquí para conocer mundo en un viaje de placer, o para hacerse ricos. Si no se habían dado cuenta, este es un buque de la Armada y aquí se blande la espada y se dispara; da igual que seas un guardiamarina, un insignificante grumete, el capitán o uno de los negros de los fogones; dispónganse en parejas o tríos, empezaremos con el manejo de la espada. Quiero que peleen entre ustedes como si fuera contra un inglés que quisiera violar a las zorras de sus madres.

Y así lo hicimos. En aquella ocasión me tocó como compañero un tipo de los de la guarnición de a bordo: espadas en alto, un choque de aceros como saludo y empezamos a tratar de hacernos sangre. Aquel entrenamiento me resultaba divertido, era como jugar volviendo a ser niño. Gutiérrez, el hombre con el que estaba practicando, no era muy diestro con la filosa, pero trataba de compensar su falta de pericia con una desbordante energía. Arranque, acero en lo alto y lo paro —resopla—; embestida y lo desvío —me maldice, me menta la madre y me ordena que me esté quieto, pero yo me río—. «¡Sigue, sigue hasta que lo ensartes a ver si lo matas de una vez!» le gritaba Cucha con socarronería al ver que me estaba regodeando en el combate. Él, por

su parte, mantenía el brazo estirado para detener todos los envites de su compañero sin grandes esfuerzos.

Carrión había bajado desde la toldilla y paseaba entre la gente observando las artes de guerra que cada uno tenía. Se acercó a Gravina y juntos comenzaron a recorrer la cubierta. «¿Teme romper la espada? ¡Los lances con más energía, por el amor de Dios!» le gritaban a un fulano timorato con el acero. «Clave con el pico haciendo un arco con el brazo o solo le va hacer cosquillas a la madera», aleccionaba Carrión a la dotación encargada de los abordajes; sus gritos y correcciones retumbaban por todo el barco.

—¡Usted! —dijo Gravina refiriéndose a mí, sintiéndose respaldado por la presencia del capitán. —Esa espada no es del arsenal de este navío. ¿De dónde demonios la ha sacado? ¿A quién se la ha robado?

Tomé aire tratando de encontrar paciencia en la brisa y detuve el ejercicio.

—Es de mi legítima propiedad, mi teniente.

—Déjemela ver.

La giré en el aire y la tomé por el filo entregándosela con las dos manos y una leve inclinación de cabeza. El capitán se acercó a Gravina para poderla observar mejor.

—Fíjese en el damasquinado, es extraordinario — señalaba Carrión examinando el filo con minuciosidad.

—Y está muy bien compensada, mi capitán, la guarda es singular pero efectiva. Este acero no es castellano, a saber de dónde la habrá sacado. Ha metido esta espada de contrabando, tendría que incautársela para regalársela a usía —amenazó Gravina.

—Es una herencia familiar, mi teniente —apunté.

—Así que una herencia familiar… —intervino Carrión— Hagamos una cosa: parece muy gallo esgrimiendo contra un marino cuyos callos de las manos son resultado de asegurar la cangreja y no de desenvainar, veamos si es capaz de defenderse contra un tirador de verdad. Gravina, luche contra él.

—A la orden, mi Capitán —dijo ansioso soltándose los botones de la casaca, arrojando su sable y requiriendo una espada. Ya tenía una excusa perfecta para ensartarme… o al menos intentarlo.

—Si el teniente gana, me quedo con su espada; si usted gana, podrá recuperarla —sentenció Carrión lanzándomela y cogiéndola yo al vuelo por la cazoleta.

«Porco capricho, Salomón» pensé. Tomé a Longina y me di la vuelta ganando algo de distancia y viendo cómo todos los hombres habían cesado de jugar a la guerra y habían abierto un corro.

Pronto comenzaron las apuestas, para hacer más apetecible el espectáculo: «Dos raciones de vino por el Rosanegra»… «¡Que sean tres!»… «¡Diez reales por el teniente!»… Tropa y marinería estaban en mi bando, los oficiales en el de Gravina. Y de pronto sentí una patada en los riñones que me lanzó contra la gente.

—¡Tiene que estar más atento, Rosanegra! Podía haber sido mi espada, en vez de mi pie, la que le diese recuerdos a sus riñones. —Se pavoneaba Gravina entre los aplausos de los oficiales y las protestas de mis compadres.

Me di la vuelta dolorido y me puse en posición de defensa. Gravina cargó con toda su alma, pero yo no era un novato: Golpe, choque de aceros y filo desviado hacia el exterior, donde no pudiera hacerme daño. Estocada a los bajos, finta y patada a su hierro. Mandoble desde la cabeza, escaramuza y su estoque encuentra el mamparo clavándose en él con saña. Apoya su pierna en la madera y tira con ganas para desaprisionar.

—¿Tiene miedo? ¡Deje de huir, terminemos lo que empezamos en Cádiz! —me gritaba iracundo al ver que confiaba mi táctica al arte de la defensa.

—Yo no mato si no es con motivo.

—Yo no necesito motivos para matar.

Otro lance y Longina detiene su espada; los dos filos chocan y se acarician hasta hacer tope en las cazoletas. Trato de separarme de Gravina, pero me retiene por el brazo y a traición me arrea un

rodillazo en la entrepierna; me duele pero no me separo de él, al contrario: ahora yo lo sujeto del brazo.

—¡Basta! He dicho que no mato sin motivo.

Y se lo dejo bien claro con un codazo en toda la boca que le hace caer de espaldas mientras varios de sus dientes salen volando. Desde el suelo Gravina mira al capitán con ojos de niño abofeteado; Carrión le devuelve una mueca de decepción. Comprendí que todo aquello era un ajusticiamiento público pactado entre ellos: Gravina recuperaría el honor que nunca tuvo y Carrión, como Judas, me había vendido no por monedas, sino por una espada.

—¡Solo yo elijo mis batallas! —grito al gentío.

Con toda mi fuerza clavo a Longina en el suelo. Gravina mira al capitán pidiéndole permiso: quiere matar con impunidad a un hombre desarmado. Judas se convierte en Pilatos, pero esta vez no se lava las manos, solo asiente con la cabeza, volviendo a ser Judas. Gravina se pone en pie, se limpia la sangre con el dorso de la mano y, espada en alto, con el juicio cegado de ira, se abalanza sobre mí dispuesto a cortarme en dos. Un parpadeo —quizás sólo medio— es el tiempo que tardo en reaccionar. Giro sobre mí bailando junto a Gravina, aprovechando su fuerza bruta en mi ayuda; lo esquivo dándole la espalda, lanzo mi brazo derecho por encima de su hombro tomándolo, desde atrás, por la frente; estiro mi pierna buscando la zancadilla y utilizando la fuerza de su embestida para hacerle caer haciendo un giro completo sobre mí mismo y frenando su caída hasta apoyar suavemente su gañote en el filo de Longina. Siento a Gravina temblar de miedo: el caballo ha sido domado.

—He dicho que solo yo elijo mis batallas —le susurro al oído.

Suavemente suelto su cabeza posándola en el suelo y observo cómo un finísimo hilo de sangre le recorre la garganta. Introduzco la mano en la cazoleta de Longina desclavándola de un tirón seco. Busco a Carrión entre el gentío que vocifera mi nombre, aplaude y me invita a un trago, a dos, a tres… pero ya no estaba. Miro a Gravina en el suelo tumbado, resoplando, estiro mi mano para ayudarle a levantarse y la rechaza; siente como agujas las miradas de censura de sus iguales. En ese momento Cucha me coge por los hombros, despertándome de

mi marasmo y me arrastra a la bodega.

—Tendrías que haberlo degollado, no te habrían podido condenar, todos estábamos de testigos: fue una provocación —me dice palmeándome la espalda.

Las palmadas cesaron cuando se oyó un gran estruendo que agitó toda la nave: las prácticas de tiro de los cañoneros habían comenzado.

Para disparar un cañón en tierra firme son necesarios, al menos, cuatro hombres. Pero en mitad del mar la cosa se complica bastante más: las ordenanzas exigen que las piezas de artillería superiores a ocho libras sean manejadas por un total de dieciséis hombres. La labor de estos marinos es un trabajo duro, difícil y peligroso. Un artillero que sepa dirigir las pelotas de hierro al sitio exacto donde deba acertar, y que tenga la destreza necesaria para dirigir a los hombres que estén a su mando, siempre encuentra un hueco entre la tripulación de las naves y su buen hacer es bien retribuido.

A bordo del Audaz había cinco tipos de cañones: los cañones de calibre más pesado, los de treinta y seis libras, se colocaban siempre en la primera batería, en la cubierta más baja del barco, porque si estos grandes cañones fueran colocados en el alcázar su peso haría zozobrar el bajel. Su principal cometido era violar el casco del enemigo por debajo de la línea de flotación, buscando esa vía de agua fatal que sentenciaba el destino de las naves.

En la cubierta intermedia, en la segunda batería, se colocaban los cañones de dieciocho libras más ligeros, pero no menos peligrosos. Ambas baterías utilizaban munición lo suficientemente pesada como para atravesar los cascos más gruesos con una pasmosa facilidad. Un buen disparo bien colocado podía coser un navío de lado a lado.

En la cubierta superior se situaban los cañones pequeños, de ocho libras o menos, destinados a barrer el combés del enemigo. En el alcázar y en la toldilla había otros tantos cañones pequeños —los «pedreros»— operados por una o dos personas y destinados a disparar metralla contra la cubierta del enemigo. Por último, en la toldilla, cuatro obuses navales se encargaban de hacer llover granizo infernal sobre el adversario.

La munición utilizada en los cañones era ampliamente variada,

dependiendo del objetivo que se quisiera conseguir; así había balas de palanqueta: dos bolas soldadas entre sí por una barra de hierro que se utilizaban para desarbolar el barco enemigo; similares eran la enramada o el angelote, que variaban en diseño pero compartían el mismo objetivo; las balas de cadenetas, unidas entre sí; las balas de bronce y piedra, mortales y precisas cuando se fragmentaban; no faltaba la bola de hierro o plomo de toda la vida y su variante incendiaria: la bala de fuego, una bala normal y corriente de hierro que era puesta al rojo vivo en un brasero antes de ser disparada para hacer terribles estragos en las cubiertas del rival. Temidas por nuestro enemigo eran las balas de granada, rellenas de pólvora y provistas de una mecha que se encendía antes de ser introducidas por la boca del cañón. Salvo sandías un cañón español disparaba cualquier cosa con tal de dañar al enemigo, incluso eslabones rotos, clavos o restos de viejos cañones.

Como ya les he dicho a vuestras mercedes, el trabajo de los artilleros es muy complicado y peligroso. La dotación de un cañón tiene que estar perfectamente coordinada y funcionar mejor que el cronómetro del capitán; no es un trabajo para timoratos, indecisos o inexpertos; cada disparo es un trabajo de artesanía.

Se bajaba la porta y diez hombres maniobraban los bragueros, palanquines y cabos para retrotraer los casi cien quintales que pesaba el cañón con tal habilidad y fuerza que se diría estaban manejando una pluma de ganso para escribir.

Uno de los hombres introducía por la boca del cañón una larga vara con una esponja empapada en agua en su extremo para refrescar el ánima y que no se recalentara —lo que a la larga destemplaría el cañón, con resultados aciagos— y para evitar que al introducir el nuevo cartucho de pólvora esta explotase prematuramente. A continuación otro hombre pertrechado con una larga lanza rematada por un cepillo cilíndrico frotaba hasta quitar cualquier resto que hubiese quedado alojado en el interior y pudiera malograr el siguiente disparo o al propio cañón. En caso de que el disparo se viese frustrado por algún motivo, un tercer artillero, portando un rascador —una sencilla lanza de madera con un desbastador de hierro en la punta—, se encargaba del desaguisado.

Una vez limpia el ánima, un cuarto hombre introducía por la boca

del cañón un cartucho de pólvora e inmediatamente otro marino empujaba con el atacador —una vara con la punta recubierta de cuero fuerte— el cartucho hasta el fondo para golpearlo con saña repetidas veces a fin de asentarlo debidamente. Si el ánima había sido convenientemente refrescada y limpiada, este último servidor del cañón podría conservar feliz sus brazos.

Con el cartucho de pólvora ya colocado en posición, se introducía un taco de arpillera y la bala correspondiente, asentándola con otro par de golpes más de atacador. Se introducía algo más de estopilla a modo de tapón para que en caso de inclinarse el cañón la bola no se cayera. Tras todo este proceso entraba en la danza otro hombre más, quien perforaba con un agujón el cartucho de pólvora a través del oído del cañón e introducía, por el mismo, pólvora rápida del cuerno que llevaba colgado en el talabarte.

Terminado el proceso de cebado, el equipo que había retrotraído el cañón, lo volvía a acercar a la portilla con la misma ligereza y la porta se volvía a abrir. Ahora el arma ya estaba lista para ser disparada después de que el artillero hubiera hecho las correcciones del disparo con la herramienta llamada pata de cabra; cuando estaba todo ajustado se acercaba el botafuego al oído del cañón para disparar.

Un buen artillero, como un buen cirujano, ha de tener en cuenta múltiples factores durante el ejercicio de su trabajo, pues las vidas de los demás dependen de su buen hacer. Los artilleros tienen que ser hombres inteligentes, avispados, rápidos de reflejos, con buenas dotes para las matemáticas, nervios de acero y un don para calcular las distancias de tiro. El buen artillero sabe que con lluvia los disparos tienen un menor alcance igual que con niebla densa; incluso un día nublado puede acortar las distancias de tiro. La noche también acorta los disparos; cuando el sol está en su cenit es el momento en el que los disparos tienen su mejor alcance. También debe ser capaz de calcular la velocidad de avance a la que ambos navíos, ofensor y ofendido, se desplazan.

Pero de todos los detalles que ha de considerar el artillero quizás el principal es la acción del viento sobre el barco. Cuando Eolo sopla al velamen inclina el buque, haciendo que el costado que lo recibe se levante, sumergiéndose el contrario. Un buque que está a barlovento

tiene una gran superioridad táctica ofensiva. La inclinación de las cubiertas disminuye el retroceso del cañón y mejora su exactitud, lo que se traduce en un servicio de disparo más rápido y continuado en el tiempo y en otra mejoría vital: la artillería de a bordo generaba inmensas nubes de humo y ascuas que podían —y lo hacían— prender el propio velamen; tener el viento a favor disipa esas nubes, facilitando pronto a la artillería visión para el disparo y al barco un menor riesgo de incendio.

Un combate en alta mar podía durar desde horas a días, siendo cientos de disparos los efectuados y muy pocos los que llegaban a su objetivo, así que huelga decir a vuestras mercedes que la cualidad fundamental de todo buen artillero es la puntería. Si la intención era desarbolar la nave enemiga, su pulso iba encaminado hacia los dos tercios de altura de los palos, a la altura de la cofa; era una diana difícil y muy codiciada, pues en caso de acierto los daños infligidos eran decisivos en el combate. Por el contrario, si la batería en la que servía el artillero tenía intención de hundir al enemigo centraban sus miras en intentar acertar en la medianía del casco.

Durante aquella mañana el fuego de los cañones fue incesante. Las explosiones se solapaban haciendo vibrar todo el navío. Las bolas de plomo o hierro silbaban en el aire buscando hacer añicos las cubas que a lo lejos flotaban. Las dotaciones de cada cañón se esforzaban por abrir fuego preciso y continuando, ya que el capitán Carrión había prometido ración doble de vino para la dotación del cañón que más y mejores disparos hubiera efectuado, por lo que pronto hubo trifulcas entre las dotaciones, llegando a las manos —y a los cuchillos— cuando dos acertaban al mismo tiempo en la misma diana. Una de las dotaciones que más se distinguió era la dirigida por el artillero Enrico Maltón, un viejo devoto de Ocaña. Su brigada había conseguido bajar el tiempo de disparo del cañón a lo que dura un Paternoster y su precisión se medía en casi cincuenta aciertos por cada cien disparos.

Mientras los cañones bramaban, el resto del personal del navío seguía adiestrándose. El enemigo más temible en un barco es el fuego y por eso el hombre, ser destructivo por naturaleza, había ingeniado un portentoso instrumento para incendiar las naves enemigas durante los abordajes: el frasco de fuego, simples vasijas de vidrio rellenas de pólvora fina, flor de azufre, brea e incluso alcohol o aceite provistas de una mecha de pólvora. Una variante de los frascos de fuego, pero

con intención más homicida, eran las granadas de mano: pequeñas bolas de cañón huecas y rellenadas de pólvora provistas de una mecha que se arrojaban contra el enemigo; para aumentar el daño infligido se les labraban surcos en el exterior a fin de que al explotar reventasen en muchos trozos, multiplicando el poder devastador de la pólvora; los granaderos podían, con un poco de suerte, llevarse por delante a siete u ocho hombres por cada lanzamiento.

En no pocas ocasiones se llegaba al abordaje: para este cometido se lanzaban garfios con cuerdas a la cubierta del barco enemigo y una vez así ligado, hombres armados con hachuelas se abrían paso entre los adversarios. Si la ofensiva fracasase y fuera repelida; grupos de hombres se dispondrían en la cubierta armados con chuzos, formando murallas de pinchos inexpugnables.

Fue cerca del mediodía, durante la hora del rancho. Estábamos tirados en la cubierta bajo la escasa sombra de la toldilla y cerca de los cañones de retirada, tragando tantos restos de humo de los disparos que la mojama nos estaba sabiendo a azufre, cuando apenas unos metros delante de nosotros, justo detrás del palo mayor, el suelo de la cubierta tembló con extraordinaria violencia; empezó a salir humo a borbotones de entre los tablones y por el enjaretado que daba luz a la segunda batería.

—¡Socorro, socorro… que nos morimos!

Salió un hombre por la escala de acceso al combés gritando entre el humo. Sus ropas, o mejor dicho lo que quedaba de ellas, estaban teñidas de carbón y rojo; una gran brecha le cruzaba la frente tapándole la cara con un velo bermellón; a través de la herida se podía ver el blanco del hueso de su frente; sus manos se habían convertido en muñones y en sus brazos y piernas había horribles quemaduras que ni con agua se ahogaban. Sin demorarnos un segundo, Cucha y yo nos lanzamos en socorro de los hombres, bajamos por la escala, entre fumaradas ardientes.

—¡Abrid las portas, no se ve nada! —grité tosiendo.

Varios hombres que nos habían acompañado comenzaron a abrirlas, dejando que entrase luz y saliese aquella nube de hollín y azufre. Cuando el ambiente clareó nos encontramos una carnicería

inefable, por todas partes había restos de marineros: espinazos, torsos, cabezas, extremidades, cuerpos demediados y cántaras y cántaras de sangre regando el suelo; del techo colgaban vísceras de aquellos pobres diablos, de las que jarreaba una mezcla parduzca de humores y alimentos a medio digerir. Uno de los cañones de la batería de estribor había reventado a causa del incesante fuego y se había abierto como una flor por su extremo más grueso. Las esquirlas y la munición habían salido en todas direcciones, haciendo papilla a todos los hombres que servían la pieza e hiriendo de gravedad a los marinos de los cañones aledaños. Era imposible caminar sin chafar con el pie alguno de los innumerables restos humanos que por allí había esparcidos. Por fin desde el combés abrieron las escotillas, aireando la batería y haciendo que el humo se disipase del todo. Cuando pudimos ver con algo más de claridad distinguimos a los supervivientes, que vagaban conmocionados, algunos con los ojos colgados de los nervios, otros mutilados, todos pidiendo auxilio. Dentro de la desgracia teníamos que dar gracias a Dios porque la explosión del cañón no alcanzó a inflamar los cartuchos de pólvora, pues toda la nave se habría perdido.

Uno por uno, Cucha y yo fuimos examinando los cuerpos buscando supervivientes. Giré esperanzado a un hombre que estaba tumbado boca abajo, aparentemente en buen estado, pero al darle la vuelta vi que le faltaba la mitad de la cabeza. Entonces una mano me agarró del pie.

—Socorro…

Me giré y era un joven guardiamarina; por debajo de su rodilla derecha había jirones de carne y hueso y de la herida manaba un fuerte chorro de colorada. A poca distancia estaban los restos de su pie.

—¡No me dejes morir, Rosanegra, no me dejes morir! —me suplicaba como si yo fuese nuestro Señor.

—Venga, chico, hoy no vas a morir.

—¿De verdad?

—Que no, hombre, peores heridas he visto.

—¿Se ha podido salvar? —dijo el primer cirujano llegando por mi retaguardia.

—Casi todo. —Le señalé la pierna amputada.

—Chaval, considérate afortunado. Bájenlo al pañol de enfermería.

—¡Cucha, ven aquí! —le grité.

Nos pusimos a cada lado suyo y con cuidado lo alzamos, llevándolo hasta el pañol como si estuviésemos jugando a la sillita de la reina.

—Pónganlo ahí —nos dijo el cirujano, indicándonos una camilla hecha con tablones.

La camilla parecía salida de un gallinero: sobre ella había un jergón relleno de polvo, piojos, telarañas y un poco de paja. Estaba descosido por varios sitios y tan manchado de sangre reseca que no se sabía cuál era su verdadero color. Posamos al muchacho sobre la camilla y, pese a tener los dientes muy apretados, un gemido se le escapó entre ellos. Cuando nos fuimos a separar se incorporó y me tomó por la mano.

—¡Por Dios, no me dejéis, no me dejéis, por favor!

—Hijo, hay más hombres heridos que necesitan auxilio…

—Quédese. El muchacho tiene razón, necesito su ayuda. Hay que cortar por lo sano y cauterizarle la herida o se nos irá en sangre —dijo el cirujano esparciendo a puñados arena por el suelo.

—¿Y cómo hacemos? —preguntó Cucha.

—Usted, que es más corpulento, tírese sobre su pecho y que no se mueva ni un pelo y sobre todo que no mire, ¡rápido! Usted —me señaló con un gesto de cabeza—, cójale de las manos y levántele los brazos; necesita toda la sangre que tenga en el cuerpo.

Tomó un candil y lo colgó de un gancho de la cuaderna que pasaba justo por encima de la camilla. A continuación cogió lo que parecía un rulo de cuero, lo desenrolló y comenzó a tintinear: era una

cincha. Tomó aire y nos miró casi con odio.

—¡Venga, cojones! ¿A qué esperan? ¡Amárrenlo fuerte!

El cirujano hizo un torniquete a la altura de la ingle con una banda de cuero y un perno de acero. Un alarido brotó de la garganta del muchacho.

—Estén preparados, ahora empieza lo difícil.

De alguna parte tomó un cuchillo curvo y muy afilado, posó su mano sobre el muslo haciendo presión y, guiándose por el índice y el pulgar, introdujo suavemente el cuchillo por debajo de la rodilla y dio un rápido giro hacia el interior, seccionando toda la carne. El pobre guardiamarina sufría sin poder ni retorcerse de dolor, de lo sujeto que lo teníamos.

—Venga, con bofes, que no se diga que un marino español no aguanta un poco de dolor, que somos de la hoja y de los de Cristo me lleve por valiente, y por cierto, jaquetón, ¿cómo conoces mi apellido? —le pregunté tratando de distraerlo de aquel tormento.

—Todo el barco conoce su nombre, le ha inflado los cojones a los oficiales y…

El cirujano hizo otro movimiento con el cuchillo similar al anterior, pero en sentido contrario, separándole limpiamente toda la carne del hueso; metió las manos en la herida y, como si estuviera quitando una media de la pierna de una ramera, tiró de la carne para ver mejor el hueso. El muchacho lanzó un terrorífico alarido que casi le descoyunta la quijada y perdió el conocimiento, quedando su cara relajada en una mueca de silencio y paz.

—Se ha desmayado —dije.

—Mejor, así no se entera de lo que viene ahora — replicó el cirujano asiendo un serrucho—; no dejen de sujetarlo, por si se despierta.

Apoyó el serrucho en el hueso y tras unos pocos vaivenes lo seccionó entero, tirando aquel muñón informe al suelo. Qué terrible asesino habría sido aquel hombre si en vez de salvar vidas se hubiese

decidido a quitarlas, pues voto a todos los santos que su habilidad con el acero y el temple de sus nervios era inigualable.

—¡Santísimo crucificado de Burgos! —También se asombró Cucha.

—Si no tiene nada mejor que hacer que mentar a Dios acérqueme la pala que tengo en el brasero —le dijo a Cucha—; no me puedo mover de aquí, estoy taponando la arteria con el índice.

Cucha asintió y se fue corriendo, pronto regresó con una pequeña paleta al rojo vivo. El cirujano se sirvió de ella para cauterizar; se escuchó un chisporroteo y un olor a carne quemada ocupó la estancia.

—Creo que esto ya está. —Finalizó el cirujano secándose la frente con el mandil.

—¿Podemos hacer algo más? —preguntó Cucha.

El cirujano frunció el ceño asintiendo con la cabeza.

—Suban a la cubierta y traten de salvar a todos los que puedan.

Por desgracia, aquel día no se pudo salvar a nadie entero o con simples magulladuras, parecía como si hubiéramos sido atacados por huestes implacables.

Capítulo VII

Kniven

—Subo tres garbanzos —dije viendo la apuesta que hacía Quintanilla.

Llevábamos horas jugando: primero al dominó y luego a las cartas. Fortuna estaba de mi lado y había tenido buenas manos, pero el de Triana no quería darse por vencido. Era de madrugada y la tripulación dormía. Fuera unas nubes bajas nos habían encontrado, descargando sobre nosotros; sus gotas se filtraban entre los tablones, empapando nuestras ropas y mojando las cartas.

—Estás muy seguro de tu suerte —dijo el trianero quitando con la mano las gotas que se habían acumulado en sus naipes.

—¿Aníbal, cuándo vas a terminar de desplumarlo? —nos interrumpió Cucha mientras se limpiaba las uñas con la punta del estilete, echado en su coy.

—Es solo una mala racha. Un par de manos más y será tu amigo el que no tenga ni para medio esquilón.

—Nunca cojas una bola de nieve del suelo de una herrería —remató mi amigo—. Tengo ganas de pisar tierra. Y dormir en suelo seco… Y empacharme de mujeres.

Cucha no era el único que pensaba así: había pasado ya mes y medio de viaje y toda la tripulación estaba deseando llegar a tierra para hacer lo mismo que anhelaba mi amigo y así se lo hicimos saber Quintanilla y yo. De repente el grito de un vigía nos sacó de nuestras ensoñaciones.

—¡Un casco!

Quien más quien menos dejó de lado sus labores o su sueño y subió a cubierta, expectante. Varios oficiales de guerra, entre los que se encontraba Gravina, corrieron a la base del palo mayor. Allí

algunos hombres ya llevábamos unos minutos intentando en vano divisar algo entre la plomiza bruma que aquella madrugada había traído la lluvia; una niebla de las que ponen nervioso, como de historia de fantasmas: cegadora, seca, heladora y que mitigaba todo sonido.

—¿Por dónde, vigía? —gritó Gravina.

—Por la amura de estribor, mi teniente.

—¿Distancia?

—Una milla, quizás menos, con esta niebla no puedo calcularlo.

—Capitán en cubierta —dijo uno de los oficiales y todos nos cuadramos.

—Prosigan con sus tareas.

—¿Qué han visto? —dijo extendiendo su catalejo y acomodándolo al ojo, en un vano intento de divisar algo.

—No lo sabemos, mi capitán; quizás un casco a la deriva —respondió Gravina para acto seguido girarse a mirar el mar intentando mostrarse útil.

—¡Lo veo otra vez! —gritó el vigía—. ¡Es grande pero con esta puta niebla apenas se distingue!

—¿Qué pendón ondea?

—¡Ninguno, mi capitán! ¡Está flotando a la deriva, por momentos estamos más cerca de él! Lo verá dentro de poco… ¡Dios mío, lo tenemos encima!

—¡Todo a babor, todo a babor! —gritó Carrión al ver la negra silueta de la nave precipitándose hacia nosotros—. ¡Prepárense para la colisión!

Todos nos tiramos al suelo, aferrándonos a lo que podíamos. De pronto sentimos un gran impacto seguido del sonido de maderas chocando y quebrándose. No era comparable al estallido del cañón que antes les he relatado y no fue hasta bastantes años después, con el

llamado terremoto de Lisboa, cuando volví a sentir una conmoción igual. Varios hombres cayeron de los palos y al pobre vigía le estrumpió con un crujido de huesos su cuerpo a pocos pasos de mi cabeza. Todo nuestro costado de estribor se arrastró contra el de la otra nave. Cuando el estruendo cesó aún pasó un rato antes de que nos incorporáramos.

—¡No se queden pasmados, todos a sus puestos! ¡Viren toda, mantengan el rumbo!

Lentamente nos fuimos separando y alejándonos, describiendo una gran circunferencia en el agua para alcanzarla por la popa. Como por arte del demonio la niebla, que parecía tener vida propia e intenciones de mofarse de nosotros o de nuestras almas, empezó a disiparse para mostrarnos la nave cuando el peligro ya había pasado. Pronto pudimos verla entera, o más bien vimos lo que quedaba de ella.

Estaba escorada por la amura de estribor; el tajamar estaba parcialmente sumergido, ocultando el mascarón de proa y el bauprés asomaba como una isla, quedando la vela cebadera y la sobrecebadera bajo el agua; los costados estaban cosidos por impactos de artillería, grandes boquetes astillados se abrían en su carenado. Parte de la luz del sol que la bruma empezaba a dejar escapar se reflejaba en el agua y atravesaba impunemente la nave entera a través de los impactos; algunos de los boquetes aparecían lindando con la nueva línea de flotación, llenándose momentáneamente de agua cada vez que una ola golpeaba el casco. Los cañones de sus tres baterías sobresalían de manera anómala, quedando demasiado fuera del costado; el que no estuvieran batiportados era señal de que habían sido utilizados en combate. La nave estaba completamente desarbolada; ninguno de sus mástiles se mantenía en pie; dos de ellos habían desaparecido dejando tocones tronchados en su lugar. Los cabos del palo mayor desaparecían bajo el agua, muchos de ellos cortados. Posiblemente la tripulación, desesperada, intentó tajarlos antes de que el peso de la vela mayor, la gavia y el juanete mayor les arrastrasen al fondo. El ancla no estaba en su posición; daba la impresión de que habían intentado echarla, pues las maromas que la aferraban al navío estaban tensas como si fueran de piedra. El castillo de popa estaba inclinado sobre la línea de agua quedando el coronamiento en una posición demasiado inclinada, permitiendo ver el yugo principal y parte de la

pala del timón. En el cartelón de popa, labrado en letras de oro y sangre, un nombre: «Feroz».

—Gravina, avíseles de que les vamos a abordar — ordenó el capitán—. Magadán, anote en la bitácora: «Contacto con el Feroz a primera luz de la mañana».

—¡Ah del barco! —El grito se perdió en la inmensidad del mar—. ¡Ah del Feroz, contesten! —El romper del oleaje fue la única respuesta que escuchamos.

—O están todos muertos o han abandonado la nave. ¿Qué demonios ha pasado? Se han ensañado con ella, pero es extraño… Es como si hubieran querido arrasarla sin llegar a hundirla. Por los daños no le quedan más de siete días a flote, ocho a lo sumo —reflexionó en voz alta el capitán, se ahuecó el carrillo y aplomó el gesto—. Primer oficial, prepare a los hombres, toquen zafarrancho y recojan trapo; cuando estemos a su zaga lancen garfios, pasarelas y cuerdas, vamos a abordar la nave. Quiero toda la batería de estribor preparada y a los tiradores de la segunda guarnición de infantería en las vergas, carajo y antenas dándonos cobertura, preparados para barrer a tiros a todo lo que salga. Que la primera guarnición me acompañe, también quiero conmigo a los primeros calafates, carpinteros y a la mitad de los tripulantes, todos armados. Quizás con suerte los daños sean asumibles y podamos salvar el navío… Gravina, ¿el aguardiente le ha dejado sordo? ¡Repita mi orden!

—Mi capitán, discúlpeme, ¿cómo ha dicho? ¿Pretende abordar usía la nave?

—He dicho que repita mi orden.

—Mi capitán, con el debido respeto, es una temeridad innecesaria.

—¿Va a decirle a su capitán qué es lo que puede y no puede hacer? —Carrión se quitó el sombrero y la casaca y los arrojó a la cubierta—. Nos hemos topado con una de las tres naves de nuestro Rey que se supone tenían que estar fondeadas en Cartagena de Indias esperando nuestra escolta. ¡Por Dios! Si no se hace imperiosa mi presencia a bordo no sé a qué designio divino estará usted esperando para que se lo muestre. Mientras tanto asumirá…

—Mi capitán —le interrumpió Gravina— no es mi intención contradecirle…

Se calló, giró parcialmente la cabeza para ver a todos los que estábamos observando la escena, tragó saliva, tomó al capitán del brazo y se lo llevó buscando un poco de discreción.

—Líbreme Dios de contrariarle, pero es un peligro excesivo, usía es el capitán, puedo ir yo con…

—Gracias por recordarme cuál es mi rango, casi se me había olvidado tras tantos golpes de ola —vociferó Carrión.

Pero no lo hizo con ánimo censor, el capitán se encontraba feliz como hasta ese momento no lo había visto antes, como si encontrar aquella nave fuera como encontrar algo que su alma ansiaba.

—Ahora repita mis órdenes de una vez y prepare a cuatrocientos de los mejores hombres para abordar el Feroz. —Tomó un pañuelo rojo y amarillo del bolsillo de su jubón y con fuerza lo anudó en el brazo del oficial—. Y, Gravina, otra cosa: durante el tiempo que pase a bordo del Feroz queda usted al mando de esta nave. —El gesto de Gravina se descompuso, lo que no pasó desapercibido a los ojos del capitán—. Arriba ese ánimo, segundo; era lo que usted quería, ¿verdad?… ¡Responda!

—Sss… —balbuceó. El labio inferior le tiritaba.

—¿Quiere que le arreste por insubordinación? Tengo a otros cuatro oficiales que repetirán mis órdenes sin dudarlo.

—A la orden, mi capitán. —Se veía claramente que comandar el Audaz era una cruz que no quería cargar—. Usted —me dijo—, irá con el capitán. No se separe de él ni un momento.

—A sus órdenes, mi teniente.

Los encargados del pañol de la armería abrieron los candados y a toda prisa se dispuso una fila de hombres repartiendo balas, mosquetes y espadas. De la santabárbara otra cadena de hombres subía cientos de quintales de pólvora para los cañones. Los artilleros gritaban «¡cuidado, va suelta!» cuando por los nervios alguna de las

bolas de plomo caía y rodaba por cubierta sin más freno que los dedos de los pies de los pobres infelices que se encontraba en el camino. Los infantes empezamos a pertrecharnos para el abordaje: mosquete al hombro, después de haber comprobado que el pedernal estuviera listo y la pólvora bien seca y apretada, una buena onza de plomo y otro par de golpes de vara para compactar bien el conjunto; calcos atados y ajustados para evitar besar el suelo en el momento más inapropiado —era una sensación extraña volver a calzarse cuando en tantas semanas no nos habíamos puesto las ilustres, enseguida sentí los pies hinchados —; casaca cerrada y sobre ella el cinturón con la pistola engarzada por la derecha y Longina en la izquierda. Aquellas ropas eran incómodas para el combate por ser demasiado tiesas y ceñidas, impidiendo que nos moviéramos libremente y perdiendo rapidez y soltura con la espada. Pero era la ordenanza.

Cuando ya habíamos terminado de pertrecharnos subimos a la carrera a la cubierta. En ese momento el Feroz ya estaba prácticamente al alcance de la mano y grupos de marinos volteaban en el aire largas sogas a las que estaban atados garfios y las lanzaban desde proa y popa. Los garfios rebotaban en los maderos hasta encontrar un saliente en el que morder con violencia; luego gritos, órdenes y pitos y los hombres tiraban con fuerza para acercar la nave y poder abordarla.

«¡Pasarelas!» gritó el jefe de cubierta y se tendieron planchas de hierro y madera que se sujetaban a nuestra cubierta mediante ganchos, y a la cubierta de la nave a abordar por unos clavos largos y fuertes que se clavaban en la madera simplemente con el caer de la pasarela con todo su peso. El capitán observaba toda la operación desde el castillo de popa, a su lado Juan portaba un peto confeccionado con multitud de lamas pintadas en vivo color rojo, atadas entre sí por tiras de cuero. Contemplaba el tendido de las pasarelas con su mano derecha aferrando el pomo de su espada; la dureza de su mirada indicaba que estaba listo para matar o morir matando. Los patres Pinilla y Enrique deambulaban por cubierta aspergiendo agua bendita con el hisopo a los presentes, e impartiendo bendiciones a diestro y siniestro; toda ayuda era poca y ni aquellos patres tan dados a la oración y el comedimiento confiaban toda su seguridad a Dios, sino también a dos largos y finos agujones prendidos de los cíngulos que les amarraban el hábito. «A Dios rogando y el agujón clavando» pensé, que Dios me perdone.

—¿Qué hace usted aquí? Le he dicho que no se separe del capitán —me dijo Gravina al encontrarme entre la multitud.

—Sí, mi teniente. —Miré a Cucha y salimos corriendo hacia donde estaba el capitán.

—Un momento. ¿Qué es eso? —advirtió Gravina al verme la espada.

—Usted mejor que nadie ya sabe que le tengo mucho cariño —dije tensando el bramante con el que había atado el pomo de Longina a la tachonada para evitar perderla.

—Lárguense —dijo con asco.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Carrión cuando llegamos a su lado.

—Órdenes del primer oficial; nos ha dicho que no nos separemos de usía.

—Maldito Gravina; piensa que no puedo cuidar de mí mismo. Está bien, está bien; toda ayuda es poca, pero no estorben; no olviden que no son marinos ni soldados.

—¿Qué te pasa, Cucha? —le murmuré al verlo de color blandón.

—Nada —dijo sin apartar la mirada del Feroz, pero una gota traidora de sudor le corrió la frente haciendo zigzag en su vieja cicatriz.

—¿Un mal fario? No me fastidies, tú no temes a ningún hombre… —dije tratando de animarlo, pues jamás lo había visto tan tenso.

—Ahí dentro ya no quedan hombres, Aníbal.

Gravina se presentó en el castillo.

—Todo listo para el abordaje, mi capitán.

—Entonces no demoremos más la labor.

El capitán desengarzó su espada y a paso decidido se dirigió hacia

la pasarela central; miró a los hombres que aguardábamos a su espalda y a los tiradores apostados en las vergas y cofas; subió a los escalones del cajón, dio un rápido vistazo a la cubierta del Feroz y su cara se agrió como si hubiera visto las puertas del mismísimo averno, se giró y llamó a gritos a Gravina.

—¿Sí, mi capitán?

—Si estalla la tormenta, que nuestros cañones abrasen el barco.

—Mi capitán…

—Es una orden, maldición.

—Sí, mi capitán.

—¡Stella Maris! —gritó Carrión invocando a la Patrona de la Armada y como si fuéramos una jauría de perros le seguimos. Los hombres gritaban y maldecían buscando un valor que no se lo darían ni los gritos ni las jarras de vino que habíamos bebido antes del abordaje. Cruzamos en una exhalación las pasarelas; sin mirar atrás, empujándonos los unos a los otros, en tropel. Nuestro capitán el primero; Juan pegado a su espalda; yo el tercero y Cucha el cuarto. Cuando ya habíamos cruzado aproximadamente la mitad de los hombres uno resbaló y cayó al agua, disparando sin querer su mosquete. Aquel disparo asustó a los que estaban en las cofas, que abrieron fuego en todas direcciones contra un enemigo que nadie había visto. El humo de las detonaciones nos cegó como lo había hecho antes la bruma.

—¡Alto el fuego! —gritó el capitán varias veces, pero los disparos siguieron produciéndose— ¡Alto el fuego, he dicho! ¿A quién le disparan? —reiteró golpeando con su espada el mosquete de uno de los hombres que a su lado acababa de disparar.

Cuando por fin la andanada cesó, y el humo de nuestros mosquetes se disipó, pudimos ver la cubierta en la que nos hallábamos: había sido barrida con furia a fuego y plomo, como si la hubieran utilizado como blanco de prácticas; era imposible encontrar un madero que no hubiera sido agujereado por el plomo de los mosquetes o mellado por el filo del acero; astillas y clavos procedentes de la metralla regaban toda la cubierta brillando amenazantes,

reflejando los exiguos rayos de un sol marchito que sus afiladas puntas encontraban. Una brea que lo impregnaba todo, y que pronto identificamos como sangre, se adhería a las suelas de nuestros pisantes como si en ella aún hubiera algo del alma de los cuerpos por donde había fluido e implorase por nuestra ayuda. Los aliviaderos de la cubierta estaban atascados por el betún que habían formado la sangre y otros humores. Millones de moscas zumbaban a nuestro alrededor y un intenso olor acre a putrefacción hacía suya la nave y provocaba el batir de la catarata a los menos ahigados. Un murmullo de asombros, juramentos y alguna oración corrió por las bocas, desacompasado coro sobre el bajo continuo del mar y los crujidos de los cabos. Cucha, sin dejar de escrutar alrededor, se puso a mi lado.

—Parece que tenía razón, Aníbal, esto no…

—¡Silencio! —ordenó el capitán abriendo los ojos de par en par y aguzando la oreja—. Inspeccionemos la nave. Argibay, tome a la mitad de la tropa y bajen por las escotillas del castillo de popa despejando cada cubierta; que la otra mitad me acompañe, bajaremos por la proa y nos encontraremos hacia la mitad del buque. Si se encuentran supervivientes llévenlos al Audaz.

Giró sobre sus pasos y lo escoltamos hacia la escotilla de popa. Justo antes de poner un pie en el primer peldaño, Juan se adelantó al capitán y le cerró ligeramente el paso con su espada.

—Está bien —suspiró hastiado el capitán.

—Nosotros le ayudaremos —dije, y dándole un toque a Cucha afianzamos la culata de los mosquetes al hombro.

Mientras Juan bajaba por el centro empuñando a dos manos su espada, Cucha y yo le cubríamos por cada costado. Poco a poco fuimos bajando la escalera, asegurando cada paso que dábamos girando un poco el pie, tratando de no quedar atrapados por la pez sanguinolenta que cubría el suelo. La humedad del interior de la nave y la que entraba a través de los agujeros de bala habían evitado que la sangre se coagulase del todo. Estos agujeros también dejaban pasar la luz, como si fueran estrellas, y nos permitieron avanzar. La primera cubierta había sido arrasada: muchos de los cañones habían recibido impactos directos, saliéndose de sus trenes y quedando

desparramados. Los coyes se cimbreaban mecidos por el bamboleo de la nave. La tripulación no había tenido tiempo ni de recogerlos.

—¡Todo despejado, puede bajar, mi capitán! —le grité.

—¿Queda alguien con vida? —Silencio—. Sigamos bajando…

Repetimos la operación con la siguiente escalera pero esta vez fui yo quien encabezaba la vanguardia. Bajé despacio, pues los tablones estaban muy resbaladizos; tras un paso noté el frío del agua llegándome al tobillo.

—¡Esta zona está anegada! —grité por el hueco de la escalera a los que venían detrás.

Sentí cómo algo impactaba levemente contra mi pierna, me eché el mosquete a la espalda y me agaché a ver qué era; estiré los brazos y con esfuerzo saqué un cuerpo, o lo que quedaba de él. El tórax estaba hinchado y en avanzado estado de descomposición, las extremidades habían sido cercenadas a tajos de hierro mellado; lo que quedaba de carne era un amasijo de gelatina informe y agusanada que se deshacía entre los dedos. Lo solté dejando que siguiera navegando en aquel pútrido mar.

—¡Pasadme una antorcha!

Ayudado por su luz pude ver una montaña de cuerpos que retenía la inundación con sus carnes fermentadas.

—¡Creo que he encontrado a la tripulación!

Los hombres bajaron para quedarse de repente mudos y pasmados, sin creer lo que veían. Tras el aturdimiento vino una serie de distintas reacciones; unos se santiguaban, otros vomitaban aquello que el mar no había logrado que vomitasen y otros se tapaban la boca con pañuelos o con trozos de camisa, mordiéndolos con fuerza tratando de sujetar los hígados dentro de sus cuerpos.

Otro cuerpo, o lo que quedaba de él, pasó flotando ante nosotros, como si el diablo aún no se hubiese divertido bastante con nuestro horror; me pareció ver un destello proveniente de su cabeza. Algo me empujó a acercarme y tomándolo por la guerrera le di la vuelta para

hurgar más cómodamente en el interior de su boca y coger la causa de aquel brillo.

—¿Qué es lo que tiene…? —me preguntó el capitán poniéndose de cuclillas junto a mí.

—No lo sé, parece metálico.

Metí los dedos a través de donde había estado su carrillo derecho, sentí en mis yemas el roce de sus muelas y de los gusanos y tomé el objeto; le quité los restos de carne podrida que a él se adherían y un brillo iluminó mis ojos.

—Un real de a ocho, mi capitán. Corsarios.

—La ropa es de oficialidad, pero le han arrancado los galones.

—¿Quién querría meter en la boca de un cadáver un real de plata? —preguntó Cucha quitándome el metal de la mano.

—Cuando le metieron la moneda aún estaba vivo. —Le golpeé el dorso de la mano haciendo saltar a la sonante y cogiéndola al vuelo—. Es mi botín, mira pero no toques, tiene marcas de dentellada; es el precio que tiene que pagarle a Caronte para pasar…

—Sí, lo de los griegos, me leíste algo… Un momento, ¿hueles eso? —dijo aspirando con fuerza. Caminó hasta una cuaderna y pasó la mano por la madera para volver a olerla—. Alquitrán.

—Sí, me di cuenta al bajar a la bodega: sebo, pólvora, resina y aceite, está por toda la nave o al menos en la parte seca, que es poca. Parece que la trataron de quemar.

—Se equivoca, esto ya lo he visto antes, en Rande… esto no es un barco, esto es… un brulote —dijo el capitán desconcertado.

—¡Quieto ahí! —gritó un marinero.

Nos giramos y lo vimos enfilar su mosquete hacia la oscuridad; volvimos a girarnos siguiendo la imaginaria línea de tiro con nuestras armas dispuestas.

—¡No disparéis, es un niño! —dijo otro.

El niño avanzó hacia nosotros con dificultad; no solo impedía su avance el agua, sino los restos humanos y de maderos que apenas podía distinguir con la escasa luz. El pobrecillo no contaría más de siete años; tenía los ojos desencajados, como si estos hubieran rebosado la capacidad de ver atrocidades. Estaba tan famélico que parecía consumido por la tisis; las costillas se le marcaban como si fueran hojas de palmera y un trapo anudado le cubría la cintura. Temblaba como si estuviésemos en un campo helado.

—¿Qué haces aquí, muchacho? Habla, por Dios, dinos qué ha pasado. ¿Dónde está la tripulación? —Se apresuró Carrión a preguntar.

—Muerte —balbuceó el rapaz, desmayándose en los brazos del capitán.

—Usted —le ordenó el capitán a un grumete—, cójalo y llévelo al Audaz, que le asista un cirujano y que le den de comer.

De pronto, desde el otro lado de la nave, se escuchó un tiro seguido de un alarido para después desatarse una tormenta de disparos y gritos.

—¡Es una emboscada! —gritó Carrión blandiendo su sable.

Avanzó decidido hacia la muralla de cuerpos y empezó a desarmarla. Los cadáveres caían en aquella agua putrefacta como adoquines de barro sin cocer; estuvimos quitando esos diabólicos sillares hasta que pudimos atisbar algo por encima de ellos: al otro lado de la nave, iluminados por un gran fuego, los compañeros que nos habían seguido en el abordaje mantenían una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo contra un grupo de espectros que parecían la bíblica legión satánica.

—Retrocedamos, subiremos a la cubierta superior y les atacaremos por sorpresa desde arriba —ordenó el capitán.

Si hubiéramos quitado la muralla de cuerpos para abrirnos camino, cuando hubiéramos podido llegar junto a los nuestros ya habrían muerto todos; el pensamiento del capitán había sido más rápido que un rayo y certero como cuchillo de jifero. A toda prisa retrocedimos para subir a la cubierta superior; allí nos esperaba el

paroxismo de la locura; como si hubiese cobrado vida propia uno de los cuadros que en las iglesias representan los tormentos del infierno. Gritos, explosiones, alaridos inhumanos, estómagos atravesados por lanzas, gayonas en la cara, disparos practicados a tan corta distancia que el fogonazo abrasaba las camisas, mojadas a traición que amputaban aquello que se les enfrentase… No sé de dónde había salido, pero un batallón de cadáveres andantes estaba luchando contra nosotros. Parecían hombres de mar, pero poco tenían ya de hombres: estaban famélicos, vestían con harapos; muchos estaban lisiados, con los muñones aún frescos, supliendo la pierna que les faltaba con una muleta mientras en la otra mano sujetaban con dificultad espadas, pistolas y antorchas. Todos luchaban al unísono, como marionetas dirigidas por hilos invisibles, y con furia rabiosa, sin miedo, vociferando palabras en otra lengua.

Disparamos contra ellos varias andanadas de mosquete. Nuestras balas atravesaban sus cuerpos con facilidad, a veces el mismo plomo acababa con varios, retrasando la turbamulta, pero no la detenía. Agotada la pólvora y teniéndolos tan cerca que podíamos sentir la fetidez de sus alientos en nuestras caras dejamos que espadas y bayonetas tomasen la palabra: tajos de arriba abajo y viceversa, en horizontal y oblicuo; ni ellos ni nosotros regalaríamos nuestros pellejos. Uno de los granaderos que estaba más cerca de mí fue ensartado cuando se disponía a lanzar su bomba, cayendo vencido sobre el explosivo; la detonación lo descuartizó, pero también remató a algunos de los perros que nos atacaban y a un par de nuestros compañeros, amén de tirarme al suelo.

Me incorporé con algunas magulladuras; tomé un mosquete y cargué a bayoneta ensartando los pulmones a uno —un par de empellones para que no sufriera, aún tenía algo de misericordia—; saqué el arma y la lancé contra la turba, logrando romper el cráneo de un desgraciado. Un rayo de luz me permitió ver mejor al enemigo: muchos de los atacantes lucían en sus cuerpos ronchas rojas y bubones negros resultado de una peste, y otros tenían la carne devorada por la lepra. Desenvainé a Longina y en el mismo movimiento le cercené el cuello a uno de aquellos seres, su cabeza salió volando mientras su cuerpo caía a mis pies. Entre el barullo distinguí el brillo acerado del cañón de un mosquete buscándome, tomé a uno de aquellos fantasmas por el cuello y lo utilicé de escudo, parando el disparo de su compañero con su melón.

Sangre por todas partes manchándonos la cara y despojándonos de cualquier vestigio de humanidad, volviéndonos animales; gritos que se vuelven silencios cuando estamos entregados a la batalla; todo a nuestro alrededor se vuelve difuso salvo el enemigo que tenemos delante; dejamos de sentir piedad pero somos capaces de sentir los regueros de sudor bajando por nuestra espalda; la boca está seca, los brazos tiemblan de tantas acometidas como han sufrido, las piernas luchan por mantenerse erguidas. Es el combate, es el fin de los tiempos.

Le di una patada a uno, cayó de espaldas y lo rematé ensartándolo de una estocada hasta las maderas; sin descanso dirigí a Longina hacia su compañero de la derecha y de una incisión le cosí la mandíbula; otro trató de ensartarme por el flanco izquierdo, pero me arrojé contra él empujándolo y le vacié de un tajo los ojos, que derramaron humor acuoso como si fueran lágrimas. Vi a Cucha cargando contra ellos como un toro mientras con la vizcaína les cosía los vientres: una, dos, tres, cuatro puñaladas en un parpadeo; nunca sabré como este torpón Diego mazorca era tan endiabladamente rápido con el puñal. Juan, el misterioso espadachín, sudaba intentando proteger al capitán. Su espada, imparable, silbaba haciendo trizas las carnes del enemigo en una danza salvaje y precisa, perfectamente ejecutada y cubierta de un halo casi poético; su insólita pareja de acero azulado y él bailaban un rondó de muerte cuya música eran gritos del averno. El capitán y él habían sido acorralados contra un mamparo y aquella multitud de muertos en vida no les daba tregua; corrí hacia ellos y dando un salto me tiré al barullo, frenando mi caída con las cabezas de los atacantes para levantarme con un acero en cada mano. Espalda contra espalda, hierro contra hierro; morid, nosotros viviremos.

A pesar de la debilidad de aquellos seres, sus enfermedades y amputaciones y el menoscabo que nuestra fuerza, nuestros aceros y nuestra táctica hacían en sus cuerpos, pronto nos vimos superados. Atacaban en avalanchas con garrotes, hachas, espadas e incluso trataban de arrancarnos con su último aliento la carne a mordiscos. Y no dejaban de salir, por todas partes, como hormigas, tan quejosas y harapientas como desalmadas. Nuestros hombres, sobrepasados por el ingente número de atacantes, morían cosidos por varias espadas. Los fríos y huesudos pies de aquellas bestias pisoteaban todo aquello que tocase el suelo, aunque se tratase de los cuerpos de sus compañeros.

De pronto, cuando por fin habíamos logrado abrirnos un hueco en el que poder blandir las brillantes con espacio, el aire comenzó a enturbiarse con un humo negro y denso que provenía de los maderos sobre los que luchábamos, un destello iluminó la bodega acompañado por el bramido de varias lenguas de fuego seguidas por una detonación. El suelo se hundió bajo nuestros pies quedando Carrión y yo alejados de los demás por un abismo de fuego.

—¡Capitán! —gritó Juan estirando el brazo en un fútil intento de asirlo.

Trató de cruzar la muralla de llamas que rápidamente a nuestro alrededor se había formado, pero estaba demasiado lejos.

—¡Abandonen la nave! ¡Díganle a Gravina que dispare! —gritaba Carrión tanto a Juan como a algunos de los nuestros.

—¡Capitán! —Amagó el fiel escudero hacia nosotros.

—¡Hagan lo que le digo! —aulló—. ¡Hundan esta nave! ¡No podemos perder el Audaz!

La orden llegó a algún oficial, pues enseguida se oyeron sus gritos.

—¡Abandonen la nave, abandonen la nave! ¡Retirada!

Los hombres que quedaban vivos, abriéndose paso a cuchilladas y empujones, fueron saliendo por la escalera. Pude ver a Cucha observándonos, en silencio, con el gesto alicaído, los puñales chorreando sangre y sus ropas teñidas de rojo.

—Aníbal… —dijeron sus labios en silencio.

Viéndome perdido negué con la cabeza, me golpeé el pecho dos veces con la cazoleta de Longina y señalando con su filo la escalera le indiqué que se fuera. Cucha, obstinado, trató de encontrar algún punto por donde el fuego fuera más débil para ayudarnos, pero aquellas llamas tenían voluntad propia y estaban decididas a cobrarse nuestros pellejos. Un madero incendiado cayó del techo agrandando así el agujero entre cubiertas y levantando una gran llamarada.

—¡Vete, maldito guardés! —Se quedó impávido—. ¡He dicho que te vayas!

Tomé uno de los cubos que los artilleros usaban para refrescar los cañones y se lo tiré al cuerpo, dándole en la barriga. Dio un respingo como un perro asustado, asintió y cabizbajo, con paso lento, quizás deseando que el fuego lo alcanzase, abandonó la bodega.

—Veo que estamos solos, mi capitán.

Apenas un puñado de aquellos infames seres había quedado aislado con nosotros. Nuestras espadas defendían una plaza nada fuerte compuesta por un par de cañones y unos cuantos palmos de maderas humeantes. De un momento a otro el suelo cedería y entonces… solo Dios lo sabe; pero nosotros seguíamos luchando estoicamente. Los atacantes, asustados por las llamas, comenzaron a huir apelotonándose, atropellándose entre ellos: el fuego les infligía el miedo que no consiguió infligirles nuestro acero.

—¿Esta en paz con Dios? —me preguntó el capitán.

—Tal parece que es Él el que no está en paz conmigo.

—Una lástima. Presiento que hoy cenaremos en el infierno.

La densa nube de humo negro terminó de invadir la bodega haciéndonos toser como si hubiéramos respirado azufre.

—¡Aún es pronto para la cena, sígame!

En un arrebato de desesperación comencé a abrirme camino a estocadas en dirección a las escaleras centrales, justo delante del palo mayor. Aprovechando la estampida que el fuego había provocado en aquellos espíritus, corrimos como liebres escapando del galgo mientras de paso ensartábamos alguna que otra riñonada. Pronto nos quedamos solos; ya no éramos la prioridad de nuestros atacantes, ahora la única prioridad era escapar de las garras del demonio.

A pesar del caos pude encontrar la escalera que comunicaba los puentes a la mitad de la eslora, miré hacia arriba y el fuego ya estaba consumiendo todo; ascuas encendidas caían por el hueco y el humo inundaba el tragaluz haciendo imposible ascender hasta el combés.

—El pañol del ancla, quizás podamos escapar por allí —dijo el capitán tosiendo.

Corrimos hacia el mamparo y, sin previo aviso, me tomó del brazo.

—Kniven. —Lo miré confundido—. Es el nombre del maldito corsario holandés que desoyó las órdenes del Torbay y siguió disparando sobre la nave ya rendida en la que servía mi hijo en Rande.

—No es momento… —le censuré apremiándole el paso mientras lo empujaba.

Llegamos al pañol del ancla, vacío y en casi completa oscuridad salvo por la poca luz que entraba por el escobén; el cabo estaba tenso pero el ancla estaba a la pendura, sin llegar al agua, tirando del inestable barco hacia abajo.

—No hay salida, mi capitán, tal parece que esta será nuestra tumba.

El capitán se asomó para comprobar lo que le había dicho; se frotó la cara quitándose el hollín, cansado, sabiendo que allí terminaría todo, se acercó a mí y solemne me dijo:

—Señor Rosanegra, es imperioso que sepa algo: la nave en la que servía mi hijo en Rande era la misma en la que estaba su padre. Desde tierra vi impotente cómo aquel que le engendró salvaba a todos aquellos hombres… excepto a mi hijo. —Me tomó de la lima—. Llevo muchos años preguntándome por qué Dios me permitió vivir hasta el día de hoy.

Tiró su espada y tomó mis manos llevándolas suavemente hasta el cabo del ancla para cerrarme los dedos alrededor de él.

—Sujételo fuerte.

—Jamás lo conseguiremos —dije pensando que quería que bajásemos por él.

—Usted sí.

Desengarzó su pistola y disparó sin apuntar; el certero balazo partió el cabo y yo fui arrastrado por el escobén.

Me gustaría poder contarles a vuestras mercedes lo que ocurrió a continuación, pero solo tengo recuerdos vagos y aislados que el tiempo transcurrido ha embarullado aún más. Lo que sí recuerdo es la presión del agua en mis oídos y su frío en mi cuerpo, la quemadura de la cuerda en mis palmas, la oscuridad del abismo que me devoraba, una maraña de soga que intentaba estrangularme, explosiones, un cielo de agua del que llovían cañones, cuerpos, y maderas; los pulmones a punto de reventar y mi mano sujetando a Longina tratando desesperadamente de tajar los cabos que tiraban de mí hacia el fondo de las tinieblas… y al final, nada.

—¡Aquí hay otro! —Noté que algo tiraba de mí por la casaca.

—Aníbal… —dijo una voz familiar—. ¡Aníbal, hijo de puta, habla, dime algo!

Una mano pétrea, robusta y llena de callos como nudos de árbol me aplaudió la cara para acto seguido empezar a zarandearme con violencia; entonces entreabrí los ojos y reconocí a Cucha, que me miraba con incertidumbre.

—¡Siempre has pegado a mano abierta, como las rabizas! —Sonreí.

Me asestó un fuerte puñetazo en la cara, a modo de mentís.

—¡Poltronazo! —Rio mientras me abrazaba.

Justo después de ser yo absorbido por el escobén del ancla, y siguiendo las órdenes de Carrión, Gravina vació todos los cañones del costado de estribor sobre el Feroz, condenándolo a muerte sin remisión. Los proyectiles alcanzaron la santabárbara prendiendo las treinta toneladas de pólvora que en ella se almacenaban y partiendo el navío en dos, devolviendo a sus tripulantes al infierno de las profundidades, al Leviatán que parecía haberlos engendrado.

Desde nuestra nave se botaron las barcas buscando supervivientes entre los restos del naufragio. En el abordaje del Feroz habíamos participado más de cuatrocientos hombres, de los que solo

sobrevivimos los que logramos huir a tiempo, como era el caso de Juan o de Cucha y yo. Seguramente habría corsarios vivos entre los restos, pero ni aquella nave era un convento de caridad ni nosotros pescadores de otros hombres que no fueran los nuestros.

La explosión del Feroz fue tan violenta que sus cañones, clavos, maderos y todo lo que había en él se convirtió en metralla que arrasó nuestra propia cubierta e incendió las velas bajas, matando a treinta y dos hombres más: oficiales, grumetes, marinos e infantes, otros cincuenta y cuatro quedaron malheridos, de los cuales quince no pasarían de aquella noche. Y veintiún desaparecidos con pocas posibilidades de estar vivos. De un total de mil cien hombres embarcados, cuatrocientos sesenta y ocho muertos en una sola acción. Desastroso.

Con la ayuda de Cucha subí por la escala tendida en el costado del Audaz. Algunos marineros corrían con cubos de agua para intentar detener el incendio de las velas. La cubierta estaba llena de astillas, miembros sueltos y sangre. Tendidos en el suelo compartían espacio los que habían tenido la suerte de sobrevivir, aun a costa de perder algún miembro, con los muertos; la mayor parte de ellos eran masas informes de carne y hueso. Los ayudantes de los cirujanos corrían de marinero en marinero apretando torniquetes para que cuando llegasen los sacapotras solo tuvieran que amputar los miembros y cauterizar las heridas; varios grupos de hombres esparcían arena por la cubierta para evitar que la gente se cayera con la sangre. Los oficiales que habían sobrevivido querían hacer hablar a sus sables: discutían, se empujaban e incluso se agarraban de las casacas insultándose como vulgares colipoterras, pero no rivalizaban por hacerse con la comandancia del buque, sino por librarse de ella, y es que nadie quiere ser capitán de un barco que hace aguas. Aparte estaba Gravina, apoyado en la batayola, con la mirada perdida; a él era quien por derecho y por tradición le correspondía el mando del navío, los demás oficiales intentaban librarse de cualquier puesto de responsabilidad en un barco que parecía maldito.

Gravina no era el único con la mirada perdida: cerca del castillo de proa, sentado bajo unas escaleras, agazapado, rodeado por un incesante barullo de gritos, mentadas y agonías, estaba el niño que habíamos sacado de las entrañas del infierno…

Santo Dios… les pido a vuestras mercedes que disculpen el borrón que la lágrima derramada por el recuerdo de aquella alma ha provocado en la tinta contenida en esta cara vitela. ¿Me perdonará algún día el Señor? ¿Podré perdonarme yo?… Quizás es momento de que otro poco de vino atempere mi tormento… Maldita sea mi alma.

Como decía, el zagal estaba ajeno a todo, consternado, desbordado, paralizado. Creo que aún lo estoy viendo: flaco y demacrado, con el pelo sucio y alborotado o sustituido por cicatrices. Sus ojos eran grandes, del color de la caoba y expresivos, su nariz chata y respingona. Parecía que aquellos pocos escalones donde se había resguardado eran el único punto de la nave donde reinaba algo de paz; enroscado en una agüela de lana azul tiritaba de frío en una cubierta donde el sol pegaba con justicia. Algo me removió el alma y decidí acercarme y sentarme a su lado, quizás porque vi en sus ojos los míos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté y no me respondió—. ¿Te ha comido la lengua el gato? —Le tendí mi brazo por encima de los hombros—. El agua del Atlántico es heladora, te cala hasta los huesos —le dije frotándole los brazos.

—Diego, me llamo Diego Ortiz.

—Tanto gusto, don Diego Ortiz —dije ofreciéndole mi mano, pero no la tomó, parecía que no la veía—. Yo me llamo Aníbal Rosanegra, pero todos mis amigos me llaman solo Rosanegra; por desgracia tengo muy pocos, pero son muy buenos, ¿quieres ser tú uno de ellos? —Silencio—. ¿Viajabas en el Feroz con tus padres? —respondió negando con la cabeza—. Pues eres demasiado joven para servir en la Armada.

Un rato largo estuvimos en silencio, sentados, abrazados buscando en el pecho del otro ese cariño que tanto anhelábamos y que por braveza de casta tan pocas veces salía de la piel.

—Tomás —arrancó a hablar al rato, sin decirle yo nada—, mi hermano, y yo estábamos jugando en el puerto de Cádiz. Entonces él vio cómo embarcaban jaulas con aves; me dijo que subiéramos a bordo y nos escondiésemos y que cuando todos se hubieran ido nos llevásemos unas cuantas ocas. Cuando salimos de nuestro escondite la nave ya había zarpado. Nos encontraron a los pocos días, cuando

estábamos robando trigo. Nos dijeron que para estar allí había que trabajar, que nos ganaríamos el pan fregando la cubierta y que cuando llegásemos a nuestro destino el virrey se haría cargo de mi hermano y de mí… —Diego se quedó de nuevo en silencio, obnubilado, viendo cómo chorreaba sangre el muñón de un hombre al que habían amputado el pie ante nosotros—. A los pocos días aparecieron ellos.

—¿Quiénes eran ellos?

—Aparecieron una noche… entre la oscuridad… varias naves… diez…

—¿Y qué pasó?

Giró la cabeza y me miró a los ojos.

—Entonces vino la muerte —siseó lloroso.

—¡Corsario! —gritó alguien.

—No te muevas de aquí, Diego.

Me levanté y anduve hacia el barullo. Los hombres gritaban como si les fuera la vida en ello: «¡Mirad lo que hemos pescado! ¡Traed una soga, colguémoslo del palo mayor! ¡Sacadle los ojos, cortadle los cojones y metédselos en la boca!»

Lo subieron a bordo y lo tiraron sobre la cubierta. Era un hombre de unos cuarenta años aunque perfectamente podría tener bastantes menos, pues estaba famélico en extremo, tenía las sienes marcadas y los carrillos hundidos; de un simple vistazo se podían contar todas sus costillas; las uñas y los dientes se le habían caído y respiraba con dificultad; su piel era de color castaño, casi negra, serpenteada de arrugas, ronchas y llagas rojizas provocadas por el sol.

Los hombres empezaron a escupirle y a pegarle hasta que un disparo al aire hizo que todos se detuvieran.

—No le regaléis una muerte fácil, que primero responda a mis preguntas —clamó Gravina.

El hombre hablaba nuestro idioma, pues al oír a Gravina se

revolvió nervioso en el suelo y con sus escasas fuerzas logró postrarse de hinojos ante él, suplicándole misericordia.

—¡Piedad, señor, por el amor de Dios! —suplicó lloroso y temblando de puro miedo.

—Tú ya estás condenado y serás ejecutado con la rapidez del plomo o con la lentitud del cuchillo, no esperes más piedad; responde a mis preguntas y lo haremos breve. Reza un avemaría, venga, ahora.

—No lo sé rezar —dijo inclinando la cabeza.

—Luterano del demonio…

—¡Inclínate más, malnacido! —gritó uno de los marinos al tiempo que le partía un bichero en los riñones.

—¡Quieto! —gritó Gravina al marino que le había pegado—. No he terminado de interrogarlo.

El corsario se retorcía dolorido en cubierta bramando unos alaridos inhumanos. El golpe del bichero le había desgarrado la carne hasta las costillas y estas, blancas, le asomaban tronchadas como si fueran plumas de ganso arrancadas. Gravina se acercó a él tomándole la cabeza por los pelos.

—¿Cómo es que hablas nuestro idioma?

—Mi madre era aragonesa y mi padre un comerciante de telas tudesco —exhaló vomitando una bocanada de sangre.

—Estás muy lejos de España y aún más lejos de Flandes.

—Hace meses me ofrecieron muchísimo dinero por servir como corsario en una gran flota con doce fragatas, más de cinco mil almas.

—¿Almas? ¡Me cago en vuestras putas almas negras, herejes! ¿Quién era el almirante de esa flota? —le preguntó tirándole del pelo hacia atrás con saña.

—¡¡Kniven!! —gritó ahogado de dolor y Gravina se quedó en silencio, dubitativo.

—¿Qué hacíais en el Feroz? —dijo suavizando la fuerza con la que le tiraba del pelo.

—Vimos sus faroles en la noche y rendimos sus pabellones en la mañana; estábamos a barlovento, aunque el viento apenas movía las velas, y fuimos en su caza. Ustedes habrían hecho lo mismo. Los pillamos a traición. El combate fue rápido y pudimos tomar el control de vuestros barcos aunque el Feroz quedó dañado, ingobernable. Aprovechamos todo lo que pudimos de nuestras naves y después las hundimos. A pesar de la victoria, Kniven no estaba contento, gritaba colérico, decía que faltaba algo que tenía que haber en alguno de vuestros barcos.

La cara de Gravina se agrió cuando este despojo dijo aquello; un silencio se hizo en cubierta, nadie sabía a qué se refería, nadie salvo Gravina. El corso le dirigió una mirada cargada de intención y le dijo:

—Usted sabe de qué hablaba Kniven, ¿verdad? — Aquel ser comenzó a reír levemente para hacer un crescendo de carcajadas—. Sí, seguro que usted sabe de qué demonios hablaba el maldito Kniven. Ese hijo de escopetera no tiene alma. —Reía hasta llorar, sus ojos desbordaban vesania—. Nos obligó a clavarles los pies a todos los españoles de las tres naves a la cubierta del Feroz y luego vació sus propios cañones contra el navío para despedazar a sus tripulantes con cuidado de no hundirlo. A los que esquivaron las balas los degollábamos y los tirábamos por la borda, a muchos estando aún vivos. Kniven ordenó dejarnos en el Feroz a todos los heridos, lisiados o tísicos… como señuelo para otros barcos españoles; el plan era que cuando otra nave viniese en su ayuda le prenderíamos fuego al Feroz al tiempo que abordábamos a los samaritanos. También dijo que a las pocas semanas volvería a por nosotros, pero el muy cerdo ya había dado orden de vaciar los alimentos de la bodega. —Comenzó a reír de una manera que no parecía de este mundo, diabólica, trastornada y espasmódica—. ¡Los españoles presumís de arrojo, pero os cagáis de miedo cuando presenciáis cómo descuartizamos vivos a los vuestros!

Con un suave silbido la espada de Juan acabó con su risa; decapitó al prójimo tan limpiamente que Gravina se quedó con la cabeza cogida por los pelos.

—Considérate afortunado.

Escupió a la cabeza y la lanzó por la borda; antes de caer al agua rebotó en el mamparo. Mientras Gravina se limpiaba la mano en el jubón ordenó que le abriéramos paso y lleno de ira se fue al camarote del capitán.

Aquella noche no hubo cánticos, lecturas o partidas de cartas. Los que quedábamos vivos volvimos a nuestros coyes en silencio. Fui incapaz de coger el sueño y abrí los ojos en la oscuridad. Mis oídos también se abrieron, pero a diferencia de una noche normal, en aquella apenas se escuchaban ronquidos, pesadillas, respiraciones dificultosas ni rezos. Me incorporé y observé la bodega: los coyes de los compañeros muertos colgaban vacíos; muchas caras y nombres empezaron a venirme a la cabeza. Infantes de marina con los que había cruzado algunas palabras sobre la vida: Bustos, Marcelo, Larrañaga, Gutiérrez, Martín, Ferrer… Artilleros como Rufo, Corlote, Madrigal, Berenjuela, Eustasio, Flores… no volverían hacer sonar sus cañones. Nuestros dos primeros contramaestres: Ángel y Cifuentes. Alfonso Guraz, el simpático primer guardián. Posteco, nuestro armero, que cada vez que yo pasaba a su lado echaba un furtivo vistazo a Longina y aprovechaba para pedirme que le dejase blandirla un poco. Otros pobres desgraciados guardiamarinas: Rodolfo, Blasco, Melitón… Tipos curtidos como Galaz y Pontilla, primer y segundo carpintero, o como nuestro farolero Bracamonte… Todos ellos tenían la desgracia de encontrarse cerca del Feroz cuando reventó, parando con sus cuerpos todo el hierro de Vizcaya y parte de la caoba de las Indias. Demasiadas vidas para nada.

—¿Quieres dormirte de una vez, desgraciado? —siseó Cucha—. Tienes los ojos tan abiertos que me deslumbras y no me dejes pegar ojo.

Reí sin ganas.

—Este maldito silencio me pone muy nervioso, Cucha, ya me había acostumbrado a los ruidos de la noche.

—Pues vete a dar un paseo, pero déjame dormir.

Atendí el consejo de Cucha. Miré la cuerda del coy y la así para erguirme, pero un intenso dolor, como si hubiera metido el brazo en el fuego, me estremeció. Solté la cuerda y con cuidado recogí la manga

de la lima; desde el antebrazo hasta la muñeca el cabo del ancla se me había tatuado a fuego en la piel. Me bajé la manga y cimbreándome apoyé los pies en el suelo; tenía el cuerpo dolorido, lleno de moratones y cortes; miré el coy del que era mi vecino, Quintanilla de Triana, y vi sobre él una pequeña bolsa de cuero con rapé. Quintanilla había sido uno de los desaparecidos durante el abordaje. Tomé la bolsa y aspiré un pellizco: «A tu salud», me dije. Cogí a Longina del clavo que colgaba y usándola a modo de bastón me encaminé hacia la escala que daba a la intemperie por la zona de la toldilla. Al llegar a la cubierta vi una grandísima hilera de tripulantes, amortajados en sus hamacas. Cerca de donde poníamos la red de los coyes estaba Sacramento, en pie delante de los cuerpos, mirándolos en silencio, iluminado por un candil mortecino; la infección de sus heridas le libró del abordaje y con toda probabilidad de ser uno de los que ahora dormían ensabanados el último sueño. Poco a poco empecé a caminar hacia él. La luna ese día estaba hermosísima y su luz bañaba la cubierta como si fuera de día; un suave balanceo mecía la nave, parecía que el mar nos quería arropar; o puede que esas malditas aguas estuvieran tranquilas tras el sacrificio de los nuestros, no lo sé, pero en esa negrura líquida no todo era paz, ya que las criaturas que en ella habitaban se encontraban especialmente alborotadas: pegaban con sus aletas en las maderas y en el agua armando un jorco inquietante. Me asomé a la borda y vi una gran masa informe y oscura formada por cientos de animales que saltaban unos sobre otros, golpeándose y empujándose.

—Bonita comedia tenemos esta noche —dijo Sacramento asomándose a mi lado.

—No sabría decirte —le respondí, pues mis ojos aún no se habían hecho a la oscuridad.

Avivó su candil y lo acercó, vertiendo luz a la negrura del agua y entonces sí logré ver lo que allí bullía: cientos, puede que miles, de tiburones se habían dado cita allí, de todos los tamaños y de todas las especies. Los había castaños como el cuero envejecido, de aletas altas y serradas; con cabezas extrañas en forma de «T»; los había grisáceos, casi blancos y de cabezas piramidales; sus cuerpos eran grandes, como de tres o cuatro toros de largo y dos de ancho, tenían unos grandes ojos negros inexpresivos y dientes blancos y afilados como el acero de mi espada. Entre ellos llenaban los huecos pequeños tiburones de

cabeza cónica y afilada y cuerpo delgado y esbelto, salpicado de escamas azuladas, brillantes como espejos. Era como estar observando un barril de brea lleno de gusanos, enloquecidos o poseídos por una caterva de demonios. Entre los pequeños huecos que quedaban había algo que no terminaba de reconocer, agucé aún más la vista y la dirigí a donde la luz del candil más claramente proyectaba, y vi, aturdido, de qué se trataba.

—La Virgen —murmuré horrorizado y mi diestra, involuntariamente, me persignó.

Eran los restos de quienes habían sido mis compañeros: brazos, torsos, vísceras, cabezas y miembros despedazados y entremezclados; algunos brazos aún tenían jirones de las camisas. Se veían troncos que solo eran costillares y casacas; piernas que parecían culebrear mostrando sus dientes, que no eran sino fémures; cabezas con caras arrancadas que escapaban de las fauces y saltaban sobre otros tiburones; cuerdas de intestinos gruesos y finos… Era una sopa de sangre y muerte.

—Es como mirar la plaza mayor del mismísimo infierno durante las fiestas —dijo Sacramento lanzando al agua con fuerza un antebrazo mutilado y retostado que impactó contra el hocico de un animal.

—¡Toma esa, en toa la cocorota! —Reía eufórico—. ¿Has visto? ¿Has visto? —me decía dándome con el codo—. ¿Qué queréis, cabrones? ¿Os gustaría hincarme el diente verdá? Os gustaría probar sangre caliente, bastardos, maldita sea vuestra suerte y la puta de agallas que os parió. ¡Pues os vais a joder, poque este que os menta no es plato de vuestro mesón, ja, ja, ja, ja!

Tras su retahíla de improperios tomó aire, se enjugó de la comisura de los labios la saliva reseca, dejando en su lugar el rastro de la suciedad de sus manos.

—Llevo toda la noche tirándoles los restos de aquellos que no he conseguío casar con ningún cuerpo, ea, ya está la cubierta bien limpita, sí señor, bien limpita. ¿Sabes? Ahí donde los ves son unos señoritos y unos remilgaos, no les gustan los trozos retostaos, seguro que les saben a hiel.

Los animales se alborotaron al oírlo. Parecía que comprendieran aquel monólogo.

Miré el aparejo y este lucía semiabrasado; solo las velas medias como el periquito o la sobremesana estaban aún operativas; la vela mayor, la del trinquete y el sobrejuanete mayor eran ahora cenizas diseminadas por la cubierta. Los palos estaban renegridos y presentaban ligeras fracturas por la explosión. Aparte de Sacramento y de mí, no había nadie más en aquella cubierta.

—¡Callaos ya, cabrones! Comer, pero comer en silencio y dejar que recemos a nuestros muertos —les gritó y acto seguido se giró con el candil en la mano y se acercó a uno de los cuerpos.

—Era un buen gachó —dijo Sacramento cuando llegué a su lado con esa voz tan suya, mezcla de gitano y moro y desgarrada por la amargura.

A sus pies estaba un hombre amortajado al que sólo se le veía la cara cérea, pasmada, con los ojos y la boca muy abiertos.

—Lo conocí en el cesto de las culpas de Sevilla, buena escuela para hacerse bachiller de la gomarra. Hicimos liga y se presentó para expiar pecados en este infierno cuando pidieron voluntarios.

Se santiguó tres veces, rezó un Paternoster y se volvió a santiguar otras tres veces. Se agachó al lado del cuerpo y con un agujón curvado y bramante cosió la tela de la cara y se puso en pie.

—Hoy he cosío mucha tela, han muerto muchos hombres buenos, y también muchos hombres malos —dijo aplomando la voz y alzando las cejas—. Y oficiales hijos de puta como este bastardo de aquí. —Señaló dándole una patada a una de las mortajas—. Sí, este desgraciado está muerto y bien muerto. —Sonrió—. ¿Qué haces tú aquí? No lamentarás no ser de los que están ensabanaos, ¿verdad?

—Mi coy está lleno de pulgas.

—Comprendo —asintió mirando los cadáveres—; el mío también.

Le acerqué la bolsa con rapé, metió los dedos en ella tomando un generoso pellizco y lo aspiró como si su vida dependiera de ello. Se

frotó las ñefas y se chupó los dedos.

—Juan, el criao de Carrión, está en la toldilla, en los camarotes de los pilotos. He visto su mimma mirada muchas veces en otros hombres y nunca anunciaba nada bueno.

Con un «Dios mío» dejé a Sacramento y salí corriendo en dirección a la toldilla. Al llegar pegué la oreja a la puerta. Alguien en el interior estaba hablando en una lengua que no entendía, abrí la puerta con cuidado y entré; en el centro estaban los camarotes de los oficiales, de uno de ellos colgaba un candil, debajo de él estaba Juan arrodillado con su característico atuendo de lienzo blanco impoluto atado a la cintura, el pecho y el vientre descubiertos. Absorto recitaba aquellas palabras ininteligibles para mí mientras con un pincel y un tintero dibujaba símbolos en lo que parecía un abanico. A mano izquierda, en el suelo, estaba su espada corta desenvainada, era similar a una vizcaína, pero de hoja plana y mango largo. Delante estaba su extraña espada, envainada; parecía que le estaba rezando. No advirtió mi presencia. Cuando terminó de escribir dejó suavemente el pincel en el tintero y lo apartó; cogió la espada corta, respiró profundamente, se dibujó con los dedos un rombo en el lado izquierdo del vientre y apoyó la punta de la espada.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Alzó asustado la mirada y gritó. Instintivamente le tiré la bolsa de rapé a la cara; el polvo del tabaco se le metió en los ojos. Me lancé a por él cogiéndole por el respeto y se revolvió, sacándome del camarote de un fuerte patadón que me hizo caer de espaldas; era más fuerte de lo que me imaginaba. Por suerte había conseguido arrebatarle el cuchillo.

—Devuélvemelo —gritó iracundo.

Estiré la pierna y con el pie empujé la puerta del camarote encerrándolo dentro. En los instantes que tardé en ponerme en pie él había tomado su espada y reducido la puerta a astillas con ella.

—He dicho que me la devuelvas —me ordenó desde las jambas.

—¿Qué coño pretendías? Si querías morir, haberme avisado.

Me engarcé su espada corta en el cinturón y desenvainé a Longina. Gritando se abalanzó contra mí, esgrimiendo a dos manos su espada por encima de la cabeza. Uno, dos, tres y cuatro lances; todos fueron desviados por el filo de Longina. Juan luchaba con furia, cegado, sin meditar los lances, a lo colchonero, imprimiendo toda la fuerza de su cuerpo en cada envite. No luchaba con los brazos, luchaba con todo su ser. Noté a mi espalda la pared y como no tenía espacio para maniobrar con el acero, me arriesgué a fintar por su costado. El filo de su espada se hundió con furia en la madera; apoyó la pierna derecha en la pared y de un tirón la sacó. Les diría a vuestras mercedes que rememoré la hazaña de Arturo al sacar a Excalibur de la roca, pero en aquellos momentos yo solo estaba pendiente de conservar mi cabeza sobre los hombros y de torear a tan fiero adversario, porque yo no tenía motivo alguno para matarlo y bien puede hacerlo clavándole mi espada en la nuca mientras él se afanaba en recuperar la suya, pero tampoco he sido nunca de matar por la espalda y no iba a empezar con él. Raudo se giró buscándome y en ese momento se dio cuenta que podía haberlo matado.

—Ríndete ya, no quiero más sangres por hoy.

—Eso no lo decides tú —dijo cargando de nuevo contra mí.

Otro lance y logré enganchar su hoja con los gavilanes de Longina para apuntarla hacia el suelo; puse el pie encima del lomo de su espada y con el codo derecho le asesté un golpe en la cara que le hizo perder el equilibrio, retrocediendo varios pasos y dejando su espada pisada bajo mi calco. Tiré a Longina al suelo y me lancé al cuerpo a cuerpo. El ardor de las quemaduras de mi brazo, lejos de detenerme, me estaba incitando a pegar cada puñetazo con más fuerza que el anterior. Bajo el lienzo de la lima mis heridas se abrían, manchando de pecas rojas la tela.

—Quédate quieto, cabrón. Te voy a hacer una cara tan nueva que no vamos a reconocerte —bramé asestándole buenos tabanazos en la nariz.

Pero Juan no estaba dispuesto a rendirse fácilmente; se libró de mis puños, se echó sobre mí, caímos al suelo, consiguió agarrarme el cuello y empezó a apretar con fuerza. Sentí cómo me faltaba el aire; dejé de pegarle, me revolví rodando por el suelo y escapé de sus

manos asestándole testarazos. Nos pusimos en pie recuperando el resuello, estiró el brazo y me indicó con gestos de la mano que fuera a por él. Sonreí: Sacramento estaba detrás de él con una maza en la mano; le bastó darle un suave golpe para hacerle perder el sentido.

—Aníbal… ¿De verdad he de creerme lo que me cuentas de que este mosquito pelea con tal braveza? —dijo Cucha mirando a Juan atado de pies y manos, boca abajo, en el suelo.

Lo examinaba entre beso y beso a una jarra de vino, sin vergüenza, directamente, tomándole la cara para verla mejor, como si su aspecto inflamase en demasía la curiosidad infantil de mi amigo.

—Qué cara más rara se gasta, y qué pinta, si no tiene vello en el cuerpo.

—Es rápido, pega fuerte, bien, con decisión y cabeza, pero adolece de picardía en el combate… Algo que a ti te sobra. Y esa espada suya… juraría al dios de los jaques que fue forjada con el mismo acero del que salió la mía. Pásame el vino, anda.

—Quizás me equivoqué al elegirte a ti como ayudante, tendría que haber mirado mejor en el mercado… ¡Bah! Me quedo con lo malo conocido, este seguro que ni está bautizado. ¿De dónde habrá salido su sangre? —me dijo haciendo amago de pasarme la jarra.

—De la tierra donde nace el sol, de Japón, pero eres tan ignorante, acémila bípeda, que seguro que no sabes ni dónde está.

—¡Anda, si es cierto: habla! —Balanceó la jarra sobre su cabeza y derramó unas gotas de vino que le salpicaron la frente y la cara—. Yo te bautizo con el nombre de Juan Amarillo in nomine Patris, et…

—Desgraciado hijo de puta… —Se revolvía en el suelo.

—No sólo sabe hablar, también sabe insultarte, Cucha. ¿Dónde naciste, Juan? Hablas muy bien nuestra lengua.

—En la imperial ciudad de Toledo el 11 de enero de 1700, siendo bautizado al día siguiente en la iglesia de Santo Tomé. Con seguridad sea mejor cristiano que ustedes dos.

—Eso no lo dudo. Poco se necesita para ello ¿Tienes algún nombre más o solo eres Juan?

—¡No! ¡Yo no tengo linaje, mis apellidos son inventados y no vienen al caso, porque no son míos! Pero soltadme y haré que conozcáis a las rameras que os parieron —gritaba rabioso, intentado zafarse de las lazadas que lo sujetaban.

—Cucha, levántalo, y pásame el vino.

Cucha puso la jarra lejos de mi alcance, se levantó provocando crujidos en la madera, se acercó a Juan, lo izó y lo puso en pie con una sola mano.

—¿Cuál es tu problema, muchacho? ¿Qué estabas haciendo con el tajo? —dije enfrentándome a su cara.

—Morir con algo que vosotros no conocéis: honor.

—Podríamos enseñarte muchas cosas sobre eso que llamas «honor» —apuntó Cucha.

—¿Qué pretendías hacer cuando te encontré? Responde…

—Seppuku: es el suicidio ritual entre mi pueblo. Escribimos un poema de despedida, algunos musitamos una oración y nos destripamos con el tanto.

—¿Se llama tanto esa espada pequeña que tienes? ¿Así la llamáis?

—Así la llamamos.

—En mi pueblo cuando nos queremos quitar la vida no nos complicamos tanto la existencia, somos gente práctica: buscamos una cuerda y una rama alta; no necesitamos más.

—Eso es porque, como le dije, su pueblo no tiene honor. El seppuku es parte del Bushido, el código de los samuráis, el camino del guerrero.

—He leído algo sobre los samuráis y sobre tu pueblo, también conozco historias de un galeón español: el San Francisco. Estás muy lejos de tu tierra. ¿Cómo has llegado aquí?

—Son viejas historias. Historias que se pierden en los siglos y que el tiempo ya ha convertido en cuentos para niños.

Descolgó la cabeza y la balanceó mirando al suelo, perdiendo la vista en el sollado.

—Soy bueno escuchando.

—Fue hace más de cien años, cuando uno de sus capitanes, Juan Pablo de Carrión, luchó contra mi pueblo.

—Carrión… ¿No se apellidaba así el capitán? —preguntó Cucha.

—Durante los combates de Cagayán, en las islas que ustedes llaman Filipinas, el capitán Carrión hizo presos a muchos de mi aldea: hombres, mujeres y niños; entre aquella gente se encontraban mis antepasados. El capitán les propuso servirle a él en vez de a un shogun. Todos los hombres lo vieron como una deshonra y durante la noche, después de matar a sus propias mujeres y a sus hijos, se quitaron la vida. Todos menos uno: mi bisabuelo. —Dirigió la mirada al suelo compungido—. Desde aquel día servimos a la estirpe de los Carrión.

—¿Eres un esclavo? —Silencio—. ¿De dónde has sacado esa espada y ese… tanto.

—La espada se llama catana, es el arma y el alma de los samuráis. Carrión permitió a mi bisabuelo quedarse con sus armas y este transmitió a sus hijos el código de honor… —Calló de repente para sonreír amargamente y decir muy despacio «honor»—. El código pasó de mi bisabuelo a mi abuelo, de él a mi padre y de mi padre a mí. Mi capitán era un hombre bueno; era el hombre más justo y leal que conocía; era, como yo, el último de una gran estirpe.

—¿Y por eso querías suicidarte? —le inquirió Cucha.

—No lo entienden. El capitán era mi señor, mi shogun, me debía a él, sin él yo sobro. Ahora solo soy un ronin o, como ustedes dirían, un paria: sin honor ni amo. —Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

Tomé el tanto, con un ladeo de cabeza le indiqué a Cucha que se apartase y corté las cuerdas que maniataban a Juan. Lancé el tanto

contra la pared, clavándolo en un mamparo. Metí la mano en mi jubón y tomé el real de a ocho que había sacado de la boca del muerto que había encontrado en el Feroz. Tomé la mano de Juan, deposité en ella la moneda y le cerré el puño.

—Esto es un real de a ocho: es todo lo que tengo, es toda mi fortuna; te acabo de comprar y ahora me sirves a mí. ¿Entendido? —Caminé hacia la jarra, la tomé y se la ofrecí a Juan—. Y ahora quiero que me cuentes todo sobre ese… camino del guerrero.

Capítulo VIII

Fantasmas del alma

—Aníbal… —me dijo Cucha echado en su coy.

—Dime —respondí con desgana mientras con la espada hacía marcas en la madera que estaba sobre mi cabeza.

—Llevamos varios días a la deriva… Matando ratas, templándonos con vino y jugando a las cartas… Si vamos a quedarnos a vivir en mitad del océano, la falta de mujeres puede hacer que os mate a todos… ¿Me sigues?

—Ya me he dado cuenta, amigo mío. Estoy en el mismo barco que tú, no sé si te habías enterado.

—Y bueno… ¿Se supone que vamos a estar vagando eternamente por los mares? —dijo con sorna poética.

—Tal parece.

—¿Quién es ahora nuestro capitán?

—En principio, tu «amigo» Gravina.

Cucha me respondió con un gruñido. Salté de mi coy y empecé a recorrer el barco. Tras el encuentro con el Feroz habíamos perdido a la mayoría de los oficiales. Entre oficiales de guerra, mayores y oficiales de mar, solo quedaban cinco y vivían permanentemente en la penumbra de la oficialía tratando de escabullirse de sus obligaciones. Cada cual con menos experiencia que el anterior y de ellos ninguno quería hacerse responsable o partícipe del gobierno de aquel cajón flotante. Solo cinco oficiales, solo cinco hombres tenían potestad para hacer llegar a puerto a un maremágnum indisciplinado.

—¿Teniente Gravina? —pregunté golpeando la puerta del camarote del capitán.

Los hombres me habían dicho que habían visto por última vez al teniente allí. Lo nombré varias veces, pero nadie respondió. Empujé levemente la puerta y se abrió con un chirriar de bisagras. Andando despacio, evitando hacer ruido, entré al camarote. Con la luz del día se apreciaba que la estancia era más grande de lo que parecía de noche y los detalles de su decoración brillaban con esplendor de palacio. Juraría que era mucho más espacioso incluso que toda mi casa de Salamanca; aunque, a decir verdad, realmente hacía falta muy poco para superar en tamaño al pesebre donde me crié. La sala exhibía una decoración rica y mimada. En una de las paredes había tres cuadros: en el que presidía el centro aparecía la escena de la Anunciación; a su lado derecho, un Cristo bastante triste le hacía compañía; por último, relegado en una esquina, el retrato del misterioso joven que descubrimos cuando vinimos a pedir permiso para confortar a Sacramento. El resto de las paredes estaban forradas de caoba labrada imitando escenas de palacio, bailes y paisajes. Los marcos de las ventanas habían sido cubiertos con pan de oro y del techo colgaban dos grandes arañas llenas de velas. En el centro habían colocado un gran escritorio y a su izquierda una cama grande, confortable y limpia. A sus pies, dos biombos tras los cuales se vestía el capitán; entre el escritorio y la pared de los cuadros, la mesa en la que se servían los convites que ofrecía Carrión. Seguí avanzando hasta llegar al centro de la estancia. Observé el escritorio, sobre él rodaban, mecidas por el cimbrear del buque, varias botellas de vino vacías, un pequeño juego de llaves y una pistola amartillada. Tomé las llaves y las mire con curiosidad.

—¡Alto ahí!

Gravina salió de debajo del escritorio y tomó la pistola; levanté suavemente las manos, haciéndole ver que estaba desarmado. Al teniente le costaba mantenerse en pie; estaba rubicundo y despeinado, con los ojos vidriosos. Trataba de tenerme encañonado, pero había bebido tantísimo de lo caro que apenas conseguía sostener quieta la pistola.

—¿Qué hace aquí, Rosanegra? —balbuceó.

—Veo que no es el mejor momento para hablar.

—Devuélvame las llaves —me amenazó asiendo la pistola con las

dos manos.

Las deje caer en el escritorio y, apenas chocaron contra la madera, el muy hijo de puta me asestó un disparo a quemarropa. Por suerte la puntería de los borrachos deja bastante que desear. La bala pasó rozándome el costado y haciéndome un nuevo descosido en el jubón. Instintivamente le endosé un puñetazo duro y seco en la quijada que hizo que se cayera de espaldas. Esperé unos momentos y al ver que no se levantaba rodeé el escritorio temiendo que se hubiera desnucado, pero se meneaba y con las manos se masajeaba la mandíbula tratando de recuperar la sensibilidad. Un hilo de sangre le brotaba del labio inferior.

—Volveré cuando haya dormido la zorra —le dije saliendo del camarote.

—¡Deténgase! —gritó cuando ya estaba cerca de la puerta. Resoplé hastiado.

—El capitán me hizo una buena jugada.

Aferrándose al escritorio logró ponerse en pie. Tal parece que mi guantazo le espabiló pues logró primero enderezarse y después sentarse en una esquina de la mesa intentando mostrar un poco de sensatez.

—Cierre la puerta, por favor. Con llave.

Obedecí más por saberme superior en una posible riña con un borracho que por disciplina. Gravina tomó las llaves, caminó hacia el cuadro del misterioso joven y lo sacó de las alcayatas que lo sujetaban a la madera. Apareció una pequeña puerta de hierro en cuya cerradura introdujo una de las llaves y forcejeó un par de veces, abrió la puerta y tomó unos legajos del interior mostrándomelos en su mano.

—No tiene ni idea de lo que esconden estos papeles —dijo limpiándose la sangre de la barbilla con la puñeta de la lima—. Aquí está el futuro de España y la razón de hallarnos como estamos.

Desplegó los papeles y comenzó a leer unas líneas de las cuales, con total claridad, quedaron esculpidas en mi recuerdo:

Don Felipe, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de (…) duque de Borgoña (…) Por cuanto el bienestar de las Españas y sus habitantes es el supremo afán terrenal que debe guiar este nuestro reinado con la ayuda de Dios (…) enemigos del Reino (…) gastos (…) teniendo conocimiento de la existencia de una valija mandada formar por el Excelentísimo Señor Don Blas de Lezo y Olavarrieta, Jefe de la Escuadra y General del Mar del Sur y sabiendo que la misma es de una importancia vital para el porvenir del Reino (…) enemigos del Reino (…) peligrosidad del Atlántico (…) En consecuencia he venido a disponer por esta mi Real Carta lo siguiente:

»El Capitán de Mar y Guerra Don Velasco Carrión y Gárate tomará en un plazo no mayor de nueve días el mando del navío de línea «Audaz», de advocación San Juan de Dios, inmatriculado en los libros de navegación españoles, perteneciente a nuestra Armada y fondeado actualmente en el puerto de Cádiz a la espera de ser cubierta la vacante de su mando que esta Real Carta viene a suplir.

Me sorprendió lo alambicado del texto; Gravina siguió leyendo:

Dicho navío ha sido provisto de los últimos adelantos técnicos en el arte de la navegación y de la artillería. El capitán Carrión deberá zarpar rumbo a Cartagena de Indias, puerto en el Nuevo Reino de Granada, en un plazo improrrogable de tres días desde la toma de posesión para desde allí ejercer labores de escolta de las tres naves ya dispuestas y fondeadas para traer la antecitada valija a la Península. A tal fin dispondrá de fondos de la Real Hacienda ya adscritos y cuyo detalle se ha puesto en conocimiento de los Capitanes Generales de Andalucía y de la Costa de Granada.

»Por conductos reservados hemos venido adscribiendo a determinados individuos de reconocida valía a la tripulación del Audaz, el resto de la misma será, como dicta la costumbre, de marineros de la Armada o reclutados mediante levas, procurando en estas la mayor discreción para preservar el buen éxito de la empresa, puesto que tenemos conocimiento de actividades de espionaje en nuestra Armada, propiciadas por los enemigos del Reino… Lo del Animoso ya es obsesión…—musitó el teniente— y tenemos por cierta la noticia de que han requerido los servicios del despiadado corsario holandés Kniven para hacerse con la valija, por lo que últimamente ordeno y mando el combate sin cuartel en el caso de enfrentamiento con dicho corsario.

»Asimismo mando que no se expidan copias de la Presente, que deberá

entregarse al Capitán Carrión en sus propias manos, que así es mi voluntad.

»Dado en San Ildefonso a día (…)

Gravina hizo una bola con la carta y la tiró por la ventana del camarote.

—¿Qué es la valija de Lezo? —le pregunté a Gravina.

—No lo sé.

—¿Plata? ¿Oro? ¿Qué vale más que la vida de miles de hombres… de un solo hombre?

—Mierda, no lo sé, Rosanegra.

Gravina desvió su vista hacia el cuadro.

—¿Es Kniven?

—La obsesión del capitán llegó a tal locura que mandó pintar un retrato del asesino de su hijo con las descripciones de los perros ingleses capturados en Rande. Cuando empezó a leer el nombramiento Carrión estuvo a punto de rechazarlo, pero cuando leyó «Kniven» no hubo ya quien lo parase.

—Y el trabajo se convirtió en una venganza.

—El capitán desde lo de Rande estaba obsesionado con Kniven y no podía dejar escapar la oportunidad de matar a aquel que le quitó a su hijo… Aunque eso supusiera sacrificar su propia nave y quinientos hombres. Y habría sacrificado a más si los hubiera tenido.

—Todos haríamos lo mismo. —Nos quedamos en silencio unos instantes reflexionando—. Aquellas naves nunca llegaron a recoger la valija, así que tendremos que cumplir la misión nosotros. Llegamos a Cartagena, cogemos lo que sea que tengamos que recoger y volvemos a España… Si Dios quiere y Kniven no se opone.

—¿Va a comandar usted la nave? —preguntó irónico.

—Mi teniente, ese es su trabajo, no el mío.

—¡Por favor! El trabajo se lo encomendaron al capitán, no a mí. No es mi responsabilidad. —Tiró con violencia la botella vacía contra los cuadros—. ¡Míreme! No soy capaz… Además… Ahora un maldito holandés cuenta no con una sino con dos naves como esta, armadas y preparadas para abordar a sangre y fuego… ¡Es una locura seguir adelante! ¡Estamos diezmados! —prosiguió desesperado—. Ya sería una suerte arribar a puerto con menos de la mitad de la tripulación.

—Está claro que ahora su prioridad es vaciar botellas, pero para nuestra desgracia ahora mismo usted es el oficial con mayor graduación de la nave. Y si es una locura seguir adelante, ya me dirá cómo volvemos a la Península con víveres insuficientes y sin otro destino que la de esparto o el hacha.

—Renuncio al mando.

—No puede renunciar, no sea farfante.

—¡He dicho que renuncio, voto al diablo!

—¡Voto yo también, pero hay hombres que esperan órdenes suyas!

—¡No soy capaz!

—Entonces hágase un favor y córtese el cuello; seguro que el resto de oficiales lo imita, no son más que un averío de cobardes.

Me di la vuelta y subí a cubierta. Los hombres deambulaban en corrillos, jugaban a las cartas, pescaban o estaban tirados al sol bebiendo indolentemente. Uno de ellos, al percatarse de que venía del camarote del capitán, corrió a preguntarme.

—¿Tenemos órdenes?

—Vamos a tener que hacerlo nosotros mismos, me temo.

Un murmullo corrió de boca en boca y los hombres se acercaron, cerrándome el paso rápidamente.

—¿Cómo demonios vamos hacerlo nosotros? —preguntó uno.

—Haciéndolo, no nos queda otra; de lo contrario ya podemos

quedarnos aquí y esperar a que se nos acaben los alimentos.

—¡Podemos esperar a que pase un barco! —gritó un iluso.

—¿Durante cuánto tiempo? Estamos demasiado cerca del final del viaje, hemos consumido ya la mayoría de los víveres que teníamos y apenas queda agua —apuntó otro.

—Comanda tú el barco, Aníbal. ¡Yo te sigo!

—«Yo dueña y vos doncella, ¿quién barrerá la casa?» Amigo mío, solo soy un guardés del tabaco, de Salamanca…

—De donde la que no es puta es manca —gritó alguien y la tripulación empezó a reír a carcajadas.

—En Salamanca no tenemos mar, si lo tuviéramos no duden en que me partiría los brazos para hacer llegar esta nave a puerto aunque tuviera que tirar de ella con una soga cogida por los dientes y pegando brazadas…

—¡A formar, el teniente Gravina está en cubierta! — gritó De Magadán.

Nadie se cuadró o formó, sino que nos giramos hacía la puerta de la toldilla. Apoyado en el marco de la puerta, dubitativo y temeroso, estaba Gravina.

—Necesitamos un capitán de verdad, tenien… capitán Gravina, ordene y le obedeceremos —dije grave.

Gravina me miró, asintió y habló a la tripulación.

—¿Cuántos hombres quedamos?

—Cuatrocientos treinta y dos exactamente, mi capitán. Treinta están en la enfermería, dos no creo que pasen de esta noche, pero podremos contar con los demás dentro de unos días, si Dios quiere —contestó Isidoro Pancorbo, segundo cirujano.

—Pocos para gobernar la nave, insuficientes para entablar combate… De acuerdo… Si Dios nos quiere muertos voto a tal que no me opondré a la suprema Providencia. —Se quedó en silencio,

recapacitando; miró a los palos, el viento soplaba con suavidad—. Estamos a barlovento.

—¿Volvemos a puerto? —dijo una voz esperanzada.

—«Barlovento» quiere decir en este caso «Cartagena de Indias», el deber es lo primero y quien piense lo contrario ya sabe el castigo que le espera. Pongan rumbo suroeste, los hombres a los palos, quiero popa redonda, aferren la cangreja, larguen las escotas y abran las velas al máximo.

—Capitán, hemos perdido mucho velamen con el incendio —dijo uno de los maestros de velas.

—¡Por Dios bendito, galeote! ¿Quiere que yo le diga cómo hacer su trabajo? Baje con un grupo de hombres al pañol de velas y cojan lo que necesiten.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Los demás, ¿están sordos? ¡Vamos, hijos de matamaridos! ¡Quiero estar navegando a orejas de burro en menos de una hora! Rosanegra, venga aquí.

—¿Sí, mi capitán?

—¿Quiere ser mi segundo?

—Le recuerdo que soy de secano, mi capitán.

—Ya lo sé. —Se frotó los ojos—. Déjeme el gobierno de la nave a mí. Usted encárguese de dominar a la tripulación… y de dirigirlos en el combate si llegase el caso.

—Pero…

—Les tiene tomado el pulso a los hombres, se ha criado fama y le respetan. ¿Quiere dinero? ¿Poder? Por Dios que le pagaré de mi propia hacienda y le honraré con títulos, aunque tenga que suplicarlos. No puede dejarme así… Con mis órdenes llegaremos a puerto, pero con las suyas ganaremos batallas.

—Ni por todo el oro de El Dorado llevaré a un solo hombre a la

tumba… —Le miré a los ojos—. Esperemos que ese día nunca llegue.

Juro a vuestras mercedes que en este paseo que es la vida jamás he ansiado grandezas, famas o títulos; al contrario siempre he ansiado el oro, pues el vil metal sirve para que los pobres podamos tener tres comidas al día, procurarnos algo de ocio —no necesariamente pecando— o disponer de galenos que nos sanen las llagas y enfermedades. Pero el oro es un buen criado y un mal amo; yo no quería tener que mandar a aquellos hombres en un combate porque era una carga que no ansiaba: llevar por mis órdenes a alguien a una muerte inmerecida… Pero el tahúr de la vida ya había decidido por mí.

Gravina, pese a toda su vanidad y soberbia, era un excelente marino, pero siempre había vivido eclipsado por la sombra de otros hombres. Aquel día tuvo el honor de ocupar el lugar que por derecho propio le correspondía: el mando de un navío. Yo me encontraba tan perdido como el dracma de la parábola y no sabía qué nos depararían los designios divinos, y si estaría a la altura de la responsabilidad. Lo único que sé es que rezaba para que tan supremo momento pasase de mí. Tal parece que no debí rezar bien.

Capítulo IX

Cartagena de Indias

Pasaron dos semanas hasta que por fin arribamos a las costas de Cartagena de Indias y les juro que nunca me había alegrado tanto de ver el ocre de la tierra y el verde de los árboles. Si bien también he de decir que hasta entonces mi mayor viaje embarcado había sido por el Tormes, siendo yo chiquillo, en una balsa precaria armada con otros compañeros de singladura y con un recibimiento nada triunfal a manos —nunca mejor dicho— de nuestras madres. El día que divisamos tierra americana el júbilo se adueñó del navío. Cuanto más nos acercábamos a la costa más se acrecentaba la ansiedad de los hombres por desembarcar, llegando varios a saltar por la borda para alcanzar la playa a nado. Los oficiales nada hicieron por mantener la disciplina y rieron con ganas ante tan desesperada ocurrencia.

Cartagena de Indias era la Chipre de los valientes de las Américas. Cientos, miles de naves de todo tipo y condición atracaban en su puerto cada año: bergantines, fragatas, navíos de línea y viejos galeones fletados por quienes buscaban enriquecerse en el nuevo mundo aun a costa de empeñar hasta el alma. Tal era la densidad de naves en las aguas del puerto que las colisiones entre barcos eran normales. Desde nuestra nave vi el castillo San Felipe de Barajas destacando sobre la línea de costa; custodiaba, con los ladrillos y piedras de sus muros y el hierro de sus cañones, toda la bahía. En sus murallas, guarniciones de hombres formados patrullaban arriba y abajo con el mosquete al hombro, vigilando con sus catalejos las banderas de las naos. Los cañones siempre estaban preparados para hacer llover un granizado devastador sobre cualquiera que viniera con mala intención, porque eran muchos los peligros a los que se enfrentaba la plaza. La amenaza de que los ingleses apareciesen cualquier día buscando leña era una constante. Piratas y corsarios se entremezclaban con las naves que por allí hormigueaban; solo tenían que cambiar de pendón para pasar desapercibidos, porque sabían que no podían arriesgarse a un enfrentamiento directo contra nuestros buques y baterías de costa, así que eran más sibilinos y preferían esperar a que las naves abandonasen la seguridad del puerto para

tratar de abordarlas en alta mar.

En aquella bahía se había desarrollado una ciudad nueva, vibrante y colorida. Donde antes había selva los españoles pusimos empedrado y donde antes los indígenas adoraban a dioses paganos ahora se alzaban las espadañas de las iglesias y la hermosa catedral de Santa Catalina de Alejandría. Los españoles habíamos llevado nuestra cultura a los confines del mundo, así como nuestras miserias.

En esa bella ciudad disponíamos de cuanto había en nuestra España, pero el aire que allí se respiraba era distinto: más vivo, más caliente y a la vez más fresco, realmente era un nuevo mundo. Allí habían llegado jóvenes de cabellos negros en busca de fortuna y fama y voto a tal que las encontraron; ahora sus pelos lucían plateados y sus bolsillos amanecían dorados. Allí estaban Sánchez y Potón, dos coruñeses que arribaron siendo panaderos de un navío y que desertaron al ver que las gentes gastaban los dineros sin dolor alguno; fundaron una pequeña manfla que pronto sació en sus lechos los deseos carnales de toda la guarnición del castillo. O el caso de Emilio Calvo, un apuntador naval que hizo inmensa fortuna siendo cambista gracias a la habilidad de su pluma para sortear los registros de los recaudadores. O como Frigio Gutiérrez, un judío escapado de la Península que empezó trenzando cuerdas de cáñamo para después venderlas y terminó siendo uno de los más importantes aprovisionadores de los buques que fondeaban en Cartagena. Todos ellos lucían sus riquezas sin pudor ninguno: gruesas cadenas de oro al cuello, limas de seda, calzones de paño, uñas limpias, espadas inmaculadas, caballos cepillados y mujeres de pelusa. Pasear por las calles de Cartagena era dar un paseo por la mismísima Jauja.

Pero nada de eso le interesaba lo más mínimo a la tripulación del Audaz, que había vivido el combate, había visto la muerte y la desolación y había perdido a hermanos, amigos o compañeros. Gravina no les podía pedir más a los hombres así que, para evitar motines y porque en justicia procedía, les dio una semana de permiso para temor de aquel puerto.

Apenas los hombres pusieron pie en tierra, el famoso salvajismo de los marinos españoles se desató; corrieron como exhalación por las calles del puerto saqueando y escarneciendo; si encontraban una ternera desprotegida era requisada y llevada al barco para su

sacrificio, y si estaba protegida por su dueño daba igual: se le acuchillaba y la ternera corría idéntica suerte. Lo mismo daba ternera, vaca, carnero, cabritos, pollos, gallinas, pavos o puercos, todo aquello que se pudiera comer era expropiado con la misma impunidad que si lícitamente hubiese sido comprado. Nada se interponía ante la turba depredadora de los marinos: colmenas, caza, huertas, palomares, viñedos… hasta bosques sufrían la rapiña. Se decía de nuestros marinos que al llegar a los puertos hacían más daño que el hielo, la piedra y la langosta juntos.

Al segundo día de estar en tierra pude comprobar en persona la merecida fama de saqueadores que teníamos los marinos españoles. Deambulando por la ciudad habíamos dado con una cómoda consolatoria en la que fundirnos el calé. Esta era de cierta categoría pues la frecuentaban mercaderes y oficiales; el suelo no estaba cubierto por estiércol, sino por madera; los bancos eran cómodos y amplios y la bebida no estaba bautizada. ¿Qué más queríamos? Si acaso una baraja, dos petimetres a quien desplumar y varias mozas de buen hacer a nuestro lado, pero no siempre Fortuna está a barlovento. Si no recuerdo mal, el nombre de la taberna era «La Brava» y nos encontrábamos piando un licor que había oído mencionar, pero hasta aquel día nunca había bebido: ron. Si vuestras mercedes no lo saben es una bebida fuerte extraída de la caña de azúcar que nada tiene que ver con los licores peninsulares ni con la aguachirle que matábamos en el barco. Entró con gran barullo un grupo de diez marineros que se acercaron a nosotros, rodeándonos.

—No os levantéis —dijo Zoido, un guardiamarina que conocía de vista del Audaz.

—Eres galeote de gurapas, no Su Majestad, que de haber entrado él yo tampoco habría hecho por levantarme —dije socarrón—. ¿Qué buscáis, guapos?

—Venimos a proponeros un negocio —dijo con mucha flema y aires de realeza.

—No nos interesan —respondí metiendo las narices en mi vaso.

—Habla por ti —me cortó Cucha—. ¿Qué negocio es ese del que habláis?

—Cerca de aquí hay una casa, la llamada «Estrella Verde»; es de un señorón de Castilla: un pudiente amigo de la buena vida y de un par de virreyes; por lo visto lleva años en España y hace mucho que no viene por aquí, pero le gusta tener la casa arreglada para cuando llegue estar bien cómodo. Un amigo del puerto me ha comentado que no tiene guardas, solo dos mujeres que se encargan de mantenerla: una negra joven y su madre igual de negra que ella o aún más. —Rio y me dieron ganas de ensartarlo.

—¿Y qué pretendéis, almas de Dios? —censuré, cansado de su bellaquería.

—¿Osas juzgarme? —dijo posando la mano en el pomo de su espada.

—Achanta esa mano del pomo, que es muy tarde para tan poco hierro.

—Ignorad a mi amigo, no tiene sangre de rico, y seguidme contando. ¿Qué plan tenéis? —terció Cucha.

—Tirar la puerta abajo y llevarnos todo lo que no esté sujeto al suelo.

—¿Y es muy rico ese hombre? —preguntó Cucha ansioso.

—«Amontona el avariento y no sabe para quién»; tiene tanto dinero que ni contarlo puede, y no va a echar nada de menos que no pueda volver a comprar doscientas veces.

—Yo paso —dije piando del jarro.

—Yo voy —se apresuró a decir Cucha levantándose de la mesa.

—¿Ahora te vas hacer aruñón?

—Aníbal, joder, que hemos venido para hacer fortuna… —dijo tirando de mi brazo.

—Que no cuentes conmigo he dicho. —Me zafé con fuerza.

—Está bien, no te enfades… pero después cuando no tengas para vino no vengas a andar a la sopa de mi bolsa.

—Que aproveche.

—A la mierda, tú te lo pierdes, a más tocaremos —dijo saliendo de la taberna acompañado del tintinear de su hierro y las chanzas de los diez prójimos de Alí Babá.

Aquella noche bebí bastante, como de costumbre, y buenas onzas de tabaco treparon por mis ñeflas. Me sirvieron de yantar algo de cabrito condimentado con hierbas del lugar, demasiado barato como para exigir que estuviese bueno o tuviese enjundia, una escudilla de quemantes crudos con salsa picante y algo de gomarra. Templado, con el ánimo contento y las piernas ligeras, me volví a la nave para dormir. No recuerdo cuánto tiempo estuve pegando la oreja hasta que vino Cucha a despertarme.

—¡Mira lo que tengo, majagranzas! —Volcó el contenido del saco que cargaba a la espalda sobre su coy—. ¡Mira qué maravilla!

Alzó un candelabro de oro macizo que no pesaría menos de diez libras. Me froté los ojos, carraspeé y me incorporé. Cucha estaba eufórico, por fin había conseguido las riquezas que quería, su botín personal: cientos de monedas de plata, varias barras de oro, collares en cantidad, sortijas con esmeraldas y piedras de todos los colores y tamaños, suficientes para anillar esposas durante lustros; frascos de ámbar gris y gatos llenos de rapé inglés.

—Que el tipo sea rico no te da derecho a quitarle sus pertenencias.

—¡Cállate, joder, no me agües la fiesta! —gritó tratando de anillarse una sortija que tenía un rubí del tamaño de un altramuz.

—¿Y la sangre de tu prima? —pregunté al ver cómo manchaba mi coy.

—Esa sangre no es mía —respondió sin darle importancia.

—¿Y de quién es? ¿No decía tu compadre que era un trabajo sencillo?

—Y tanto que lo era, pero esta sangre viene de una causa noble, de esas que a ti tanto te gusta defender.

—No me digas —dije interesado—. ¿Y cuál es esa causa noble?

—Pues resulta que llegamos a la casa del rico —dijo rascándose la cicatriz de la cabeza— y todo estaba según lo comentado: calle vacía y casa apartada, sin miradas impertinentes ni voces a la guardia; nos encaramamos a uno de los tejados aledaños y saltamos al de la casa que íbamos a visitar en esquifada. Estaba cerca, era un salto sin complicación alguna porque, no sé si te habrás dado cuenta, en estas tierras tienen la costumbre de construir las casas sin apenas dejar espacio entre ellas; nos dejamos caer hasta el patio interior y a patadas tiramos la puerta que había. —Se emocionó recordando su dudosa gesta y empezó a frotarse las manos—. Al oír el estruendo salieron dos mujeres asustadas gritando; las apresamos y con los cordones de los cortinajes las amarramos juntas a unas sillas para poder… —dejó en suspenso, buscando una palabra que no le escociese en la boca.

—¿Robar mejor? —le ayudé.

—Iba a decir: «trabajar con más calma» —dijo serio—. Ya habíamos lacreado toda la casa y me disponía a volver al barco con mi hermoso saco, atiborrado ya de oro, cuando vi que uno de los que nos acompañaba trataba de forzarle el broquel a la más joven de ellas, sirviéndose de la vizcaína para someterla una vez que la había desatado —dijo señalándose con el pulgar la yugular—. Yo le reprendí, por lo visto con los años me has pegado tus tonterías. El tipo no atendió a razones, me envió a la higa y me dijo que me metiera en mis putos asuntos, así que dejé el saco en el suelo y le invité a partirnos la cara. El andoba debía de estar nervioso, perturbado, o yo qué sé, porque sin decirle nada más se abalanzó hacia mí con el chabacano en la mano queriendo herirme la del hijo, pero este diablo viejo paró bien el ataque y le rajó la tripa con su propia garrancha.

—¿En verdad tú hiciste eso? —pregunté sorprendido.

—¿Por quién me tomas? —Se molestó y regoldó ruidosamente—. Yo siempre defenderé la honra de una mujer —dijo altivo.

—A ti lo que te gusta es embestir el pozo de las mujeres, vete a engañar a otro guillote.

—¿Osas tildarme de mentiroso?

—¡No, por favor! Tenga piedad vuecencia. —Reí—. Lo que sí le pido es que tenga la amabilidad de continuar, mi querido amigo, que quiero seguir disfrutando con tan ameno relato de la vuestra proeza, vive Dios.

—Maldito tragasangres… Pues eso no es lo mejor de la situación; tras darle la cruz al hampón me quedé con su parte del botín y solté a la otra mujer, les pedí perdón no menos de mil veces y le regalé a la más joven una gargantilla con una hermosa perla negra. La muchachita se puso a llorar diciéndome que siempre estaría en deuda conmigo y me explicó que el dueño de la casa era un negrero muy famoso y que en todos estos años cuidándole la casa apenas si le había dado un par de monedas.

—¿Y no la ofendiste? —pregunté haciendo un gesto obsceno.

—Pues si te digo la verdad… ahora me arrepiento, pero la forma en que me contó su historia es que me revolvió las tripas. —Se masajeó el estómago—. Y bien pude habérmela calzado y ganas no me faltaron. Ojalá la hubieras visto, Aníbal, qué muchacha tan hermosa, tenía el pelo como enroscado y le caía hasta el culo. Era delgada, tan delgada que me daría miedo tocarla no fuera que la rompiese y una piel tan suave que si hicieran con ella sábanas no habría seda que la pudiera igualar… Pero bueno, eso es vivir de ilusiones —suspiró.

—¡Ah de la bodega! Buenas noches, señores —dijo Gravina interviniendo en nuestra conversación.

—Mi capitán, ¿qué se le ofrece a estas horas de la noche?

Gravina se quedó mirando al saco y al coy de Cucha, que brillaban desbordantes de riquezas.

—Prefiero no saber la procedencia de esa mercancía. Rosanegra, ¿recuerda aquello que le comenté un día sobre… el propósito de nuestra misión? —Miró a Cucha desconfiado.

—Recuerdo. —Miré a Cucha—. Ya te contaré.

—Acaba de llegar un emisario del castillo, está todo dispuesto para mañana; busque de entre la tripulación a treinta de los mejores hombres.

—Como usted ordene, mi capitán.

—Que tengan buena noche. Duerman rápido.

En cuanto Gravina hubo salido, Cucha se volvió hacia mí con el asombro en su rostro.

—¿Que estáis tramando, Aníbal?

—Es una historia muy larga, ya te lo contaré con calma —dije enroscándome el sombrero y volviéndome a acomodar la cabeza mientras Cucha admiraba los brillos de su botín.

No era fácil acceder al castillo San Felipe de Barajas. La guarnición permanente de apenas cien hombres armados podía llegar a doblarse en tiempos de guerra, haciéndolo casi inexpugnable —como la historia pudo certificar años después, para mayor gloria de España y escarnio de Inglaterra—; y eso que a sus muros aún le faltaban muchas piedras por poner. Estos no habían sido levantados solo con piedras, cal y argamasa sino también con sangre, pues a falta de cemento fue sangre de animales e incluso de esclavos la que sirvió como aglutinante. Los interiores de la fortaleza eran un laberinto de túneles y galerías donde se almacenaba la munición, el oro, las preciadísimas cartas de navegación y donde los soldados descansaban. Desde la atalaya se podía divisar el horizonte para prever y prevenir las actuaciones de aquellos que no vinieran con buenas intenciones; en la parte más alta se dispuso un conjunto de celdas amuralladas donde el almirante recibía a los invitados y hacía vida.

Al llegar a la entrada, situada en la base de la fortaleza, un grupo de alabarderos fuertemente armados nos cerró el paso cruzando sus astas. Morriones relucientes en el tejado, cofradías de acero en el torso, espadas y pistolas dispuestas y el ánimo desconfiando de todo lo que por allí pasase. Flanqueando el camino de subida a la fortaleza, dos guarniciones de artilleros apuntaban hacia nosotros sendos cañones pedreros de a cuatro libras, listos para disparar. Eché un vistazo a las almenas y en estas se podían observar sobresaliendo los cañones de los mosquetes que nos tenían enfilados.

—Sargento, hágale saber al almirante que Juan Gravina Monforte, capitán accidental del navío de línea Audaz, solicita audiencia.

El soldado, bien instruido, dudó, retorció la boca y se frotó las narices con el guante puesto para tomar la carta que Gravina le ofrecía.

—Un momento.

Junto con la misiva subió por el empedrado. Un largo rato más tarde volvió a aparecer.

—Lo siento, mi teniente-capitán accidental, pero no figura en el listado de accesos autorizados. —Gravina me miró desconcertado.

—No puede ser.

—Son las órdenes —dijo encogiéndose de brazos—, no puedo dejar pasar a nadie que no esté en la lista.

Estiró el dedo índice señalando su posición y la guarnición que operaba los cañones se apresuró a tomar las armas. Los pedernales se prepararon para disparar y los aceros sonaron. Miré los muros y vi cómo los tiradores apretaban los carrillos contra los mosquetes. Sobre ellos, en un ventanuco lejano horadado en la roca, una cabeza asomaba dejando ver su pelo mecido por el viento para en un instante volver a desaparecer.

—Eso es imposible; nos han citado para este día a esta hora, le ordeno que compruebe de nuevo sus órdenes — apremió Gravina al sargento.

—Mi teniente, no tengo que comprobar nada, hagan el favor de darse la vuelta y marcharse por donde han venido o abriremos fuego —dijo impasible al tiempo que uno de los soldados prendía la mecha del botafuego en un fogón cercano.

—¿Qué vais a hacer, hijos de puta? —gritó Cucha echando mano de su espada; los demás hombres lo seguimos.

—Sargento, le recomiendo por su salud que escuche a mi capitán. El camino para llegar aquí ha sido largo y lleno de sangre, ojalá que no se derrame una gota más —dije apoyando el filo de Longina contra su nuez.

—¡Esto es una locura! Si me matan morirán todos.

—¡Deténganse! —gritó un hombrecillo que bajaba corriendo por el empedrado—. ¡Sargento, ha habido un error, déjelos pasar!

Tenía pinta de paje real, o despensero; vestía con esponjosos calzones rojos, calcos de charol, medias turquesas y camisola violeta salpicada de pedrería.

—¡No están en la lista! —bramó el aludido y dio un paso atrás, para alejar la garganta de mi acero.

—¿Tan en aprecio tenéis a esa lista que la valoráis más que a vuestro cuello, maltrapillo? —amenacé.

—Por favor, deténganse, sargento, entran bajo mi responsabilidad. —Se volvió hacia Gravina—. Disculpe el malentendido; por favor, bajen las armas; vivimos en constante estado de alerta, pues los ingleses pueden atacar de un momento a otro y las escaramuzas de corsarios y piratas son el panem nostrum quotidianum, no nos libramos de ellos ni tras estos muros.

—No hay problema, el sargento cumplía con su deber —dijo Gravina bajando con dos dedos el estoque de Cucha.

—No pueden entrar todos —dijo el despensero al observar el grupo de hombres que acompañábamos a Gravina—. Haremos que saquen algo de comer para ellos, vino y si hace falta traeremos mujeres, pero no pueden pasar todos. —Gravina dudó—. Pierda cuidado, mi teniente, no están en malas manos.

—De acuerdo; ustedes, síganme —dijo refiriéndose al grupo de hombres que más cerca estábamos.

Ascendimos por la cuesta hasta superar las tres murallas. En el camino, tallados en la roca viva, había bocas oscuras por todas partes: pasadizos que comunicaban galerías y túneles que se perdían en el interior de la fortificación. Llegamos a la parte más alta y tras abrirse los pestillos de una puerta de hierro, pasamos en fila de a uno por el estrecho pasillo. La fortificación había sido pensada hasta el más mínimo detalle para minimizar los daños en caso de un asedio. En el interior refrescaba, una pequeña corriente de aire se dejaba notar en

la cabeza aun cuando la teníamos cubierta. No había ventanas apenas, sino unos cuantos tragaluces encastrados en paredes de varios codos de grueso. Las salas eran pequeñas y, para darle aún más resistencia a paredes y techumbres, se había reforzado sobre lo reforzado con arcos y contrafuertes. Tras un rato esperando en la sala principal, al otro extremo de ella, el hombre que nos había acompañado descubrió un gran portón de madera parecida al nogal, abriendo paso al autor de la valija.

—Señores, su excelencia don Blas de Lezo y Olavarrieta, general de la Armada de Su Católica Majestad y jefe de la Escuadra del Mar del Sur.

Gravina hizo una reverencia exagerada adelantando el pie y quitándose el sombrero con un gran arco. Los demás hombres, con más o menos intensidad, replicamos su saludo.

Nunca, en toda mi vida, he gastado tiempo ni rezos en admirar a ningún hombre. Pero ante mí, a escasos palmos, estaba don Blas de Lezo: el azote de los corsarios ingleses, el temor de los holandeses, el titán de los mares, atlante de la defensa de las Españas desde el otro lado del mundo y con toda seguridad el mejor marino español desde Bazán. Quienes tenían el honor y el valor de servir bajo su mando lo motejaban como «el almirante Patapalo» o «el capitán Mediohombre», cosa esta última que toleraba con estoicismo, puesto que la valía de sus gestas en combate, su valor y su entrega en la lucha se podían medir por el tamaño de sus cicatrices… o por la falta de miembros: de arriba abajo su cuerpo era un rosario de zurcidos y amputaciones; cuando aún era guardiamarina su pierna izquierda había sido alcanzada por la bala de un cañón y amputada a dolor vivo más tarde por un cirujano en pleno combate. Sustituía al miembro truncado una prótesis de madera decorada con un fino ajedrezado de ébano y marfil de cachalote y terminada en una punta de bronce que repiqueteaba al chocar con el suelo. Años más tarde, la metralla ardiente de otro cañonazo se le clavó como agujas en la cara, provocándole el estallido del glóbulo ocular izquierdo. Del bolsillo de la goda le asomaba un fino pañuelo de seda con el que ocasionalmente se enjugaba las pequeñas gotas que aún le supuraban de la oquedad. Por si todo ello no bastara, en 1714, durante el asedio a Barcelona, una bala de mosquete le inutilizó uno de sus brazos, dejándolo hecho un eccehomo. Sí, bajo aquellas ropas de fino paño azul, botones de oro,

medias blancas y chorreras de plata estaba el hombre.

—Es un honor conocer a vuecencia —dijo Gravina, desengarzando su sable y presentándoselo al almirante.

—Ahórrese las formas, teniente, se han retrasado varios meses; que el tiempo del Atlántico es malo lo sabemos todos los hombres de mar, pero este retraso no halla justificación. ¿Dónde está mi gran amigo el capitán Robledo Ducado? Tengo ganas de estrechar su mano…

—Excelencia…

—¿No me dirá que ese mal nacido ha delegado verme?

—No, excelencia, yo soy Juan Gravina y Monforte, segundo oficial del Audaz comandado por mi capitán Velasco Carrión, que en paz descanse. Temo que el amigo de vuecencia, el capitán Robledo, al igual que mi capitán… —Gravina resoplaba, le costaba encontrar las palabras—. El capitán Robledo Ducado… ha muerto.

Don Blas se quedó mirando a Gravina, conmocionado por la noticia.

—Pero… ¿qué demonios está diciendo? ¿Qué burla es esta? Vienen con retraso y osan…

—Excelencia, las naves que tenían que venir fueron apresadas —puntualicé intentando ayudar a Gravina.

Lezo se quedó en silencio, mirando al teniente.

—¿Qué dice este hombre? ¿Es eso cierto?

—Los informes de nuestros espías indicaron movimientos de tropas para hacerse con la valija. A raíz de ello nuestro Rey ordenó que se dispusiera una cuarta nave para reforzar el regreso de la escuadra encargada de llevar a España su valija. Nuestras órdenes eran llegar al puerto de Cartagena y acompañarlas en el regreso a España o bien intentar unirnos a ellas en su regreso para hacer labor de escolta. Al mando de la nave Audaz estaba mi capitán Velasco Carrión y Gárate.

—¿Entonces no pertenecen ustedes a la expedición comandada por Robledo Ducado?

—Me temo, excelencia, que todos los hombres de dicha expedición están muertos.

—¿Y las naves?

—Tenemos constancia de que dos, el Blanco y el Venablo han sido capturadas por el corso Kniven. La tercera, el Feroz, fue dejada a la deriva, maltrecha, para servir de brulote contra las naves que se la encontrasen. Por suerte o desgracia quiso Dios que fuéramos nosotros quienes la encontramos. En el combate murió mi capitán y la mitad de la tripulación… —Miró al suelo—. Yo le dije que era una locura, pero no… —Don Blas, abriendo suavemente su mano enfundada en algodón níveo le ordenó callar, inspiró hondo y asintió con la cabeza levemente.

—Ese maldito loco de Carrión… el mar le ha dado la calma que no encontró en vida… —dijo solemne.

—Tximinoa arbolan gorago, haren ipurdia ageriago.

La frase de Cucha resonó en cada piedra de la estancia. Me giré boquiabierto, tratando de comprender la causa de su insolencia, pues únicamente mentaba en vascuence cuando la situación lo superaba y muchas veces era el proemio de una pendencia. A pesar del idioma empleado, todos los presentes comprendimos que no le había dicho nada simpático a don Blas.

—¿Disculpe? —dijo este.

Los allí presentes tragamos saliva, apretamos el culo y contuvimos el aliento. Poco nos faltó para persignarnos.

—Que cuanto más sube el mono al árbol, más se le ve el culo; vamos, que cuanto más habla un tonto, más tonto parece.

Se me revolvieron las tripas; a mi espalda un hombre empezó a musitar «nos ahorcan, nos ahorcan…», una y otra vez; otro blasfemó espantosamente. Gravina pasó de estar pálido como una cáscara de huevo a rojo como un tizón y se abrió paso entre nosotros,

apartándonos a golpes, hasta llegar a mi atolondrado amigo.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué insubordinación es esta? —Blandió su sable, dispuesto a degollarlo. Cucha ni pestañeó.

—¿Algún problema, teniente Gravina? —Se interesó Lezo pasando como un espíritu errante entre nosotros hasta llegar al lado del interpelado—. ¿Tiene problemas para mantener la disciplina?

—Excelencia, esta boñiga humana es de los que no conoce el respeto y solo atienden a castigos, pero tenga por seguro que este hijo de sellenca no volverá a usar la lengua, pues en cuanto lleguemos al Audaz se la haré cortar o se la cortaré yo mismo. Le doy mi palabra.

—Zurzango, oso itsusia zara… Patapalo, eres muy feo… —Cucha enseñó los dientes a escasos dedos de la cara de Lezo.

—¡Esto es demasiado, lo ajusticiaré yo aquí mismo! —gritó Gravina enganchando por la pechera a Cucha y alzando el sable, pero Lezo estiró el brazo y lo detuvo.

—No se preocupe, teniente Gravina, yo sé cómo tratar a los indisciplinados —dijo acercándose a la cara de Cucha hasta casi tocarse—. Veo que no me libro de tu horrible cara ni al otro lado del mundo. ¿Ya le has perdido el miedo al agua, harroputz puta semea?

—¿Y tú cuando piensas dejar de perder miembros? ¿Quizás cuando seas una cabeza pegada a un tocón de árbol? —Cucha se aclaró la garganta y escupió un salivazo de media onza que fue a parar en el zapato de Lezo. Este le mantuvo la mirada sin decir palabra.

La estancia se quedó en silencio. Los allí presentes nos miramos unos a otros, atónitos, sin entender nada, sin comprender esa desvergüenza mientras tratábamos de levantar las quijadas que se nos habían caído al suelo.

—Eras un txotxolo de niño y ahora eres un bergante… ¿Qué tal estás, amigo mío? —preguntó Lezo abrazando a Cucha.

—Mejor que tú, que aún conservo mis extremidades. —Sonrió Cucha apretando el abrazo.

Lezo se dio la vuelta y dio órdenes al despensero.

—Sirvan los mejores cabritos que tengamos y traigan las jarras que hagan falta de ese vino francés tan bueno que nos acaba de llegar. Teniente Gravina, bien digo y Dios sabe que no miento, que acaba de alegrarse mi peor estancia en estas tierras; espero que mi exasperante amigo Aritza no le haya dado muchos quebraderos de cabeza.

Como vuestras mercedes habrán comprendido, resulta que mi filatero, abotagado y cínico amigo Cucha era amigo desde la infancia de don Blas, quien nos agasajó con lo que él llamaba «refrigerio» pero que a los que habíamos estado embarcados nos pareció el néctar y la ambrosía de los dioses griegos.

—Ya estaba dispuesto a empalar a su amigo, don Blas —dijo Gravina seccionando con cuidado un trozo del exquisito cabrito que estábamos comiendo.

—¡Pero si es un pobre buenazo! Qué recuerdos… Seguro que a tus amigos no les habrás contado ni «la misa la media», bastardo.

—¡Cállate, mudo! No necesitan que les llenes la cabeza con tus embustes.

—¿Embustes? No saben ustedes con quién navegan. Recuerdo cuando tendríamos unos siete años: a las afueras del pueblo, en una cabaña cercana al bosque, vivía una vieja malhumorada que cada vez que nos veía nos trataba de partir la garrota en la cabeza.

—A mí me pillo una vez… —afirmó Cucha señalándose una cicatriz de la calva.

—¿Cómo se llamaba…? —Don Blas afinó los ojos, queriendo recordar—. Bueno, su nombre da igual.

—El golpe que te dio a ti fue tan fuerte que te ablandó la memoria. —Rio Cucha con la boca llena de carne.

—El caso es que la vieja debía de estar endemoniada, nadie la soportaba y todo el mundo, hasta el cura, se apartaba de ella. Estaba sola y solo tenía un perro, tan viejo como ella, o más, que le hacía compañía y al que tenía siempre atado fuera de la cabaña. Total, que

un día, creo que fue después de que te abriera la cabeza, cogimos un caldero de brea y junto con otros mozos nos acercamos en mitad de la noche a por su perro, tiramos de la cuerda y Cucha lo embadurnó de negro. El perro se revolvió y mordió en el culo a nuestro amigo; lo peor fue que con el jaleo y las risas una de las antorchas que llevábamos se cayó sobre el perro, prendiendo la pez. — Reía a carcajadas—. A este batracio no se le ocurrió otra cosa que ponerse a correr mientras el perro en llamas lo perseguía tratando de volverle a hincar el diente y Cucha gritaba: «no me muerdas el culo, no me muerdas el culo».

—¿Serás cabrón? Pues sabed, compañeros míos, que aquí el señorito Lezo era un boquirroto redomado. Una vez estábamos robando manzanas al tío Zañartu, que tenía un genio peor que el de la vieja, cuando nos descubrió y salimos corriendo. Pero aquí su excelencia ilustrísima tropezó, cayó, y antes de que el tío Zañartu lo cogiera para darle una buena tunda gritó: «¡Arizta, Perutxo, Gabino, esperadme!», con lo que el maldito viejo supo quiénes éramos y al día siguiente fue a nuestras casas a decírselo a nuestros padres. Las bofetadas que me dieron aún retumban en mi cabeza.

—¿Cuándo has tenido tú cabeza, Cucha?

—Pasamos muy buenos ratos —contestó melancólico.

—Sí, pasamos muy buenos momentos. Imagino que terminaste embarcándote después de tus desventuras en los Tercios y como guardés del tabaco. —Cucha alzó una ceja—. Amigo mío, no te he perdido la pista.

—Digamos que mi amigo Rosanegra me quitó el miedo a la mar con el olor del oro.

—Y no eliges otro barco para embarcarte que el Audaz… —asintió solemne—. Quiero saber los detalles.

Los hombres nos quedamos en silencio esperando que Gravina tomase la palabra, pero mientras este pensaba cómo abordar la respuesta fue Cucha quien respondió.

—Ha sido un maldito infierno… Y aún no sé qué se espera de nosotros y a qué hemos venido, aparte de para probar el ron y estos

cabritos.

—Supongo que ninguno de ustedes está al tanto del objetivo de la expedición, ¿verdad? De ser así —señaló a Gravina con el cuchillo—, el trabajo se ha hecho de manera levemente aceptable.

—Saben… sabemos lo que se necesita saber, excelencia; se hizo necesario.

—Me parece sensato, cuénteme usted qué pasó.

—El Feroz fue diezmado y dejado a la deriva para servir de brulote. Durante nuestro abordaje la nave echó a arder y corrimos riesgo de que las llamas pasasen al Audaz, pero por suerte contuvimos el fuego y la hundimos siguiendo las indicaciones del capitán Carrión, que en paz descanse. En la refriega perdimos a casi toda la oficialidad, la mitad de los tripulantes y al capitán. Ahora soy yo quien tiene el mando de la nave.

—¿Está seguro de que fue Kniven quien capturó las otras naves, está seguro de que se trata de ese maldito corso?

—Sí, excelencia, detrás esta Kniven. Pudimos interrogar a uno de los corsarios del Feroz, un pobre desgraciado. Por lo visto consiguieron hacerse con las otras dos naves.

—Kniven… el de Rande… —suspiró Lezo perdiendo la mirada—. Filibustero hijo de mil padres… Me he pasado años embarcado defendiendo estas costas de corsarios, bucaneros, piratas y filibusteros, dándole esparto a sus cuellos y apresando sus cascarones… pero ese maldito Kniven siempre se me ha escapado; no por sus dotes marinas, pues son menguadas, sino por la extraña confabulación que parece tener con los elementos. — Suspiró—. Una vez, estando cerca de apresarlo, una formidable tormenta se formó de repente y se interpuso entre nuestras flotas, obligándonos a desistir en su persecución; soy marino y español, no un suicida que lleva a sus hombres a la muerte.

—Ese hideputa habrá vendido su alma al diablo — apuntó Cucha con la boca llena.

—No solo eso —siguió Blas—, la pericia marinera que le falta la compensa con creces con sobrado desprecio al peligro y con inhumana

locura en combate. Así que ahora tenemos a unos corsarios enloquecidos navegando con lo mejor de la Armada, ¿es así, teniente Gravina?

—Tal parece, excelencia. —Bajó la vista apesa-

dumbrado.

—Hijo de puta —bramó clavando el cuchillo en la mesa y haciendo palanca hasta hacer saltar una astilla—. Es muy sospechoso todo esto. —Gravina frunció el ceño sin comprender—. El que hayan encontrado la escuadra se me escapa totalmente. Kniven es una puta alimaña sin escrúpulos, pero no es idiota; alguien le tuvo que avisar de cuándo la escuadra partía y de la derrota que seguiría, puesto que no es una de las habituales; puede, incluso, que alguien a su servicio estuviera a bordo. ¿Han sopesado la posibilidad de que tengan agentes enemigos a bordo del Audaz, teniente Gravina?

—Lo pongo en duda, excelencia. El apuntamiento lo hicimos bajo las premisas e indicaciones del capitán Carrión. Los hombres son… Los que quedamos somos —matizó— de total confianza.

Lezo tamborileó en la mesa con los dedos, pensativo; notó que una lágrima de sangre supuraba por el ojo perdido y le acariciaba la mejilla, tomó su pañuelo de seda y se la enjugó sin darle más importancia, ya que preocupaciones de mayor calado ocupaban su mente.

—Está bien, no podemos perder más tiempo —dijo tras un rato reflexionando en silencio—. La valija tiene que llegar ya a la Península. No podemos demorarnos más u otras naciones pueden reclamar derechos, y yo no puedo delegar más tiempo mis obligaciones en el Pacífico. Nadie sabe que he abandonado mi puesto para atender este encargo. Tendrán que hacerlo ustedes solos.

—¿Por qué? Si es tan importante la valija, ¿no nos facilita una escolta de línea? —pregunté.

—Su nombre era… ¿Rosanegra? —dijo haciendo memoria, yo asentí—. Señor Rosanegra, si entrase ahora mismo una pequeña flotilla por la bahía —Dibujaba con la punta de su cuchillo un mapa invisible en la madera—; sería completamente incapaz de defender la

plaza; las naves aquí fondeadas están podridas y desarmadas, llevamos años esperando fondos para su reparación.

—¿Y por qué no esperamos? —preguntó Cucha.

—Los ingleses se están adentrando en el norte, Aritza, están enviando expediciones y tropas; no podemos permitirnos el más mínimo retraso o se nos adelantarán y el contenido de la valija solo será humo. Es necesario convencer a Su Majestad de enviar hombres, barcos y armas.

—¿Puede facilitarnos más tripulantes? —se aventuró Gravina.

—¡Ja! Estamos en precario, teniente. ¿Han visto al sargento de la entrada? La guarnición está nerviosa, saben que en el estado en el que nos encontramos seríamos presa fácil. Por suerte los ingleses no tienen ni idea de nuestra situación.

En ese momento tres mujeres mulatas entraron a recoger los platos. Cucha, al ver a una de ellas, se quedó boquiabierto y el gesto de mi amigo no pasó desapercibido a Lezo. Cucha me dio un par de manotazos en mi muslo.

—¿Ves a esa? —me susurró a la oreja—, la de la gargantilla con la perla…

—Sí.

—Es la que salvé en la casa —se infló orgulloso, ahuecándose el jubón— y me juego mis doses a que es más guapa que tu María Feilding.

—Señores, por favor… —dijo Lezo llamando nuestra atención—. Tenemos graves asuntos que tratar, háganme el favor de seguirme. — Un sirviente le alzó la silla y se puso en pie para adentrarse en el corazón de la fortaleza.

Tras un rato caminando tras él, a una distancia respetuosa con sus dificultades para andar, descendiendo cada vez más a las entrañas profundas de la fortaleza por túneles iluminados con antorchas, y tras superar tres verjas defendidas por hombres armados, llegamos a una compuerta de hierro que parecía encastrada entre sillares de granito.

Lezo se detuvo y se dirigió a nosotros.

—Señores, lo que van a ver ahora no les sorprenderá por su brillo ni por su tamaño, pero contiene el futuro de España.

Golpeó con el puño varias veces la puerta y una pequeña trampilla se abrió dejando ver un enrejado. Al otro lado, un hombre de piel curtida, mirada áspera y bigotes ralos se dejó ver parcialmente.

—¿Quién va? —preguntó tras observarnos.

—Blas de Lezo, el teniente Gravina y varios guardias de corps.

—Un momento, que lo apunto en el diario de entradas… Excelencia, ¿entran bajo su responsabilidad y con total libertad?

—Así es, cabo. No me encuentro bajo ninguna coacción y vienen conmigo bajo mi exclusiva responsabilidad.

—Está bien, excelencia, procedamos.

Lezo se acercó a la cerradura que había en un extremo y, tomando una llave que llevaba anudada por una cadeneta al jubón, la introdujo abriendo un cerrojo. Por dentro y en el otro extremo de la puerta, el cabo hizo lo mismo. Acto seguido los hombres del interior tiraron de la puerta con esfuerzo para abrirla.

Lo primero que vimos de la sala que había al otro lado fue la boca de un cañón de treinta y seis libras; distribuidos por el recinto había diez hombres con las manos preparadas en los gatillos de pistolas y mosquetes. Más allá, cuatro hombres estaban prestos a coger cualquiera de las varias antorchas que tenían ante ellos. En el centro de la estancia, bajo una pequeña cúpula, sobre una gran pila de madera y brea, unas trébedes sostenían un pequeño cofre de madera.

—Una protección asombrosa —aprecié en voz alta, fascinado por las medidas de seguridad.

—No es para menos. Ustedes, ¡bajen el cofre!

Los hombres de las antorchas, tomando unas escaleras, bajaron el cofre de tan elaborado pedestal para posarlo a los pies de don Blas,

quien lo acarició con cierta ternura, como si aquel cofre fuera hijo suyo.

—Es el fruto de años de trabajo y de muchas vidas perdidas. En este insignificante espacio hay más poder del que ningún hombre ha soñado jamás: ni Julio César, ni Gengis Kan, Alejandro Magno o «Salomón en todo su esplendor», como dice la Escritura, imaginaron algo así, y vive Dios que todos los días pienso que ningún rey tiene potestad suficiente, ni aun otorgada por el Altísimo, para aprehender todo el poder que aquí se encierra, porque incluso a mí me asombra el contenido.

Abrió el cofre, que no tenía cerradura, y tomó un pequeño libro.

—Hace apenas tres años, nada más ser destinado por nuestro Rey a luchar contra el contrabando de esta parte del mundo, di con una escuadra corsaria holandesa formada por cinco barcos y pese a que nosotros solo teníamos dos, los ofendimos confiando en nuestra pericia marinera… y el combate resultó un éxito. Abordamos una de las naves cuando el resto ya se había dado a la fuga. Por algunos documentos y gracias a lo poco que sé de la endiablada lengua neerlandesa, supimos que era la escuadra de Kniven. Entre el botín encontramos este libro. No imaginábamos que fuera nada importante, no tenía mapas, ni antiguos portularios, solo números persas, pensé que quizás era algún libro de cuentas de algún barco moro atacado por estos salvajes y decidí quedármelo como recuerdo de aquella mi primera incursión en estas aguas. Durante años estuvo en una estantería de mi casa en Lima hasta que un día un joven alférez que venía a traerme un despacho reparó en él. Comenzó a hojearlo con interés, pues algo había estudiado de la cultura persa y fue él quien vio lo que hasta entonces no habíamos sabido ver: aquellos números, aquellas cifras que parecían escritas al azar… ¡eran cartas cifradas de navegación! —Abrió el libro—. Durante semanas, día y noche, logramos descifrar el código. Todo parte de aquí, de esta intrincada fórmula matemática que de tanto estudio se ha grabado a fuego en mi mente y que ni en sueños logro olvidar.

—Amigo Blas, llevo años pateando los caminos y viendo mapas, pero aquí sólo hay letras, y ni siquiera son cristianas.

—Mi estimado carirredondo, que tus ojos no te engañen, pues un

mapa solo es la representación artística de las matemáticas.

—No entiendo nada —se exasperó Cucha.

—Mira estos símbolos: «Másjid al-Haram», significa «la Mezquita Sagrada»; esto de aquí quiere decir «Monte Arafat» —señaló otras palabras— y la Mezquita del Profeta. —Terminó de indicar—. Los tres sitios por separado no significan nada, salvo ser lugares sagrados para los infieles, pero el demonio sarraceno del cartógrafo que redactó estos números era un genio matemático y un estudioso de los astros. Si vives en tu época y tras tantos golpes que has llevado aún te queda algo de cerebro, sabrás que la tierra es redonda; pues bien: sabiendo las distancias que separan los vértices de un triángulo se pueden calcular todas las distancias, latitudes y longitudes del orbe con una precisión sin igual. Nuestros cartógrafos lo llaman «trilateración». Gracias a este código podemos saber qué se encuentra en cada parte del globo.

—¿Y qué se encuentra? —acerté a preguntar.

—Algo mucho más importante que el oro y la plata, señor Rosanegra; algo por lo que los reyes de las naciones sacrificarían las vidas de sus pueblos o de sus propios hijos si fuere preciso: un nuevo imperio, tan vasto que ensombrece los territorios de todas las Españas. Cada página de este libro representa un lugar en el orbe con una cifra, utilizando la tabla de correspondencias del índice podemos dirigirnos allá donde estén las riquezas.

—¿Riquezas? —Dio un respingo Cucha, con el brillo del oro en sus ojos.

—Todas las riquezas del mundo, mi querido Aritza, todas. Desde los fríos bosques del norte de América hasta el cabo de Hornos; desde los desiertos africanos a los de la Mongolia interior; pasos a través del hielo por donde ningún inglés apostaría ser atacado; lagos dentro de continentes, tan grandes que parecen mares; valles tan profundos y rojos que pareciera han sido pintados con sangre o salares infinitos donde el cielo y la tierra se tocan; yacimientos de oro, de plata, de diamantes y todas las demás gemas; acuíferos, pasos en la selva que llevan a extensos bosques de caoba, ríos navegables, penínsulas, islas, lagos y montañas… incluso los malditos animales que deambulan por

las interminables planicies del norte, entre gentes con plumas en el pelo que corren descalzos… quien juegue con estas cartas dominará el mundo.

—Oyéndote hablar tal pareciera que ya has estado allí… A mí me parecen cuentos como el de la Basandere y su peine de oro.

—No dicen eso los hombres a los que envié a explorar uno de esos puntos y regresaron con sillares de oro. —Nos quedamos pensativos, en silencio, anonadados—. Esta información no puede caer en manos de nadie.

De un tirón arrancó la primera página del código para acercarla a la llama de una antorcha. La vitela ardió como si estuviera empapada en resina.

—¿Qué haces? —dijo alarmado Cucha.

—Ahora en este libro solo hay cifras sin sentido y descripciones de lugares. El código para descifrarlo está solo en mi cabeza, ninguna de las dos cosas vale nada por separado y no puedo permitirme correr el riesgo de que ambas cosas caigan en manos de corsarios. Tomen el libro y llévenlo a España; cuando yo regrese, dentro de unos meses, le diré al Rey en persona la cifra para localizar los lugares del libro. No puede caer en manos de Kniven, pues está tan al corriente como yo, y ahora como ustedes, de lo que contiene; ignoro si guarda copia de la cifra, pero no quiero darle esa oportunidad. Si son atacados y este libro corre peligro de caer en manos enemigas, destrúyanlo. Es una orden. ¿Entendido?

—Entendido —dijimos todos a una y es que don Blas de Lezo tenía algo que arrebataba el espíritu a los hombres; sus palabras, su energía, trascendían hasta el alma, inculcándoles valor a sus soldados y temor a sus enemigos.

Gravina ordenó a dos hombres que trasportaran el cofre y dispuso la escolta del mismo. Se despidió ceremoniosamente de Lezo y nos ordenó salir.

—Salgan, teniente, quiero hablar un momento con mi amigo Aritza y el señor Rosanegra; espérenles en la puerta principal, donde está el resto de sus hombres.

—A las órdenes de vuecencia. —Obedeció y salió a buen paso.

Lezo esperó a que se cerrara la puerta.

—¿Dónde vas a dar con tus huesos, amigo mío?

—¿Dónde coño voy a terminar? Tenemos que llevar tu puta valija a España… Supongo que cuando esto acabe volveré a la misma vida que allí tenía.

—Pensé o, mejor dicho, tenía la esperanza de que volverías aquí.

—Aquí no tengo nada, Blas —contestó decaído.

—He visto cómo mirabas a esa muchacha de ojos negros y piel caoba y he visto cómo ella te miraba a ti; es buena muchacha, sirve en este castillo y en varias casas más. ¿Por qué no la cortejas y te quedas cuidando mis tierras en esta provincia? Hace poco compré unas haciendas donde cultivo tabaco para la Península. Tú conoces muy bien el tabaco; tantos años sirviendo a las reales huestes del rapé y el humo habrán hecho que en esa cabeza de piedra que Dios te dio se te quedase grabado algo útil.

—Lenguado desalado… lo sé todo del tabaco —dijo Cucha henchido—. Ya conozco las plantaciones de la zona. Algo secas y hambrientas, necesitarás un abono mejor que hiciera más fértil esta tierra.

—No se te escapa una —sonrió—, yo necesito un capataz que gestione las explotaciones, alguien de mi confianza, alguien como tú —dijo posando su mano en el hombro de mi amigo.

—¿Me estas pidiendo que trabaje para ti?

—Te estoy ofreciendo que sientes la cabeza.

Cucha bufó irónico.

—Tengo muy bien la cabeza donde está. De todas formas, si decido sentar cabeza serás el primero en saberlo.

—Como gustes, Aritza… —dijo extendiendo su mano—. Estas horas que hemos pasado juntos me han devuelto años de vida. Para

cualquier cosa que necesites no dudes en acudir a mí.

—No me vengas con galanterías de ninfos, anda — dijo haciéndose el remolón, tomando la mano de don Blas.

—Señor Rosanegra, tiene la suerte de tener un gran amigo, disfrute de su compañía.

—Si lo quiere puede quedárselo, excelencia.

—Cucha… ¿puedo hablar con tu amigo un instante?

—Por mí como si lo troceas.

Lezo me tomó del brazo llevándome a un aparte.

—Señor Rosanegra, durante la cena nuestro común amigo deslizó un nombre y un apellido y mis orejas lo captaron… ¿Qué relación tiene con la señora María Feilding?

—Ninguna, excelencia.

Me miró fijamente.

—No vivo en la Corte pero algunas noticias me llegan, del mismo modo que fui informado de quiénes embarcarían y por qué.

—En España tuve cierto encuentro con esa señora, algo desgraciado, y también con su sicario personal, un tal Gargantúa, un asesino luctuoso de voz cavernosa y desprovisto de alma, al cual di muerte.

Lezo asintió en silencio.

—¿Me permite que le cuente una historia?

—Por supuesto, excelencia.

—Durante el sitio de Barcelona mis hombres capturaron a un espía que trataba de huir hacia Nápoles, un hombre que se decía que era vil como el diablo y que despertaba temor en sus enemigos. Ante tal hoja de servicios deseé interrogarlo en persona, pero cuando llegué a la mazmorra donde lo teníamos confinado lo hallé muerto a mis

pies. El olor de la muerte se mezclaba con otro más ácido y el cadáver estaba sobre un charco repugnante. Mandé abrir la celda y que dieran vuelta al cadáver. Donde debería estar la barriga solo había un boquete nauseabundo. Extrañado mandé llamar a un cirujano y este, tras examinar el cadáver, concluyó que había bebido algún tipo de agua fuerte que le había matado entre terribles dolores, deshaciéndole incluso las muelas y abrasándole las entrañas. En el charco encontraron los restos de una misiva semiquemada por tan cáustica agua que había debido de ingerir junto al veneno; por lo que pudimos leer antes de que esta se deshiciera vimos la firma de Maria Feilding haciéndole un encargo, algo sobre «un pan». ¿Sabe usted algo?

—Nada, excelencia —dije sincero, mirándole a los ojos.

Lezo me tomó del hombro.

—Le creo. Sé cuándo los hombres mienten y cuándo dicen la verdad, pero hágame un favor… Aléjese de los fantasmas. —Lo miré sin comprender—. El nombre de aquel hombre, es el otro nombre que figuraba junto a Feilding en la carta.

—Gargantúa —musité.

—Si tomo por ciertas sus palabras, usted mató al mismo hombre que hace años yo vi echando humo por la boca, muerto, en el suelo de una prisión. Salvo que las primeras señales del apocalipsis estén sucediendo, Cristo esté bajando en un rayo de luz, los muertos estén saliendo de sus tumbas y yo no me haya enterado, le agradecería me diera alguna explicación.

Miré el abismo del ojo de Lezo, posé mi mano en el corazón para jurar o para buscarme el pulso, no lo recuerdo, y silabeé: «Ojalá pudiera dársela», pero por desgracia esta explicación llegó muchos años después, de la manera más trágica y dolorosa que ningún hombre pudiera soportar o tan siquiera imaginar.

—Está bien, que tengan buen viaje, pues, y recuerden: los españoles de bien siempre meamos apuntando hacia Inglaterra.

Reímos y amparados por la noche, mientras la figura insigne y erguida de Blas de Lezo era rodeada por las antorchas de los sirvientes, nos reunimos con nuestros compañeros y comenzamos a

desfilar con nuestra valiosa carga en dirección al Audaz. Al ver mi silueta proyectada por el fuego de las antorchas sobre aquellos muros de piedra rezumantes de sangre, sentí un pálpito; de alguna forma sabía que no sería la última vez que vería aquellos muros, el tahúr de la vida había cosido mi alma y la de mi amigo a los pendones de aquella fortaleza.

Pero no era momento de corazonadas, ahora tocaba regresar a la Península.

Capítulo X

Hijos del Trueno

Creo que fue el misionero jesuita Pedro Páez quien escribió que las hienas, esa especie de perro carroñero que habita África, son capaces de oler la sangre a leguas de distancia. Kniven debía de tener algo de hiena, pues al anochecer del sexto día desde nuestra salida de Cartagena de Indias, los corsarios dieron con nuestro barco.

—¡Pendones! —gritó el vigía desde el carajo—. ¡Por nuestra popa, asoman por la línea del horizonte! — Señalaba con el brazo.

La tripulación, alertada, corrió a la coronación de la popa y entre ellos estaba también el teniente Gravina. Extendió su catalejo y oteó el horizonte.

—¡Segundo piloto!, ¿qué velocidad llevamos?

El piloto tiró la cuerda para medir la velocidad por la borda.

—¡Diez nudos, mi teniente!

—¡Mierda! Están a barlovento y con ganas de cazarnos. A la velocidad que avanzan nos pescarán en dos días.

Gravina me pasó el catalejo; pude observar sus pendones en la lejanía, ondeando al viento; dos gigantescos trapos negros en los que había escrito algo en letras blancas. Le pregunté al teniente qué eran esas palabras y tras una carcajada me lo explicó.

—No son letras, Rosanegra, aunque desde esta distancia lo parezcan; es la bandera particular de Kniven: la parte superior de un esqueleto humano sujetando una espada en la mano izquierda y una pistola en la mano derecha. —Respiró fuertemente un par de veces—. ¡Zafarrancho de combate, todos a sus puestos, desplieguen todas las velas, tenemos que dejarlos atrás!

Nos lanzamos a los palos como si nos fuera la vida en ello y

soltamos todos los trapos: desde las cangrejas hasta la sobremesana; la vela mayor y el trinquete, y hasta las cebaderas. Y si hubiera servido de algo habríamos puesto nuestros pañuelos al viento. Medio día después aquellos salvajes, impacientes por cobrarse nuestros pellejos, empezaron a disparar cañonazos intimidatorios, que por fortuna quedaban muy lejos de alcanzarnos.

Los hombres mirábamos llenos de rabia el avance de aquellas naves, nuestras propias naves. Los disparos a cada hora sonaban más cerca. Alguna pelota de hierro pasaba silbando entre nuestros palos, estremeciéndonos el alma con su silbido, para terminar impactando en el agua por donde se anticipaba nuestro avance. Viendo inminente la batalla, corrimos a pertrecharnos de armas, pólvora y municiones. Varios hombres volvimos al coronamiento del castillo de popa. Allí nos parapetamos colocando morteros y cañones pedreros para apoyar el fuego de los cañones guardatimones en caso de que los corsarios se acercasen demasiado; cogimos también todos los coyes que pudimos y protegimos con ellos la estructura. Incluso Juan, que estaba relevado de todo servicio y que durante los días de asueto no había querido pisar tierra, subió para ayudar en caso de ser abordados; cargaba en sus brazos un gran atado de espadas, lanzas, mosquetes y la caja de madera donde el capitán Carrión guardaba su peculiarísima arma.

Cayó la noche y los elementos se pusieron de nuestra parte: una espesa bruma se fue alzando cerca de nuestro rumbo y Gravina decidió aprovecharla para meternos de lleno en ella y tratar de despistar a nuestros perseguidores. Dio orden de recoger las velas para evitar que la luz de la luna pegase en ellas y también mandó que todo el mundo que no tuviera función en cubierta bajase a la bodega y se mantuviera en silencio y a oscuras. Se apagaron los fogones, los faroles de popa y se dio orden de completa oscuridad. El barco quedó muerto, inmerso en un silencio de cartuja, roto precisamente por el siseo de algunos hombres que rezaban. Aquella noche se nos hizo eterna al puñado de fulanos que la pasamos de imaginaria, vigilando los cuatro costados del navío. Faltaba poco para que despuntase el alba cuando por la amura de babor vi el lejano relampaguear de los cañones.

—¡Todos al suelo! —grité antes de que una andanada de pelotas de plomo nos alcanzase, barriendo parte de la toldilla y causando graves daños en los jardines de popa. Los corsarios disparaban por

aproximación. No sabían exactamente dónde estábamos, pero sabían que estábamos y que estábamos cerca. Los toques de campana y el barullo de su cubierta se multiplicaban por efecto de la niebla, parecían venir de todas partes a la vez. Las balas de cañón pasaban cerca de nuestro lado rasgando el escaso velamen con el que dominábamos el barco, silbando con virulencia e impactando en el mar.

—¡Vuelvan todos a sus puestos! ¡Suelten trapo! —gritaba Gravina —. ¡¿Cómo nos han encontrado?!

—Mi teniente —dijo el primer piloto buscando resuello—, los faroles de popa están encendidos.

—Imposible.

—Alguien de este barco no está con nosotros —musité.

—Magadán —le ordenó al oficial—, hágase cargo del alcázar. Dé orden de que desplieguen todas las velas, no quiero que se nos escape ni la más mínima bocanada de aire; quiero que se ponga rumbo noreste, alejémonos lo máximo posible de ellos, tenemos que abrir espacio. Ferreiro —dijo al piloto—, usted no ha escuchado nada ni ha visto nada.

—A la orden, mi capitán —respondieron al unísono.

Había algo que no me encajaba, había sobrevivido a demasiadas celadas siendo guardés como para ignorar que el gato encerrado era un traidor pese a todas las precauciones con las que se había formado la expedición.

—Gravina, quiero hablar con usted en privado, por favor.

—Rosanegra, no es momen…

—Por favor.

—Vayamos al camarote del capitán.

Al llegar al camarote, mientras yo me aseguraba de que no había oídos cercanos y cerraba la puerta, Gravina se hizo con una botella de

ron y empezó a beberla a grandes tragos.

—¡Es imposible! —explotó, estrellando la botella contra la mesa —. ¡En este navío no cabe la traición! Al fondear en Cartagena di orden de que hubiera doble guardia día y noche. Quienquiera que sea esa rata embarcó con nosotros en la Península. ¡Es una locura! El comandante Carrión supervisó personalmente la matrícula, usted lo vio, estaba allí. —Me señalaba.

—Mi teniente, tengo un pálpito, una corazonada o como quiera que se llame; hay algo dentro de mí que parece susurrarme, pero no sé qué… ¿Dónde están las listas de matriculaciones?

Gravina anduvo hasta la pared y abrió la pequeña caja fuerte para, de su interior, sacar varios libros. Me ordenó que despejara la mesa y con el brazo aparté todo lo que había. Con un golpe seco dejó los libros encima de la mesa. Los abrí y empecé a leer los nombres.

—¿Qué está buscando?

—Aún no lo sé, pero sé que estoy cerca. ¿Los libros están renovados?

—Sí, tras el encuentro con la Feroz me encargué en persona de actualizarlos; si hay una cruz al lado de un nombre significa que está desaparecido o muerto y, desde luego, no está en esta nave. —Mientras Gravina hablaba yo seguía buscando en aquellos libros—. ¡Mierda, Rosanegra! ¿Qué cojones está buscando? ¿Qué espera encontrar en los libros: que ponga «traidor» al lado del nombre?

—No, pero… —Sus palabras me dieron un pálpito tan fuerte que casi me hicieron vomitar—. «Traidor» no, pero su… origen sí. —Señalé un nombre de la lista. Gravina se acercó y lo miró.

—Martín de Magadán y Vallina —leyó sin comprender nada.

—Natural de «Hoviedo». —Completé señalando con el dedo la palabra—. ¿Qué hombre medianamente instruido no sabe escribir correctamente el nombre de su villa natal?

—No puede ser… ¿Está diciendo que un espía mató a Magadán y lo suplantó? —Gravina negaba con la cabeza.

—Piénselo: en el momento de embarcar había en la nave más de mil hombres. Muchos no nos conocíamos ni nos habíamos visto antes y solo era necesaria una carta de recomendación para poder embarcar.

—Magadán, o como se llame, es un oficial; si lo ahorcamos y usted se ha equivocado de hombre yo estaré aún más falto de oficiales ante un combate inminente y, me temo, desigual.

—Si me equivoco… que Dios nos asista.

El culo de la botella que Gravina había roto contra la mesa comenzó a rodar por ella, cayendo al suelo y haciéndose añicos a nuestros pies.

—¡Dios mío, estamos virando!

—¡El alcázar: Magadán!

—¡Detengan al teniente Magadán! —gritaba alarmado Gravina mientras salíamos corriendo del camarote.

Seguía gritando «¡Detengan a Magadán!» sin parar hasta que llegamos al alcázar. Ya era demasiado tarde: varios hombres se empujaban entre sí para mantener la distancia con el teniente.

—¡Apártense de mí! —les gritaba a los hombres apuntándolos con su pistola mientras que con la mano izquierda empujaba el timón haciendo virar al Audaz. A sus pies el timonel yacía degollado en el suelo. Miré a la lejanía, viendo cómo los cañones enemigos se hacían más grandes por momentos.

—Magadán, tire la pistola y suelte el timón. Es una orden.

—¿Orden? Usted no es quién para darme órdenes — dijo con los ojos inyectados de locura.

—Le prometo que tendrá un juicio justo.

Magadán sonrió con siniestra enajenación para acto seguido hablar con voz ronca.

—Ik heb mijn plicht gedaan. —Miró a estribor—. Kameraads!

Giramos la cabeza también y pudimos ver perfectamente las cubiertas de las naves que habían sido nuestras, repletas de corsarios y dispuestas a abordarnos. Ante la inminente colisión, por instinto y por desesperación, nos lanzamos a tomar el timón sin importarnos lo que Magadán pudiera hacernos, pero este, cobarde como todos los traidores, al verse acorralado se introdujo la pistola en la boca y se reventó la cabeza de un tiro.

—¡Abran fuego graneado con todas las baterías de babor! —gritaba Gravina mientras entre los dos contraguiñábamos completamente el timón con todas nuestras fuerzas. La nave empezó a virar, pero ya era demasiado tarde: el Blanco estaba muy cerca y los costados de ambas naves chocaron, haciéndonos caer a todos al suelo.

—¡Disparen, disparen! —gritaba Gravina sin cesar.

Las naves estaban tan pegadas entre sí que las bocas de nuestros cañones arrancaban las portas del Blanco. La artillería de ambas naves empezó a rugir, acallando con su estruendo cualquier otro ruido. Bolas de todo calibre silbaban por cubierta arrasando con todo a su paso, ya fuera la campana de los toques o las cabezas de los marineros. Impactos directos en los palos y en las antenas; velas rasgándose por la fuerza del plomo; silbidos infernales que pasaban a apenas unos palmos de nuestras caras removiendo el aire con tenebrosa caricia; hombres acertados de lleno que esparcían sus cuerpos en trozos carbonizados y piltrafas; balas de metralla que aumentaban su poder mortífero al arrancar astillas y desmenuzando, entre unas y otras, todo lo que estuviera a varias brazas de distancia; balas disparadas por los tiradores del otro navío rebotaban en las maderas del suelo dejando agujeros fragmentados y humeantes. Una densa humareda se formó entre las dos naves haciendo imposible ver nada a más de un par de pasos. Tras el estruendo el viento trajo hacia nosotros el humo de los cañones y los residuos de las combustiones; el azufre de la pólvora se nos metía en los ojos, haciendo que quisiésemos arrancárnoslos; restos de arpillera ardiendo y ascuas caían sobre nosotros, produciéndonos profundas quemaduras. Los oídos me estallaban: un pitido incesante, monótono y nervioso retumbaba en el interior de mi cabeza. Abría los ojos tratando de ver, pero era imposible; estaba cegado y sin yo querer llorar, de mis ojos manaban torrentes de agua que me empapaban los bigotes. Al ruido que sentía en mi cabeza le acompañaba un extraño silencio a mi alrededor, un instante de paz en aquella agonía y de

nuevo un coro de lamentos, súplicas y el dolor de los hombres que deambulaban arriba y abajo, muertos o moribundos, enteros o troceados. Tropecé y caí de rodillas cerca del timón, alcé una mano para agarrarme y vi que tendido sobre él estaba Gravina.

—¡Teniente Gravina! —le grité mientras lo zarandeaba tratando de reanimarlo—.¡Teniente Gravina, joder, despierte de una puta vez! —Y con un espasmo, como si estuviera despertando de la peor pesadilla, volvió en sí con el gesto desencajado y los ojos fuera de las órbitas, la cara abrasada por pecas de pólvora y sangre en el cuello, en los labios y en los oídos.

—¡Hemos de huir! —musitó.

Hicimos fuerza entre los dos para girar el timón. Poco a poco dejábamos detrás de nosotros al Blanco y, una vez enderezado el rumbo, intentamos evaluar los daños que le habíamos causado; aparentemente, y salvo por la cubierta arrasada y llena de cadáveres, estaba en mejor estado que nosotros. Sólo aparentemente, pues por instantes su bauprés empezaba a ponerse perpendicular al agua y sus líneas de batería iban desapareciendo bajo esta; nuestros cañones habían alcanzado su línea de flotación. Nos alejábamos del peligro viendo cómo los supervivientes de la nave trepaban a las antenas tratando de demorar su destino y cómo la otra nave, el Venablo, la sobrepasaba por la popa sin detenerse o aminorar su marcha y recogiendo solo a aquellos hombres con suficientes redaños para nadar hasta su casco y engancharse alguno de los cabos que los tripulantes habían soltado. Aquellos que no conseguían sujetarse a las cuerdas se volvían poco a poco pequeñas figuras suplicantes y llorosas en mitad del mar.

Soltamos todo el trapo, abriendo distancia entre nosotros y nuestros cazadores. A nuestro favor estaba la torpeza de los corsarios, que tenían mucho de asesinos, pero nada de navegantes. La ineptitud con la que maniobraban nos permitió zafarnos de ellos con relativa facilidad. La falta de compasión con sus propios hombres nos dio a entender lo que nos esperaría si caíamos en sus manos, de una manera tan patente que la tripulación respondió azuzada por el miedo. Ya no había jerarquías o tratamientos, todos los hombres, coordinados por una misma voluntad, comenzamos a auxiliar a los heridos, taponar las vías de agua, zurcir las velas y reparar las maderas.

Tras nuestro primer encuentro con el Feroz parece que Sacramento le cogió el gusto a tratar con cadáveres —«Son de fiar» solía decir—. Cuando llegó el turno de tratar con el cadáver de Magadán, cogió uno de sus cuchillos y con parsimonia fue seccionando algunos de sus apéndices para hacerse un perturbador collar con la lengua y las orejas de nuestro particular Iscariote. Al preguntarle por qué había hecho eso me respondió:

—La lengua por descoserse con quien no debía y las orejas por enterarse de lo que no debía. —Hizo una pausa—. Solo sé contar hasta diez, pero hoy he tirado más de diez veces diez cuerpos enteros por la borda y no he contado piernas ni brazos.

—¡Mi teniente, tiene que venir a ver esto!

—¿Qué sucede? —preguntó Gravina tomando el catalejo que uno de los marinos le ofrecía.

—Han plegado velas y botado una barca.

—¿Quieren parlamento?

Gravina me pasó el catalejo y vi cómo en la lejanía un pequeño bote se dirigía hacia nosotros; en él, un hombre erguido con veinte remeros a sus espaldas, ondeaba una bandera blanca.

—Tenemos que huir —aconsejó Cucha.

—Aunque lográsemos escapar somos pocos para mantener la fuga, no tardarían en darnos caza pese a su ignorancia marinera —comentó Gravina abatido—. Lancen una barca, voy a ver qué es lo que quieren.

—Ya sabe lo que quieren, mi capitán —dije—; es mejor que vayamos prevenidos.

Botamos una barca y acompañamos a Gravina a la negociación. El enemigo se había situado a medio camino de ambas naves, fuera del alcance de los cañones.

—¡Es un mar precioso! —dijo despreocupado el hombre de unos cincuenta años que se mantenía en pie a la proa de su barca. Su

castellano era perfecto, salvo por la forma de pronunciar las erres. Tras él los barqueros se mantenían con los remos en alto, como muestra de no ir armados.

—Un agua demasiado caliente para mi gusto —le respondió Gravina.

Estábamos tan cerca que podíamos vernos perfectamente las caras. Era un hombre de constitución fuerte; se había empolvado el rostro para tenerlo inmaculadamente blanco —envanecimiento hasta en pleno combate, así de déspotas son las modas y débiles quienes se someten a ellas—; en la cabeza llevaba un tricornio de cuero tan sobredimensionado que parecía ridículo y una pluma de ave del paraíso igualmente exagerada y colorida. Vestía de impecable rojo, un rojo fuerte y vivo, como de sangre fresca; la casaca le llegaba hasta las rodillas, toda ella estaba adornada con los galones de los capitanes que había vencido. De las mangas le sobresalían las puñetas de una camisa de brillante seda blanca; calzaba bota alta de charol negro con hebilla de oro y ribetes bordados en plata, tan brillantes e impolutas que parecían tener luz propia. La única arma que se le veía era un pequeño estilete, de empuñadura en cordón de bronce y gavilanes rectos, que le pendía de la cintura. No cabía duda: estaba distinto, casi afeminado, mejor vestido y algo mayor, pero aquel hombre era el que estaba retratado en el cuadro de Carrión; estábamos cara a cara con el asesino de su hijo y el motivo de mi orfandad paterna. Como comprenderán vuestras mercedes, tuve que reprimir mis ganas de saltar al agua, nadar hacia él y rebanarle los hígados, pero tal temeridad habría sido una locura absolutamente inútil.

—¿Saben acaso con quién tienen el honor de hablar?

—Con Kniven, el carnicero de Rande —respondió Gravina con mal disimulado enojo.

Kniven rio primero divertido, después histriónico, como los locos; si a los hombres la sangre les es vida, lo que se la daba a él era la fama.

—¡Que soez! Compararme con un vulgar carnicero cuando mi nombre tendría que estar, y algún día estará, grabado en el mármol de la Historia. Veo que las insolencias de los españoles no se limitan a su

lenguaje. Su indigno comandante ha preferido enviar a un triste teniente para hacer su trabajo.

—No me busque las cosquillas. Sabe perfectamente que mi capitán Carrión murió asaltando la nave que usted dejó a su suerte; pero tranquilo, si no quiere hablar conmigo vendrá otro oficial con el que quizás sí tenga ganas de hablar.

Gravina hizo un gesto con la cabeza a Cucha, este se agachó y tomó un saco que tenía entre las piernas, del que sacó la cabeza de Magadán.

—Pero quizás le cueste conversar con él, no sé si porque le faltan la lengua y las orejas o porque el resto de su cuerpo esta varias millas atrás.

Kniven se llevó la mano a la frente para protegerse del sol, aguzó la vista y comenzó a reír con estridencia.

—Vaya, vaya, pero si es Vermeulen… ¡Qué grata sorpresa! No era tan diestro cómo se las hacía ver… ¡Con lo que me costó encontrar un hombre que no levantase sospechas! Seguro que como muerto hace mejor pantomima que como espía. Tendré que repartir entre sus hombres todo el oro que pedía.

—No creo que mi tripulación aceptase el dinero de un traidor muerto.

—Los hombres aceptan aquello a lo que se les acostumbre. Si se les acostumbra a la muerte, no conocerán otro oficio; si alguien les ofrece oro en abundancia, el oro será su única patria. Si usted desconoce eso es indigno de comandar hasta una barca de paso. Por lo que me comunicó en Cartagena esa cabeza que antes iba pegada a un cuerpo, se toparon con los tripulantes que dejé en un navío que había sido de ustedes… ¿Les dieron recuerdos? Jamás hubiera apostado un solo florín a que aguantarían vivos tanto tiempo, ¡tampoco me importa! Dejémonos de bobadas; entrégueme la valija y prometo darles una muerte rápida y digna… ¡Es mía, me pertenece! —Explotó rabioso; acto seguido sacó un pañuelo que llevaba doblado en el interior de la manga izquierda y se secó la frente con suaves toques.

—¡Que te den por culo, maricón! —gritó Cucha.

—Lo digo y lo reafirmo: un comandante que no sabe mantener a raya a sus hombres no merece tal rango — dijo con desprecio.

—¡Por amor de Dios, Gravina, no les dé el cofre! — grité mientras con los ojos le indicaba las armas que escondidas habíamos traído en la barca.

—Rosanegra, eso supondrá nuestra muerte —masculló.

—¡No hay muerte indigna sino vida infame!

—Los hombres jalearon mi grito repitiendo mi apellido: ¡Rosanegra, Rosanegra, Rosanegra…!

—¡Creo recordar que la última vez que escuché ese nombre fue hace mucho tiempo! —gritó Kniven.

—¡Nos persiguen los fantasmas! —grité a mi vez.

—Estamos con Rosanegra, mi capitán —dijo uno de los remeros, interrumpiendo el cruce de palabras.

—¿Qué han decidido? —apremió Kniven.

—¡Hemos decidido la muerte! —gritó Gravina.

Tomamos los mosquetes y las pistolas y abrimos fuego contra los corsarios, alcanzando en el pecho a varios e hiriendo en el brazo a su comandante.

—Vuren! —gritó este.

Sus hombres obedecieron y cogieron las armas que también tenían escondidas. Dos de los nuestros cayeron abatidos; los demás nos repartimos las tareas: la mitad remaba hacia el Audaz y la otra mitad disparaba.

—¡Vais a saber lo que es la agonía! —gritaba Kniven— ¡Me suplicaréis que os mate, putos españoles papistas!

Al llegar al Audaz Gravina ordenó que todos los hombres nos reuniéramos en cubierta para informar a la tripulación, aunque apenas su voz se dejaba oír entre los gritos de «¡Estamos muertos!» o «¡Es un

suicidio!». Cuando la tripulación se quedó ronca de tanto gritar fue cuando pudo tomar la palabra.

—¡Orden! ¡Ustedes no son ni damiselas ni niños de teta, son marinos de la Armada! Sabían a qué peligros se enfrentarían cuando…

—¡No quiero morir! —lloró uno, postrándose de rodillas ante Gravina.

—¡Asqueroso longares, tendría que hacerte matar aquí mismo! —Se conformó con apartarlo de una patada—. Todos vamos a morir, la diferencia será hacerlo con honor.

—Mi teniente, ¿tenemos posibilidades? —preguntó angustiado un grumete.

Gravina se masajeó los ojos e inspiró profundamente.

—Ninguna. Nos superan en número, no tenemos gente suficiente para maniobrar ni para operar todos los cañones…

—Mi teniente… —interrumpí— esta ruta es muy transitada. Cuando veníamos oteamos pendones en el horizonte y antes de que nos asaltaran vimos no menos de tres banderas mercantes ondeando.

—¿Dónde quiere llegar, Rosanegra?

—Podríamos lanzar un bote con hombres, víveres y la valija para que ellos escapasen. Sería cuestión de tiempo que alguna nave los encontrase.

—Pero eso no detendrá a Kniven.

—A Kniven lo detendremos nosotros.

—¿De verdad? ¿Puede asumir sus palabras?

—Lo juro por Dios.

Dudó y miró por la borda viendo cómo en la lejanía el corso daba trapo a las velas.

—Dígame qué necesita.

Como ya les he dicho a vuestras mercedes, Gravina era un excelente marino y sus cualidades militares no eran menores. Sabía que no estábamos en condiciones de practicar un abordaje con garantías de éxito, dado que apenas había tripulantes suficientes para el simple gobierno del Audaz. Como César en Farsalia, enfrentado a un enemigo muy superior, se portó como un verdadero soldado: reunió a los oficiales y empezó a dar órdenes. Le recomendé que la mejor forma de enfrentarnos a Kniven era trayéndolo a nuestro terreno, preparando una emboscada en el Audaz. Dispuso que el navío virase y atacase al Venablo por su costado de babor. Era muy consciente de que solo habría una oportunidad de disparo, así que ordenó que todos los cañones abrieran fuego por el mismo lado, por el de ataque.

Los pocos hombres que a bordo quedábamos, tanto los que estábamos en condiciones de luchar como los heridos que podían moverse, trabajamos con fuerzas redobladas en la defensa de la nave. Cortamos los bragueros y los palanquines que sujetaban los cañones al costado de estribor, y uno por uno, los fuimos emparejando con los del costado de babor; para evitar zozobrar subimos todos los toneles de agua y los atamos al costado desprovisto de cañones. Al no haber espacio suficiente, dispusimos los dos cañones en cada portilla formando una lambda mayúscula para facilitar el disparo de ambos, además se aumentó el tamaño de las oquedades a fin de que las balas salieran y no pegasen contra el interior de nuestros propios costados. Teníamos muy presente que solo podríamos hacer un disparo y sería a la desesperada, pues corríamos el riesgo de arder con el fuego de nuestras propias andanadas.

En el combés dispusimos parapetos con todo lo que pudiera ser utilizado como tal: cuerdas, coyes, barriles, tablas e incluso los cadáveres que aún no se habían arrojado por la borda y que servirían para un postrer auxilio a sus compañeros. Los hombres que no podían luchar por faltarles algún brazo o estar malheridos, pero que aún podían sujetar en sus manos su mosquete, fueron subidos a las bataholas y a las cofas —a algunos se les ataron los mosquetes a las manos— y se les prepararon parapetos para que solo tuvieran que apoyar el arma y buscar los blancos entre los esbirros de Kniven.

En la toldilla preparamos la última defensa; sería nuestro castillo, nuestra particular Masada, pues ya teníamos asumido matarnos unos a otros antes de caer en las manos de los corsarios. Colocamos los

cañones pedreros y las serpentinas atascados hasta la boca de todo aquello que pudiera matar al enemigo, desde clavos a herramientas. Del pañol de armería y de la santabárbara se sacaron todas las armas, cuchillos, machetes, espadas, sables, pistolas, granadas, frascos de azufre, pólvora y todo el plomo que pudimos cargar encima. Finalmente, Cucha y yo bajamos a preparamos para el combate vistiendo nuestras mejores galas.

—¡Qué ganas tenía de volverte a ver! —canturreó gozoso Cucha sacando de entre sus pertenencias su viejo peto de hierro.

Lo acarició como si fuese un niño y comprobó que la grasa con la que lo había untado lo había protegido de la herrumbre y parecía dar vida a aquellas impresionantes águilas bicéfalas grabadas en negro y oro.

—Su capa de seda, señor guardés —dijo con sorna pasándome mi coraza con el «renta tabak» grabado en letras negras en diagonal.

Uno a otro, como tantas veces habíamos hecho, nos ayudamos a colocarnos los hierros; el cuero de las cinchas estaba algo pasmado: un escupitajo y a ceñirlo fuerte al cuerpo; medias bien apretadas, que ningún hijo de puta tuviera redaños de agarrar de la tela; reviví el tacto de mis calcos en los pies, ya empezaba a echar de menos mis viejas cáscaras. Repasamos las armas; cambiamos los viejos pedernales por unos nuevos, pólvora rápida en el ánima, estopilla, una buena onza de plomo, algo más de estopilla y apretar con fuerza; limpiamos y comprobamos los mecanismos dándoles una gota de aceite a las piezas que eran susceptibles de atascarse; desmallador en la polaina, por si acaso; vizcaína preparada para salir como un rayo y Longina bien cepillada, siempre lista para el combate, la única espada que he conocido que nunca ha necesitado afilarse.

Me sacó del ensimismamiento la presencia de Juan. Apareció de repente, como un fantasma, cargando al hombro el extraño fusil sin pólvora de nuestro difunto capitán, mientras yo me estaba atando el bramante con el que sujetábamos varios frascos de fuego al peto.

—Carrión habría querido que usaras ese arma en este combate —le dije.

—Era su mayor anhelo; por las noches tomaba el arma y la

acariciaba murmurándole que con su ayuda algún día le daría muerte al hombre que mató a su hijo. Ese día ha llegado y serán mis manos quienes le den muerte —sentenció.

—Eso espero, sería de justicia.

Asintió con la cabeza y siguió con su camino, tan sigilosamente como había llegado.

—¡Señores marinos! —dijo Gravina entrando en la bodega—. Ya saben lo que tienen que hacer, así que cada uno a lo suyo y sin distracciones. Quiero movimientos rápidos y decididos, no quiero dudas ni gomarras. Está en juego algo más que nuestras vidas, está en juego el futuro de España. Sé que estas no son palabras que motiven a ningún hombre cuerdo a lanzarse en brazos de la muerte, pero piensen, piensen en sus familias, en los hijos que han dejado en las otras tierras, piensen en sus casas y ahora imagínense a sus hijos esclavizados por estos putos holandeses y a sus hijas, a sus hijas… —Tragó saliva, y cortó su discurso, en la bodega la desolación campaba a sus anchas. Los hombres oían pero sus mentes solo auspiciaban temor y muerte. Entonces buscó mi mirada y tomé la palabra.

—Como todos sabéis, no soy marino, soy hombre de gresca y emboscada. Cuando estéis en la batalla no les dejéis respirar. Haced que cada palmo de madera se convierta en un infierno. No dudéis en atacar a traición, que los gritos no agarroten vuestra furia. Si os quedáis sin balas atacad a cuchillo y si el filo se atasca prended fuego a vuestras granadas…—Alzaron la mirada—. Esta noche acamparemos en el valle sombrío de la muerte, pero antes empedraremos el camino con sus huesos ¡Somos Boanerges, somos los hijos del trueno!

Un grito unísono de ira inundó la bodega.

—Padre, absuélvanos —pidió Gravina dejando paso a uno de los sacerdotes, que protegía con el humeral el ostensorio que contenía la preciosísima Carne del Hijo de Dios mientras recitaba el fatídico salmo: «De profundis clamavi ad te, Domine…».

Nos postramos todos de rodillas ante el Cuerpo del Salvador sin que nadie nos lo mandase; no era momento ni de bromas ni de blasfemias y en cuanto oímos el «ex omnibus iniquitatibus eius» comenzamos todos a una: «Confiteor Deo omnipotenti, et vobis,

fratres…».

Bendiciéndonos con la custodia nos dio la absolución general, tal era el peligro y la inminencia de nuestra muerte.

—Ego vos absolvo in articulo mortis a peccatis vestris…

Fuimos saliendo a ocupar nuestros puestos y Gravina me tomó del brazo al pasar a su lado.

—Gracias.

Tomé su mano.

—Suerte, mi capitán.

En la cubierta, entre los hombres que aún mantenían los brazos enteros y algo de fuerza en la cabeza y en el corazón, empezó el sorteo de los veinte puestos en la barca que intentaría salvar la valija.

—¿Quién de ustedes va a ser el encargado de la custodia de la valija de Lezo defendiéndola con su vida? —preguntó Gravina en cuanto terminó.

Todos se quedaron en silencio y bajaron la cabeza, nadie quería ser el encargado de portar una valija que ya había sido tildada de maldita.

—¿Nadie? Hatajo de cobardes, no valen más que los cuentos de viejas de maldiciones y supercherías que tanto miedo les meten.

Se alzó una mano, una mano pequeña, la inocente mano de un niño.

—Debería darles vergüenza, un niño tiene más precordias que todos ustedes juntos.

Se acercó a Diego y le ató al cuello el bramante que sujetaba la llave del cofre en el que habíamos metido el libro de Lezo.

—¿Sabes cuánta responsabilidad llevas al cuello, verdad?

Diego, en silencio, asintió con la cabeza varias veces, tomó la

llave que ahora le colgaba del cuello y la miró con inocencia sin comprender, o eso creo, cómo tan poco hierro era tan importante.

Lanzamos el bote al agua y con él las esperanzas del Reino; las nuestras eran vivir el mayor tiempo posible.

Busqué entre la gente a Cucha y vi que estaba en el castillo de proa apoyado en el combés viendo cómo el enemigo poco a poco se hacía otra vez grande a nuestros ojos.

—Sopla buen viento, mi querido amigo —dije dándole una palmada en la espalda. Los hierros que la protegían tintinearon.

—Ya ves. —Suspiró tranquilo, sabiendo que lo que tuviera que suceder sucedería y que nosotros no podríamos hacer nada por evitarlo—. Estaba pensando que nunca me gustó el agua, nunca quise embarcarme y aquí estoy contigo, a punto de morir matando en medio del mar.

Se hizo un silencio demasiado pesado y me fijé en que Cucha mascaba con ahínco algo verduzco.

—¿Qué estás rumiando?

—¿Qué? —me respondió con la mirada tan desencajada que yo no sabía si me miraba a mí, al barco de Kniven o al mar.

—Que qué masticas, borrico mío.

—¿Esto? —Se señaló la boca, dejando ver el bolo verde que con tanta fruición parecía disfrutar—. No sé lo que es. Blas me mandó un saquito por un criado antes de que zarpásemos. —Maniobró con esfuerzo bajo la cofradía y sacó un pellejo desanudado, casi vacío, del que tomó un puñado de hojas del tamaño de almejas, curvadas como lágrimas, intensamente verdes, pese a estar secas, y muy olorosas—. Decía el criado que los indios comen mucho estas hojas para aliviar el cansancio, el hambre y para joder durante más tiempo, que es una hierba… Kuka, creo que la llamó —dudó—, que es sagrada y que cuando quisiera espabilarme me metiera una hoja en la boca… Ya llevo cuatro puñados.

Rio tontamente, feliz por su exceso.

—¿Y te has despabilado?

—No lo sé —habló con dificultad, como si tuviera la mandíbula atada, estaba inquieto y eufórico—, ¡pero ahora mismo sería capaz de despellejar vivos a todos esos bastardos!

Dos cañonazos provenientes de los cañones cazadores de los corsarios interrumpieron la elegía de mi amigo, pasaron silbando a nuestro lado e impactaron cerca de nuestro casco, salpicándonos de agua. La silueta del Venablo se hacía rápidamente más grande.

—¡Ya estamos a tiro de cañón, todos a sus puestos! — gritó Gravina.

—¡Zafarrancho! —gritaron a su vez varias voces y corrimos a parapetarnos en el castillo de popa, haciendo sonar todo el hierro que llevábamos encima. Los disparos de los corsarios comenzaron a alcanzar nuestra nave y cada vez con más frecuencia, haciendo saltar por los aires nuestro gallardo mascarón de proa. Otra andanada y las bolas atraviesan nuestras velas, dejándolas con grandes agujeros, haciéndolas ya inoperantes. Recuerdo ver fogonazos de fusilería, pero las balas aún no nos alcanzaban.

—¡Tripulación, dejen que suban a bordo, nos los despacharemos a gusto! ¡Recojan las velas, viren toda a estribor! —ordenó Gravina y la nave se detuvo casi en seco, afeitando el casco de la nave corsaria.

—¡Cañoneros, apunten, prevenidos… fuego!

Las naves intercambiaron fuego cruzado. Pudimos ver a través de los resquicios de nuestros parapetos cómo todo lo que estaba en la cubierta de los corsarios salía volando por los aires mientras los tiradores de las cofas daban cuenta de los oficiales arracimados en el castillo de popa. Tras los cañonazos la nave enemiga se quedó como muerta, el combés vacío y de su suelo brotaban finos hilos de humo, fruto de los disparos.

—¡Quietos! —gritó de nuevo Gravina— ¡Esperad!

Y esperamos. Esperamos a que se recompusieran, a que tendieran los puentes y las pasarelas, a que sus cuerdas, sus garfios y sus amarras se afianzasen en la cubierta de nuestro navío para unirlo al

suyo. Saltaron contra nuestra defensa, cargaron siete veces y siete veces los rechazamos; podíamos sentir el terror infundido en sus corazones. «¡Ahora!» grité. Entonces fue cuando les permitimos cruzar… Y cruzaron en tropel, llenos de locura y codicia, gritando y disparando, ciegos de odio. Y cuando los teníamos a tiro justo en el centro de nuestra cazuela…

—¡Por Dios y por España! —gritó Gravina cargando contra ellos mientras el fuego de nuestros cañones pedreros le cubría. La metralla atravesaba a los corsarios como si fueran de papel. Un disparo acababa con veinte y, si era certero, con más de treinta. Sus cuerpos desmembrados y desgajados salpicaban nuestra cubierta como si hubiéramos esparcido las sobras de una matanza.

Vaciamos nuestros mosquetes y pistolas contra ellos y un muro de canicas de plomo barrió la cubierta; prendimos las mechas de las granadas y las lanzamos a bulto, para seguir descuartizándolos. Recuerdo haber lanzado una y seguirla con la vista; un enemigo se asustó al verla caer y empujó al compañero que le precedía, haciendo que cayese de bruces sobre la bomba, con lo que su cuerpo absorbió toda la explosión para después esparcirse hasta el velamen.

Gritos para infundirnos valor, blasfemias y empujones para que ninguno se sintiese tentado de volver hacia atrás; aquella cubierta solo tenía una salida: la muerte. Cargamos con toda nuestra alma contra ellos; que no eran como los famélicos contra los que hundía mi acero en el Feroz; estos eran hombres de verdad: alimentados, motivados y entrenados, aun con todo harían falta muchos más para darme muerte.

Lance y al cuello, su sangre me salpica la cara, da igual, no hay tiempo para enjugármela. Paro un sable con la vizcaína y atravieso el estómago de quien lo maneja con Longina. A unos codos dos hombres en paralelo me apuntan con sus pistolas, pero viendo sus intenciones logro fintar, esquivando uno de los disparos; la otra pelota pega en el nervio de mi peto, saltan chispas y el residuo de la bala sale despedido silbando. Parece que Fortuna está a mi lado. Desengarzo mi pistola, apunto a uno y disparo; la bala le entra por el ojo, haciéndole saltar el cráneo. Me lanzo a por su compañero, le tiro la pistola pegándole en la cabeza, pero no consigo aturdirlo y menos aún matarlo; ataco con Longina, es un hombre fuerte y joven, sabe moverse bien y para mis

estocadas. Bailamos furiosos tratando de cortarnos la cara, le asesto un codazo y él me responde con una patada que me hace perder el equilibrio cuando al retroceder tropiezo con el cadáver de su amigo; toma el cuchillo de su polaina y se tira sobre mí, le sujeto las manos pero él carga su peso sobre el puñal. Siento en la nuez la punta del botero hasta que se cae sobre mí y un manantial de sangre que nace de su nuca comienza a caer por su frente hasta mi cara.

—¡He hablado con el Altísimo y me ha dicho que tenías que vivir! —dice Sacramento mientras ríe con esa alegría de guitarra gitana de cuerdas desgarradas.

Se agacha y arranca el puñal de la cabeza; ha descabellado al corsario como si fuera un morlaco; sigue riendo, como torero triunfante, mientras me ayuda a salir de debajo del cuerpo enemigo. Se yergue, alza los brazos y grita con toda su alma. Por ropa solo lleva unos greguescos que sabe Dios de dónde sacaría; ataca a pecho descubierto, orgulloso, luciendo las heridas que le habían provocado al pasarlo por la quilla. Creo que en ese momento pensaba que era un tigre, que armado con dos puñales en vez de colmillos no tenía miedo ni al diablo, ¡maldición! Él era el mismísimo Lucifer; los disparos o los lances no le afectan, parece que allí solo estuviera su cuerpo y no su alma —si tenía—, y su cuerpo no respondía a dolores. Como una costurera capaz de bordar con los ojos cerrados, él cose con sus cuchillos los cuerpos de los corsarios gritando de alegría cada vez que hunde sus aceros en un cuerpo, y más fuerte grita cuanto más profundo logra clavarlos.

Logramos abrir espacio, miro hacia la toldilla, veo a Juan que, cargando el fusil de gas en el lomo y con sus peculiares espadas en la cintura, salta al agua; me asomo y veo cómo trata de alcanzar a nado el otro barco, llega a su casco y comienza a subir por la escalera de los jardines de popa, logrando pasar desapercibido a los ojos de los enjambres que tratan de hacernos trizas. En la toldilla está Kniven, orgulloso, vestido de rojo fuego, disfrutando en su privilegiado y seguro balcón de aquella macabra comedia. Solo le falta aplaudir. Henchido de soberbia, rodeado por los suyos dirige hacia la muerte con frialdad a unos hombres empujados por el miedo y sedientos de codicia. Juan quiere darle caza y cumplir la venganza de su capitán y amo. Es un inconsciente, porque son demasiados, incluso para él. Tomo carrera y salto por la borda, entrando de pies en el agua. Nado

hacia el casco en silencio, pero Juan nota mi presencia y se gira, pareciera como si me hubiese olido.

—¿¡Qué haces!? —pregunta como si mi presencia fuera una molestia en su personal batalla.

—¿¡Acaso querías divertirte tu solo!? —grito, y veo cómo baja unos escalones para ayudarme a subir.

—No es tu deber, sino el mío.

—No, pero recuerda: compré tu alma y no me place perder a mi primer esclavo.

Sonríe cómplice y trepamos por los escalones hasta llegar al coronamiento de popa; nos asomamos y vemos a unos treinta hombres, todos ocupados en disparar sus mosquetes contra los nuestros y prepararse para el segundo abordaje. Kniven está lejos y desde nuestra posición es imposible acertarle.

—Ha sido un honor combatir a tu lado.

—Aún no estamos muertos.

Saltamos a la toldilla rebosantes de valor —o de insania—, gritamos y matamos, matamos y gritamos. Airada letra para la danza de la muerte que nos toca ejecutar una vez más y los únicos instrumentos que suenan son los aceros de nuestras manos. Los corsos, concentrados en su afán de matar a nuestros compañeros del Audaz no recaen en nuestra presencia ni cuando el hierro les siega los cuellos. Algunos nos ven e infructuosamente tratan de dispararnos, pero somos más rápidos con nuestras espadas: cuando creen que ya tienen asegurado el disparo en realidad ya van camino de saludar a Lutero. Durante un instante veo la cara de Kniven entre el barullo de los hombres, está rígido y pálido: ¡tiene miedo! Toma su sable y ordena a varios que lo protejan.

—¡Vete a terminar aquello por lo que has venido!— le grito a Juan mientras liquido a los pocos hombres armados que quedaban con vida en la infernal toldilla.

Se lanza corriendo a por el corso; va abriendo un pasillo con la

ley de su espada, como si el mismísimo Zeus estuviese fulminando a los holandeses con sus rayos, hasta llegar cerca del criminal. Con una espada en cada mano, y unos golpes decisivos, consigue deshacerse de los hombres que protegían al holandés y que se desploman muertos como pingajos troceados. Kniven está acorralado contra la barandilla, mira a Juan y este tira con desprecio sus espadas al suelo, coge el fusil que lleva a la espalda y le apunta a la cabeza para ejecutarlo, pero algo le impacta en el costado. Se retuerce de dolor, ve cómo por su flanco un hombre le ha disparado y otro se dispone a darle un machetazo; dirige el arma contra ellos y dispara una, dos, tres… hasta siete veces. Vuelve a enfilar a Kniven justo antes de que este le quisiera coser la espalda con su filo, le apunta a la cabeza y aprieta el gatillo. No pasa nada. El delicado mecanismo del arma de Carrión ha tenido que fallar en el peor momento. Kniven, iracundo, patea a Juan, que cae de espaldas; el muy hideputa toma su sable dispuesto a ensartarlo contra el mamparo; al verlo corro, corro, corro con todas mis fuerzas, pero veo que no llego y lanzo a Longina contra el holandés; sin embargo la cuerda que la alta a mi mano es demasiado corta, solo llega a impactar levemente contra el filo de su espada. Aun con todo ese impacto es suficiente para desviar su acero y hacer que este se clave violentamente contra el mamparo, apenas roza el costado de Juan.

Kniven me mira irritado, desclava su espada e ignora a Juan tras darle otro puntapié, como si no fuera suficientemente bueno para su clase; su engreimiento le pide un trofeo, no una pieza regalada. Veo cómo Juan recoge sus armas y se recompone. Del combés suben refuerzos y él planta cara manteniéndolos a raya. Kniven y yo nos quedamos solos.

—Oh, un verdadero ridder español, un caballero. Parece estar escrito en las líneas de mi mano que hoy tendré que acabar con uno —dice saludándome, poniendo el filo de su espada entre los ojos al tiempo que me regala una reverencia.

—Flandes jamás parió un hijo diestro y si alguno así salió fue sin duda porque un soldado español dejó preñada a alguna rabiza. Bien sabrá usted cuál es el oficio de su madre.

Las palabras no hieren, pero algunas ciegan y siempre es una ventaja que a tu enemigo se le nuble la vista y la ira es fácil de

provocar en los corazones orgullosos. Kniven es uno de esos corazones. Como dice la Escritura: «El necio da rienda suelta a su ira» y se lanza a por mí. Tiene verdadera destreza, mueve su acero con soltura matemática, como si usara una regla y un compás; golpea, paro, golpea, esquivo; me mira y esboza una mueca de regocijo mientras vuelve a recuperar la posición.

—Veo que sabe manejar el hierro —me espeta.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de usted.

Tantea la punta de mi espada con la punta de su acero.

—Mucho hierro para un hombre de ropas tan pobres. ¿A qué duque apuñaló por la espalda y le quitó su arma?

—Sepa usía que este hierro perteneció al mismo hombre que se llevó a sus amigos ingleses de Rande.

—Españoles, qué pasionales y bobos sois. No dudáis en pagar con vuestras vidas por un poco de gloria, pero carecéis del desapego necesario para enviar a los hombres a conseguiros esa misma gloria con sus muertes.

—No hemos venido a hablar, hemos venido a matarnos —afirmo con seguridad y me lanzo a por él.

Entonces me doy cuenta de su verdadera corpulencia, es un hombre más fornido de lo que parece; es pura fuerza bruta. Estando frente a él, cara a cara, veo que desborda confianza, ataca con aplomo, se nota que ha sido educado por buenos maestros esgrimistas; pero a pesar de su tamaño se mueve con soltura, rapidez, reflejos y eficacia. Guarda buena posición de combate; trato de lanzarle varias veces la espada pero es imposible: esquiva, finta, para, retiene y lanza al suelo; su técnica es soberbia, bajo esa capa afeminada, bajo ese barniz insolente y bajo esas sedas delicadas se esconde un guerrero temible. Pero yo no me achico y persevero en mi ataque; lanzo a Longina y me gana el fuerte medio de su acero: empate y al unísono damos un respingo hacia atrás para poner madera de por medio.

—¡Ya he recordado de qué me sonaba su nombre! —farfulla y resopla mientras con el filo de su espada detiene mi lance—. Es

demasiado joven para haber servido en Rande… pero estoy seguro de que maté a algún familiar suyo.

—¡Era mi padre! —grito como si estuviera endemoniado. Escucharlo me crispa, pero como ya les he dicho, la furia ciega y no puedo permitirme pagar ese precio. Lo empujo y vuelvo a cargar contra él con rabia, pero con vista; me rechaza y toma la iniciativa, trata de acribillarme el pecho, pero los gavilanes de Longina desvían el acero donde no muerdan.

A pesar de todo el odio que Kniven hacía brotar en mi pecho, tuve que reconocer su valía como enemigo al sortear mis lances: sabía buscar el mejor ángulo y tener preparada la mejor escapatoria. No era mejor espadachín que yo, sencillamente yo ya había matado mucho aquella jornada, mi sentido de la contrición aún no se había embrutecido y no tenía ganas de esforzarme más. Nos batimos en duelo largo tiempo; apliqué en él mis mejores artes, amén de alguna treta vulgar aprendida en los callejones, donde hombres que en el combate paraban los filos con el cuero de su siniestra, sin ambages, apuñalaban con la diestra. Ambos lo dábamos todo, intercambiábamos patadas, golpes, puñetazos y lances envenenados; flores de bajeza mosquetera como lanzarnos el sombrero para entregar una mojada, pero ninguno de los dos quería ceder terreno. Para mi desgracia, los combates previos hacían que me pesaran brazos y piernas, flaqueé, no previne la mano y él, con mucho acierto —todo hay que reconocerlo— aprovechó mi debilidad para atravesar mi corteza y ofenderme los nudillos, haciendo que soltase a Longina. Orgulloso me amenazaba con su hierro, dispuesto a dar la estocada definitiva. De pronto, entre aquel barullo una garganta clama mi nombre.

—¡Aníbal! —grita Juan, y veo el fusil de Carrión volando hacia mí.

Lo tomo al vuelo y encañono a Kniven, quien retrocede varios pasos, manteniendo la espada por encima de su cabeza. Aprieto el gatillo, nada. «Maldita arma» pienso lleno de rabia, apretando el gatillo con todas mis fuerzas esperando que algo pasase, pero no pasa nada.

—¡Dele recuerdos de mi parte a su padre! —me grita el corso. Miro a Kniven y veo cómo aprieta los dientes y aúlla cargando contra

mí blandiendo en alto su sable.

Instintivamente —o por inspiración divina por intercesión del alma de aquél que me engendró— volteo el mosquete en mis brazos para tomarlo por la boca y golpear con todas mis fuerzas a Kniven. No hay palabras heroicas, no leo ninguna sentencia, solo hago justicia. La culata le pega en la cara, estallando como la carga de un cañón, separándole la cabeza del cuello, diseminando su cráneo y sus sesos por toda la cubierta. Restos de fusil vuelan por todas partes, algunas esquirlas me encuentran los brazos y se clavan como cristales, el resto impacta contra mi peto de acero tirándome con violencia contra el mamparo; en el suelo solo veo sangre: mi sangre. Trato de respirar pero no puedo; miro el peto y veo que está completamente agujereado; tiro de la cuerda que me ata a Longina y con ella corto las correas de cuero para quitarme la coraza. Un clavo de hierro, fino como una aguja, sobresale de mi pecho, inspiro hondo, aprieto el culo y de un tirón seco me lo extraigo. Mi alarido destaca sobre el barullo enloquecido de la cubierta. Juan corre hacia mí y me toma del brazo para ayudarme a ponerme en pie.

—¡Los barcos se hunden! —grita mientras me arrastra.

Miro al Audaz y veo cómo los hombres tratan de salvar la vida saltando por la borda, entre ellos diviso a Cucha y entonces respiro aliviado. Ambos barcos están envueltos en llamas, como si fueran brulotes. En nuestros cañones se había iniciado un fuego que pronto se extendió por todo el navío propagándose a la nave corsaria.

—¡Un momento! —le pido a Juan.

Nos detenemos y, como si fuera la mujer de Lot, miro hacia atrás. Aquel barco era el mismísimo infierno, las llamas trepaban por el velamen consumiéndolo como si fuese estopa y subiendo más aún, como queriendo incendiar el cielo. El viento traía un aire caliente que abrasaba la cara; los hombres que quedaban vivos se retorcían abrasándose en una gigantesca pira que antes había sido un gallardo navío de línea. De pronto una gigantesca explosión arranca de cuajo el palo mayor, lanzándolo lejos, al agua. El fuego había alcanzado la santabárbara.

—¡No es momento de quedarnos mirando! —me grita Juan

tirando de mí.

Asiento, tiene razón, pero un pequeño poso en mi alma se inflama y pienso satisfecho que el dolor de aquella gente es la expiación de todos sus pecados. Saltamos al agua, está fría, me gusta, es la primera vez que saltamos a unas aguas que no siento como si fuesen caldo de gallina.

—¡Nada! —me grita Juan y trato de hacerle caso.

Los barcos, hermanos gemelos en vida, parecen afrontar su muerte cogidos de la mano y se hunden a la vez. El agua que desplazan hacia el fondo nos arrastra con ellos, pero logramos imponernos y salir a flote. Unas traviesas flotaban sobre el agua y nos aferramos a ellas como si fuesen un tesoro. El mar es muy rápido en sus actos: con solamente mojarse los labios ha engullido a dos navíos llenos de hombres.

Se hace un silencio casi opresor y pronto comienzan a escucharse las primeras voces.

—¡Socorro! —gritaban unos.

—Help me, alsjeblieft —gritaban otros.

—¡Esto va ser digno de contarlo en las manflas! Ninguna puta nos creerá —gritó una voz que me era muy familiar.

Levanto la cabeza y veo a Cucha agarrado a un tonel de vino; con él están, entre otros, Sacramento y Gravina. Cucha ríe a carcajadas, eufórico, pletórico, heroico, feliz.

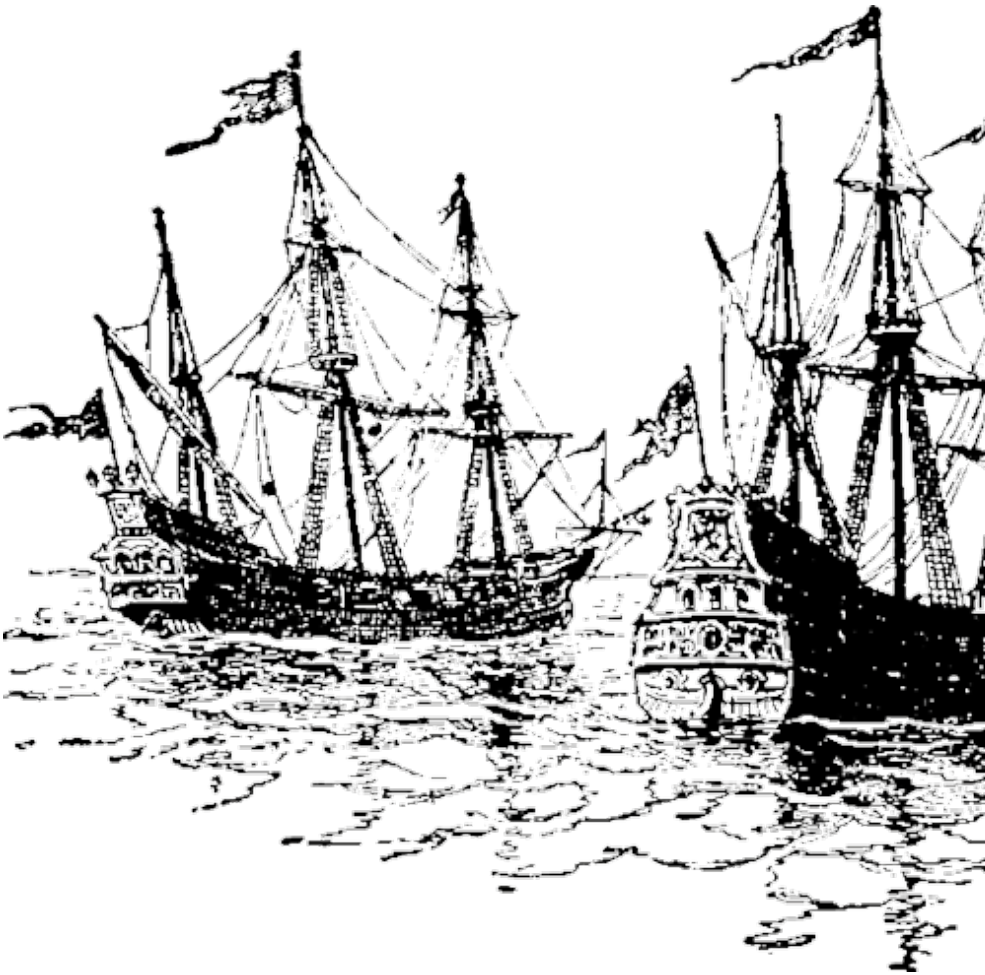
—Primero tenemos que salir de esta —digo alegre.

—Quizás no tengamos que esperar mucho —me dice Juan indicándome con el dedo la dirección en la que debo mirar.

Es la barca que habíamos botado con la valija y que poco a poco se acerca hacia nosotros. En su popa dos hombres armados con alabardas van preguntándole a todos los que se encuentran: «¿Quiere salvación?» Si la respuesta titubea, si la entonación no es de las Castillas o peninsular, le clavan las lanzas en el pecho.

Llegado nuestro turno nos apretamos en la barca y reímos radiantes.

Poco tiempo nos duraría la alegría.



Capítulo XI

La víctima

En total nuestro bote recogió a quince supervivientes. De cuando en cuando se oía entre los restos de los barcos algunos gritos de socorro, que fueron espaciándose hasta hacerse el silencio. La embarcación estaba desbordada por nuestros cuerpos; por los costados sobresalían pies, brazos, torsos y cabezas y nos hacinábamos unos sobre otros como buenamente podíamos. Desesperados, varios hombres trataban de mantenerse aferrados a la barca con las manos mientras su cuerpo estaba sobre algún madero o tonel.

La primera noche fue soportable, nuestros cuerpos mitigaban con su calor natural el intenso frío de alta mar, pero por el día el calor abrasador del sol y la insoportable humedad hacía que deseásemos arrancarnos la piel a tiras. Los marineros, en pos de mantener la tradición, o quizás intentando no perder la cordura, bautizaron a ese pequeño cascarón como «Caronte» y a los remos con otros apelativos que callo por recato.

El primer día lo dedicamos a descansar. Tras la primera noche llegó el momento de evaluar nuestra situación, rezar por los muertos, realizar inventario de víveres e intentar llevar un diario de bitácora; para estos dos últimos menesteres usamos una astilla quemada por pluma y un tablón por papel.

Los víveres que había a bordo eran los justos para que veinte hombres pudieran sobrevivir en alta mar durante casi dos semanas, nada más. Pero ahora allí no había veinte hombres, sino treinta y cinco. Se hizo preciso racionar la comida y el agua en función de las nuevas circunstancias y calculamos que tendríamos alimentos para poco más de una semana, después… después no sabíamos qué pasaría, porque tras haber escapado de una muerte cierta ahora nos enfrentábamos a la incertidumbre de un futuro desolador. ¿Nos avistaría algún barco? ¿Y si los vientos nos alejaban? ¿Y si se desataba una tormenta?

El segundo día tratamos de mantener el ánimo, si no alto, al menos esperanzado. Todos veíamos la sombra de la guadaña en cada gesto de decaimiento, en cada palabra de desesperación, en la desidia con la que las olas del mar mecían el casco de nuestra barca, pero ninguno queríamos hacerles caso. A falta de quehaceres pasábamos el rato cantando en voz baja y mojándonos los dedos en agua salada y metiéndonoslos en la boca para poder seguir hablando, aun a costa de acabar resecando aún más la lengua. No valía la pena malgastar agua dulce para estar de guitonería. Con bramante, un clavo y los gusanos de una galleta intentamos pescar algo, pero parece que los peces conocían nuestra desesperación y el cebo no consiguió engañarlos.

Amanezco el cuarto día con el peso de un hombre aplastándome las costillas. Su codo se me clava en el esternón y me asfixia; le doy un codazo para que ahueque, pero no reacciona; vuelvo a pegarle, esta vez con más fuerza.

—¡Me cago en tu padre, tira para tu lado, joder! —le digo como si en aquel exiguo lecho sobrase el espacio.

Mis codazos y mentadas no surtieron efecto, le empujé fuerte para que reaccionase y el cuerpo, inerte y movido por una ola, cayó sobre mí. Tenía la cara descompuesta, blanca como la harina pura, con la lengua fuera, morada, y los ojos vueltos y un enorme corte a la altura de la nuez; en su mano izquierda aferraba un cuchillo. No todas las mentes estaban preparadas para ese sinvivir. Sin mucho esfuerzo lo empujo hasta tirarlo por la borda, viendo cómo se aleja poco a poco de nosotros flotando boca abajo. Me santiguo y conquisto el lugar que su cuerpo deja libre.

Creo que al sexto o séptimo día a Cucha le dieron ganas de palique. Yo no quería hablar, prefería estar imbuido en mis pensamientos, pero es mi amigo y quizás no fuese bueno para mi cordura que yo pensase tanto, así que le escucho con interés. Me repite una y otra vez lo guapa que era la chiquita morena de Cartagena. Sus labios, su cuerpo, su piel y su mirada son el refugio de mi amigo. Fantasea con la idea de volver a aquel puerto y pedirle el trabajo a Bladitxu. Sueña con tener hijos, con apartarse de la maldad del mundo… Los ojos se le humedecen, le pregunto qué le pasa y monta en cólera, se frota los ojos y blasfema renegando de Dios y del azufre de los cañones, que le ha quemado los párpados.

Los días siguen cayendo sobre nosotros, hiriéndonos como lanzas, matándonos de monotonía, de hambre y de sed. Me costaba moverme: mantener durante días la misma posición me había pasmado los músculos. Me fijé en Gravina, que no podía contener el temblor de sus manos; no era miedo, sino el baile de San Vito que sufren los que llevan mucho bebiendo y no sacian ese tipo de sed. Traté de distraer su atención del recuerdo del alcohol convenciéndole para abrir el pequeño arcón y ver qué contenía. Concedió y nos pusimos a revisar tan deseada mercancía.

Páginas y páginas ininteligibles. Ni un solo dibujo, ni un solo grabado; por no haber no había ni espacios que indicasen la separación entre palabras. Signos latinos, griegos, hebreos y árabes mezclados con números y símbolos astronómicos y alquímicos. Un totum revolutum o, como diría mi maestro Villarroel: «Graecum est, non legitur». Era harto evidente que sin la clave que Lezo atesoraba en la cabeza su valija solo valía para encender un fuego o limpiarse el buz. Podríamos soñar con su contenido, pero en aquellos momentos un mendrugo y un poco de agua eran más valiosos que Potosí y El Dorado.

El tiempo sigue su inexorable avance, monótono como un reloj de arena que nunca se vacía. Cierta mañana uno se levanta gritando.

—¡Un barco! ¡Un barco! ¡Un barco! ¡Un barco!

Repite esas dos palabras hasta rasgarse la garganta y esputar coral, grita hasta desgañitarse y perder la voz. Otro hombre le sigue: también ve un barco, y otro, y otro, y otro. Nos ponemos en pie casi todos y nos miramos confundidos. No hay ningún barco, solo mar: un inmenso y vasto mar, un mar sin fin, cruel, y sin piedad. Unos cuantos hombres tratamos de convencerlos de que no hay barcos a la vista y de que el calor ablanda las seseras y nos hace ver espejismos. No atienden a razones, están fuera de sí, nerviosos y desesperados, alocados, violentos. Empezamos a empujarnos: cuerdos contra locos y después todos contra todos, la balsa se convirtió en un gallinero oscilante, un caos de locura y desaliento, de gritos y maldiciones. Dos de los hombres se enzarzaron en pelea y, como si estuvieran borrachos, cayeron al mar arrastrando con ellos uno de los toneles que contenían la comida. En la caída el marinero que se había vuelto loco se golpeó contra uno de los maderos en los que flotaba otro de los

supervivientes y se desnucó, aferrándose en un postrer espasmo a nuestro compañero por la pechera. El asido estaba débil y no podía zafarse del cadáver y sus manos yertas. Tratamos de lanzarle un cabo para que se agarrase a él pero no fue capaz. El cuerpo del loco tira de él hacia el fondo del mar, desapareciendo los dos en un desesperado grito de burbujas.

Ya no sé cuánto tiempo llevamos aquí, el silencio a veces es tan pesado que la más mínima ola que golpea contra la barca nos parece estruendosa. Ni una nube en el cielo. Mis ojos están resecos y me escuecen cuando los cierro; mis labios están cuarteados como tierra agostada. Cuesta hablar, cuesta pensar.

—No lo vamos a lograr, no lo vamos a lograr… —murmura sin parar un hombre.

—¡Cállate! —le interrumpe Sacramento.

—¡Vamos a morir todos, este es nuestro final! —grita más alto.

Se hace un ovillo, se agarra las rodillas y se agita con nerviosismo y cara de pánico. Diego lo mira con terror, y empieza a llorar.

—¡Estás asustando al niño, cállate, maldito demonio! —le reprende Sacramento.

El pobre infeliz cada vez grita más alto: «¡Vamos a morir!». Sacramento toma un paño que lleva entre el calzón y la camisa, lo desenrolla y saca una pistola que le tira a las piernas.

—Ten cojones, desgraciao, o deja de jodernos a toos.

El hombre no duda, toma la pistola, se la apoya en la sien y se descerraja un tiro.

—Una boca menos. —Ríe Sacramento.

Se acerca a él, recoge la pistola, toma al muerto por la manga de la lima y limpia los restos de sesos y sangre de la bocacha. Se da la vuelta y ve que todos lo estamos mirando.

—Si alguno gusta —dice ofreciéndonos el arma—, que lo diga

antes de que termine de limpiá.

Nadie responde. La cabeza del hombre caído queda sobre el agua y de ella gotean sangre y sesos.

El tiempo se volvió ante rem: una eternidad solo comprensible por Dios, pues nuestras pobres mentes ya habían perdido la conciencia de los días y de las noches; pudieron haber pasado diez días o quizás ya habían pasado mil y estábamos flotando en la laguna Estigia hasta el día del Juicio Final. No teníamos víveres, no teníamos agua, no teníamos ya ni orina que beber.

Se hizo de noche y con la poca cordura que me quedaba di gracias a Dios por haber sobrevivido a la matanza del navío y recé para que pudiera salir vivo de aquella barca de muerte; le juré y me juré a mí mismo que si alguna vez conseguía volver a casa buscaría una tierra apartada donde vivir en paz el resto de mi vida.

Entonces pasó algo. Algo que aún no he comprendido pese a haberlo vivido y haberlo rememorado mil veces, algo sobre lo que he meditado casi media vida y para lo que aún no tengo una explicación.

Cerré los ojos y caí en una especie de duermevela en la que no sabía si era de día o de noche, si lo que oía eran disparos o el batir de las olas. De repente me sentí bien, como si hubiera dormido y descansado como nunca en mi vida. Mis venas se sentían eufóricas porque la sangre me corría por ellas con avidez y mi cuerpo no pesaba; me sentía alimentado como si hubiera comido hasta hartarme en el mejor mesón. Me estiré, desperezándome, en mi hueco de la barca y mis articulaciones chascaron como si llevasen tiempo anquilosadas; fue un chasquido seco y agradable y no sentí que el cuerpo de algún compañero me incomodase. Abrí los ojos y solo vi luz, pero no era la luz inmisericorde del sol que nos había acompañado durante todo el viaje, ni tampoco una luz que hubiera visto antes; era cálida, delicada, limpia, inmaculadamente blanca, y lo envolvía todo. Miré a los lados y no había nadie ni nada: no veía la barca, no veía el mar, solo esa blancura inabarcable, tampoco se oía nada, absolutamente nada, ni mi respiración. Incomprensiblemente no me puse en guardia ni me extrañé de estar rodeado de esa niebla luminosa; me daba igual, pues estaba convencido de que ya nada malo me podría pasar. Me encontraba reconfortado y tranquilo, sentía un

calor muy extraño en mi pecho, como si brotase de mí una fuerza incomprensible. Miré hacia arriba y no había sol, me toqué la mano y tampoco hacía frío; me sentía más cómodo que nunca en la vida. Me puse en pie y mire hacia abajo, donde tendría que estar el fondo de la barca solo había luz; mis pies, empero, no flotaban, sino que pisaban un suelo tan suave como un velo. Me abrí el jubón y vi que no tenía heridas: ni nuevas, ni viejas. Empecé a mirarme todo el cuerpo y a buscar con las manos las cicatrices que siempre me dolían, pero no encontré ninguna: todas, incluso las más profundas, las más viejas, habían desaparecido.

De pronto algo llamó mi atención: en aquel universo blanco apareció a lo lejos una figura, al principio parecía una forma extraña; según se iba acercando se intuía que era una forma humana, pero no sabría describirla y menos aún si era niño o adulto, hombre o mujer. Me cubrí con la mano los ojos tratando de darme sombra, el velo sobre el que pisaba se había vuelto plata y parecía tener su propia luz, más brillante. Poco a poco aquella figura se iba haciendo más humana conforme se iba acercando: era una mujer pálida, rubia y alta vestida con una especie de hábito blanco, bellísima como ninguna, pero no era una belleza que excitase la pasión carnal, sino una belleza pura que conmovía el alma y el corazón. Miré a sus pies y atónito vi que estaba descalza sobre aquel mar plateado, y en sus pies vi unas heridas como de clavos. Una fuerte angustia me invadió y caí de rodillas con las manos abiertas hacia ella.

—Eres… —acerté a balbucear, convencido de que yo había muerto y ella era la Reina de los Ángeles que venía a liberar mi alma de los sufrimientos del mundo.

—No, Aníbal, no soy Aquella que crees. —Se apresuró a corregirme con una sonrisa.

Su voz era dulce como los besos de mi madre, suave y sin estridencias, era una voz afable y cercana, bondadosa.

—Mi tiempo aún no ha llegado —añadió.

—¿Entonces… estoy muerto?

—No, Aníbal, no estás muerto. Me llamo Ana Catalina Emmerick y este no es mi lugar… ni mi tiempo.

Levanté la cabeza y ella se acercó a mí, extendió la mano y me ofreció la Hostia consagrada que en ella guardaba. La miré extrañado, no comprendía nada.

—No tengas miedo, toma y come: es el Cuerpo del Salvador.

Extendí mis manos haciendo un cuenco y ella la dejó caer con suma delicadeza; tomé la Forma y mirándola me introduje en la boca aquella insignificante pieza de pan de sabor dulce y metálico, pero que inundó mi cuerpo con la maravillosa ambrosía de la salvación. Alcé la vista y Ana Catalina volvió a sonreír para acto seguido empezar a resplandecer; lentamente se iba haciendo más y más brillante hasta que su fulgor blanco lo bañó todo.

—Aníbal…—musitó una voz—. Aníbal…

Enseguida la reconocí, sonaba lejana y muy cansada, pero sin duda era la voz de Cucha.

—Aníbal… —repitió una vez más— Aníbal, por favor, despierta, han venido a salvarnos.

Abrí los ojos y vi el costado de un pequeño barco de pabellón portugués. Hombres subidos a las jarcias nos observaban con gesto de asombro haciéndose cruces, mientras otros amarraban nuestra barca al costado.

—Lo hemos logrado —murmuré sin fuerzas pese a mis labios escariados y resecos.

—Llevabas muchos días inconsciente, menos mal que atendiste a razones.

—¿A qué te refieres?

Cucha giró la cabeza hacia la proa de la barca y yo hice lo mismo: vi un montón de pequeños huesos blancos, apenas quedaba ya carne pegada a ellos y la que quedaba cerca de las articulaciones y los tendones estaba negra y agusanada.

—¿Qué ha pasado, Cucha? ¡Contesta! —Sin fuerzas lo así por la lima exigiendo una explicación que no quería oír.

—Hace muchos días, Aníbal… Los hombres querían hacerlo, tú te negaste y caíste redondo, desfallecido; hubo una pelea y bueno…

—¿Y bueno qué? ¿Qué demonios pasó? ¡¿Qué demonios pasó, Cucha?!

—Diego…

—No…—siseé primero y aullé después—. ¡No!

—Aníbal, Diego ya estaba muerto, tú no querías… Es la ley del mar ¡Tú la conoces!

—¿Ley del mar? ¡No! ¿Cómo me dejaste hacer eso, hijo de puta? —gritaba rabioso, intentando en vano zarandearlo.

—Yo te obligué.

Unos días después, a bordo de aquella vieja fragata portuguesa que ahora pertenecía a un mercader, los que habíamos sobrevivido a aquel infierno en la «Caronte»: Gravina, Sacramento, Juan, Cucha y yo nos reunimos en el camarote del capitán con su permiso. Había comprendido que debíamos hablar y que la conversación era importante, pues el cofre, aun cerrado, era un argumento irrebatible. Cerramos la puerta por dentro y nos reunimos en torno a la mesa, sobre la que dejamos la maldita valija.

—Nos van a pedir muchas explicaciones además de nuestras cabezas: ha muerto mucha gente, se han perdido barcos y armas. ¿Qué hacemos? De lo que aquí se hable va a depender nuestro futuro… y el del mundo —dijo Gravina posando suavemente sus manos sobre el cofre.

—Sugiero… que hagamos sociedá con los de este barco, pongamos rumbo a Europa y vendamos el cofre a los ingleses, a los holandeses o a la puta que los parió; si el libro ehtá ehcrito en clave, ya lo «desclavarán» sus matemáticos o sus ingenieros. Eso sí: a los turcos no; a esos no les vendo ni la mierda de mis uñas. Y una vez vendío, a vivir como reyes, el rehto de nuestros días y a quien intente distraerme una sola miaja de oro, lo estrangulo con sus propias tripas —habló Sacramento con voz desgarrada.

Gravina asintió con la cabeza.

—Es una opción…

—Es demasiado poder para un solo hombre. Ya lo dijo Lezo: es demasiado poder para un hombre por muy rey que sea y por mucho que lo sea por la gracia de Dios —opiné.

—Estoy con él —intervino Cucha—. Y creo que aquí todos sabemos que me gusta más el oro que las mujeres, pero mi amigo Aníbal piensa mejor que yo aunque viviese veinte vidas, y creo conocer bastante bien a Lezo para decir que si él estuviera aquí ahora diría lo mismo.

—¿Qué opina usted, capitán? —le pregunté.

—Yo ya no soy capitán, Rosanegra, no tengo barco.

Entonces Juan adelantó el paso, tomó el cofre por las asas y lo lanzó al mar por una ventana que estaba abierta. Nos asomamos con presteza y en silencio vimos cómo el cofre flotaba en el agua, alejándose de nosotros con parsimonia, como si fuese una embarcación de recreo, indolente y puede que hasta orgulloso de haber causado cientos y cientos de muertes. Poco a poco se fue hundiendo, reclamado por Poseidón para permanecer a su lado en los abismos por los siglos de los siglos.

—Me cago en mi vida, ehtá visto que nací para morir probe —suspiró Sacramento.

—Si Carrión estuviese aquí esto es lo que habría hecho —dijo Juan.

—¿Tienes el real que te di? —le pregunté.

Buscó en el pliegue de su bota y lo tomó, enseñándomelo.

—Dámelo. —Me lo entregó y yo comencé las formalidades.

—Sepan los presentes que, de mi agrado y buena voluntad, otorgo y conozco que ahorro y liberto de toda sujeción y cautiverio al esclavo Juan…

—Ya no sirvo a nadie… —pensó en voz alta cuando terminé.

—Ya no sirves a nadie, puedes incluso escoger apellido.

—Si ya no sirvo a nadie, me haré llamar Juan Nadie. Desde ahora no tendré más herencia que mis manos, ni más fortuna que la que yo mismo me labre.

—Tanto gusto, señor Juan Nadie —le dije tendiéndole la mano y él me devolvió el apretón.

Terminamos la reunión con un juramento de sangre: nunca, jamás, ninguno de nosotros diría que había servido en el Audaz y, de ser preguntados, negaríamos conocer su existencia. El diario de bitácora del mercante portugués fue reescrito gracias a la cajita de rapé de oro que el teniente dio al capitán luso, de manera que constaba para quien quisiera leerlo que solo se había rescatado a un náufrago en un bote a la deriva: Gravina.

Unos días después desembarcamos en el puerto de Cartagena. Gravina pronto se embarcó rumbo a la Península, donde no se enfrentó a un consejo de guerra dada la naturaleza secreta de la misión, sino que compareció ante el Rey y sus más fieles secretarios y cortesanos, todos ávidos de explicaciones. Arrodillado, con una mano sobre la Biblia y sujetando con la otra una espada, les contó una buena historia: cómo nuestro primer capitán había enloquecido cegado por la venganza y cómo había arrastrado a todos a un suicidio, siendo uno de los primeros en caer en el combate; cómo había visto, impotente, arder entre grandes llamaradas el cofre de Lezo; cómo decidió volar el barco antes de la ignominia de arriar el pabellón y cómo tuvo la inmensa fortuna de poder acabar en una barca con algunos de sus hombres, que por desgracia habían ido falleciendo conforme pasaban las semanas.

Su Majestad escuchó el cuento con gesto grave y asintiendo cada poco. Al terminar se levantó, posó su mano sobre el hombro de Gravina y proclamó:

—En verdad la mayor gloria de los españoles es dar su vida por las Españas.

Todos mordieron el anzuelo, como diría Cucha. Pese a que de

aquella declaración no se había levantado acta, el escriba que había asistido en previsión de necesitarla fue ejecutado a los pocos días acusado de falsificar reales cédulas.

Gravina corrió mejor suerte: fue ascendido, y el Animoso le concedió una Grandeza de España. Se retiró a Cádiz, donde fundó una familia que trajo al mundo varios hombres eminentísimos de cuyas gestas algo he podido leer. Sus labios no volvieron a sorber un trago de algo que no fuese agua y su pulso no volvió a temblar.

Distintas suertes corrimos los demás.

Sacramento dijo que quería conocer las Indias y ver con sus propios ojos todas esas riquezas de las que hablaba Lezo. También dijo que quería conocer el sabor de la libertad e intentar cambiar de vida. Le pregunté por dónde empezaría y me respondió que siempre había querido conocer California porque decían que se parecía mucho a Andalucía.

Hace pocos meses dos emisarios llamaron a mi puerta y me entregaron unos pergaminos lacrados en los que por fuera solo se leía «De Sacramento». En ellos me contaba sus aventuras: decía que había encontrado en California una tierra de la que manaba oro y que se había convertido en un rico terrateniente hasta el punto de fundar un pequeño pueblo con su nombre, tras haber yacido con cientos o miles de mujeres, esparciendo su semilla a los cuatro vientos. No pude evitar una carcajada. Pero esa es otra historia que quizás algún día, si la tinta de mi pluma no se seca y la sangre de mi jarra no se agota, pueda contar a vuestras mercedes.

Juan Nadie juró que nunca más volvería a servir a ningún señor que pudiera morir. Sus ojos con el tiempo fueron perdiendo su infinita e indolente negrura para ir cubriéndose de un brillo acerado. Tras trabajar muy duro reunió el suficiente dinero como para fletar, junto con un acaudalado y viejo judío, un barco que él mismo capitaneaba, para hacer la carrera de las Indias. Años después partió en su decimotercer viaje con el barco cargado hasta el carajo de barras de plata y oro, y nunca más se supo de él.

Por nuestra parte, estuvimos una temporada de esparcimiento en Cartagena, como los ricos que van a tomar los baños, salvo que solo

bañábamos nuestras gargantas.

Un día estábamos sentados en el puerto viendo el atardecer como dos chiquillos y sosteniendo en nuestras manos sendos barros con buen ron. Cucha carraspeó y me señaló un barco que estaba soltando amarras.

—Vuelven a casa, quizás tendríamos que hacer lo mismo —dijo solemne.

—No lo sé, Cucha, estoy cansado de aquellas tierras llenas de mentirosos y cobardes, de vivir yendo de puerta en puerta pidiendo un chusco de pan y un techo donde malamente cobijarnos; asiendo el hierro a la mínima, durmiendo con un ojo abierto y el otro cerrado; matando por una moneda y bregando con fulanas.

Cucha frunció el ceño, se rascó la calva y escupió al suelo para aspirar aire con fuerza; se puso en pie acomodándose el calzón con jactancia mientras las cadenas de su cuello tintineaban y su corcova tocaba el suelo con la punta, como queriendo dejar su huella en aquella tierra.

—Blas es un buen tipo. Seguro que nuestra desgracia no le es indiferente… y sabe tener la boca cerrada. Además, ya estoy cansado de no sentir tierra firme y de no tener un cufro caliente que me abrigue por la noche, que no es bueno que el hombre duerma solo.

—Pobre de la que termine a tu lado.

Reímos con ganas

—¿Qué hacemos, Aníbal?

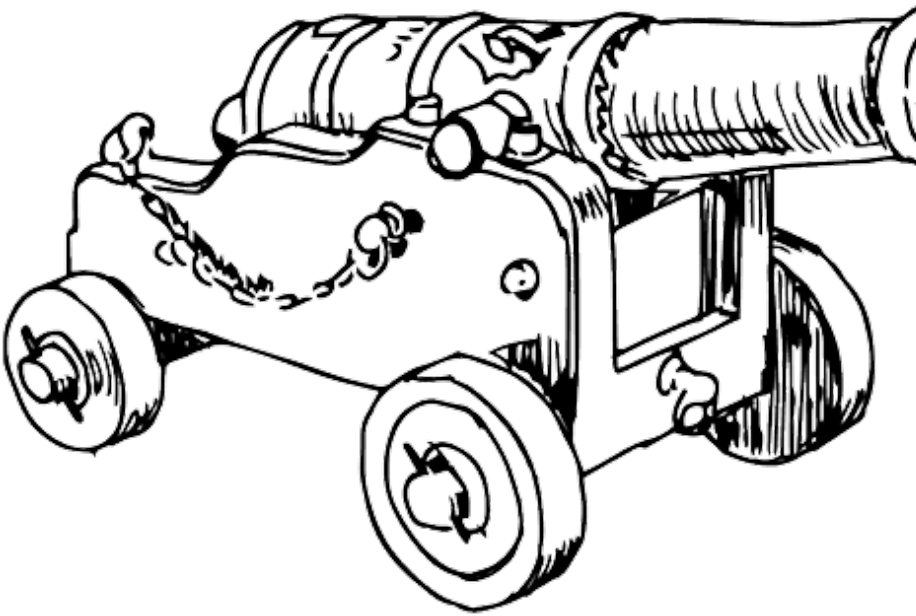
Me sorprendió la solemnidad y a la vez la consternación con las que había preguntado Cucha y no supe qué contestar. Me palmeé los muslos mientras pensaba y noté el real de a ocho. Lo tomé y lo coloqué sobre el pulgar.

—Si sale cara, volvemos a casa; si sale cruz, nos quedamos. Que sea lo que Dios quiera.

—Un momento, Aníbal, ¿y si se queda de canto?

—Si cae de canto te juro que vuelvo a casa nadando, voy a El Escorial y robo el ladrillo de oro. —Reí—. Alea iacta est.

Lancé la moneda, que voló vivaracha mientras los últimos rayos de sol le arrancaban destellos de fuego. Cayó a nuestros pies y la miramos.



Nota del autor

Querido lector:

Seguramente se habrá dado cuenta de que la beata Ana Catalina Emmerick (Coesfeld, 8 de septiembre de 1774-Dülmen, 9 de febrero de 1824) no había nacido en las fechas en las que sitúo la acción de la novela.

Varios autores y biógrafos señalan que Ana Catalina vivió experiencias de bilocación en las que ayudaba a náufragos. Si pudo bilocarse en el espacio quizás también pudo hacerlo en otro tiempo.

Muchas gracias.